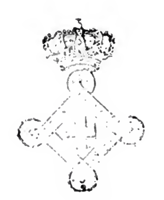


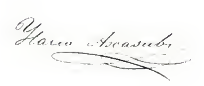
SANTOS VEGA

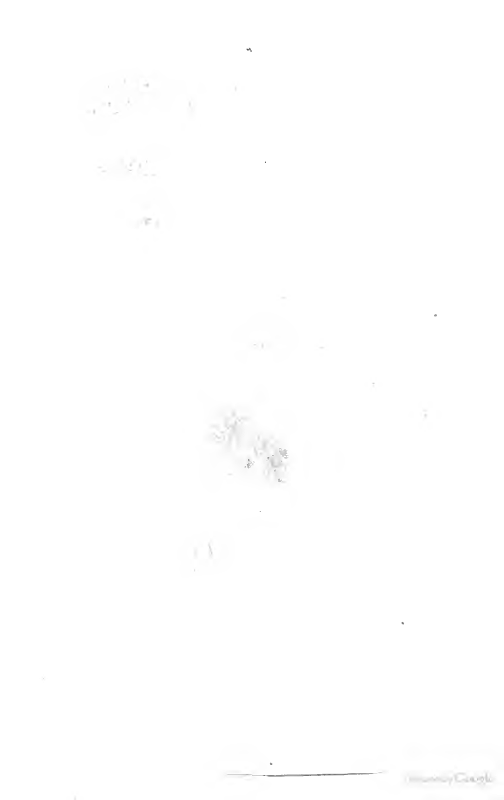
ó

LOS MELLIZOS DE LA FLOR




A Liebert Photo







SANTOS VEGA

ó

LOS MELLIZOS DE LA FLOR

RASGOS DRAMATICOS

DE LA VIDA DEL GAUCHO EN LAS CAMPAÑAS Y PRADERAS

DE LA

REPUBLICA ARGENTINA

(1778 A 1808)

POR HILARIO ASCASUBI



PARIS
IMPRENTA DE PAUL DUPONT
41, CALLE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, 41

1872



Al Senor don Jorge Atucha,

A Vd., mi compatriota, mi contemporáneo y amigo de los años juveniles, desde que siempre fué intachable patriota argentino, sin transigir nunca con los tiranos del país ni con los esbirros del sanguinario Rosas, exponiendo su vida y su fortuna por salvar à muchos de los que ellos ferozmente persiguieron ;

A Vd., que tanto ha contribuido á embellecer la ciudad de Buenos Aires alzando espléndidos edificios, y á poblar con vastos establecimientos de campaña nuestras dilatadas pampas, siendo el generoso protector de los paisanos que le labran sus tierras y apacientan sus numerosos rebaños;

A Vd., mi consolador despues de los sinsabores é infortunios que pasé en el tremendo sitio de

Paris, y durante los luctuosos dias que siguieron en Buenos Aires á la mortífera epidemia, cuando me reposé en su albergue y su compañía;

A Vd., que sabrá apreciar cuánto, á mi regreso otra vez á Paris, me habrá distraido y aliviado en algo las horas de quebranto el ocuparme en dar termino á mi poema de LOS MELLIZOS;

A Vd., el sagaz conocedor de nuestra campaña como del carácter y costumbres de los gauchos argentinos;

A Vd. pues, que sabe comprender y podrá disimular los defectos de una obra escrita con ánimo conturbado y tan lejos de nuestras praderas queridas y sus característicos habitantes, á usted le dedico este libro, rogándole se sirva aceptarlo con mi ardiente deseo de que le sea agradable su lectura ó lo distraiga al menos en los padeceres de su salud quebrantada, y le anime el recuerdo de este su antiguo y reconocido compatriota y amigo,

HILARIO ASCASUBI.

Paris, 2 de agosto de 1872.

PROLOGO DEL EDITOR



Las poesías que damos al público son una verdadera novedad del nuevo mundo, y una pintura al natural del estado íntimo de una sociedad no estudiada, pintoresca, llena de vida, que siente y se expresa en un lenguaje peculiar. Esas poesías son mas bien la poesía (si la gramática lo permite) de todo un pueblo, el pueblo ARGENTINO, pero no el que se asila en las ciudades y remeda los usos y costumbres de la Europa, sino del que habita las campañas y deja volar independiente su imaginacion, ya al hacer surcos con el arado en una tierra vírgen, ó ya apacentando los rebaños bravíos montado en potros indómitos.

La originalidad del teatro, de los hábitos y de los tipos que constituyen el movimiento dramático de la obra, ha aconsejado al autor el poner al pié de cada página las notas que explican el sentido técnico, por decirlo así, de cada una de las voces de los gauchos algo civilizados ya, como presumia

serlo SANTOS VEGA, el recitador en este poema. El uso de este lenguaje, ageno en muchas voces y modismos al idioma de la literatura española, es indispensable y requerido para revelar los secretos y los hábitos de la vida de las campañas argentinas, que el autor se ha propuesto sacar al conocimiento y exámen de la CRÍTICA; porque en los pueblos, lo mismo que en los individuos, el estilo, el lenguaje, los modismos, son la parte mas profunda, mas homogénea, mas explicativa de su ser. Los inconvenientes que esta circunstancia puede ofrecer á los que no estén familiarizados con esos modismos del lenguaje del gaucho serán salvados por las notas que hallarán en cada página de la obra, las que contendrán la acepcion analítica y práctica de todas las palabras que vayan en bastardilla en el cuerpo del poema; y aun de todas las que sean agenas al diccionario español.

El gaucho es conocido nada mas que de nombre, ó por relaciones imperfectas. Hay de él un tipo convencional, pero no un verdadero retrato de su naturaleza altanera, libre, arrojada y generosa á la vez. Actor principal en la lucha de la independencia y en las guerras civiles subsiguientes, es soldado y pastor; y, como que pertenece á un pueblo democrático, se interesa y toma parte en las cuestiones sociales, y se alista, segun sus instintos, bajo las banderas que le son simpáticas. La patria es antes que todo la pasion dominante del gaucho argentino, y con ella se dividen su amor al caballo y la mujer, á quienes él poetiza sin saberlo.

Esta personalidad es la que se revela toda entera *intus et in ente* en las poesías del señor Ascasubi, que tenemos la fortuna de dar á luz. Ellas no son bien conocidas todavia aun fuera del pais del autor, sin embargo de ser allí muy populares y de haber llamado la atencion de literatos americanos pertenecientes á las Repúblicas del Rio de la Plata.

En 1848 la prensa periódica de Chile llevó á lo

largo del litoral del Pacífico una de las composiciones de nuestro poeta, y el periódico de Bogotá, titulado el Neo-Granadino, le consagró al señor Ascasubi el artículo siguiente, apoyándose en el juicio emitido por el *Comercio* de Valparaiso, redactado por el doctor don Juan Maria Gutierrez.

POESIA AMERICANA.

Muchas veces nos hemos preguntado ¿por qué nuestros vates no cantan los interesantes episodios de la guerra de la Independencia, ó las costumbres y tradiciones de nuestro pueblo? Hasta hoy, con señaladas excepciones, no hemos visto sino poesias amatorias, tiernamente triviales, que constituyen un anacronismo literario, si vale la expresion, en esta época de grandes trabajos sociales y de pensamientos graves para la América. Nuestra poesia no es nacional: es un remedo frio de la poesía del viejo-mundo, ó una parodia de las desesperaciones rimadas de la escuela de Biron, cuyas tristuras y arrebatos ningun eco pueden tener en esta parte del mundo en que todo es nuevo, todo vigoroso y lleno de esperanzas. Por eso mismo causa pesar el desperdicio que hacen nuestros poetas del don divino con que han sido favorecidos; por eso dura poco tiempo en nuestras manos un libro de versos; el espiritu no encuentra allí lo que buscaba, ni halla la expresion de las necesidades sociales, ni un fin social y nacional como naturalmente se espera del vate, es decir, del inspirado sacerdote de una civilizacion recien nacida, llena de libertad y de porvenir.

El Sr. Ascasubi ha entendido sus deberes como poeta, y en consecuencia consagra su númen á la pintura fiel de lo que pasa á su rededor y de los episodios de la interesante lucha trabada en la República Argentina entre la barbarie de las Pampas y la civilizacion de las ciudades, desde la aparicion del famoso gaucho Juan Manuel Rosas. Como una muestra de esta poesía social trascribimos el siguiente artículo del *Comercio de Valparaiso*, conservando el breve juicio que hacen de Ascasubi los Editores.

« En los poetas es en quienes se realizan aquellas hermosas palabras de Jesucristo: — En mi reino los primeros serán los últimos, y los últimos serán los primeros. — Los que han comprendido el sentido de estas palabras, y han imitado á aquel que se bajaba hasta los pobres y los pescadores, han subido como él á la cumbre de la gloria. — Esopo se inmortaliza abatiéndose hasta la inteligencia de la niñez. Teócrito pasa á la posteridad en boca de sus sencillos pastores, y Beranger llena el mundo con su nombre al son de sus modestas canciones, mientras que otros, que han querido remontarse hasta el cielo

ardiente de la poesía de Homero, han caido como Icaro entre las ondas frias del olvido.

« En nuestra América tenemos tambien algunos ejemplos que comprueban esta verdad.

« Tanto cuanto ha querido descender un poeta hasta la inteligencia del pueblo, tanto mas se ha elevado, porque hablando con su buen sentido, haciendo vibrar las cuerdas mas armoniosas del corazon, y presentando en imágenes poéticas, aunque sencillas, las ideas y los sentimientos de la comunidad se labraba voluntariamente un pedestal de gloria. Son raros sin embargo los que sobresalen en este género, porque para ello se necesita poseer *aquella difícil facilidad,* que hace exclamar :

Eso yo tambien me lo diria,

y que sin embargo es solo el patrimonio de los genios superiores, que rozan la tierra con sus alas, porque pueden encumbrar su vuelo á las esferas.

« Entre los varios ejemplos que podriamos presentar en América, citaremos el nombre de don Bartolomé Hidalgo, quien hablando el lenguaje tosco y pintoresco de los *gauchos* de la República Argentina, ha sido el creador de un nuevo género de poesía, y ha puesto la piedra fundamental de lo que propiamente se puede llamar la Egloga americana, y que cada seccion de nuestro continente puede aclimatar bajo su cielo, poniéndola en armonia con el modo de decir tan nuevo y tan vigoroso de los pueblos americanos, teniendo además el recurso de la originalidad de sus costumbres y de la novedad de los paises en que viven. Hasta el presente este género es lo único original que tenemos, lo único que puede llamarse americano : todo lo demás es una imitacion mas ó menos feliz de la poesía europea.

« Hay muchos que han procurado imitar á Hidalgo, pero como lo dice el ilustrado editor de la América poética, todos han quedado muy lejos del maestro. Uno solo de sus imitadores ha conseguido llamar sobre sí la atencion : este es don Hilario Ascasubi, bien conocido por varias composiciones del género de que hemos hablado, las cuales han sido reproducidas en casi todos los diarios americanos, y muy especialmente en los de Chile. »

Personas muy caracterizadas del Rio de la Plata, allí donde la literatura no se divorcia con los mas altos empleos, han publicado espontaneamente juicios favorables y elogios á la belleza de los cuadros poéticos del señor Ascasubi. El doctor don Valen-

tin Alsina, gobernador que fué de Buenos Aires y uno de los publicistas mas conocidos en aquel pais, escribió llamando la atencion sobre el alcance social de las producciones de nuestro poeta, y diciendo en el periódico, el Comercio del Plata del 12 de agosto de 1848, lo que sigue :

LA ENCUHETADA [1]

Se ha publicado en estos últimos dias la *Encuhetada*, obra poética del Sr. Ascasubi y escrita en un género desconocido en la literatura de todos los paises. El es produccion exclusiva de las márgenes del Plata, y es tambien exclusivo el cetro que en él empuña el Sr. Ascasubi hace ya muchos años.

Tiene este género la desventaja de que lo que es hermoso en un pais, quizá no lo sea en los otros; sus bellezas son locales, y no pueden percibirse por quien ignora las habitudes de nuestros campesinos, y el idioma *sui generis* qne les es peculiar. Pero tiene á su vez la ventaja de adaptarse á toda clase de asuntos. Lo chistoso y lo serio, la crítica y la moral, las costumbres y la política, todo puede ser tratado en este género. Esta observacion, cuya verdad está prácticamente demostrada por el Sr. Ascasubi en *La Encuhetada* y en todas sus anteriores producciones, es muy digna de atencion : porque, como este género tiene tanta aceptacion en cierta clase inculta de nuestras sociedades, puede ser un vehiculo que una administracion sagaz sabria utilizar para instruir á esas masas y trasmitirles sucesos ó ideas de las que de otro modo nada saben ni nada se les importa.

Hacer hablar á nuestra gente de campo de política ó de lo que se quiera, pero en su mismo lenguaje, á la manera que en la *égloga* se hace hablar á los pastores el lenguaje de los pastores; hacerles hablar con sus mismos modismos, con sus metáforas y alegorías, con sus voces habituales que á veces son tan fuertemente expresivas, mezclar hábilmente lo jocoso con lo formal, proponerse siempre una idea ú objeto moral ó instructivo, saber aprovechar el auxilio de la rima y emplear siempre el metro que es favorito en esas gentes, y que parece fuera natural en el hombre, el romance ú octosílabo, tal juzgamos que es el carácter distintivo de este apreciable género, que, lo repetimos, es exclusivamente nacional y en cuya importancia quizá no se ha fijado aun bastante la atencion.

Esas dotes reune sin duda *La Encuhetada*; por cuyo acertado desempeño felicitamos á su festivo autor. No queremos perju-

[1] Encuhetada : encohetada, de cohete.

dicarle : y por esto nos ceñiremos á dar unar idea de su objeto, y á presentar una muestra de su desempeño.

Su folleto de 34 páginas de 4º menor y con dos láminas, es la introduccion de un trabajo que tiene por objeto la *Intervencion* europea, especialmente en su relacion con la Inglaterra, sin que por eso el autor y...

sin que dentre en sus deseos
ni un *remoto* pensamiento
de hacer en el fundamento
agravio á los *uropeos*.

Despues de una corta dedicatoria á Lord Palmorston en que le dice...

Señor conde *Palmeton :*
á usté, por lo *bien-portao*,
y el haberse acreditao
¡tan lindo en su *Intervencion!*
Callejas, de refilon,
á nombre de la *gauchada*,
le dedica esta *enflautada* [1],
celebrando entre otras cosas,
que en ancas le largue Rosas
por el *Harpy* [2] una ensilgada.
¿ Sabe lo que es ensilgada?....

Supone el autor que su paisano Olivera llega á casa de su amigo Marcelo, y como aquel perteneciese á la guarnicion de *Maldonado* que fué traida en *Vapor* de guerra, y acaba de desembarcar en Montevideo, esto presenta naturalmente al poeta la ocasion de hablar de lo sufrido en aquel punto, del viaje que hizo para acá, del estado del pais, de politica, y en fin de la *Intervencion*, y además ha interpolado incidentes ó episodios que contribuyen á la variedad y al chiste.

En todo esto hay rasgos muy notables : pero en nuestro sentir, donde sobresale sin mancha ni defecto alguno, la propiedad y la gracia, es en la descripcion del embarque de la guarnicion de Maldonado y en la descripcion del Vapor... cuando dice así:

¡Por vida!..... Y ¿cómo les ha ido
en tanto apuro *ó redota?*
. . . .
. . . .

[1] Enflautada : chafalda, burla, lo mismo que ensilgada.
[2] Harpy : vapor de guerra inglés en el cual Rosas le mandó una nota desatenta á lord Palmerston.

El ilustre fundador del periódico adonde hemos tomando esas apreciaciones, el doctor don Florencio Varela, dos años antes que el señor Alsina (su sucesor en la prensa), habia pronunciado ya los siguientes juicios críticos :

LA MEDIA CAÑA DEL CAMPO.

Con muchísimo gusto damos hoy un lugar preferente en las columnas de nuestro diario á varias estrofas de una bella composicion, que en un folleto suelto ha publicado el Sr. Ascasubi, á quien felicitamos sincera y merecidamente, como acostumbramos y es nuestro deber hacerlo, siempre que por la prensa se publican versos tan bellos y floridos como los que recomendamos al público, pues respecto á los malos y empalagosos, demasiado hacemos con guardar silencio despues de leerlos.

. . . .

LOS MISTERIOS DEL PARANA.

Inútil seria ocultar el nombre del autor de esa preciosa composicion que se publica hoy por la imprenta de este diario. Los versos del Sr. Ascasubi son como los cuadros de Murillo ó de Rubens; el que los ha visto una vez reconoce el colorido, el *estilo,* donde quiera que encuentra otros y esto sin necesidad de que le digan el autor. Leyendo los *Misterios del Parana,* es imposible no recordar á la *Isidora;* pintura movediza, viva, completamente fiel, de una de nuestras guarangas de fandango.

En la composicion que hoy anunciamos campean las dotes que el Señor Ascasubi ha mostrado otras veces en este género de poesia: suma viveza y propiedad en las descripciones; movimiento realmente drámatico en la narracion; versificacion fluidisima, y sobre todo, una verdad de colorido y una propiedad de lenguaje y estilo, que hace de sus composiciones el mas perfecto retrato del gaucho del Rio de la Plata.

La pieza de que hablamos, es una carta en que *Vicente* refiere á su *querida Estanislada* lo que ocurrió en el combate de Obligado, las quejas del paisanaje contra Rosas ; y los anuncios, que le ha hecho el cura, de la prosperidad que la libre navegacion del Paraná ofrece á las provincias ribereñas. Sentimos que las inflexibles condiciones de espacio á que tienen que sujetarse articulos de diarios, que no se pueden postergar, nos hayan forzado á suprimir los trozos que habiamos elegido para muestra de la composicion del señor Ascasubi, privando á nuestros lectores del buen rato que con ellos les dariaamos.

Cerramos este articulo, recomendando este nuevo trabajo del Sr. Ascasubi que será buscado y estimado en las costas del Paraná á donde parece que lo destina especialmente.

Las dos anteriores composisiones elogiadas por don Florencio Varela en el COMERCIO DEL PLATA, á saber : MEDIA CAÑA DEL CAMPO y los MISTERIOS DEL PARANA, forman parte de la coleccion de poesías del señor Ascasubi que hoy publicamos en tres volúmenes bajo el órden y títulos siguientes.

Primer volúmen. — SANTOS VEGA Ó LOS MELLIZOS DE LA FLOR. Este volúmen es todo en verso, y su asunto empieza en el año de 1778 y concluye en 1808.

Segundo volúmen. — ANICETO EL GALLO. Extracto del periódico escrito en verso y prosa bajo ese título, haciendo reminiscencia á la guerra y al sitio que el general Urquiza le hizo y le puso á la ciudad de Buenos Aires en 1853, y haciendo tambien reminiscencia á la cruzada libertadora emprendida por el general Lavalle y sus dignos compañeros de armas contra el tirano Juan Manuel de Rosas. Además, este mismo volúmen contiene otras muchas poesías ineditas.

Tercer volúmen.—PAULINO LUCERO. Se compone de poesías descriptivas sobre las fiestas cívicas hechas en Montevideo en 1833 y 1844, y tambien sobre los triunfos de los patriotas argentinos obtenidos en la guerra de la Independencia. Además este volúmen hace reminiscencia y es como una memoria histórica del sitio que por nueve años consecutivos le hizo poner á la heroica ciudad de Montevideo el tirano Juan Manuel Rosas, con su ejército mandado por el general don Manuel Oribe.

El señor Ascasubi tiene su cartera llena de otros testimonios de estima y aprobacion como poeta, suscritos por muchos nombres célebres. Algunas de esas apreciaciones vienen al final de este prólogo, pues que publicamos esos testimonios copiados fielmente de los originales entresacados del album de nuestro poeta.

Finalmente, nos hemos propuesto en estos renglones cederle la palabra á personas á quienes no se puede (como á un editor) tachar de parcialidad. Y llevando esta mira hasta el fin, transcribimos el artículo critico que el distinguido literato don José Maria Torres Caicedo, conocido en ambos mundos, publicó en Paris en el CORREO DE ULTRAMAR de 24 de julio de 1861, cuando llegaron á su conocimiento las poesias de nuestro autor.

Literatura Latino-Americana

POESIAS

DEL SENOR TENIENTE CORONEL

HILARIO ASCASUBI

Si la poesia, en un sentido mas lato, es la apreciacion exacta y la fiel reproduccion de la naturaleza, el señor Ascasubi es poeta; pero en su poesia no se deben buscar las concepciones trájicas, los sueños sentimentales y voluptuosos, ni la ternura apasionada de los antiguos poemas alemanes; tampoco la exposicion pintoresca, el brillo, la accion, el nervio de los viejos cuentos españoles, ni menos la salvaje energia, la lúgubre profundidad de los himnos sajones.

El señor Ascasubi no pertenece á la categoria de poetas que Taine, Morin y otros han bautizado con el nombre de *lakistes*, pálidos imitadores de Chateaubriand, que solo saben vibrar una nota vaga, tierna y plañidera; está distante de seguir la escuela de los que á todo trance quieren aparecer escépticos, abrumados por el tedio como Biron, sin poseer las sublimes cualidades del autor de Lara y de Manfredo, sin haber sufrido sus padecimientos, sin estar atormentados por el genio « de ese ángel ó demonio; » tampoco sigue á los afiliados en el gremio de la fantasia, como Banville, Baudelaire, Pommier, etc. No; el poeta porteño ha aspirado á enrolarse bajo otra bandera, y en esas filas ha obtenido un rango superior.

El señor Ascasubi ha comprendido que en este siglo, el poeta debe elevarse á otras esferas, ser el sacerdote de la idea, servir la causa de la libertad y del progreso, emplear un acento viril para

alzarlo en las luchas de la humanidad que se esfuerza por hacer triunfar el derecho y la justicia.

En su género, y aun cuando dista mucho en cuanto á la forma, ha emprendido el camino que llevan De Laprade, Dupontavice, De Heussey, Cárlos Alexandre, Estéban Arago y otros pocos que se empeñan en salvar de su ruina la poesía francesa.

El señor Ascasubi, por la originalidad, tiene muchos puntos de contacto con el célebre Jasmin, cuyos cantos, en una lengua que tiende á desaparecer, han arrancado estrepitosos aplausos á las grandes ilustraciones literarias de la capital de la Francia. Por su buen sentido y su naturalidad podria decirse que ha bebido en las mejores obras del buen La Fontaine. Por su robusta entonacion en defensa de la patria y de la libertad, tiene grande analogia con el amable Beranger, el bardo popular de Francia, tan amado por los hijos de las clases trabajadoras y tan injustamente calumniado despues de su muerte, aun por algunos que se llaman liberales y que han dado algunas pruebas de verdadero liberalismo, entre los cuales se cuenta Pelletan.

El señor Ascasubi ha sabido separarse de esa trillada senda que han recorrido muchos poetas americanos, que no han tenido en mira fundar una literatura propiamente nacional, y que han empleado sus robustas facultades en imitar el lenguaje, las formas, los sentimientos y aun asimiliarse las enfermedades del corazon de los escritores desesperados ó desesperanzados de las viejas sociedades europeas.

El señor Ascasubi ha comprendido que el poeta debe servir prácticamente al pueblo, y ha cantado la libertad, ha tronado contra la tiranía, ha seguido paso á paso los terribles episodios, las tremendas escenas que se han desarrollado en las dos riberas del Plata; y para dar á sus agradables é interesantes descripciones un tinte original y algo de color local, ha empleado el lenguaje animado, expresivo, varonil hasta en su misma falta de cultura, de los *gauchos*, de esos habitantes de las Pampas que, acostumbrados á vivir dueños de sí mismos, han defendido con brio la libertad y la independencia, cuando ellas han estado amenazadas ó proximas á sucumbir.

En los versos del señor Ascasubi, aun en sus cóléras y sus indignaciones patrióticas, en sus lides politicas, muestra siempre ese buen humor que indica la necesidad de reir y de hacer reir, sin ser enfadoso ni pobre de espiritu; pues no siempre es justa la máxima de Vauvenargues:

La moquerie est souvent indigence d'esprit.

El bardo argentino se exhibe las mas de las veces burlon y tundador; pero no es cruel en sus sátiras, ni mordaz en sus epigramas: « pica como una abeja sin veneno. » Sin embargo, en mas de una ocasion sus rimas han debido causar escozor al prójimo.

Aun cuando muchas composiciones del Sr. Ascasubi presentan hermosos versos que pudiéramos citar como modelos en su género, nos abstenemos de hacer transcripciones, una vez que pensa-

mos reproducir muchas de las poesías contenidas en los dos tomos de obras completas del autor, como en su romance « Los dos Mellizos,» y en su periódico titulado « Anieeto el Gallo. »

Antes de terminar este artículo nos permitiremos trazar algunas líneas acerca de la biografía del autor.

Hilario Ascasubi nació en la provincia de Cordoba, el año de 1807, de camino su familia para Buenos Aires, en cuya ciudad hizo sus primeros estudios. En 1819 emprendió un viage por la América del Norte y la Guayana francesa. Embarcóse el señor Ascasubi en la barca llamada la *Rosa Argentina*, primera que atravesó la línea equinoccial, llevando orgullosa el pabellon mercante de la República Argentina : 1822.

En 1822 regresó á Buenos Aires; despues se encaminó á Bolivia, y tres años mas tarde bajó á la provincia de Salta, en la República Argentina. A la sazon se organizaba en esa provincia un cuerpo de infantería con el noble objeto de libertar á la república oriental del Uruguay, de la dominacion de los brasileros, á quienes venció el ejército argentino en la batalla de Ituzaingó, el 20 de febrero de 1827. Ascasubi sirvió bajo las órdenes del bizarro coronel José María Paz, y luego á las del general Lavalle.

En 1828 quedó consolidada la independencia del Uruguay, y Ascasubi volvió á Buenos Aires, afiliándose en el partido que el sanguinario Rosas llamaba « de los salvajes unitarios. »

Rosas, con sus instintos de hiena, persiguió á todos los buenos patriotas; Ascasubi no podia dejar de figurar entre las víctimas de ese tirano, y fué aherrojado en un oscuro calabozo, donde permaneció 23 meses. De tan agradable morada fué trasladado á otra hermosa residencia, á bordo de un ponton, *El Cacique*; y allí empezó el bardo á extender sobre el papel sus primeros versos *gauchos*.

Pero Rosas no se limitó á hacer esas caricias y tales agasajos al poeta porteño; hizo algo mas : ordenó que le fusilasen por pronta providencia; pero uno de los gobernadores delegados del famoso restaurador y federalista, don Tomás Manuel de Anchorena, tuvo el buen gusto de no cumplir esa órden, caso raro de desobediencia en aquella época bendita de la *mashorca*.

El benigno y civilizado Rosas se hallaba á la sazon en campaña. Al regresar á Buenos Aires supo que Ascasubi no habia sido fusilado, y lo mandó prender de nuevo : hizo que le encerrasen en una fortaleza, teniendo el propósito de hacerle emprender luego el viage de donde no se vuelve; y á fe que así habria sucedido, si el *gaucho* cantor no hubiera tenido la idea de trepar sobre la muralla y dejarse caer en un foso que estaba á 15 metros mas abajo. En tal ejercicio gimnástico pudo haberse roto la cabeza; pero mas seguro era que Rosas se la mandara cortar : el cálculo del bardo fué, pues, muy acertado. De su salto peligroso salió bien Ascasubi, y pudo ponerlas en polvorosa y asilarse en el territorio de la República Oriental.

Desde Montevideo, donde se habian refugiado centenares de Argentinos perseguidos por Rosas, Ascasubi declaró guerra abierta al tirano, poniendo al servicio de la buena causa su espada, su pluma y sus recursos pecuniarios.

En 1843, despues de tantos años de luchas, en que Ascasubi

pardió dos hermanos y muchos amigos, Rosas envió á su igual, el cruel Oribe, á que conquistase la Banda oriental. Fué entonces que intervinieron la Francia y la Inglaterra con sus escuadras y mas de 4,000 hombres de desembarco, fuerzas que permanecieron en Montevideo.

En 1851, el general don Justo José de Urquiza se pronunció contra Rosas, batió á Oribe y engrosó sus filas con los soldados de ese sanguinario militar. Aliado mas tarde con los brasileros, emprendió su campaña contra el tirano, á quien puso en vergonzosa derrota en Monte Caseros, el 3 de febrero de 1852.

En aquella memorable y gloriosa campaña, Ascasubi figuró como ayudante de campo del general Urquiza.

Desde que la República Argentina recobró su libertad, Ascasubi lo ha seguido prestando sus útiles servicios. En el deplorable conflicto que surgió entre Buenos Aires y las trece provincias, Ascasubi tomó parte por la provincia disidente.

El poeta argentino acaba de hacer un viaje á Europa, y no dudamos que al regresar á su patria se esforzará por excitar el patriotismo de los argentinos, á fin de que pongan término á esas querellas de familia que impiden el adelanto del pais en el interior, quitándole prestigio en el exterior. Esa es la mision de un buen ciudadano y del poeta de la moderna escuela — que es le sostenedora del Derecho y la Justicia.

J. M. Torres Caicedo.

Como complemento á las noticias biográficas que en el anterior artículo inserta el señor Torres Caicedo, reproducimos la vista fiscal que se dió en el expediente de retiro á inválidos, promovido por el señor Ascasubi.

Dice así :

Exmo. Señor.

Por las poderosas razones que expresa la Comendancia general de Armas y la Contaduria general, es evidente que al señor teniente coronel D. Hilario Ascasubi le corresponde el retiro á inválidos con las dos terceras partes del sueldo de su clase.

Pero, si la causa que combatió la tiranía sangrienta de Rosas ha triunfado, si los servicios prestados á esa causa de la civilizacion contra el crimen y la barbarie son grandes méritos para con la patria, es preciso hacer á favor de los ciudadanos que prestaron señalados servicios en esa lucha horrible, todo cuanto sea permitido, aun dando una interpretacion lata á la ley de setiembre.

El señor teniente coronel Ascseubi, de pública notoriedad, ha sido uno de los militarea que, habiendo pertenecido desde muy jóven al ejército nacional de la guerra del Brasil, perteneció siempre á la causa de la libertad; por ella se ha sacrificado, ha emigrado, fué encarcelado y borrado de la lista militar; perteneció á los ejércitos libertadores, al sitio de Montevideo, á la cruzada para derrocar á Rosas, y ha estado constantemente del lado de la causa de los principios durante el sitio de esta ciudad y de todos los conflictos por que ha pasado el país. Con sus fondos particulares proveyó de armas al general Lavalle, armó y tripuló un buque á su expensa durante la cruzada del mismo general, y su casa y su fortuna han estado siempre á disposicion de sus compañeros de emigracion.

Cuando estuvo en buenas condiciones de fortuna, pidió su separacion del servicio por no ser gravoso al Estado, dando á establecimientos publicos los sueldos que se le adeudaban.

Desgracias inesperadas la han hecho perder su fortuna, en edad avanzada; é inútil ya para servicios activos, rodeado de sinsabores domésticos, debe ser recompensado por sus méritos notorios.

La ley de pensiones acuerda la totalidad del sueldo á los que quedaron inutilizados por funcion de guerra, inciso 1º, articulo 17. El Fiscal cree que V. E. en atencion á los remarcables servicios de este Jefe, que es mas meritorio que si se hubiese inutilizado por heridas en funcion de guerra, debiera acordarle el sueldo íntegro con retiro á inválidos.

Rufino de Elizalde.

Buenos Aires, noviembre 18 de 1857.

En comprobacion de los juicios del señor Torres Caicedo reproducimos uno de los varios artículos que un periódico de Buenos Aires, la Tribuna del 5 de setiembre de 1861, redactada por el señor don Hector Florencio Varela, publicó bajo el épigrafe siguiente :

POESIAS DE ASCASUBI.

Si en alguna parte se reconoce el mérito, y se aplaude el talento, es en el seno de la vieja Europa.

Ascasubi, á quien alguno llamó con razon, por la popularidad de sus cantos, el Beranger Argentino; Ascasubi, de quien Florencio Varela, y todos los hombres distinguidos del Rio de

la Plata, han hecho el mayor elogio que pueda tributarse á uno de esos seres á quienes la Providencia regala una chispa de su divina inspiracion; Ascasubi, que con la sencillez y naturalidad de sus cantos ha infundido, en gran parte, el amor á la libertad en el corazon de nuestras masas, acaba de recibir en Paris una ovacion merecida á su genio y á su talento de poeta.

El *Correo* de *Ultramar*, cuya importancia como periódico conocen todos, le ha consagrado el bello artículo que hoy reproducimos en la primer página de *La Tribuna.*

Lo firma el Sr. Caicedo, uno de los redactores de aquel diario, á quien, aunque de carrera, tuvimos el placer de apretar la mano en una de las veces que, de paso, estuvimos en ese *inmenso salon* de lujo, encantos y delicias, á que se llama Paris.

El Sr. Caicedo, distinguido escritor americano, es, como se verá por su escrito, una persona competente y caracterizada, para juzgar las poesías de Ascasubi, y que al elogiarlas reproduce en *El Correo de Ultramar.*

Como Argentinos, nos felicitamos de los elogios tributados al famoso *Aniceto el Gallo*, por uno de los órganos mas caracterizados de la prensa europea, y como amigos suyos, le felicitamos á él por el honor que le hace esa manifestacion, tan justa como merecida.

El 6 del mismo mes y año el Nacional, tambien periódico de Buenos Aires, escribió igualmente lo que sigue :

EL POETA ASCASUBI.

El mérito verdadero no se oculta nunca, ni pierde en su esencia por mas olvidado que permanezca, por algun tiempo.

El brillante oculto en un terreno cualquiera, sale á fascinar con sus rayos á las mas elevadas cortesanas; la perla escondida en su concha, solo tiene valor cuando es conocida del vulgo, mientras que nadie se ocupaba de su mérito verdadero antes de la publicacion de su valor.

Como el brillante, como el oro, como las perlas ocultas en las entrañas del globo, estaban para la Europa las obras de nuestro célebre Aniceto el Gallo. — El Sr. Torres Caicedo, toma hoy con la punta de su brillante pluma el nombre de Hilario Ascasubi y lo pone en exhibicion, y le corona con una aureola de gloria para que la Europa sepa que tambien aquí, entre estos bosques americanos donde nos creen salvajes todavía, hay talento, hay imaginacion, hay genio.

El Sr. Caicedo es poeta, y poeta de corazon; sus palabras

sobre las obras del coronel Ascasubi le honrau, y por ellas felicitamos á nuestro, amigo á quien antes que Caicedo hemos rendido nuestros tributos.

En el periódico la Regeneracion, que se publicaba en el Uruguay, el distinguido profesor don Marcos Sastre escribió en el numero del 6 de julio de 1851 el siguiente juicio :

PAULINO LUCERO.

Nos es sumamente grato publicar en nuestras columnas el bellísimo poema « Paulino Lucero, » dedicado por su distinguido autor al heroico general Urquiza, tan expectable hoy por resumir en su noble politica y generosa personificacion la gran cuestion de las libertades del Plata, ahogadas hace 21 años por Rosas, tirano detestable. « Paulino Lucero, » compuesto hace cinco años y publicado en Montevideo, ha sido refundido y adaptado á la situacion de nuestra actualidad, que con una prevision que habria derecho de apellidar profética, entrevió y anunció desde su primera aparicion. Hoy que providencialmente vemos convertido en una prestigiosa realidad, aquello mismo que en la primera aparicion del poema fué clasificado, por muchos, de meros ensueños de poeta; hoy que la Patria levanta su noble cabeza, y muestra con santo orgullo que la raza de hombres grandes que tanto han ilustrado sus fastos, y que tan encarnizadamente ha perseguido con el exterminio el bárbaro Rosas, renace llena de noble vigor en la persona del magnánimo general Urquiza, para revindicar sus derechos y sus glorias, y colocarse definitivamente en el rango de nacion libre y civilizada, creemos con entera conviccion que la publicacion del poema será de completa aceptacion, no solo por el fin político que envuelve, sino tambien por el relevante mérito que lo distingue y coloca en el repertorio de nuestras naciéntes glorias literarias.

« Paulino Lucero » como todas las composiciones de su autor, toma una direccion verdaderamente grande, y cual otro Beranger, marcha tras la Patria, la libertad, el pueblo ; que es su Musa y su Parnaso.

El Comercio del Plata, periódico de Montevideo, publicó en su número de 26 de agosto de 1851 el artículo que reproducimos á continuacion, debido

á la pluma del ilustrado literato argentino, doctor don Vicente Fidel Lopez.

URQUIZA EN LA PATRIA NUEVA.

Pocos dias hace que recibimos de Entre-Rios una nueva obra del Sr. Ascasubi que juzgamos muy digna de llamar la atencion de los amantes de la bella literatura, como lo es siempre todo talento verdaderamente original y fuerte. El Sr. Ascasubi es un poeta dotado de una admirable fecundidad en la concepcion y en los detalles de sus cuadros. Parece que para hallar el encanto con que sabe hechizar á sus lectores, le basta tender sobre el vasto y magnífico suelo bañado por el Plata la vista sagaz con que fué dotado por la naturaleza; tal es la precision de sus pinturas y el amenísimo y verídico colorido con que hace resaltar los personajes y los hábitos nacionales que idealiza.

No es nuestro ánimo, por supuesto, usurpar aquí el lugar de críticos para apreciar en su conjunto y en un sentido el talento especial del Sr. Ascasubi, ó para investigar las infinitas bellezas de detalle con que tanto sobresalen las bellas obras que ha escrito.

El autor de *Los Mellizos* está ya juzgado por el mundo Sud Americano: su palma será—nos complacemos en creerlo—eterna como la historia y la naturaleza de nuestros paises; y á este respecto solo le deseamos sosiego de espíritu y proteccion para que cumpla las bellas promesas de su talento, y pueda dotar á la literatura nacional de ese carácter distintivo que solo *él* ha sabido dar, y que solo él aparece hasta aquí como capaz de consagrar con fijeza y brillantez.

Cuando nuevas razas y nuevas cosas hayan cubierto nuestro territorio, cuando los tipos poéticos de nuestra vida actual hayan desaparecido por la superposicion de nuevas entidades y por la invasion de los hábitos é intereses de la vida civil é industrial, cuando nuestros desiertos y el hombre de nuestros desiertos, como los cazadores y los tramperos de *Cooper* hayan cedido su lugar á la actividad acompasada y material de nuestra grandeza futura, los cuadros y las creaciones del Sr. Ascasubi serán sin disputa la fuente, los antecedentes *homéricos* de nuestra futura literatura, y en este concepto es inmenso el valor histórico á que creemos está reservado ese nombre reducido hoy entre nosotros á un valor modesto tal vez. ¡Pluguiera al Cielo que la noble aspiracion de merecer tan bello destino lo alentase para el trabajo hoy: y para concebir y ejecutar obras de meditacion y de paciencia.

Sin poderlo remediar íbamos ya á extraviarnos del objeto circunscrito que nos habiamos propuesto al comenzar.

El general Urquiza en la Patria Nueva, es á nuestro juicio una de las mas bellas producciones del poeta argentino que nos ocupa. No era extraño tampoco que así fuera. La inspiracion producida por el campeon que ha tomado sobre sí la magnífica empresa de nuestra regeneracion, la resurreccion de una patria por tantos años envilecida, y arrastrada en el lodo por la mas espan-

tosa de las tiranías; que en los momentos del mas fatal y desvalido desaliento levanta repentino su voz para decirnos: « ¡Ea, hijos del suelo argentino y oriental, levantad vuestra frente del sucio polvo, que aquí teneis todavia un brazo fuerte para daros patria y un corazon que la sabe comprender grande y vigorosa para el bien de todos! » la inspiracion, deciamos, producida por tan sublime revolucion, no podia menos que hacer vibrar en el poeta las cuerdas mas delicadas y armoniosas de su feliz talento.

Y en efecto: las bellezas de esta produccion del Sr. Ascasubi son eminentes. Nos guardaremos por cierto de obedecer á la tentacion de extraerlas aquí para mostrarlas: cualquiera que las tome en las páginas salidas de la prensa de Entre-Rios, conocerá que no excedemos en un ápice los límites de la justicia al darle al autor nuestros aplausos.

Aunque la pintura del *Rio Uruguay* es en el poema que nos ocupa un trozo singular de sencillez y de vigor poético, reducidos por los límites que nos estrechan, tenemos que dejarla para concluir con una observacion capital. El Sr. Ascasubi pertenece como talento al género de *Cervantes*; sus personages se elevan al tono poético, como tipos del buen sentido popular; y siempre ardoroso enemigo de los gérmenes del mal y de las preocupaciones atrasadas que nos han afligido durante todas nuestras luchas y desgracias civiles, mantiene, por decirlo así, y propaga en nuestras masas la doctrina del órden, de la moral y de la civilizacion. En este sentido las obras del Sr. Ascasubi tienen un inmenso valor social, porque unen á la mas sana tendencia en política y en moral toda la fascinacion de las narraciones y de los cuadros artísticos de la poesía.

Nos complacemos en esperar que el autor y sus trabajos están destinados á recibir una eficaz proteccion y fomento en la *Patria Nueva* que alborea para nuestra tierra por tantos años desgraciada. Concluimos pues rogando al cielo que las dulces promesas que tiene hoy pendientes sobre la frente del hombre y de la patria, se cumplan todas y formen la imperecedera bendicion del uno y de la otra.

El *Nacional* de Buenos Aires, en su número del 22 de mayo de 1853, insertó un larguísimo artículo de su redactor el distinguido publicista don Palemon Huergo, analizando las poesías de Ascasubi, de cuyo artículo tomamos las bien consideradas reflexiones que siguen:

LITERATURA NACIONAL.

¿Tiene algo de original nuestra literatura?

Hé ahí la pregunta que se han hecho muchas veces los hom-

bres pensadores, sin que jamás haya podido ser resuelta en la afirmativa.

Entre los habitantes del Continente Americano, y con especialidad en los de ambas orillas del Plata, se nota visiblemente una disposicion natural hácia el rápido desarrollo de la inteligencia, imaginaciones vivas, fogosas, entusiastas, predispuestas siempre á todo lo que es grande, maravilloso y bello, que unidas a cierta organizacion armónica que parece serles inherente, ha producido en todos tiempos un numero crecidísimo de poetas, de que han podido vanagloriarse, citandose entre ellos no pocos, que figurarian aun al lado de los mas ilustres nombres de los literatos modernos de la Europa.

Pero por muy dignos de atencion que hayan sido sus trabajos, no han llevado en si el sello de la *originalidad;* ni podia ser de otro modo, desde que, circunscritos á reproducir las mismas escenas de la vida civilizada, y empapados sus pinceles en los colores del viejo mundo, no presentaron sino una reproduccion de aquellos cuadros, ardientes y entusiastas, tiernos y desesperantes, enérgicos ó suaves, de Biron, Lamartine, Victor Hugo, Espronceda ó Larra, etc.

La misma naturaleza, las mismas escenas, las mismas impresiones, y por consiguiente la misma escuela debian imprimir un sello idéntico á las producciones americanas; por eso ha debido asegurarse que no teniamos literatura propia.

En épocas como la actual, en que la civilizacion cunde con la rapidez del rayo, por medio del vapor y la electricidad, difícil es sin duda que una nacion pueda conservar un carácter tan especial y exclusivo en sus obras, que poniéndolas fuera del alcance de las demas pueda crearse un título de originalidad, y mostrarlo al mundo como una hoja privada de su corona literaria.

Las producciones en estilo *gauchi-poético* que de algunos años á esta parte ha producido la pluma hábil del Sr. Ascasubi, nos han venido á probar esta verdad, y resuelto por la afirmativa la cuestion que por tantos años fuera decidida de un modo negativo.

La vida errante, sin traba alguna de las conocidas en los círculos de las sociedades civilizadas, del gaucho argentino, que nacido, criado y educado, entre la vasta pampa que forma su campaña, ha aprendido desde los primeros dias á luchar con los elementos, á vencer las fieras, á despreciar la vida, á hacerse superior á todo ser y á toda cosa humana; las faenas del pastoreo, acostumbrado á desempeñarlas segun el método admitido de los indígenas, sin mas instrumentos, tanto para ellas, cuanto para todas sus exigencias, que el cuchillo, el lazo y el potro, con que ha conseguido vencerlas y héchose superior, satisfaciendo todas las necesidades de su vida, errante por costumbre, por necesidad, por gusto ó por inclinacion; sus habitos, usos y costumbres, necesariamente excepcionales, como lo son todas las demas escenas de su vida, escenas desconocidas hasta hoy al viejo mundo, su lenguaje figurado, enérgico, entusiasta, siempre abrumado de imágenes y comparaciones; todos estos cuadros nuevos producidos por la particularidad é inmensa despoblacion de tan vastos territorios en que nuestros primeros padres confundiendo su raza

con la de los indígenas, dieron orígen á una clase intermediaria entre el europeo civilizado y el indio salvaje, produjo necesariamente el gaucho, que nacido en esas vastas soledades, nació, creció y murió sin conocer mas mundo, ni mas escena, que el horizonte de la pampa, los ganados, su caballo, su lazo; que no reconoció mas autoridad que la suya, ni mas propiedad que el comunismo : todo esto pues, sufriendo las modificaciones, que el tiempo ha debido ir produciendo gradualmente, ha dado por resultado el gaucho criollo de las pampas argentinas, algo mas civilizado, con una imaginacion ardiente y una inteligencia viva; y que, viviendo en el mismo teatro que dejamos descrito, ha adquirido hábitos especiales y desconocidos en sus formas y en su expresion á todo el resto del mundo.

Todo esto vino á ser desde luego un gran material de originalidad, reservado para revelarse algun dia al mundo civilizado. Esas escenas en todas sus varias y complicadísimas formas debian ser una novedad, y para que ellas pudiesen llamar la atencion del hombre inteligente ó del filósofo, preciso era tambien que sus cuadros fueran dados á luz por el pincel de un poeta, igualmente *original* é interiorizado á fondo de la vida íntima del espíritu, tendencia, recursos, medios de vida, lenguaje y modismos del Gaucho argentino.

Aquella sociedad, cuyos colores no habian sido antes revelados, ni de los que el mundo europeo puede formar idea por la simple imaginacion, no podia ser diseñada con verdad, sino por un poeta privilegiado que, intérprete de ella, la hiciese palpable en sus diversas fases; y era esto tanto mas necesario cuanto que sus inspiraciones debian amoldarse á un género de poesía, cuyo original solo hallaria por el estudio científico y la meditacion profunda y detenida, desentrañando el secreto de esas escenas que se presentaban á sus ojos, hasta encontrar en ellas, como el cirujano que con el escalpelo en mano sorprende los secretos de la vitalidad, los resortes íntimos que las animan.

Varios poetas han intentado pintarnos el cuadro de la vida del Gaucho Argentino. Entre ellos se cuenta don Bartolomé Hidalgo, á quien debe considerarse como el creador de este nuevo género de poesía; y á quien nadie negará las cualidades de un hábil y experto versificador, y perfecto conocedor de la sociedad íntima de los libres habitantes de la extendida pampa. Pero sus cuadros descriptivos, pocos en número y reducidos en el límite de su extension, no alcanzaron á llenar todos los requisitos que exige el arte para colocar el estilo gauchi-poético en que se ejercitó su florida imaginacion, ni elevároule á la altura que él requiere para que pudiera colocársele entre el catálogo de las bellas letras.

El Sr. Ascasubi, dominando en globo el vasto espacio del horizonte que su produccion no habia alcanzado á salvar, sobreponiéndose á todas las dificultades que ofrece siempre un género nuevo, dando expansion á su imaginacion inagotable, llevó su pensamiento por todos los intrincados y caprichosos laberintos que ofrecen sus hábitos, sus costumbres y su lenguaje, sorprendiéndolos y revelándolos al mundo en todas sus

faces diversas, realzando este género de poesía hasta adquirir esa regularidad necesaria para ocupar un lugar entre ellas.

El bardo argentino ha cantado en este estilo gauchi-poético, jocoso, florido, lleno de imágenes vivas y graciosísimas, recorriendo todas sus notas severas y profundas, suaves y melancólicas, entusiastas ó arrebatadoras, casi todos los sucesos que forman parte de la vida de nuestros paisanos de la campaña. El ha descrito nuestras fiestas, nuestras disensiones políticas, nuestras esperanzas, nuestros infortunios; han vibrado en sus cuerdas nuestros recuerdos del pasado y nuestras esperanzas del porvenir. En una palabra el Sr. Ascasubi ha sido el único que hasta ahora ha abrazado todo el horizonte que á su viva imaginacion ofrecia aquella nueva fuente de poesía, y es por esta razon que opinamos que él será el primero á quien la literatura ceñirá la corona del *gauchi-poeta*.

Opinan algunos que el estro gauchi-poético no merece clasificacion especial en la literatura, no debiendo reputársele *original*, pues que él no es otra cosa, que una semejanza de los cuadros poéticos de los antiguos pastores, los cantos andaluces ú orientales, las melodías de Moore, ó las canciones de Beranger; vamos á demostrar lo contrario. Por mas que haya diferencia de estilo y expresion entre las composiciones que dejamos citadas, preciso es notar que su especialidad solo existe en ellos, en tanto que las imágenes permanecen comunes á todas las naciones, y se prestan á la imitacion, pudiendo ser reproducidas por el poeta hábil en su idioma, extraño al de su creador.

Y esta verdad la encontramos de manifiesto, si nos fijamos que las composiciones andaluzas hallan su semejanza en las agudezas de las canciones irlandesas, y los cánticos orientales se reproducen en las melodías de Moore, los aclimata Victor Hugo, y Arolas se los apropia de tal manera, cual si fueran fruto indígena de la España.

Hay algo mas aun que observar; y es que este género de poesía podrá ser siempre en toda época reproducido, porque las imágenes están al alcance de todos, porque ellas pertenecen á todo el mundo, no habiendo mas que obtener para realizarlas que la reproduccion fiel del modo de expresarlas. Pasarán mil años, y el hombre que jamás haya salido al campo, podrá formar una idea de la vida de los antiguos pastores, porque ella no es sino un reflejo de la sociedad general, despejada de sus grandezas, y reducida á la humildad y la inocencia; y para comprender con alguna exactitud este cuadro, solo se necesita un poco de meditacion y un estudio mediano de las necesidades y medios de llenarlas, de la época.

Pero los cuadros gauchi-poéticos, están muy distantes de prestarse á ese simple análisis. Ellos son la representacion de campos fértiles é inmensos, ocupados aquí y allá por ganados cerriles, y habitados por hombres nacidos de la mezcla de dos razas diferentes, representando la una la civilizacion, la otra la barbarie, de las que ha resultado una raza especial, que conservando hasta cierto punto los usos primitivos de una de ellas, ha adquirido tambien hasta cierto grado algunas formas de la

otra. Su vida excepcional, su lucha constante con las fieras y la naturaleza, la han dotado de un carácter puramente especial que ha recibido por el tiempo diversas modificaciones; y la influencia del clima, la grandiosidad del vasto horizonte que por do quier la rodea, su vida siempre expuesta á los peligros, y acostumbrada á desafiarlos, su lenguage figurado y gracioso, ayudado de una imaginacion siempre dispuesta á vibrar tras lo grande y bello, todas estas razones han debido necesariamente crear un ser especial, desconocido hasta entonces de la Europa. Su completa ignorancia de las escenas de la vida civilizada y del progreso del mundo, el modo especial y desconocido hasta allí de ejercitar su inteligencia, y llenar las necesidades de la vida, han debido tambien contribuir mas aun para marcar todos sus actos con el sello de la originalidad.

Y si no, digasenos ¿dónde está fuera de la América el ser que en el mundo habrá llenado todas las exigencias de la vida, sin mas instrumentos que su caballo, su cuchillo, el lazo, y las boleadoras?

Pues bien; este ser que ha reducido á estos solos objetos todas sus necesidades, pues que con ellos tiene en sus manos todos sus recursos, es indisputable que es un ser original entre los demás seres, y que originales serán los cuadros que le representen, y original de consiguiente el pincel que haya de trazarlos fielmente,

Y decimos original — porque el poeta tiene que representar objetos desconocidos al gaucho, circunscribiéndose á describirlos por medio de la representacion que hace de ellos, á los únicos objetos que aquel conoce — y representando estos un círculo tan reducido, la imaginacion del poeta, precisa de una fuerza de originalidad extraordinaria para ofrecerlos á su comprension, de modo que á la simple vista de ellos pueda reconocerlos. — Aquí, el objeto que se describe, y aquel con que se le compara, son las mas veces de especies, naturalezas, formas y existencias tan diversas y *originales* al mismo por una parte, que, para que el poeta pueda representarlas con exactitud, requiere dotes muy esenciales, sin las que jamás conseguirá lo que se requiere, aun en los objetos vulgares que se reproducen, cual es la exactitud y fiel semejanza del cuadro.

Partiendo de este principio, hemos opinado, y creemos suficiente lo dicho, para que se considere demostrado, que el estilo gauchi-poético es un género de poesía nacional, siendo él lo único que podemos llamar entre nosotros *original*.

Y debe observarse que no es solo notable en este sentido, sino que lo es mucho mas por presentar la particularidad de que á la par que los anteriores podrán ser reproducidos, y existirán siempre mientras se conserve la civilizacion entre las naciones, las inspiraciones gauchi-poéticas están destinadas á morir para no reproducirse jamás á menos que no supongamos la descubierta de un nuevo mundo que presentando las mismas faces que la América, reciba en su seno los mismos elementos de reproduccion y progreso. El bardo gauchi-poético no podrá

existir ni aun entre nosotros, ni ser reproducidos sus cuadros por nuestros descendientes.

El dia llegará sin duda en que, probladas y cruzadas por caminos de hierro nuestras extensas campañas, fatigadas las tierras por la mano incansable y laboriosa del agricultor, cercadas y ceñidas á círculos estrechos las propriedades, atravesados los rios por vapores, los canales por puentes ó acueductos, el hombre pensador buscará un vestigio que le revele los secretos de esa vida errante y original que llevaron sus ascendientes, esa misma vida que llevan hoy los paisanos de nuestra campaña, y en vano se fatigará en el estudio por descubrir entre las nuevas creaciones del arte y de la industria, un vestigio que testifique la existencia de estos tiempos. — Todo habrá desaparecido — y el gaucho Argentino será solo un recuerdo entre la historia de los pueblos Americanos.

La historia, que desdeña estampar en sus páginas las escenas vulgarizadas y habituales de la época, no ofrecerá entonces sino uno que otro rasgo de su vida, por los que será imposible al filósofo crear en su imaginacion el cuadro retrospectivo de la vida del gaucho.

Entonces, no trepidamos decirlo, el Sr. Ascasubi será el bardo privilegiado en cuyas páginas irán á buscar la representacion fiel de las escena de estos tiempos, las que por mas naturalmente que ellas hayan sido trazadas, apenas comprenderán con mediana exactitud los venideros. Allí irán á sorprender los secretos de esa vida, que el tiempo habrá borrado de la faz de la America, y guiados por el genio y las felices descripciones del bardo Argentino, asistirán como con él hasta el seno del hogar doméstico á desenterrar los secretos de su vida, fiestas, tareas, luchas, aspiraciones, é inteligencia.

Al terminar esta breve reseña en que hemos creido hacer justicia al mérito adquirido por el Sr. Ascasubi en sus producciones gauchi-poéticas, queremos hacer presente algunos trozos de sus trabajos, pues desearianos justificar algun tanto nuestras opiniones, remitiendo á las fuentes que vamos á citar á los que quieran verificar nuestra imparcialidad ó justa apreciacion de sus obras.

El Sr. Ascasubi ha publicado infinidad de producciones en que están representados gran parte de los principales sucesos que de veinte años á esta parte han tenido lugar en nuestras disensiones politicas, todo lo que anda diseminado en folletos sueltos, pero solo de diez años á esta parte es que puede decirse que este poeta ha conseguido crearse su reputacion. Sus producciones mas recientes han sido efectivamente muy apreciadas, y oportunas siempre, pues que han figurado en ellas los sucesos mas notables, que han tenido lugar desde el bloqueo francés. Entre ellas citaremos su « Carta ensilgada » á Mr. Thiers, « Los misterios del Paraná » un tomo titulado « composiciones poéticas por el gaucho Argentino Paulino Lucero, » lleno de bellisimas descripciones, pensamientos jocosísimos, y ocurrencias chistosas y originales, que revelan en su autor una imaginacion feliz, un conocimiento profundo de la vida de campaña, y un talento sobresaliente para la reproduccion de esce-

nas dramáticas; « Los dos Mellizos » es un romance que por sí solo creemos que, una vez concluido por su autor, valdrá por todas sus obras. Allí se ve fielmente reproducida la naturaleza, el campo, las escenas todas de esa vida errante, sus habitaciones, payadores, amores, y en una palabra todas las peripecias de la vida del gaucho. Pero infelizmente, como si su autor hubiese tambien querido imitar la indolencia ó hábitos de sus héroes, que jamás permanecen quietos, ni dan fin á un pensamiento, parece que hubiera abandonado el de terminarla, pues solo ha dado al público dos entregas, lo que es tanto mas de sentirse cuanto que ella deberá ser la base fundamental en que habrá de reposar en adelante su crédito futuro.

Como hemos dicho ya, el Sr. Ascasubi ha dado á luz muchas otras producciones, pero solo hemos hecho mencion de aquellas que conocemos y que mas han llamado la atencion pública.

De los varios periódicos del Rio de la Plata que hablan del señor Ascasubi, entresacamos como muestra algunas citas y reproducciones alusivas á nuestro poeta.

El Nacional de Buenos Aires publicó en 10 de febrero de 1853 lo que sigue :

LA TARTAMUDA.

El Sr. Ascasubi, el poeta verdaderamente original del Plata, cuyas bellísimas composiciones han llamado la atencion de los literatos y pensadores de ambas riberas, acaba de dar á luz una nueva y originalísima composicion, como son generalmente todas las que produce su pluma.

La Tartamuda, ó la « Media caña que cantó un corneta Porteño etc., » es una produccion, en la que el bardo ha derramado toda la sabrosa sal de su fecunda vena. Los que han repetido con entusiasmo los versos del Sr. Ascasubi, sin conocer las circunstancias á que se refieren, no han podido jamás formar una idea del *à propos* de sus chistes. Es por esta razon que felicitamos al Sr. Ascasubi, por su nueva produccion, porque ella habilitará, por la primera vez, á sus compatriotas, á valorar ese torrente de poesía burlesca, juguetona y traviesa que respira cada una de sus estrofas, y llevan al lector de una á otra escena en el arrebato de aplausos que necesariamente arrancan, en medio de la hilaridad que despiertan en el espíritu ocurrencias tan inesperadas cuanto bellísimamente dichas.

¿Puede haber ocurrencia mas original que la siguiente en que se pinta al Congreso entrando en la capital?

Y allí por junto
Topé un carro cargado
Con un dijunto.
Hasta encima del lecho
Lleno de barro
Y amarrao con torzales
Venia un carro.
¡Barajo!.... qué olor! cuanto me arrimé
Al muerto *jediondo* que de Santa Fe
Venia ticao;
Y el carrero me dijo :
Es el co...n...gres...so.

No siendo por ahora nuestra intencion describir todas las bellezas que caracterizan los escritos del Sr. Ascasubi, pues para ello nos seria necesario dedicar una parte muy esencial de nuestro diario, cosa que nos es imposible en las actuales circunstancias, concluiremos felicitando á su autor por el momento de placer que nos ha proporcionado la lectura de la «Tartamuda,» recomendándola al público como una curiosidad del arte, digna de figurar entre la coleccion de nuestros mejores poetas.

De la TRIBUNA DE BUENOS AIRES copiamos lo siguiente :

ACROSTICOS DOBLES.

Con placer publicamos á continuacion las dos bellisimas é ingeniosas octavas en acrósticos dobles del célebre poeta oriental don Francisco A. Figueroa. Estas octavas, en confianza y medio furtivamente, las hemos tomado de un Album que ha pasado por nuestras manos, el cual pertenece á la señora oriental cuyo nombre se manifiesta en el segundo acróstico, etc.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORA DOÑA LAUREANA VILLAGRAN DE ASCASUBI.

Altos Apleusos gozoe, oh argentino!
Sobre Hidalgo, en donaire é inventiva;
Cuando Imitando el tono campesino
Alzas La voz en sátira festiva.
Salve **Aniceto el Gallo**! En tal camino
Unico Reinas, sin soberbia esquiva,
Bardo Insigne, si aquel vive en la historia
Igual O superior brilla tu gloria.

Viva La predilecta hija de Oriente,
Iris Animador, que á extraña esfera
Llevó Ufana su luz; perpetuamente
Amor Reciba, y oblacion do quiera:
Goce En torno loor, viendo en su frente
Rica Aureola lucir, que duradera
Alto Nombre le dé; y así querida
Nada Altere su paz en larga vida.

F. A. de Figueroa.

Montevideo, Agosto 29 de 1856.

La Democracia, de Montevideo, haciendo la descripcion de una reunion en que se hallaban personas notabilisimas, se expresa así en un artículo, suscrito por un célebre escritor y diplomático :

HORAS DE SOLAZ.

Reunidos al rededor de una mesa perfectamente aderezada, en una de las salas del hotel Oriental, se hallaban antes de ayer unos cuantos amigos á quienes obsequiaba el Sr. Ascasubi.

Toda era gente de buen humor y de talento.

La comida fué espléndida, y reinó en ella la algazara festiva, con que siempre son engalanadas estas escenas, cuando existe cordialidad y *esprit*, y no escasean los vinos generosos.

El Sr. Figueroa, apenas servidos los primeros platos, y puede

docirse á quema ropa, fué el quo primero dió la señal do romper el fuego can la siguionto improvisacion :

¿Quién es sl *Gallo Aniceto*
qus canta como un canario?
Hilario.

En su amor antos volublo
¿quién reino ya soberans?
Laursana.

En su dalor por Cristina
¿quién la cansusla y restaura?
Laura.

En los aspacios dol aura
y del suclo on la amplitud
repita ol eco : ¡Salud
á Hilario, Laureano y Loura!

Poco despues, con el mismo estro y admirablo focilidod quo le distinguia, improvisaba el Sr. Figuoroo las siguientes lindisimas cuartotas :

Glaria al diguo sucesor
de Hidalgo, al vate argentino
quo en estilo campesino
no tiene igual on volor.

Si, Ascasubi, ¿quièn na acata
tus poéticas encantas?
tú ombolesas can tus cantos
las dos márgenos del Plata.

Salúdoto, amigo fiel,
y te pido aquí obsecuente
mo dés para ornor mi frento
una hojo do tu lourel.

Aniceto sl Gallo pulsó su armoniosa guitarrs y largó los siguientos trovos, cuyo mérita no puedo apreciarss dsbidomonte, sino oyéndolos recitsr á su privilegiada outor, único quo paseo ol secreto y ls magio de ese lenguajs.

Sintiéndomo olgo templaa
par ol vina de *champaña*,
voy á vor si mo day maño
pora lorgsr un *brindao* [1];
en el cual, por decontao,
alguns bsrbaridá
voy á decir, porquo sstá

[1] Un brindao : un brindis.

mi cabeza mesmamente
como un horno de caliente;
pero, ¡qué Cristo! allá va :

Porque al poeta *Ronquillo* [1]
mi *amigazo* D. Francisco,
blando al amor como un *brisco* [2]
y al *Mus* [3] escoba ó cepillo,
no se le *muera el potrillo* [4],
ni se le agote la vena
del buen humor, y sin pena
cien años mas viva así,
en chaucha [5], y como está aqui
con cara de luna llena.

En seguida pronunció algunas sentidas palabras el Dr. D. Francisco Pico, que quedó en enviarnos y no lo ha hecho sin duda por pereza de copiarlas, y el que estas lineas escribe cerró los brindis con el siguiente :

Allá en la argentina orilla,
entre los nombres mas bellos
lanzando vivos destellos
el tuyo, Ascasubi, brilla;
y aquí en la Patria Oriental,
nuestro mas ilustre Bardo
ciñe á tu frente gallardo
una corona inmorta.

A. Magariños Cervantes.

La Tribuna del 25 de febrero de 1859 dijo :

ANICETO Y ANASTASIO.

A continuacion publicamos las lineas que *Aniceto el Gallo* dirige á *Anastasio el Pollo.*

1 Poeta Ronquillo: el Señor Figueroa era completamente ronco.
2 Como un brisco : como un durazno prisco.
3 Al *mus* escoba ó cepillo : el señor Figueroa era muy jugador al mus; y, como ganaba cuasi siempre todos los envites que hacia, á un mismo tiempo y con diferentes personas, para recoger de la carpeta las apuestas, tendia la mano y arrastraba el dinero cerca de sí como una escoba ó un cepillo.
4 No se le muera el potrillo : no se le agote la vena poética y se entristezca.
5 En chaucha : alegre por efecto del champaña.

aplaudirlas y felicitarlo intimamente, mientras enmudezco respecto á otras que se han producido, las cuales, á Vd., á mí, y á cuantos tengan orejas, indudablemente, si las han leido, se les habrá *roto* el *tímpano*.
Soy de vd. afmo amigo.

HILARIO ASCASUBI.

Buenos Aires. Febrero 25 de 1859.

CONTESTACION DE ANICETO EL GALLO.

Al *Mozo* patriota y criollo
mi amigo Anastasio el Pollo :

Esta mañana, *cuñao*,
en la «Tribuna del dia»
me almorcé la verseria
con que usté me ha saludao.
Y aunque me veo apurao
por un *que-hacer*, que me abruma,
mesmo-así, tomó la pluma,
y despues de mil esfuerzos,
consegui estos *fieros* versos
concertarle, porque... en suma...

Confieso, amigo, que estoy
de sus *compuestos* prendao.
¡ Por Cristo! que me ha tirao
lejos.... ¡ á fe de quien soy!
y es notorio que antes de hoy
publiqué esta confesion,
tambien haciendo intencion
de *cederle* la *vedera*,
y servirlo en *donde quiera*
con toda veneracion.

Ahora sé que asi le pago
el cariño y cortesía
con que me saluda *hoy dia*,
como que es deber el que hago.
Y no crea que esto *halago*
sea lisonja, es completo;
pues lo *aprecéo* y respeto
desde lo alto á lo profundo,
y firmo hasta el fin del mundo
seré su amigo :

ANICETO.

Buenos Aires. Febrero 25 de 1859.

La misma *Tribuna* publicó en el número del dia siguiente al anteriormente citado :

ANASTASIO ANICETO.

Ayer publicamos la carta que nuestro amigo D. Hilario Ascasubi ó *Aniceto el Gallo* dirige á nuestro amigo D. Estanislao del Campo ó *Anastasio el Pollo.*

Hoy publicamos á continuacion las palabras con que nuestro amigo Del Campo contesta á nuestro amigo Ascasubi. Son las siguientes:

Febrero 26 de 1859.

Sr. D. Hilario Ascasubi.

Mi querido amigo:

Si en los renglones que me dirige Vd. por la *Tribuna* de hoy, hubiera hallado solamente la aprobacion del maestro para los trabajos del discípulo, la habria aceptado tal vez, no porque en tal caso abrigase yo la creencia de merecerla, sino porque en el juicio favorable de su inteligencia para mis pobres versos, habria visto un gérmen de estímulo para muchos de nuestros jóvenes compatriotas, que poseyendo una rica inteligencia y una brillante y natural disposicion para cultivar el género de literatura tan útil en nuestro pais, y que el renombrado Hidalgo y Vd. han inmortalizado, se abstienen de ejercitar esas dotes por un temor indisculpable bajo cualquier punto de vista.

Pero no es solamente la aprobacion para mis humildes versos la que Vd. me envia en el diario de hoy.

Vd., generoso amigo, hace una transmision en favor mio de los justos elogios que á sus bellas é ingeniosas producciones tributó el ilustre y malogrado Dr. Varela.

Vd. arranca de sus hombros las doradas charreteras del viejo general, para adornar con ellas los juveniles y débiles del cadete.

Vd. arranca de la sien laureada del *Vate de la Pampa* la rica corona que le ciñó el genio, para adornar con ella la humilde frente del pobre versista.

Mas bien dicho : — Vd. ofrece al débil y deslucido *Pollo*, las agudas *puas* y el elegante plumage del arrogante *Gallo.*

No, querido amigo: no puedo ni debo aceptar las palabras de Varela, que Vd. me transfiere.

Queden ellas en la *Tribuna* de hoy despertando en la imaginacion de dos Repúblicas el mal dormido recuerdo de las anchas brechas, que la bateria gloriosa de *Paulino Lucero* abrió en los baluartes que la tiranía levantó en ambas márgenes del Plata.

Al citar las palabras del Dr. Varela, y con aquella chispa que brilla siempre en sus producciones me dice Vd. :

Antes digo yo que, si
Varela hoy resucitara,
otro gallo nos cantara
á usted Del Campo y á mí.

Comprendo perfectamente, querido amigo, el amargo sentimiento que ha tenido Vd. el capricho de retratar con el pincel del chiste, y permítame decir á mi turno:

Yo creo tambien que, si
resucitara Varela,
hoy alumbrara otra vela
á usted, amigo, no á mí.

Antes de cerrar estas líneas, diré á Vd., querido amigo, que al bajar á la arena de la literatura *gauchesca*, no llevo otra mira que la de sembrar en el árido desierto de mi inteligencia la semilla que he recogido de sus hermosos trabajos, por ver si consigo colocar, aunque sea una sola flor, sobre el altar de la Patria.

Su afmo etc.

Estanislao del Campo.

En la inmensa coleccion que tenemos á mano de elogios y apreciaciones sobre nuestro autor, vamos ahora á escoger al acaso algunas cartas que le han sido dirigidas por notabilidades eminentes.

Cuando se publicó en Montevideo el poema *Paulino Lucero*, el autor lo repartió entre sus relaciones mandándolo con una carta impresa, la cual por adorno tenia litografiada en una esquina del papel la figura de un Gaucho á caballo, el cual iba al galope llevando en la mano una carta, que era la referida circular, escrita con los versos siguientes hechos por Paulino Lucero. A esos versos, pues, el señor doctor don Valentin Alsina, gobernador que ha sido de

Buenos Aires en 1853, contestó de su puño y letra lo que se verá al pié de los versos :

Sr. D Valentin Alsina.

Montevideo, Noviembre 15 de 1846.

Aquí venia, *señor*,
(Perdone el *atrevimiento*)
á entregarle un *argumento*
do PAULINO el *payador*.

LUCERO, tope ó no *tope*,
ahi le manda una *versada*,
á ver, señor, si le *agrada*,
y yo no pierdo el *galope*.

Con que, si me quiere *dar*
cualquiera *contestacion*,
á recibirla, *patron*,
vendré despues de *sestiar*.

EL COMPADRE DE PAULINO.

CONTESTACION.

Pues acérquese, *señor*,
que eso no es *atrevimiento*,
y yo acepto el *argumento*
de tan lindo *payador*.

Y déle cuando la *tope*
un *duro* por su *versada :*
llévelo ya, si le *agrada*,
y evítese *otro galope*.

Y con lo que él le ha de *dar*
por esta *contestacion*,
échese, por su *patron*,
un trago antes de *sestiar*.

A.

De las muchas personas notables que han escrito á nuestro encomiado vate, permítannos sus autores reproducir las tres cartas que siguen :

¡VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA!

Señor don Hilario Ascasubi.

Conchillas. Octubre 28 de 1851.

Mí distinguido compatriota.

Vd. no debia dudar por un momento de mi aprobacion al honor con que me favorece, dedicándome su bello original poema « los Veteranos »

Persuádase Vd. que siento una verdadera satisfaccion al significarle mi reconocimiento por haber elegido mi nombre, para ponerlo al frente de su obra; pues estando ella destinada á figurar entre las producciones de mas mérito en nuestra literatura nacional, ha querido Vd. así asociarme en cierto modo á la inmortalidad que le está reservada.

Vd., señor Ascasubi, con las sublimes creaciones de su genio hace tantos servicios á la Patria como á las letras, y créamo que estos títulos serán ya bastantes para que fueso Vd. uno de mis compatriotas á quien mas estimo y respeto, sin que añadiera un motivo mas á la profunda gratitud y alta estima con que soy de Vd. afmo compatriota y seguro servidor, Q. S. M. B.

BENJAMIN VIRASORO [1].

Señor don Hilario Ascasubi.

Setiembre 26 de 1853.

Muy señor mio.

Deberá Vd. hacerme la justicia de creer, que la coleccion que he tenido el honor de recibir hoy de sus trabajos poéticos, habrá sido por mi familia y por mí mirada con el mas pronunciado aprecio, porque sin duda no es posible borrar de la memoria todas las gracias, toda la inteligencia de nuestro compa-

[1] Gobernador y capitan general de la provincia de Corrientes.

triota Aniceto. La interesada en tan preciosa produccion, da á Vd. por ella las mas expresivas gracias, á que añade con sumo gusto el ofrecimiento de su amistad y servicios, su mas afectuoso compatriota, Q. S. M. B.

Juan Manuel de Luca.

Sr. don Hilario Ascasubi.

Rio Janeiro. Noviembre 14 de 1854.

Mi estimado señor.

Agradezco á Vd. las poesias que ha tenido la bondad de enviarme y la promesa de los Mellizos, pues tengo en muy grande y merecida estimacion las composiciones del género que Vd. ha ilustrado, conquistando distinguidísimo lugar para su nombre en la historia literaria del Rio de la Plata.

Me parece que ya manifesté á Vd. en otra ocasion el deseo de tener algunos apuntes biográficos suyos, escritos en el género de sus composiciones poéticas. Es tan vivo este deseo que, á pesar de cuanto tiene de impertinente mi exigencia, no puedo dejar de reiterarla.

Creo que Vd. podria hacer una composicion interesantísima, bosquejando, á grandes rasgos, las guerras y las convulsiones de que ha sido actor, espectador ó víctima — delineando la figura de los principales caudillos, — describiendo localidades, — narrando aventuras que dén idea de las costumbres de las poblaciones y de las especialidades de la composicion de nuestras tropas, de su manera de batallar, etc.

Déme Vd. ocasiones de ocuparme en su servicio, y crea siempre en el sincerísimo aprecio que le profesa su amigo y servidor, Q. B. S. M.

Andres Lamas [1].

El ministro francés residente en Montevideo cerca de la República del Uruguay, M. Maillefer, además de una carta muy honorífica dirigida al autor de *Aniceto el Gallo,* le escribió de su propio puño y letra los dos versos que siguen, para ponerlos

[1] Ministro plenipotenciario del Uruguay cerca de la Corte del Brasil.

debajo del retrato de don Hilario Ascasubi, *alias* Aniceto el Gallo:

Rival de l'aigle, ainsi que le vieux coq gaulois,
Il sut lancer la foudre et défendre les lois.

M. Maillefer.

Montevideo, 24 juin 1860.

Otro compatriota de Mr. Maillefer, el coronel Mr. A. B. du Chateau, que mandó el cuerpo expedicionario francés que intervino en las Repúblicas del Plata', de vuelta en Francia', dirigió á nuestro autor desde Vernon, con fecha 22 de enero de 1861, la carta que reproducimos á continuacion:

Sr. D. Hilario Ascasubi.

Permítame Vd., mi querido coronel, el que confunda aquí, como lo hago en mi corazon, Montevideo y Buenos Aires en un mismo pensamiento de respetuosa consagracion, porque he sido, soy y seré siempre el amigo apasionado de esos dos paises que mi afeccion se complace *en reunir en uno solo;* y esto no es una vana frase lanzada al acaso, mi querido coronel; porque en mi cariño hácia ambos pueblos yo quisiera verlos formar una sola república, grande por su territorio, fuerte por su union', poderosa por la riqueza inspreciable de su fértil suelo, por su inmenso comercio, por su industria y por lo enérgica voluntad de sus habitantes. Si, mi querido coronel, hé ahí lo que sucederá un dia, esté Vd. seguro. Buenos Aires y Montevideo están demasiado cerca uno de otro para no contrariarse incesantemente con un antagonismo lamentable y peligroso, situados como se encuentran sobre ambas márgenes del Pactolo del nuevo continente.
La América del Sud formará mas tarde, *y nuestros nietos lo verán*, un poderoso Estado, rival sino dominador de los Estados Unidos.
Durante los treinta y seis años que he consagrado exclusivamente y sin ninguna reserva al servicio de la Francia, mi cara patria, he visitado muchos pueblos desconocidos de la Europa; y, lo digo con profunda conviccion, nunca he encontrado una nacion tan simpática é impulsada por las aspiraciones generosas, leales, desinteresadas y viriles de la Francia, como la de las márgenes del Plata.

Usted conoce demasiado bien el carácter caballeresco y patriótico de mis conciudadanos para quo yo tenga necesidad de describirlo; en todos los siglos, desde Vercingetorix hasta Napoleon III, ese noble carácter jamás se ha desmentido; las últimas guerras de Crimea, de Italia y de la China, acaban de probar todavia al mundo entero que el patriotismo, la libertad y la religion hallarán siempre en Francia un eco poderoso. Y la Francia, créalo Vd., mi querido coronel, á despecho do la distancia, do las dificultades y enormes gastos quo podrán resultar de ello, se asociará de corazon á los inmensos beneficios quo su noble pais está llamado á realizar en la America del Sud.

Usted, mi querido Ascasubi, Vd. el poeta, el historiador, el Beranger de la América del Sud, Vd. que ha tenido el corajo de luchar durante treinta años contra todas las tiranías é inumerables dificultades, no debe detenerse en su carrera de escritor, seguro de que su nombre será bendecido por las edades venideras como el primero y mas grande propagador de los sentimientos de patriotismo, de civilizacion y do inteligencia humanitaria.

En la esfera do accion en que me ha sido posible y permitido obrar durante mi permanencia en el Plata, creo haber dado á Montevideo y á Buenos Aires bastantes pruebas de mi viva simpatía y absoluta consagracion para no ser tachado de parcialidad; repito pues, mi querido coronel, que su tarea no está terminada aun; aunque su pais se encuentra hoy libro y tranquilo, Vd. debe trabajar activamente por la union y la fusion de todas las provincias del Rio de la Plata en un solo poderoso Estado, llamado á dirigir y conducir á la gran obra regeneradora y social á todas las poblaciones de la América meridional; esto será el resultado de los siglos futuros, pero á Vd. le cabrá el honor de haber por ella trabajado ardua y laboriosamente, y su nombre quedará en la memoria de los pueblos como un tipo de patriotismo, de consagracion y de elevada inteligencia.

Cuando Vd. tenga la dicha que le envidio de volver á ver á sus compatriotas de Montevideo y Buenos Aires, lo suplico que les diga quo el viejo coronel du Chateau, desde el fondo del retiro a que lo han condenado las fatigas de su larga carrera, hace los votos mas ardientes y sinceros por la felicidad, por la gloria y prosperidad de las dos márgenes del Plata; dígalos tambien a todos aquellos cuyos nombres releo sin cesar en el album que me obsequiaron y quo será la mas bella herencia que pueda dejar á mi hijo, dígales que mi corazon y mi pensamiento están siempre con ellos; sea Vd. garante de esto, y esté seguro de los sentimientos distinguidos con que tengo el honor de repetirme su afectísimo S. S.

A. B. du Chateau.

Comendador de la Legion de Honor y de las órdenes Imperiales de la Rosa del Brasil y del Mdjidie de Turquia, etc., etc.

Habriamos tenido gusto en reproducir por entero la noticia biográfica de don Hilario Ascasubi, escrita par el malogrado literato don Heraclio C. Fajardo, publicada en Buenos Aires, en 1862; pero nos limitaremos á extractar de ella algunas de las notas é indicaciones con que se aprecian las obras y carácter de nuestro autor.

Hélas aquí :

NOTORIEDADES DEL PLATA

HILARIO ASCASUBI

¿Adónde están los elementos que puedan constituir una literatura propia en el Rio de la Plata? nos hemos preguntado sendas veces al oir encarecer la necesidad de fundar esa literatura.

La literatura debe ser la expresion de la sociedad: es un axioma universal. Ahora bien, ¿qué sociedad es la nuestra, y qué tipos originales nos presenta, para que podamos basar en ellos la originalidad de nuestra literatura?

Si se exceptúa el *Gaucho* y el Indio pampa, todo lo demás está calcado en el modelo europeo. Y asi debia suceder, porque la sangre europea circula en las arterias de los que nos llamamos *americanos*, siendo tan solo la prole mas ó menos inmediata de los usurpadores del nuevo continente.

Nuestras costumbres, nuestra historia, nuestra sociedad en suma, no son mas que un remedo muy imperfecto todavía de las costumbres, de la historia, de la sociedad de allende el océano. ¿Adónde, pues, buscar las fuentes originales de una literatura propia?...

Hemos dicho que nada tenemos *propio* mas que el *Gaucho* y el Indio pampa. En sus usos y costumbres, en su lenguaje sobre todo, habia una mina inagotable de riquezas literarias enteramente *originales* é inexploradas todavía á principios de este siglo.

Pero para explorar esa mina y expresar aquellos usos y costumbres, era preciso, indispensable, asimilarse, emplear el lenguaje peculiar de nuestros gauchos, sus locuciones y modismos.

De aquí, solo de aquí debia nacer una literatura *nuestra*, una poesía del Rio de la Plata, que aunque solo ejerciera influencia en las riberas que este baña, no perdería por eso en su importancia absoluta, y ganaria al contrario en el sentido de que seria la única capaz de inocular la idea en el seno de las masas ignorantes que poblaban esas riberas.

Las obras de Ascasubi, como el *Quijote* de Cervantes, no se pueden traducir. Para admirar sus bellezas es necesario estar versado en el idioma pintoresco, en el lenguaje *imagé*, metafórico

y lleno de poesía natural de nuestros gauchos; en sus faenas y en sus hábitos.

Pero ese idioma intraducible es precisamente lo que ha hecho que esas obras hayan podido ejercer una benéfica propaganda patriótica y civilizadora: era el único inteligible para nuestras masas, despejadas, pero incultas.

Inculcar en el espíritu de esas masas las nociones ignoradas de los deberes y los derechos del hombre; fomentar el instintivo amor patrio, difundir los principios que forman la base de nuestro modo de ser político, el amor á la libertad, el odio á la tiranía, y destruir las preocupaciones de localismo inherentes al estado de atraso de los pueblos, — ha sido y es el fin moral y utilitario de las obras de Ascasubi.

Bajo este punto de vista bien merece ser llamado el Beranger del Rio de la Plata: nadie como él ha merecido ese nombre y esa gloria.

En un sentido absoluto, Ascasubi es un gran poeta. Su imaginacion es prodigiosa y prismática, y solo tiene una rival en su patria: la de Cuenca.

Los Delirios del corazon y *los Mellizos* están llamados á ser los dos primeros poemas que habrá producido la literatura del Plata en la mitad de este siglo, — idénticos en valer, aunque distintos en género.

Ascasubi es el poeta de la imaginacion, el inspirado cantor de las ásperas y poéticas regiones del Uruguay, de las sábanas inmensas de la Pampa, el fotógrafo de sus tipos, el pintor de sus cuadros llenos de originalidad y animacion, como Cuenca es el poeta del corazon, el bardo del sentimiento.

Dos genios que se valen.

Cada verso del primero es una pincelada maestra; cada décima es un cuadro en que resaltan hasta los gestos y movimientos peculiarísimos del gaucho, — los mínimos incidentes de la vida de los campos.

En 1824 escribió el segundo sus primeros versos, que publicó en Salta, donde fundó la primera imprenta que allí se estableció: esos versos fueron hechos con motivo del triunfo de Ayacucho, y Ascasubi los ha perdido junto con todos los de esa época. Se ve, pues, que el primer estro de nuestro vate fué la patria.

Ascasubi permaneció en Montevideo durante el memorable asedio de aquella heróica Troya americana, sirviendo la buena causa con su espada, con su fortuna y con su pluma.

En esa época es que escribió y publicó la mayor parte de las obras que le han dado celebridad bajo distintos seudónimos.

Todos los ayes de la patria han hallado repercusion en el corazon del vate cuya biografía esbozamos. Lo que Beranger con sus canciones, Ascasubi ha hecho en el Plata con sus patrióticas trovas.

En 1853 coleccionáronse estas por primera vez en dos tomos en 8° conteniendo 600 páginas bajo el título de *Trovos de Paulino Lucero*, que es uno de los diversos seudónimos con que ha escrito Ascasubi. Pero no figura en esa coleccion su obra capital,

el poema de *Los Mellizos*, inacabado todavía y del que solo ha dado á luz los primeros cantos.

Las confidencias amistosas del autor nos han puesto en conocimiento del plan de la obra, que abraza el cuadro general de las costumbres de nuestros campos, un argumento de lo mas dramático y palpitante de originalidad y de interés: en fin, un vastísimo terreno donde esplayar las riquezas de la fecunda imaginacion del poeta americano por excelencia. Este poema, como hemos dicho mas arriba, está destinado á ser de las muy pocas obras poéticas que pasarán á la posteridad de cuantas ha producido la literatura de estos paises en la mitad transcurrida del siglo actual.

Llenaríamos muchas páginas con el catálogo de las producciones de Ascasubi de mas ó menos aliento. Solo diremos que en todas ellas campea un acendrado amor patrio, un espíritu liberal y un sano raciocinio al alcance de nuestras masas, que esas producciones han ilustrado y dirigido en las contiendas civiles por que hemos atravesado de treinta años á esta parte. Domina en todas ellas igualmente el tono festivo y agudo, impregnado algunas veces de un dejo de tristísima amargura, como en la composicion en que da cuenta del fusilamiento de Camila O'Gorman, y una abundancia de chispa epigramática y satírica capaz de hacer desplegar el mas severo entrecejo.

La popularidad de Ascasubi no tiene rival en el Rio de la Plata: otro punto de contacto con Beranger en Francia.

Todos los hombres de mas saber é idoneidad en estos paises le han tributado testimonios espontáneos de admiracion entusiasta: nuestro poeta conserva la mayor parte de ellos en un álbum que es un tesoro de gloria y que tenemos á la vista. Su nombre y sus producciones han resonado con aplauso hasta en el seno de la civilizacion europea.

Y sin embargo, Ascasubi no puede tomar á lo serio el título de poeta: cree no pasar de un versista de circunstancias que sucumbirá con su época.

Se engaña, — porque precisamente su época es la menos á propósito para discernirle el rango á que sus obras lo encumbrarán en tiempos mas literarios y reposados que los nuestros. Cuando las letras hayan asumido la categoría que les corresponde y que aun no tienen en estos paises, recogerán las obras de Ascasubi como un legado precioso, donde hallarán diseñados, fotografiados fielmente tipos originalísimos y esencialmente americanos, que quizá habrán ya desaparecido, al par que cuadros de costumbres y paisajes admirables que la mas remota posteridad confrontará edificada con el eterno é indestructible modelo.

El pobre ciego de Chio tampoco se habia imaginado que los versos que daba al viento en aquella isla, diez siglos antes de nuestra era, serian la Iliada y la Odisea que admiramos y admirarán las generaciones venideras.

Ascasubi es modesto sin afectacion.

Su carácter, su trato personal es de lo mas afable y ameno. En su conversacion como en sus versos salta la chispa y el epígrama. Un ejemplo:

Veniamos un dia en su compañía por la plaza de la Victoria.

— ¿ Qué significa eso que están haciendo en el frontis de la

catedral? nos preguntó aludiendo al bajo relieve que aun estaba en embrion.

— Parece que es *La Cena*, le contestamos refiriéndonos á la de los doce apóstoles y su divino maestro.

— ¡Qué *lacena* ni qué pelaca! nos replicó *Aniceto;* será *armario* en todo caso.

Improvisa sus mas hermosas composiciones con la misma facilidad que sus respuestas.

Pero Ascasubi no es solo el poeta y el soldado de la idea: es igualmente el obrero del progreso material, y este le debe en su patria el sacrificio de su fortuna particular, absorbida enteramente en la ereccion del Teatro de Colon, su mas bello monumento.

Ascasubi se sacrificó; mas Buenos Aires tuvo un teatro digno de la capital, en cuyos cimientos guarda muchos miles de pesos del poeta.

Una de las cualidades mas acreditadas de este, es su acendrado amor al extranjero; sentimiento que en el mayor número de sus composiciones se ha empeñado en infundir á nuestras masas, combatiendo sus preocupaciones de localismo, ese mezquino espíritu inherente á todo pueblo bisoño.

Esa cualidad del hombre y del poeta del progreso le ha merecido á Ascasubi, en su reciente viaje á Europa, testimonios de aprecio y estimacion general que han ensanchado su corazon y le han hecho apasionarse por el viejo continente.

Hoy vuelve de nuevo á Europa, donde se propone hacer una edicion completa é ilustrada de sus obras.

Se aleja de su pais, acompañado de la estimacion de todos los hombres de inteligencia y corazon que hay en él; se aleja de su pais, donde esperemos volverle á ver muy pronto.

Pero aunque esto no sucediera, vaya Ascasubi seguro de que desde el Cabo de Hornos hasta la cresta de los Andes, y de esta al Cabo Santa María, queda el surco triangular y luminoso de su gloria, que ha de brillar eternamente en los anales literarios de su patria.

Heraclio C. Fajardo.

Buenos Aires. Marzo 15 de 1862.

Y ya que hemos hecho el anterior extracto, concluiremos este prólogo con las dos cartas que copiamos de un periódico de Buenos Aires :

DOS CARTAS.

A la noticia de que el poeta popular D. Hilario Ascasubi iba á emprender un largo viaje á Europa, el Sr. Fajardo le escribió

siguiente carta acompañada de algunas biografías que ha escrito tambien sobre el célebre Aniceto.

Como se verá mas abajo, este es la contesta con su modestia conocida.

Hé aquí las cartas :

Mi querido Ascasubi :

Quiero que le acompañe á Europa un débil testimonio de mi amistad y del alto aprecio que me merece su talento: por eso es que he mandado imprimir la breve noticia biográfica que habia dispuesto para las *Notoriedades del Plata*, y le remito á Vd. 250 ejemplares de ella, para que Vd. los distribuya entre sus amistades de Europa.

Otra cosa hubiera querido hacer; pero no es culpa de mi estimacion, sino de mi insuficiencia. Perdóneme, quiérame y mándeme.

Suyo de corazon

H. C. F.[illegible]

Buenos Aires, Marzo 21 de 1862.

Mi amigo Fajardo :

He recibido su bondadosa carta, acompañada de los ejemplares de la biografía que Vd. se ha dignado escribir sobre mi humilde persona.

Ante una prueba de amistad tan viva, ¿ qué puedo decirle ?

Que á donde quiera que vaya, irán sus recuerdos conmigo, y su nombre será pronunciado siempre con placer por

Su amigo

HILARIO ASCASUBI.

AL LECTOR

Paris no es para todos los hombres el paraiso de la tierra; no lo creais así, aun cuando lo repitan sin cansarse aquellos que en Paris han vivido y saboreado los encantos de una vida activa, donde los placeres del espíritu disputan las horas, que aquí son cortas, á los placeres del sensualismo que trasmite y absorbe las impresiones del ser humano.

No : el paraiso de cada hombre está en la tierra natal; y si ella le falta, y si ella está lejos, ese paraiso lo encuentra en los recuerdos de esa tierra querida y tan solo en aquellas horas de profunda reconcentracion en que el espíritu viaja, atraviesa los mares, recuenta los tiempos, los hombres y las cosas, y por el sentimiento del amor mas puro vive en una idealidad que no es dable describir, pero que se siente, que existe para cada hombre, y que solo puede nacer del amor á la tierra patria. Yo he sentido esas horas,

Mis versos nacen de mi espiritu, cuyo consorcio ha sido siempre con la naturaleza de esas pampas sin fin, la índole de sus habitantes, sus paisajes especiales que se han fotografido en mi mente por la observacion que me domina.

Mi ideal y mi tipo favorito es el *gaucho,* mas ó menos como fué antes de perder mucho de su faz primitiva por el contacto con las ciudades, y tal cual hoy se encuentra en algunos rincones de nuestro pais argentino.

Ese tipo es mas desconocido actualmente de lo que en generalidad pueda creerse, pues no considero que sean muchos los hombres que han podido establecer comparacion sobre cuánto ha cambiado el carácter del habitante de nuestra campaña, por su incesante participacion en las guerras civiles, y por la constante invasion en sus moradas de los hábitos y tendencias de la vida peculiar de las ciudades.

El *canevas* ó red de los *Mellizos de la Flor*, es un tema favorito de los gauchos argentinos, es la historia de un *malevo* capaz de cometer todos los crímenes, y que dió mucho que hacer á la justicia. Al referir sus hechos y su vida criminal por medio del payador Santos Vega, especie de *mito* de los paisanos que tambien he querido consagrar, se une felizmente la oportunidad de bosquejar la vida íntima de la *Estancia* y de sus habitantes, y describir tambien las costumbres mas peculiares á la campaña con alguno que otro rasgo de la vida de la ciudad.

En esta mi historia, poema ó cuento, como se le quiera llamar, los Indios tienen mas de una vez una parte prominente, porque, á mi juicio, no retrataria al habitante lejítimo de las campañas y praderas argentinas el que olvidara al primer enemigo y constante zozobra del gaucho.

Por último, como creo no equivocarme al pensar que es difícil hallar índole mejor que la de los paisanos de nuestra campaña, he buscado siempre el hacer resaltar, junto á las malas cualidades y tendencias del *malevo*, las buenas condiciones que adornan por lo general al carácter del gaucho.

No tengo pretensiones de ningun género al presentar este libro. Amo á mis versos como se ama á los hijos que consuelan en las horas de pesar; y si de jóven, cuando los publiqué como arma de guerra contra los opresores de la Patria, pude tener la vanidad de creer que fueron de alguna utilidad á ese objeto, hoy que marcho al ocaso de mis dias, los miro solo como el conjunto de mis recuerdos juveniles y queridos; y, aunque me cuesta decirlo, al imprimirlos coleccionados busco tambien en ellos un solaz á mi espíritu contristado.

Preceden á estas mis advertencias, puestos por el editor de mis obras, los honrosos artículos que á mis versos les han consagrado personas muy ilustradas en las letras, cuyos elogios me enaltecen demasiado. Esos apreciables juicios constituyen mi única vanidad y constituirán siempre, es mi creencia, el mejor legado de lo que llamo yo mi vida literaria.

Hilario ASCASUBI.

SANTOS VEGA

EL PAYADOR

I

LA TAPERA [1]. — SANTOS VEGA EL PAYADOR [2]. — RUFO EL CURANDERO. — EL SOLAZO. — EL MIRAJE. — EL RADICANO.

Cuando era al sur cosa extraña,
por ahi junto á la laguna
que llaman de la *Espadaña*,
poder encontrar alguna
pulpería de campaña :

Como caso sucedido,
y muy cierto *de una vez* [3],

[1] Tapera : ruina de una caso de campo.
[2] Payodor : poeta improvisador campestre en la República Argentina.
[3] De una vez : del todo, completamente.

cuenta un flaire [1] cordovés
en un proceso *imprimido,*
que, el dia de san Andrés,

Casualmente se toparon,
al llegar á una *tapera,*
dos paisanos que se *apiaron* [2]
juntos, y desensillaron
à la sombra de una higuera.

Porque un sol abrasador
á esa hora se desplomaba,
tal que la *hacienda* [3] bramaba
y juyendo del calor
entre un *fachinal* [4] estaba.

Ansí, la *Pampa* [5] y el monte
à la hora del medio dia
un *disierto* parecia,
pues de uno al otro horizonte
ni un pajarito se via.

Pues tan quemante era el viento
que del naciente soplaba,
que al pasto verde tostaba;
y en aquel mesmo momento
la higuera se deshojaba.

[1] Flaire : fraile.
[2] Se apiaron : se apearon, desmontaron.
[3] La hacienda : el conjunto del ganado vacuno.
[4] Fachinal : pajonal alto.
[5] Pampa. Aunque toda la campaña de la provincia de Buenos Aires es un extensisima llanura, propiamente hablando no es la *pampa* lo que el gaucho llama la pampa : es el territorio desierto que queda mas alla de las fronteras guarnecidas, donde no hay propiedad y donde las tribus indigenas vagan y viven segun su estado salvaje.

Y una ilusion singular
de los vapores nacia;
pues, talmente, parecia
la inmensa llanura un mar
que haciendo olas se mecia.

Y en aquella inundacion
ilusoria, se miraban
los árboles que boyaban,
allá medio en confusion
con las lomas que asomaban.

Allí, pues, los dos paisanos
por primera vez se vieron;
y ansí que se conocieron,
despues de darse las manos,
uno al otro se ofrecieron.

El mas viejo se llamaba
Santos Vega el *payador*,
gaucho [1] el mas *concertador*,
que en ese tiempo privaba
de *escrebido* y de *letor* [2];

[1] Gaucho. El gaucho es el habitante de los campos argentinos: es sumamente experto en el manejo del caballo y en todos los e ercicios del pastoreo. Por lo regular es pobre, pero libre é independiente á causa de su misma pobreza y de sus pocas necesidades; es hospitalario en su rancho, lleno de sutil inteligencia y astucia, ágil de cuerpo, corto de palabras, enérgico y prudente en sus acciones, muy cauto para comunicarse á los extraños, de un tinte muy poético y supersticioso en sus creencias y lenguaje, y extraordinariamente diestro para viajar solo por los inmensos desiertos del pais, procurándose alimentos, caballos y demás con solo su *lazo* y las *bolas*.

[2] Letor: hombre lector y letrado.

El cual iba *pelo a pelo* [1]
en un potrillo *bragao*,
flete [2] lindo como un *dao* [3]
que apenas pisaba el suelo
de livianito y *delgao*.

El otro era un Santiagueño
llamado Rufo Tolosa,
casado con una moza
de las caidas del *Taqueño* [4],
muy cantora y muy donosa.

Rufo ese dia montaba
un redomon [5] *entre-riano*,
muy *coludo* el rabicano [6],
y del cabestro llevaba
otro rosillo *orejano* [7].

Ello es que allí se juntaron
de pura casualidá,
pero, muy de voluntá,
lo que medio se trataron,
hicieron una amistá.

Conviniendo en que se *apiaban*
por la calor *apuraos*,
y en que *traiban* [8] *fatigaos*

[1] Pelo á pelo : andar en un solo cabello, ya sea en viaje, ó de paseo.
[2] Flete : caballo ligero é infatigable para galopar.
[3] Dao : dado de jugar, de hierro, marfil ó metal.
[4] Taqueño : nombre de un arroyo.
[5] Rodomon : caballo recien amansado.
[6] Rabicano : caballo que tiene cerdas blancas á la raiz de la cola.
[7] Orejano : caballo sin marca ni seña artificial.
[8] Traiban : traian.

los *pingos*[1], como que estaban
enteramente *sudaos;*

Ansí es que desensillaron,
y, á fin que no se *asoliasen*
los *fletes* y se pasmasen,
á la sombra los ataron
para que se refrescasen.

Luego, al *rasparle* el sudor[2]
Santos Vega á su bragao,
reparó que á su costao
estaba en el *maniador*[3]
el *rabicano* enredao.

Y al *dir* á desenredarlo,
cuando la *marca*[4] le vió,
tan fiero se sosprendió,
que sin poder ocultarlo
ahi mesmo se santiguó.

Tolosa luego tambien
se asustó de Vega al verlo
triste, y por entretenerlo,
haciéndose como quien
suponia conocerlo :

—¿No es usté el amigo Ortega?
Tolosa le preguntó ;

[1] Pingo : caballo de linda forma y presencia.
[2] Raspar : limpiar el sudor del lomo y costillares.
[3] Maniador : tira de cuero crudo y larga hasta de 15 varas, que se soba hasta ablandarla, y sirve para atar los caballos al pasto.
[4] Marca : cierto signo ó letra con que los hacendados marcan sus ganados, quemándoles un jamon con un hierro á propósito.

y el viejo, ansi que le oyó :
— No, amigo ; soy Santos Vega
su servidor, respondió.

A esta oferta el santiagueño
se quitó el sombrero atento,
y con todo acatamiento
se le ofreció con empeño
á servirlo al pensamiento.

Tal merece un *payador*
mentao[1] como Santos Vega,
que, á cualquier *pago*[2] que llega,
el *parejero*[3] mejor
gaucho ninguno le niega.

De ahi Rufo picó tabaco
y dos cigarros armó ;
que en apuros se encontró
para armarlos, porque el *naco*[4]
medio apenas le alcanzó.

Largóle á Vega el primero,
y, á los avios[5] lueguito
echando mano, ahi mesmito
sacó fuego en el yesquero
con un solo golpecito.

El viejo, inmediatamente
que su cigarro encendió,
à Tolosa le largó

[1] Mentao : renambrado, famoso.
[2] Pago : distrito, lugar, puebleeillo.
[3] Parejero : caballo de correr carreras.
[4] Naco : último resto de una cuerda de tabaco negro del Brasil.
[5] Avios : útiles para sacar fuego en el yosquero.

un chifle[1] con aguardiente,
y Rufo se le afirmó.

Luego, los dos à pitar
frente á frente se sentaron;
y, lo que se acomodaron
al ponerse á platicar,
de lo siguiente trataron.

II

EL DIALOGO. — LA MARCA FATAL. — LA AMISTAD. — EL CHIFLE. — LAS OFERTAS.

SANTOS VEGA.

— Amigo, me ha contristao
haber visto en su caballo
una memoria funesta
de ahora muchísimos años,
y que hoy me la representa
la marca del rabicano.
¿ No me dirá de quién es?

RUFO TOLOSA.

— Es marca nueva en el *pago*,
del uso de un tal Ludueña,

[1] Chifle : botella hecha de un cuerno de buey.

y hace poco há que la trajo.
Digo, si es esta, *velahi :*
una Y con flor en el cabo...
Y en el suelo rayó ansí : ☞ Y
con un *alfajor*[1] tamaño.

VEGA.

— La mesma es sin diferencia,
y asimesmo ya no extraño
verla de nuevo en el mundo;
pero sépase, paisano,
que de esa marca fatal
hubo un *malevo*[2] *cristiano.*
tan ladron, tan asesino,
y en suma tan desalmado,
que en el tiempo en que vivió
era el terror de estos *pagos*,
donde hizo llorar á muchos
inocentes desgraciados,
y burlaba la justicia
de este mundo *matreriando*[3],
hasta que al fin lo alcanzó
la mano de Dios, y al cabo
dióle un castigo terrible
del modo menos pensado.

Quisiera tener lugar
hoy para contarle el caso,
pero ya no tengo tiempo,
porque es argumento largo.

[1] Alfajor : cuchillo.
[2] Malevo : malévolo, bandido.
[3] Matreriando : huyendo, escondiéndose.

De manera que otra vez,
si por suerte nos topamos,
ó la fortuna me *arronja*
algun dia por su *pago,*
lo que no será difícil
porque yo vivo *gauchando* [1]...
entonces sí le prometo
hacerle el cuento despacio.

TOLOSA.

— Pues yo quisiera, aparcero,
que hoy mesmo, si es de su agrado,
se viniera en mi compaña
á saber en donde paro;
y alvierta que, sin lisonja,
yo seria *afurtunado*
haciéndole conocer
á mi *chinita* [2] y mi *rancho* [3],
adonde entre la pobreza
sobresale el agasajo,
con el cual allí le ofrezco,
un *cimarron* [4] y un *churrasco* [5],

[1] Gauchando : andar sin paradero fijo.
[2] Chinita, china : mujer jóven de la campaña.
[3] Rancho : casa rústica de tapial, adobe crudo, ó varas embarradas, y con techo de paja.
[4] Cimarron. La yerba-mate del Paraguay es un artículo demasiado conocido en el mundo para que nos detengamos á definirlo. Como es sabido tambien, con esta yerba tostada y molida se hace una infusion, que con el nombre *mate* constituye entre los gauchos una bebida diaria á manera del té y del café; se toma esta bebida por medio de bombillas ó tubitos de metal colocados en una calabaza seca, que contiene la *yerba* y el agua caliente, aspirándola ó chupando á sorbos. Como su gusto es amargo, las clases acomodadas la usan con

y cuatro pesos tambien,
si usté gusta disfrutarlos.

VEGA.

— Amigo, un cariño tal
no es posible despreciarlo ;
ansí ya de agradecido
me resuelvo á acompañarlo,
por conocer su patrona
y ponerme á su mandado.
Con que, si gusta, ensillemos,
ya que el sol se va *ladiando.*

TOLOSA.

— Al istante ; deje estar,
le arrimaré su caballo,
y en el momento...

VEGA.

— ... No, amigo ;
yo soy viejito fortacho.
Lárguemelo á mi potrillo ;
vaya no mas ensillando.

azucar; pero en la campaña este renglon ha sido antes muy caro, y por eso los gauchos se han acostumbrado a tomar *mate amargo*, es decir, sin azucar. Esta falta del ingrediente usado por la gente de los pueblos, ha producido la clasificacion de *cimarron* (silvestre) con que se designa por antonomasia el *mate amargo*, que es de uso general en la campaña.

[3] Churrasco : pedazo de carne que se asa poniéndolo sobre las brasas, y así se revuelca en la ceniza.

III

SAN BOROMBON. — JUANA PETRONA. — EL RANCHO. — CARNE CON CUERO. — EL FOGON.

Luego, despues de ensillar,
al *chifle,* lo que montaron,
otro *beso* le pegaron,
y salieron á la par;
y, despues de caminar
cinco leguas de un tiron,
cruzaron un *cañadon*[1],
y por último llegaron
á un rancho, donde se apiaron,
cerca de San Borombon[2].

Aunque de facha tristona
era el rancho, en la *ramada*[3]
con cuero[4] estaba colgada

[1] Cañadon : espacio de campo bajo situado entre dos terrenos mas altos.

[2] San Borombon : nombre de un distrito de la campaña de Buenos Aires.

[3] Ramada : cobertizo que con ramas de árboles verdes se construye sobre cuatro palos, para tener sombra cerca del rancho.

[4] Con cuero : la carne de becerra ó de vaca que se asa sin sacarle la piel, echándola sobre las brasas de grandes fogatas en el campo, hasta que se carboniza la superficie de la carne ; entonces se descostra, y se come un rico asado jugoso, y mejor cuando se come fiambre.

media res de *vaquillona*[1];
porque la Juana Petrona
era algo regaloncita,
y desde esa mañanita
esperaba á su marido,
que con el recien venido
cayeron de tardecita.

Desensilló el forastero,
y del *palenque* al *bragao*
Rufo lo echó *acollarao*
al campo con un *obero;*
de ahí le acomodó el *apero*[2]
del cantor en un rincon;
y luego para el fogon
á la caldera acudieron,
y, ansi que hirvió, se pusieron
á tomar un *cimarron.*

Un rato largo despues,
Rufo, Juana y el cantor,
al frente del asador,
cimarroniaban los tres;
mientras el *chifle* otra vez
andaba de *lao* á *lao*,
dándole tiempo á un *asao*
de *entrepierna* como un cielo,
que sin quemarle ni un pelo
salió del fuego *dorao.*

Cuando la ocasion llegó,
cenaron á lo divino,

[1] Vaquillona : becerra ó vaca nueva.
[2] Apero : la montura del gaucho para ensillar su caballo.

con dos *limetas* de vino
que la patrona sacó;
y, en cuanto Rufo lo vió
á Vega medio alegron,
le dijo: — Con su perdon,
paisano, le haré cantar,
si lo quiere *destapar*,
mi *chinita* en la ocasion.

Bajo del bien entendido
que usté tambien cantará,
y luego se acordará
que es deuda lo prometido;
razon por la que le pido
que no se vaya á olvidar,
y acabando de cantar,
si no tiene inconveniente,
por mucho favor nos cuente
lo que me ofreció contar.

— Amigo, á su *merecer*,
díjole Vega á Tolosa,
me pide muy poca cosa
con tan poco pretender.
¿Qué inconveniente ha de haber
que mi palabra quebrante?
Ninguno; ansí que me cante
su patrona, como es justo,
luego yo con mucho gusto
los complaceré al istante.

— Yo de cantora no privo,
la moza á Vega le dijo;
mientras que de usté colijo
que es cantor facultativo.

Ansí mesmo no me esquivo,
antes lo voy á obligar. —
Y acabando de templar
la guitarra, por el tres
cantó una *cifra* despues,
que á Vega lo hizo llorar.

En seguida el *payador*,
con tierna voz amorosa,
cantó en tonada quejosa
unas décimas de amor;
y á los trinos del cantor,
que hasta el alma penetraban,
Rufo y su mujer estaban
tan de veras conmovidos,
que en silencio enternecidos
de hilo en hilo lagrimiaban.

Recien entonces la moza
al *payador* conoció,
y nunca se demostró
con *naides* mas cariñosa;
ansí le rogó empeñosa
tambien que contara el cuento,
y Santos Vega al momento
se *vido* en la obligacion
de pedirles atencion
para entrar en argumento.

A escucharle atentamente
Rufo se determinó,
para lo cual atizó
los tizones diligente.
Su mujercita igualmente
se aprontó, pues de carrera





Santos Vega el Payador.

En traje de gaucho del siglo pasado.

llenó de agua la caldera;
sentóse, la puso al fuego...
y Vega su cuento luego
empezó de esta manera.

IV

LA LAGUNA. — EL PAJONAL. — LOS MIRASOLES. — LAS CIGÜEÑAS. — LAS NUTRIAS.

— Como treinta años hará
que en la costa del *Salado* [1],
del *Paso* de la Postrera
un poco mas rio abajo,
eu la banda que hace al norte,
no muy lejos de un *bañado* [2],
que rodea á una laguna,
con su pajonal dorado
de filosa *cortadera* [3]
coronada de penachos;
donde el agua cristalina
y raudalosa manando
cubre el junco y la *totora*,

[1] Salado : rio caudaloso al sur de Buenos Aires.
[2] Bañado : terreno anegadizo en el campo, y que siempre es pantanoso.
[3] Cortadera : paja silvestre de hojas largas como espadas y muy cortadoras por el filo que tienen.

y un cardúmen de pescado
que los *zamaragullones* [1],
constantemente buceando,
bajan al fondo y se comen
el mas tierno y delicado;
mientras, en varios islotes
de raices que andan boyando,
flacones los *mirasoles* [2],
y tristes y corcovados,
se pasan de sol á sol
mirando al cielo embobados;
en tanto que altas cigüeñas
con el pescuezo estirado,
plantadas en la *masiega,*
allí se están atorando
con una víbora entera
de cinco cuartas de largo...
víboras que desde chicas
se tragan vivos los sapos;
y donde los *patos-riales,*
entre otros distintos patos,
se anidan y se confunden
con los cisnes y los gansos,
y las gallinetas negras
y los flamencos rosados...
aves todas que matizan
el centro limpio del lago
y desde que nace el dia
nadan allí retozando

[1] Zamaragullones : aves acuáticas del tamaño de los cuervos, pero que vuelan muy poco.

[2] Mirasoles : aves grandes como cuervos, pero jorobadas, tristes y raquíticas, que casi pasan el dia entero mirando al sol.

sobre las nutrias miedosas,
que asoman de cuando en cuando,
y zambullen, y se escuenden
de la luz, porque *aguaitando*
esperan la nochecita
para salir hasta el pasto;
donde el altivo *chajá*[1],
en vez de tomar descanso
despues que por las regiones
del aire se ha remontado,
baja allí á pasar la noche
de centinela del campo,
y con sus gritos está
en la oscuridá *alertiando,*
cerca pues de esa laguna,
ó manantial encantado,
hay una loma elevada
que domina todo el campo,
á la cual *trebo* de olor
sumamente delicado
y tierna y fresca gramilla
la cubren de un alfombrado,
que verdea reluciente
tres cuartas partes del año,

[1] Chajá ó Yajá. El *Yajá*, dice el Padre Guevara en su Historia del Paraguay, puede ser llamado el volador y centinela. Es grande en cuerpo, de color ceniciento, tiene un collarin de plumas blancas, y un espolon colorado y fuerte en el doblez de las alas con que pelea. Al cantar, repite *Yahá! Yahá!* que en guaraní significa *¡vamos, vamos!* lo que ha motivado su nombre. Es pájaro que anda en bandadas, que vela de noche, y que grita, como se ha dicho, al sentir el menor ruido que altere la quietud de la campaña. Los que saben esta propiedad del *chajá* se ponen en vela luego que oyen su canto, porque deducen alguna novedad.

entre lindas margaritas
de brillante colorado,
y florida manzanilla
de que está el suelo estrellado...
fué allí donde sucedió
lo siguiente : oigan el caso.

V

EL NATALICIO. — LA ESTANCIA DE LA FLOR. — LOS FORASTEROS. — LOS APRESTOS. — EL VECINDARIO. — LOS PARABIENES.

En la cima de esa loma,
y en un tiempo afortunado,
paraba en su *Estancia* [1] *grande*
don Faustino Bejarano,
andaluz rico, rumboso,
y en general estimado,
porque fué sin duda alguna
el hombre mas *bien portado.*

Con él vivia su esposa,
siendo el adorno del *pago,*
doña Estrella, la porteña
mas donosa y de mas garbo,

[1] Estancia : casa de campo, criadero de ganados.

que en esos tiempos pisaba
en el suelo americano;
dama la mas respetosa
y apreciable por su agrado,
con que allí favorecia
á todo el género humano;
así es que á la Estancia grande
el gaucho mas desgraciado,
aunque fuese forastero,
podia llegar confiado
que de sus necesidades
seria allí remediado
por la señora en persona
ó su esposo idolatrado.

Con todo, aquel matrimonio,
que vivia en un estado
de riqueza y abundancia,
no se *creiba* [1] afortunado,
porque no tuvieron hijos
en una *máquina* [2] de años.
Ansí es que se lamentaban,
hasta que el cielo apiadado
le concedió á doña Estrella
aquel *ojeto desiado*,
en un hijo que parió
el dia de Todos Santos.

¡Qué festejos, qué alegría,
en la estancia y en el *pago*
orijinó un nacimiento
tan feliz é inesperado!

[1] **Se creiba : se creia.**
[2] **En una máquina : en una porcion ó multitud.**

Corrió luego la noticia
con la prontitú del rayo,
y á ver al recien nacido
se descolgó el vecindario,
trayéndole parabienes
al señor don Bejarano,
que á todos los *recebia*
agradecido y ufano.

Luego, mientras doña Estrella
se restableció del parto,
para cristianar al niño
en *Chascomús* [1], se aprontaron
en la estancia y en la villa,
con un lujo temerario,
todas las cosas precisas,
sin reparar en los gastos.

Algunos dias despues,
de Buenos Aires llegaron
dos coches con dos familias,
y una *punta* de soldados
de escolta de los viajeros,
que todos eran foráneos,
y que á la cuenta serian
personas de mucho rango,
pues las damas y galanes
traiban copete empolvado.

Cayeron de tardecita
y dos dias descansaron,
hasta el tercero en que todos

[1] Chascomús : pueblo de campaña al sur de Buenos Aires.

para la villa *rumbiaron,*
en el coche de la Estancia
y los otros mencionados.

A los tres se les prendieron
doce caballos *platiados* [1]
del crédito del patron,
y otra tropilla de *bayos*
arriaba yo de reserva
sin que fueran necesarios,
porque los *fletes* de tiro
eran *pingos* soberanos,
tanto que sobre la rienda
y *pelo á pelo* cincharon
hasta llegar á la villa,
donde recien sujetaron.

Doña Estrella y su marido
tambien nos acompañaron,
y una porcion de sirvientes,
además de los soldados
de la escolta y los vecinos
mas conocidos del *pago,*
sin contar los que en la villa
ya se hallaban de antemano,
á las mentas del bautismo
las funciones esperando,
y á las cuales asistieron
lo mejor *acacharpados* [2].

[1] Platiados: blancos, color de plata.
[2] Acacharpados: vestidos lujosamente, y con ricas monturas en sus caballos.



VI

EL BAUTISMO. — CHASCOMÚS. — LOS PADRINOS. — LAS DAMAS DE COPETE. — LOS CABALLEROS GALANES. — EL PATRONCITO.

Por supuesto, á Chascomús
con felicidá llegamos
en la mesma tardecita
que de la *estancia* marchamos;
y, como la nochecita
se nos venia acercando,
ya se hallaba de la iglesia
todo el frente iluminado
con mas de mil candilejas
y otros faroles pintados.

Yo, como era muchachito,
luego que encerré *los bayos*,
volví corriendo á la iglesia,
y anduve allí curiosando,
á fin de mirarlo todo
con muchísimo cuidado.

Por eso hasta ahora me acuerdo
de lo que me embelesaron
los vestidos de esas gentes,
por lindos y currutacos.
¡Qué relumbrar esas ropas!
¡Qué maravilla y encanto!

Ya dije antes que las damas
traiban copete empolvado,
y esa tarde del bautismo
mucho mejor se lo armaron,
en distintos envoltorios
sujetos á un enrejado
de puros hilos de plata
por la cabeza ligados,
y despues en las orejas
unos grandes zarcillazos,
tan sumamente lucidos
que deslumbraba el mirarlos.

Luego *traiban* las *polleras*
de terciopelo encarnado,
con dibujos de *antejuela*
desde el pescuezo hasta abajo,
y por el pecho y las mangas
todas llenas de volados
de encajes, como una nieve
de blancos y almidonados;
y de ahi primorosamente
tenian todas las manos,
desde el codo hasta los dedos,
cubiertas de un aforrado
ó tejido de hilo de oro
muy lindamente cribado.

Ahora, de los caballeros
tampoco estoy olvidado,
pues, como si en este *istante*
los estuviese mirando,
me acuerdo de sus golillas
con unos grandes moñazos,
y luego su calzon corto

(por supuesto que de raso),
un justillo hasta el *encuentro*[1]
por todas partes *floriado*.

De.ahí, un casacon terrible
con alamares bordados;
despues, sus medias de seda
rayadas de azul y blanco;
y por último, en los *pieses*,
encima de los zapatos,
tamañas hebillas de oro
ribetiadas de topacios;
y al cinto sus espadines
con vainas de cuero blanco;
una bolsa con la trenza,
y un sombrero todo *arquiado*.

Vestidos de esa manera
aquellos caballerazos,
cuando *pasiaban* á pié
daba temor el mirarlos,
tan serios y tan formales,
lo mesmo que los *caranchos*[2]
que al redor de una osamenta,
con las alas arrastrando
y la mayor fantasía,
marchan tiesos paso á paso,
como si fueran alcaldes
con el copete parado.

Cuando damas y galanes

[1] Encuentro: la entrepierna.
[2] Caranchos: grandes aves de rapiña que devoran los cadáveres del campo, y son muy graves al marchar en derredor de un caballo ó buey muerto.

de los coches se bajaron,
en yuntas de par en par
á la iglesia se colaron,
y entre música y repiques
los *olios* se comenzaron;
en los que al niño en la pila,
al tiempo de cristianarlo,
Angel le dieron por nombre...
nombre en el que le acertaron,
porque fué luego en la tierra
todo un ángel humanado,
cautivándose el cariño
de toditos los paisanos,
que el nombre de *patroncito*
en seguida le agregaron.

VII

EL BAILE. — LA COLA DE LA MADRINA. — EL PASPIÉ.

En el momento despues
que los *olios* terminaron,
ya salieron los padrinos,
á la salú del ahijado
desde la iglesia á las casas
tirando plata á puñados,
del coche de mas atrás,

donde llevaban un saco
grande con temeridá,
y ansí mesmo lo vaciaron;
de suerte que en la *marchancha*
esa noche hubo muchacho
que hasta seis pesos alzó
en puros *riales cortados.*
Yo tambien en la volada
salí mas que remediado,
pues con los *medios* que alcé
compré un poncho currutaco,
un sombrero, un ceñidor;
y once riales me sobraron.

De ahi, los padres y padrinos,
como les iba contando,
esa noche en una casa
de la villa se quedaron,
donde el cura y el alcalde
un gran baile les armaron,
el mas alegre y rumboso
que he visto en todos mis años;
al cual tambien asistieron
otros muchos convidados,
entre ellos el comendante
que era un *porteño* bizarro,
que por ser muy narigon
le llamaban Cárlos cuarto.

Para esa fiesta las damas
los vestidos se trocaron
por otros mas relucientes.
¡Y entonces sí le largaron
todo el valor las puebleras
en las polleras que echaron!

Ansí que los caballeros
y madamas se juntaron,
rompió la *musiquería*
á tocar, y yo de un salto
me trepé en una ventana,
porque estaba lleno el patio
de mirones, que no daban
lugar á ningun muchacho.
Pero yo sobre la reja
prendido estuve mirando,
sin perder una pisada
de todos los que danzaron.

Al pararse la madrina
á bailar, largó del brazo
como seis varas de cola
del vestido, y relumbrando
atrás de ella la llevaba
por los suelos arrastrando,
mientras seguia el paspié
(nombre de un baile antiguallo),
haciéndole cortesías
á un galan, y reculando
con donaire desdeñoso,
y sin *trabarse* en el paso.
Mas ó menos de igual suerte
las otras damas bailaron;
y á la mas linda de todas
le *vide* hasta los zapatos,
que eran de estambre lustroso
con unos taquitos altos,
moños encima, y despues
puntiagudos y enroscados.

VIII

LA CENA. — LOS MANJARES. — LOS ALEGRONES. — LOS MOSQUETEROS.

Bailaron duro y parejo,
y al primer canto de gallos
salieron los bailarines
de á pares hembras y machos,
y se fueron á otra sala
á cenar juntos, sentados
en rueda de una gran mesa
toda orillada de platos,
y llena de punta á punta
de diferentes guisados,
y de muñecos de dulce
en distintos enjaulados,
en forma de castillitos
con flores y embanderados.

Despues, habia pasteles
de toda clase y tamaño,
como igualmente un tendal
de gallinas y de pavos,
y multitud de limetas
de vino superiorazo,
del mesmo que yo esa noche
siempre logré echar un trago,
que me lo largó un sirviente

de los que allí se *apedaron*,
despues que los *gamonales* [1]
solamente se alegraron.

Antes de la madrugada
salió el cura cabeciando,
y mas atrás el alcalde
divertido y trompezando.
Y así que *hicieron la punta*
esos dos, ya *cabrestiaron* [2]
todos los demás; y al fin
barrigones se largaron
los *tragaldabas* que al baile
solo á tragar se costiaron,
sigun dijeron allí
los que andaban criticando,
ya porque habria de qué,
ó ya por andar *galguiando* [3];
pues de ambas gentes presumo
que no falta en tales casos.

Finalmente, los padrinos,
luego que se retiraron,
toda esa mañana entera
durmiendo se la pasaron;
y de ahí, á la tardecita,
á la estancia regresaron,
donde luego los festejos
cuatro dias continuaron,
en los que se divirtieron
lindamente los paisanos;

[1] Gamonales : hombres ricos.
[2] Cabrestiaron : siguieron por detrás.
[3] Galguiando : con hambre de galgos.

pues, solo para los *piones* [1],
me acuerdo que se *carniaron*
seis *vaquillonas* con cuero;
las que se les entregaron
con dos hornadas de pan
y un barril de vino blanco,
muchas limetas de caña,
y güena yerba y tabaco.

Por último, los padrinos
despues que allí *voraciaron* [2],
y que á todos los sirvientes
les hicieron un regalo
de tres pesos por cabeza,
y cinco á cada soldado,
entre ¡vivas! y algazara
de la estancia se largaron,
otra vez á Buenos Aires
donde eran avecindados.

IX

LA ESTANCIA DE LA FLOR. — EL OMBÚ. — EL PAMPERO. — EL RIO SALADO.

Ahora un camino distinto
tomará mi relacion,

[1] Piones : los hombres de servicio, de labor.
[2] Voraciar : gastar el dinero con derroche.

supuesto que de la estancia
tan solo la situacion
he dicho, y nada tocante
á su linda poblacion;
què al fin la Indiada salvaje
á sangre y fuego arrasó,
un dia que felizmente
doña Estrella y el *patron*,
por hallarse en otra parte,
no perecieron los dos.

Coronaba aquella loma,
referida en lo anterior,
un *ombú* [1], del cual decian
hombres mas viejos que yo,
que mas de cien primaveras
florido reverdeció,
desafiando tempestades
con altiva presuncion,
hasta que, cuando mas fuerte
y arraigado se creyó,
un huracan del pampero [2]

[1] Ombú : nada describe mejor este árbol como la nota con que lo caracteriza nuestro amigo el Sr. Echevarría en su bello poema La Cautiva : « Arbol corpulento, espeso y de vistoso follaje, que descuella solitario en las llanuras como la palmera en los arenales de Arabia. Ni leña para el hogar, ni fruta brinda al hombre, pero sí fresca y regalada sombra en los ardores del estio. »

[2] Pampero : es el viento sudoeste, que llega á la parte habitada de la provincia atravesando toda la *pampa* ó desierto. Es un viento violentísimo, muy seco, muy tónico y muy frio; porque, viniendo de las regiones polares, arrastra consigo algo de las condiciones atmosféricas que rigen en las alturas de los Andes. Este viento es infaliblemente el que restablece el equilibrio de la atmósfera en todo el pais. Luego que los habitantes lo perciben despues

de la loma lo arrancó,
y hasta el rio del *Salao*
rebramando lo arrastró,
y ese rio torrentoso
en la mar lo sepultó.
Pues ese ombú, el mas soberbio
que en esos campos se vió,
erguido se interponia
entre la tierra y el sol,
cubriendo de fresca sombra
á un inmenso caseron
de ochenta varas en cuadro,
trabajado con primor,
de adobe crudo, tejado,
y madera superior.

Todo el frente que habitaba
la familia del *patron,*
del lado que hácia al campo
y de la banda exterior,
con arcos de largo á largo
lo ceñia un corredor,
y tambien á un oratorio,
de lo lindo lo mejor.
Despues, en los otros puntos
tenian colocacion
una *tahona,* dos cocinas,
el granero y el *galpon* [1]

del tiempo lluvioso, establecen ya que el buen tiempo les llega con él. El pampero tiene una influencia especialísima sobre los hijos del pais, les aviva las potencias, les inspira alegría de ánimo y cierta energía de vida que no se puede describir.

[1] Galpon : se llama así en las estancias á una pieza larga y aislada de las que sirven para habitar.

del uso de la *pionada* [1];
y en seguida otro mayor
para apilar el *cuerambre* [2],
y en cierta separacion
el sebo, la cerda y lana,
con toda ventilacion.
De ahi, palomar y cochera,
y despues la habitacion
que ocupaba el mayordomo;
y al lado un cuarto menor
que guardaba un armamento
nuevito y de lo mejor.
Luego, otras piezas *asiadas* [3]
donde metia el *patron*
á las gentes de su agrado,
cuando era de precision.

Además de eso, á la casa,
por si acaso, á precaucion,
la rodeaba toda un foso
de cinco varas de anchor,
y profundo, de manera
que agua nunca le faltó.

Ansí, del lado de adentro,
de la zanja al rededor,
sauces coposos y eternos
ostentaban su verdor;
y álamos que hasta las nubes
se elevan por su altor,
hacian de aquella estancia
un palacio encantador.

[1] Pionada : los peones de la estancia.
[2] Cuerambre : la multitud de cueros ó pieles.
[3] Asiadas : aseadas, limpias.

Despues de eso, una estacada
de *ñandubay* [1] *de mi flor* [2],
tan pareja y tan fornida
que el poste mas delgadon
no lo arrastraba una cuadra
el *pingo* mas cinchador,
á todito el caserio
le servia de cordon,
dejando entre la estacada
y la *paré* un callejon
para andar holgadamente,
y pelear en la ocasion;
pues para eso en cada esquina
arriba de un albardon
como triángulo empedrao,
estaba listo un cañon;
y en la de junto al *potrero*
en vez de uno habia dos,
defendiéndole la entrada.
Ansí no habia temor,
encerrando allí la hacienda
en caso de una invasion
de los Pampas ó Ranqueles,
que entonces daban terror,
pues en cada luna llena

[1] Nandubay : es un árbol de las provincias del norte y noroeste, extromadamente duro, tan grueso como para dar tablas, pero sus troncos proporcionan palos de regular altura. Estos palos son de una ventaja incalculable para hacer los corrales para el ganado, ó palizadas circulares en que se le encierra cuando es preciso. Tiene esta madera la ventaja de endurecerse mas a medida que mas tiempo están enterradas las extremidades de cada palo de los que forman la palizada.

[2] De mi flor : de todo mi gusto, lo mejor que puede darse.

caiban como nubarron
á robar en las estancias,
y matar sin compasion,
quemando las poblaciones
entre algazara y furor.
Pero no facilitaban
en la estancia de la Flor,
donde, si se aparecian,
en levantando un porton
que hacia de puente al foso,
con toda *satifaicion*
se les peleaba de adentro
como del fuerte mejor

Afuera estaba la *chacra*,
en tan linda situacion,
que un arroyo la cercaba
para regarla mejor.

Luego, habia tres corrales
de suficiente grandor :
dos para hacienda vacuna
en los que sin opresion
cabia todo un *rodeo* [1]
mansito y resuperior.
Despues, el tercer corral
tan solo se destinó
para encerrar las manadas,
que eran una bendicion,
mucho mas la de *retajo* [2],
del esmero del patron,

[1] Rodeo : el conjunto de vacas, toros y becerros.
[2] Manada de retajo : las yeguas que paren y crian las mulas.

por la multitú de mulas
que esa manada le dió;
de modo que, año por año,
remitia una porcion
para los pueblos de *arriba* :
trajin que lo enriqueció.
Luego, para la majada,
al ladito de un galpon
que cubria seis carretas,
un bote y un carreton,
dejando el *chiquero* [1] aparte,
el corral se les formó;
y para cuidarla bien
ahi mesmo á la *imediacion*
dormian los ovejeros [2],
cada perro como un *lion*
que *toriaban* [3] al sentir
el mas pequeño rumor.

Tal era la estancia grande
que don Faustino pobló,
conocida allá en su tiempo
por la Estancia de la Flor,
en cuyo sitio, hace poco,
há que un dia estuve yo
contemplando una *tapera*
en triste desolacion,
y un *cardal* sobre la loma,
de las *raices* al redor

[1] Chiquero : el corral de los cerdos.
[2] Ovejeros : los perros que cuidan de las ovejas.
[3] Toriaban : ladraban los mastines.

de aquel *ombú* portentoso
que huracan derribó...

Allí, donde la riqueza,
y la amistá, y el amor
hizo dichosos á tantos
que don Faustino estimó;
y allí donde la fortuna
recompensaba el sudor
del pobre que trabajaba
con buena comportacion;
pues don Faustino tenia
la excelente condicion,
que al conocerle á cualquiera
una buena inclinacion,
y un rigular proceder,
le franquiaba el corazon,
sin mas interés ninguno
que el gusto de hacer favor...
últimamente, un ingrato
llenó al fin de sinsabor
los dias de la vejez
de aquel hombre bienhechor:
siendo el caso que allí mesmo
en la estancia de la Flor,
de dos huerfanos mellizos,
que chiquitos recojió
y con el mayor esmero
hasta mocitos los crió,
uno de ellos ¡Virgen santa!
tan desalmado salió,
y tan de malas entrañas,
que los campos aterró,
y él solo con sus delitos

una cadena formó
de sucesos, que parecen
increibles á la razon,
del modo que sucedieron;
pero que evidentes son,
como lo demostraré
al fin de esta relacion,
para que *almiren* ustedes
¡la Providencia de Dios!

. . . .

Ahora me permitirán
hacer una suspension
de esto cuento, hasta mañana,
que con el favor de Dios
espero poder seguirlo
hasta darle conclusion;
pues ya la hora es avanzada,
y hoy he dado un madrugon
que me tiene soñoliento.

Siendo ansi, con el perdon
de ustedes me voy á echar.

— Con toda *satifaicion*
puede, *amigazo*, le dijo
Tolosa en contestacion,
anidarse cuando guste.
Velay, en ese rincon.

— Muchas gracias, dijo Vega;
y al istante se paró
á recebir un hijar [1]

[1] **Hijar: cuero entero de vaca que sirve para sentarse encima ó acostarse.**

que la moza le alcanzó,
sobre el cual con su *recao* [1]
su pobre cama tendió;
y dando las buenas noches
él tambien las recibió,
y antes de echarse á dormir
bajo del poncho rezó.

Luego, en los brazos del sueño
los sentidos entregó;
y en cuanto sobre el *lomillo* [2]
la cabeza reclinó,
batiendo el gallo las alas
la media noche cantó.

X

LA MADRUGADA. — LA RAMADA. — EL SOL NACIENTE. — LOS GAUCHOS RECOGEDORES. — EL RODEO. — EL VENTEVEO. — EL CHIMANGO.

Como no era dormilona,
antes del alba siguiente,
bien peinada y diligente

[1] Recao : recado, el conjunto de piezas de que se compone la montura de un gaucho.
[2] Lomillo : la principal pieza del recao que sirve de silla para sentarse el jinete á caballo.

se hallaba Juana Petrona,
cuando ya lucidamente

Venia *clariando* al cielo
la luz de la madrugada,
y las gallinas al vuelo
se dejaban *cair* al suelo
de encima de la *ramada*.

Al tiempo que la naciente
rosada aurora del dia,
ansí que su luz subia,
la noche oscura al poniente
tenebroso descendia.

Y como antorcha lejana
de brillante reverbero,
alumbrando al campo entero,
nacia con la mañana
brillantísimo el lucero.

Viento blandito del norte
por San Borombon cruzaba
sahumado, porque llegaba
de Buenos Aires, la corte
que entre dormida dejaba.

Ya tambien las golondrinas,
los cardenales y *horneros*
calandrias y *carpinteros*,
cotorras y becasinas
y mil loros *barrangueros;*

Los mas alborotadores
de aquella inmensa bandada
en la Espadaña rociada

festejaban los albores
de la nueva madrugada;

Y cantando sin cesar
todo el *pago* alborotaban,
mientras los gansos nadaban
con su grupo singular
de gansitos que cargaban.

Flores de suave fragancia
toda la *pampa* brotaba,
al tiempo que coronaba
los montes á la distancia
un resplandor que encantaba :

Luz brillante que allí asoma,
el sol antes de nacer;
y entonces da gozo el ver
los gauchos sobre la loma
al campiar y recoger [1];

Y se vian alegrones
por varios rumbos cantando,
y sus caballos saltando
fogosos los albardones,
al galope y *escarciando;*

Y entre los recogedores
tambien sus perros se vian,
que retozando corrian
festivos y ladradores,
que á las vacas aturdian.

[1] **Campiar y recoger : todas las mañanas en la estancia, salen los peones á recoger el ganado vacuno y traerlo á un punto que se llama playa del rodeo.**

Y embelesaba el *ganao* [1]
lerdiando [2] para el *rodeo,*
como era un lindo recreo
ver sobre un toro *plantao*
dir cantando un venteveo [3];

En cuyo canto la fiera
parece que se gozara,
porque las orejas para
mansita, cual si quisiera
que el ave no se asustara.

Ansí, á la orilla del fango
del bañado, la mas blanca
y cosquillosa potranca [4]
ni mosquea, si un chimango [5]
se le deja *cair* en la anca.

Solos, pues, sin *albeldrío,*
estaban los *ovejeros*
cuidando de los *chiqueros,*
mientras se alzaba el rocío
para largar los corderos [6].

Despues, en San Borombon
todo á esa hora embelesaba,
hasta el aire que zumbaba,

[1] Ganao : ganado, el conjunto de la hacienda vacuna.
[2] Lerdiando : al paso, marchando lentamente.
[3] Venteveo : pájaro que acostumbra posarse sobre el lomo de los toros, aunque marchen.
[4] Potranca : yegua jóven.
[5] Chimango : ave de rapiña que abunda en el campo de Buenos Aires.
[6] Largar los corderos : no se sueltan hasta que no se evapora el rocio, porque les hace daño comer el pasto mojado.

al salir del cañadon
la bandada que volaba;

Y la sombra que de aquella
sobre el pastizal refleja,
tan rápida que asemeja
un relámpago ó centella,
y velozmente se aleja.

Y los potros relinchaban
entre las yeguas *mezclaos;*
y allá lejos *enzelaos* [1]
los *baguales* [2] contestaban
todos *desasosegaos.*

Ansí los ñacurutuces [3]
con cara fiera miraban
que esponjados *gambetiaban,*
juyendo los avestruces
que los perros acosaban,

Al concluir la recojida,
cuando entran á corretiarlos;
y que al tiempo de alcanzarlos
aquellos de una tendida
se divierten en *cociarlos* [4].

Y de ahi, los perros trotiando
con tanta lengua estirada

[1] Enzelaos : zelosos.
[2] Baguales : los potros salvajes que nunca han sido apresados por el hombre.
[3] Nacurutuces : aves de la familia de las lechuzas, pero mas chicas y que viven en cuevas en el campo de Buenos Aires.
[4] Cociarlos : los avestruces tiran coces como los burros y caballos, y á veces un avestruz con darle una coz le quiebra una pala al caballo.

se vienen á la *carniada* [1],
y allí se tienden *jadiando*
con la cabeza *ladiada:*

Para que las *criaturas*
que andan por allí al *redor*,
ó algun mozo *carniador*,
les larguen unas *achuras* [2]
que es bocado de mi flor.

Tal fué por San Borombon
la madrugada del dia,
en que el *payador* debia
hacer la continuacion
del cuento aquel que sabia.

XI

EL SANTIAGUEÑO. — A TRAJINAR. — LAS CARRERAS. — LA ENANCADA.

Rufo tambien era un *crudo* [3]
para eso de madrugar,

[1] Carniada : el acto de matar una res en el campo y descuartizarla.
[2] Achuras : los carneadores les llaman asi a los intestinos de la res, como son el hígado, los riñones, las tripas, la panza, y hasta la lengua y los sesos.
[3] Crudo : guapo, trabajador, infatigable.

pero se dejó atrasar
del sueño, y medio desnudo
vino al fin á *yerbatiar* [1].

Y mas que Rufo, *lerdon*
Vega anduvo al levantarse;
de modo que al recordarse
bostezando, un *cimarron*
tomó al *dir* á persignarse.

Y al punto que sus devotas
oraciones concluyó,
todo se desperezó,
y *entresobando* [2] las botas
al fogon enderezó;

En donde otros buenos dias
los dos paisanos se dieron,
y *matiando* se estuvieron;
y entre varias gollorías
hasta la *mañana hicieron* [3].

De ahi, Tolosa en calzoncillos
y con la cabeza atada,
salió á darle una *vichada*
al campo y vido al potrillo
del cantor en la cañada.

[1] Yerbatiar : tomar mate en su correspondiente calabaza.

[2] Entresobando : las botas que usan los gauchos, las hacen sacándoles entera la piel de las patas hasta mas arriba de los garrones á los potros y yeguas, y esa piel la usan como medias, ó botas de cuero crudo, que las soban todos los dias para suavizarlas mas.

[3] Hacer la mañana : beber algun aguardiente.

Luego, Rufo alzó la mano,
y, dándose redepente
una palmada en la frente,
dijo : ¡Por Cristo! paisano,
que con su cuento, caliente,

Ya olvidaba la *carrera*
que hoy juega el amigo Ramos;
y será *güeno* que vamos
á ver de alguna manera
si por allá *trajinamos*.

— ¿Qué *decís?* dijo la moza.
¿Ya te lo *querés* llevar
para hacerlo *trajinar*
á este hombre? ¡Miren qué cosa!
¡Y á mí me *pensás* dejar!...

— Yo iré con la condicion,
dijo Vega, que permita
la *muente* á la patroncita
en *ancas*, con su perdon.

— Pues no? dijo la mocita;
quiero el *envite* y consiento,
teniendo á gala y placer
en *dir* con usté, y volver
á oirle proseguir el cuento,
si acaso pudiera ser.

— ¡Ah, china! Si es un encanto
para un decir : ¡Oiganlé!
¡Y tan humilde! Ya ve;
por eso la quiero tanto :
dijo Tolosa y se fué.

—*Salí, calandria, salí,*
Juana dijo; y te prevengo,
que á tu cariño me atengo
cuando te ausentas de mí,
y de pena *volvés* rengo.

Rufo se desentendió,
como que estaba enfrenando
un *mancarron* [1], y saltando
en pelos [2] enderezó
á la cañada rumbiando.

Volvió pronto, y almorzaron
un *churrasco* á la ligera,
y despues á la carrera
con hembra y todo *surquiaron;*
y á la oracion regresaron :

Platudos y complacidos
y hasta medio *divertidos* [3],
pero en muy linda armonía,
habiendo *pasao* el día
alegres y bien comidos.

Con todo eso, un costillar
en el asador clavaron,
y cuasi se lo acabaron
despues de *cimarroniar.*
Luego, sin mas esperar,
el payador muy contento,
recorriendo el pensamiento,

[1] Mancarron : caballo viejo y manso.
[2] En pelos : sin montura, sobre el lomo limpio del caballo.
[3] Divertidos : borrachos.

dijo : — Voy á continuar,
si desean escuchar
que prosiga mi argumento.

XII

LOS MELLIZOS. — EL NIÑO PERVERSO. — EL MORDISCON.
— EL DESCUADRILLADO. — LA FUGA.

Un tal Bruno Salvador,
porteñazo lenguaraz [1],
era entonces capataz
de la Estancia de la Flor.
Por mozo trabajador
don Faustino lo queria,
y á boca llena decia
que Bruno era sin igual,
honrao á carta cabal
y *terne* [2] si se ofrecia.

Bruno era recien *casao*
con una rubia preciosa;
ansí queria á su esposa
con un cariño *extremao;*
pero fué tan *desgraciao*
que al primer año enviudó,
pues la moza se murió

[1] Lenguaraz : intérprete para los Indios, ó todo el que habla otro idioma distinto del suyo.
[2] Terne : valiente, bueno para un lance.

en un parto de mellizos,
tan grandes y tan rollizos
que al parirlos sucumbió.

Esa fatal desventura
á Salvador en seguida
tambien le costó la vida,
y lo echó á la sepultura.
Luego, llenos de tristura
doña Estrella y el *patron*,
movidos de compasion
por la *yunta* de *guachitos* [1],
tomaron los mellicitos
bajo de su protecion.

Allí en la Estancia se criaron
con Angelito á la vez,
y muchos dias los tres
de un mesmo pecho mamaron;
y al istante que asomaron
(como quien dice) la espuela
de gallitos, á la escuela
alli se les destinó,
donde cada uno empezó
á demostrar su *entretela :*

O aquella disposicion,
con que á poco de nacer
da un muchacho á conocer
su buen ó mal corazon.
Asi, desde *charabon* [2],

[1] Guacho ; huérfano de padre y madre, expósito, sin padres conocidos.
[2] Charabon : pichon de avestruz.

el mellizo mas *flauchin*
descubrió un alma tan ruin,
y perversa de tal modo,
que con buena crianza y todo
salió un saltiador al fin.

Este se llamaba Luis,
y el otro hermano Jacinto,
criatura de un *istinto*
humilde como *perdiz*;
así, á ser hombre feliz
trabajando consiguió,
porque el *patron* lo estimó
y doña Estrella tambien,
y el *patroncito* con quien
como hermano se trató.

Pero Luis, un *cuchillero*
fué á los siete años no mas,
y *mal pegador* de *atras,*
vengativo y camorrero;
y era su gusto á un cordero,
todavia mamoncito,
enlazarlo y maniadito
echarlo vivo al fogon;
y en verlo hacer chicharron
se gozaba el muchachito.

Una tarde, á un pobre ciego
limosnero lo llevó,
y por gusto lo sentó
sobre unas brasas de fuego;
y otra ocasion á un Gallego,
que le enseñó la dotrina,
le *trujo* de la cocina

un *cimarron* de *humorada*
con la bombilla *caldiada*,
y le quemó la *bocina*.

Yo no he visto travesuras
como las de ese maldito,
pues cuasi mató á Angelito
en una de sus diabluras,
llevándolo medio á oscuras
á un galpon, sin mas asunto
que darle un susto por junto.
Ansí, en cuanto lo metió,
sobre un borracho lo echó,
diciéndole : « ¡Es un difunto! »

Tan espantoso alarido
de susto el niño pegó,
que al grito el padre salió
corriendo y despavorido.
Entonces Luis, aturdido,
quiso *juirle*, y trompezó;
de manera que rodó
á los piés de don Faustino,
que encima del *guacho* vino
y medio se desnucó.

Doña Estrella, cuasi muerta
de susto del alarido,
corrió atrás de su marido
con tamaña boca abierta,
y tambien junto á la puerta
sobre un mastin se cayó;
el cual la desconoció,
pues, en *ancas* del porrazo,
de un *mordiscon* un pedazo
de las nalgas le arrancó.

Alzaron luego en seguida
al niño Angel *desmayao*,
al patron *descuadrillao*,
y á la señora mordida;
y de ahi principió la vida
delincuente de Luisito;
añadiendo á su delito
que esa noche se *juyó*,
y á su hermano le robó
el poncho y un puñalito.

Ahora, ocho años pasarán
desde que Luis se juyó
hasta el tiempo en que ocurrió
lo que ustedes no sabrán;
y, aun cuando no *inorarán*
lo primero que refiera,
en lo que sigue pudiera
que no se hallen al corriente,
pues de entonces al presente
van treinta años como quiera.

XIII

LA INDIADA. — EL MALON. — EL ADIVINO. — LOS PICHI-GOTONES. — LAS REPARTICIONES. — LAS CAUTIVAS.

Siempre al ponerse en camino
á dar un *malon* [1] la Indiada

[1] Malon : ataque brusco de los Indios.



El malon de la indiada salvaje.



se junta á la madrugada
al *redor* de su adivino; [1]
quien el mas feliz destino
á todos les *asigura*,
y los anima y apura
á que marchen persuadidos
de que no serán vencidos
y harán la *buena ventura.*

Pero, al invadir la Indiada
se siente, porque *á la fija* [2]
del campo la sabandija
juye adelante asustada,
y envueltos en la *manguiada* [3]
vienen perros *cimarrones*, [4]
zorros, avestruces, liones,
gamas, liebres y venaos,
y cruzan *atribulaos*
por entre las poblaciones.

Entonces los *ovejeros*
coliando [5] bravos *torean* [6],
y tambien revoletean
gritando los teruteros [7];
pero, eso sí, los primeros

[1] Adivino : los Indios traen en efecto entre ellos un individuo á quien reputan adivino, y lo oyen sumisamente lo que les anuncia todas las madrugadas cuando hacen alguna expedicion.
[2] A la fija : infaliblemente, sin falla.
[3] Manguiada : la arrada para acorralar y cazar bestias.
[4] Cimarrones : silvestres.
[5] Coliando : meneando la cola.
[6] Torean : ladran bravios.
[7] Teruteros : aves del campo muy gritonas y noveleras por cuanto ven y oyen.

que anuncian la *novedá*
con toda siguridá,
cuando los Indios avanzan,
son los *chajases* que lanzan
volando: ¡ chajá ! ¡ chajá !

Y atrás de esas madrigueras
que los salvajes espantan,
campo ajuera se levantan,
como nubes, *polvaderas*
preñadas todas enteras
de *Pampas*[1] desmelenaos,
que al trote largo apuraos,
sobre sus potros tendidos,
cargan pegando alaridos,
y en media luna formaos.

Desnudos de cuerpo entero
traen solo encima del lomo
prendidos, ó no sé cómo,
sus guillapices[2] de cuero
y unas tiras de plumero
por las canillas y brazos;
de ahi grandes cascabelazos
del caballo en la testera;
y se pintan de manera
que horrorizan de *fierazos*.[3]

Y como ecos del infierno
suenan roncas y confusas,
entre un enjambre de chuzas,

[1] Pampas : indios de las pampas.
[2] Guillapices : mantas de cuero de huanaco.
[3] Fierazos : feisimos.

rudas trompetas de cuerno;
y luego atrás en lo externo,
del arco que hace la Indiada,
viene la *mancarronada* [1]
cargando la *tolderia*,
y tambien la chineria [2]
hasta de á tres *enancada* [3]

Ansi es que cuando pelean
con los cristianos, que acaso
en el primer cañonazo
tres ó cuatro Indios voltean,
en cuanto remolinean
juyen como exhalaciones;
y, al ruido de los latones, [4]
las chinas al disparar
empiezan luego á tirar
al suelo *pichigotones*. [5]

Pero, cuando vencedores
salen ellos de la empresa,
los pueblos hechos ¡ avesa
dejan entre otros horrores;
y no entienden de clamores,
porque ciegos atropellan,
y asi forzan [6] y degüellan
niños, ancianos y mozos;
pues como tigres rabiosos
en *ferocida* descuellan.

[1] Mancarronada : caballos viejos, estropeados.
[2] Chineria : la chusma de mujeres.
[3] Enancada : tres en un solo caballo.
[4] Latones : sables que tienen la vaina de hierro.
[5] Pichigotones : indiecitos de pecho ó niños mayorcitos.
[6] Forzan : violan, estupran.

De ahi, borrachos, en contiendas
entran los mas mocetones,
para las reparticiones
de las cautivas y prendas;
y por fin con las *haciendas*
de todo el *pago* se arrean;
y, cuando rasas humean
las casas de los cristianos,
los Indios pampas ufanos
para el *disierto trotean*...

Sin dejar vieja con vida;
pero de las *cotorronas* [1],
mocitas y muchachonas
hacen completa barrida;
y luego á la repartida
ningun cacique atropella;
y á la mas linda doncella
aparta y la sirve en todo,
hasta que luego, á su modo,
tambien se casa con ella.

Y, desdichada mujer
la que despues de casada
comete alguna *falsiada* [2]
que el Indio llegue á saber,
porque con ella ha de hacer
herejías, de manera
que á la hembra mejor le fuera
caer en las garras de un moro

[1] Cotorronas : mujeres que tienen de treinta á cuarenta años.
[2] Falsiada : infidelidad conyugal.

ó entre las *aspas* de un toro
que con un Indio cualquiera.

En fin, á la retirada
nunca salen reunidos,
sino en trozos extendidos
por la campaña asolada;
y, en toda la atravesada,
mamaos [1] atrás van llorando
los que *cautiva faltando*,
es decir, los que no tienen
mujer, desgracia que vienen
con la *tranca* [2] lamentando.

Y hay cautiva que ha vivido
quince años entre la Indiada,
de donde al fin escapada
con un hijo se ha venido,
el cual, despues de crecido,
de que era indio se acordó
y á los suyos se *largó;*
y vino otra vez con ellos,
y en uno de esos degüellos
á su madre libertó.

Como ha habido desgraciada
que, escapada del disierto,
sus propios hijos la han muerto
despues en una avanzada,
por hallarla *avejentada* [3],
ó haberla desconocido;

[1] Mamao, mamado : embriagado, borracho.
[2] Tranca : borrachera.
[3] Avejentada : envejecida.

y otros casos han habido
que luego referiré;
y antes de eso *pitaré*
porque estoy medio rendido.

XIV

LA TRISTONA. — LA GAUCHADA. — EL INDIO BORRACHO. — LA VIEJA CAUTIVA. — EL ESPANTADO. — LA VIZCACHERA [1].

Oyendo la relacion
de Vega, Juana Petrona
con una cara tristona
demostraba su *aflicion;*
y Rufo, con la intencion
de alegrarle el pensamiento,
le cortó al cantor el cuento,
metiéndose á la colada
con la siguiente gauchada [2]
que correspondió á su intento.

TOLOSA.

— Ya que habló de retirada,

[1] Vizcachera : cueva grande y profunda que hacen en el campo las vizcachas, que son una especie de gatos salvajes y viven en esas cuevas.
[2] Gauchada : chiste, historieta, improvisacion de gaucho.

voy á contarle un pasaje
(y perdone que le ataje
su palabra tan honrada)
de una mujer muy *mentada*
por linda como un primor,
con un Indio *mamador* [1]
que por la casualidá
topó con esa *deida*
una noche. — Pues, señor...

Sucedió en una ocasion,
que los Indios atacaron
al Salto [2] y se retiraron
muy cerca de la oracion,
que un Indio algo vejancon
medio *mamao* se metió
entre un *cardal* y topó
á una mujer escondida,
cuasi á oscuras, y en seguida
en *ancas* [3] se la montó.

La hembra se dejó cargar
mas callada que un difunto,
y el Pampa con ella al punto
alegre echó á caminar;
y á cada rato al marchar,
pedia el Indio : « da beso [4], »
y dando vuelta el pescuezo
á su cautiva besaba,
la cual al Indio pensaba
enternecerlo con eso.

[1] Mamador : borrachon, borracho inveterado.
[2] El Salto : pueblo de la provincia de Buenos Aires.
[3] En ancas : a la grupa del caballo.
[4] Da beso : asi pide un Indio un beso.

Seguia el Pampa y seguia
á besos que se pelaba,
mientras la marcha duraba,
hasta que allá al ser de dia
se dió *güelta*... y ¡Vírgen mia!
con una vieja se halló,
tan fiera, que se espantó,
pues, sin volverla á mirar,
el Indio por disparar
hasta la *chuza* largó.

La vieja despatarrada
por los garrones salió
del *pingo* que la solfió,
largándole una patada,
siendo tan afortunada
que ni el pelo le tocó;
y felizmente cayó
al pié de una vizcachera,
donde mas que de carrera
de cabeza se metió.

Metida allí en lo profundo
de la covacha, rezando
se aguantaba, no pensando
salir ese dia al mundo;
pero, á la siesta, iracundo
un vizcachon [1] la mordió,
y echando diablos salió
la vieja toda embarrada,
y ansí *descuajaringada* [2]
para el Salto enderezó.

[1] Vizcachon: el macho de la vizcacha.
[2] Descuajaringada: desaliñada, descompuesta, andrajosa.

Dos dias tardó en llegar,
pero en cuanto entró á la villa
derechita á la capilla
fué y se puso á confesar;
y luego entró á cavilar
sobre el susto con afan,
hasta que se fué á Lujan [1]
y de allí al pueblo bajó,
aonde de lega se entró
en las monjas de san Juan. —

De oirle á Rufo la gauchada
se riyeron fuerte y mucho,
pues cuasi se tragó el *pucho* [2]
Vega en una carcajada;
pero largó la mascada,
sin tragarla, felizmente;
y, cuando estuvo al corriente
para platicar, siguió,
y al Santiagueño le habló
de la manera siguiente.

[1] Lujan : pueblo de campaña á 12 leguas de Buenos Aires.
[2] Pucho : el resto del cigarro que se ha fumado.

XV

ROSA LA LUNAREJA. — LOS PARECIDOS.

De esos lances, *aparcero,*
dijo Vega, una porcion
yo tambien en la ocasion
podria contarle al caso;
pero, si lo hago, un atraso
en mi cuento sufriré:
cosa sensible, ahora que
voy en el hilo [1] preciso.
Siendo ansí, con su permiso,
en ese hilo seguiré.

Porque es larga la madeja
que debo desenredar,
y no me podré ocupar
de ninguna bruja vieja,
cuando de la Lunareja,
tan renombrada por bella,
debo hablarles ya, pues ella
se liga mucho á mi cuento;
ansí, es preciso al momento
hacerla *cair* á la *güella* [2].

[1] En el hilo: en la marcha, en el asunto del cuento.
[2] Güella: la huella que señala el camino.

Esa fué una linda moza
que la Indiada cautivó,
y diez y ocho años vivió
en cautividá penosa,
y, aunque se llamaba Rosa,
le decian *Lunareja*,
porque, junto de una oreja
un lunar negro tenia
de forma que se le unia
con el arco de la ceja.

Ansí mesmo era preciosa,
y tanto se parecia
á un hermano que tenia,
que eran idéntica cosa
el hermano con la moza:
en la cara, en el lunar,
en el pelo, en el hablar,
y en los ojos sobre todo,
que eran azules de un modo
precioso y particular.

Y por esa identidá,
que, sin duda fué evidente,
vendrá un caso en lo siguiente,
en que bien se explicará
el lance ó casualidá,
que á un mozo le sucedió
cierto dia que se halló
apurado casualmente;
y ese mozo es un teniente
del cual he de tratar yo.

XVI

EL TIGRERO MON-ALBO. — EL CADÁVER. — LOS CUERVOS Y CARANCHOS. — LOS MASTINES FIELES. — GAUCHOS ANTIGUALLOS. — EL BAUTISMO DE LAS LAGUNAS.

Cuando de la Lunareja
contó Vega los trabajos,
ya Tolosa y el cantor,
sin sentir, de trago en trago,
medio frasco de aguardiente
cuasi se habian tomado,
de manera que los dos
estaban algo *apedados* [1].

Ansí, en *chaucha* [2], el Santiagueño
á Vega le hizo el agravio,
no de intencion pudo ser,
sino de gaucho mal criado,
pues le cortó la palabra
pasándole el *medio frasco*
y diciéndole :

TOLOSA.

— ¡ Por Cristo !
¡Calle, amigo! ¡Recien caigo
en que esa tal Lunareja

[1] Apedado : bebido, borracho.
[2] En chaucha : ebrio, achispado.

es de juro [1], á no dudarlo,
cierta viuda, de la cual
hace cosa de dos años
há que, en este mesmo sitio,
nos hizo un triste relato
un hombre tan memorista,
tan *escrebido* y letrado,
y tan cantor como usté
que presume de afamado!

Al oir esto Santos Vega,
se quedó allí *estupeflato* [2],
como que era en su amor propio
mas puntilloso que el diablo;
pero dijo : « Aguantaré
de este animal el *güascazo* [3]. »

El Santiagueño siguió
diciéndole al viejo Santos.

TOLOSA.

Ese hombre, sepaseló,
ese cantor de quien le hablo,
ese versista *sin par*
es mi compadre Monsalbo,
hijo, el único que tuvo,
allá en el siglo pasado,
en las lagunas del *Tala*
el gaucho mas antiguallo.

En esos campos del sur,

[1] De juro : precisamente.
[2] Estupeflato : estupefacto.
[3] Guascazo : latigazo.

adonde se hizo afamado,
porque fué el mas *corajudo* [1],
como el mas ejercitado
en matar tigres y *liones*,
desde que tuvo quince años,
hasta que para *cueriar* [2]
las fuerzas lo abandonaron;
por fin, de la vida el peso
al hombre lo fué encorvando,
hasta que naturalmente
clavó el pico de viejazo,
sin mas achaques, dijeron,
porque andaba vivo y sano.

VEGA.

¡Mire eso! y ¡morirse *al ñudo* [3]!
Pero, alcánceme otro trago.

—¡Pues no! dijo el Santiagueño;
y él tambien empinó el frasco.

TOLOSA.

Pues, como le iba diciendo,
la tal muerte de Monsalbo
decian que era castigo,
porque andaba vivo y sano.
Mas, como para morirse,
es achaque necesario
y principal estar vivo,
de vivo... muerto á Monsalbo

[1] Corajudo: valiente, animoso.
[2] Cueriar: sacarles la piel á los cuadrúpedos.
[3] Al ñudo: sin motivo.

dos gauchos por un *casual*
entre las pajas lo hallaron.

Ese casual fué debido
á que esos mesmos dos gauchos,
aunque el tigrero vivia
en un *bañao* solitario,
como escondido, porque era
de caráuter muy huraño,
tan de una vez se perdió
de vista, que sospecharon
que el viejo se habria muerto;
cosa de que no dudaron
por el indicio infalible
que allí ciertos pajarracos
dieron, dejándose ver
tres dias revoletiando
al aire sobre el *pajal*
mas tupido del bañado,
donde el tigrero vivia
solito en su pobre rancho.

VEGA.

¡ Pero allí, su triste vida
se la pasaria *á tragos*,
á los que, sigun sus *mentas* [1],
era muy aficionado !

En fin, que Dios lo perdone
y lo tenga en su descanso,
mientras nosotros aquí
seguimos besando el frasco

[1] Menta : memoria, recuerdo.

á salú de su compadre,
¡ ese profundo Monsalbo
sin pareja !...

TOLOSA.

Si, señor;
y, como le iba contando,
diz que sobre ese *pajal*
los cuervos y los caranchos [1]
andaban dando graznidos
al viento desde muy alto,
luego que al *dijunto* viejo
le sintieron el olfato.

¡ Ya se ve ! era peliagudo
y mucho mas que *arriejado*
bajar á echarle las garras
al muerto, porque ni el diablo,
con todo su poderío,
se habria determinado
á acercarse á la osamenta
del *dijunto*, sin embargo
de que el tigrero murió,
sigun dicen, condenado.

Pero ¡ Cristo ! ¿ Qué demonios,
qué cuervos, ni qué caranchos
se arrimaban á un cadáver,
que estaba tan escoltado
como se hallaba el tigrero,
piadosamente rodiado
de sus perros doloridos ?...

Caranchos : grandes aves de rapiña.

que allí despues de enterrado,
al pié de la sepultura,
donde solo le plantaron
una cruz de duraznillo [1],
los mastines se quedaron
inmóviles dia y noche
lastimosamente aullando;
hasta que de hambre y flacura,
indefensos y postrados,
de á uno por uno los tigres
á todos los devoraron.

Luego desde el mesmo dia
que allí al viejo sepultaron,
á las lagunas del Tala,
en memoria del finado,
todo bicho [2] hasta hoy las llama
las lagunas de Monsalbo.

Ese nombre mi compadre,
que está muy bien informado
de las cosas de aquel tiempo
y de nada se ha olvidado,
dice que se lo pusieron,
en el sur, aquellos gauchos
Rojas, Morales, Colman,
el viejo Nutria, Orellano,
Góngora, Baez, Lechuza,
hombres todos antiguallos
nutrieros, pero *diablon*...
ninguno como Monsalbo.

[1] Duraznillo : arbusto silvestre.
[2] Todo bicho : todo el mundo.

Luego, tocante á cantores,
mi compadre dijo claro
que no ha salido hasta el dia,
ni saldrá entre muchos años,
un cantor como *Lechuza*,
que nació y murió *payando*,
de contrapunto, con todos
de improviso concertando [1];
sin que á ningun *payador*,
de todos los afamados,
le recularа *Lechuza*
la pisada de un *chimango* [2].

¡ Santa Bárbara ! ¡ Qué truco
para alguno, háganse cargo !

Santos Vega que pensaba
que, de Salomon abajo,
en la redondez del mundo
jamás habia picado
un payador de su laya,
pues que habria revolcado
no solo á santa Cecilia,
sino al diablo coronado,
se le hizo el sordo á Tolosa,
y le aguantó el *lechuzazo;*
pero dijo en sus adentros :
« Ahora lo verás, bellaco,
si no te hago relinchar
como bagual encelado. »
Ansí, con *sangre en el ojo*,

[1] Concertando : diciendo versos, cantando coplas.
[2] Chimango : ave de rapiña, del tamaño de una paloma y de color canela.

pretextó echar otro trago,
y al punto díjole á Rufo :

— Amigo, se va explicando
muy lindamente en su cuento,
aunque es un *triste relato*,
como dijo usté, y por eso
yo estaba ya apichonado [1]
y á punto de *lagrimiar*,
á no haberme consolado
el verle á su patroncita
de la pantorrilla abajo;
aunque se la habia visto
cuando la monté...

TOLOSA.

¡ Barajo !
¿ Cómo cuando la montó ?
A ver, expliquese claro.

VEGA.

Sí, pues, cuando la *monté*
en ancas de mi caballo,
y entonces por un descuido,
ó de presumida acaso,
me *amostró esa preciosura.*
Y eso ¿ qué tiene de raro ?
¡ Si *ansí* son todas las hembras !...
porque, al fin, Dios les ha dado
lo lindo para lucirlo.
Ansi, al verle lo de abajo,

[1] Apichonado : triste, conmovido.

dije yo por un deseo:
¡ Ah, *pieses !* ¡ para un *malambo*[1]
conmigo, que todavía
no estoy del todo olvidado !
¿ Qué me dice, patroncita ?
¿ No me hará un *escobillado*[2],
al pedirle este favor,
desde que la estimo tanto ?

ROSA.

¡ Cómo no, si se lo haré !
aunque *ruempa* mis zapatos,
que es todo lo que me ha visto
al montarme en su bragado.
Lo demás de alabancioso
creo que usté lo ha inventado;
pero, como lo *aprec 'o*,
de sus *bromas* no hago caso;
y, siendo así, bailaremos
cuando sea de su agrado.

TOLOSA.

¡ La pu... cha ! ¿ qué *decís*, Rosa ?
Y mi cuento... ¡ voto al diablo !
¿ no me lo dejan concluir
por echar un *zapatiado ?*

VEGA.

Escuche, amigo Tolosa;
usté nos hace un agravio,

[1] Malambo : baile rústico de la campaña.
[2] Escobillado : zapateado.

si cree que su mujercita,
ni yo mesmo, *prefieramos*
otro placer á su cuento,
en el que usté ha demostrado,
con cacúmen y memoria,
que no es un hombre negado.
Para bailar sobra tiempo;
siga no mas su relato,
que es lindo, aunque nos *contrista*.
Ansí luego, en acabando,
usté debe permitirme
el que yo, con el *changango* [1],
acá con la patroncita
echemos penas á un lado.
Con que ansí, amigo Tolosa,
siga el cuento de Monsalbo.

TOLOSA.

Bueno, amigo, le haré el gusto,
seguiré luego; entre tanto
refrescaré la memoria
mientras que pito un cigarro.

ROSA.

Justamente, dijo Rosa;
decansá, Rufo, pitando;
y usté, don Vega, si gusta
que bailemos de aquí á un rato,
cánteme alguna cosita
antes de nuestro *malambo*.

[1] Changango: guitarra vieja.

VEGA.

¡ Pues no, cielo ! ¡ en el momento!
dijo el cantor; y templando
la guitarra, se dispuso
á darle un *picon* amargo
al Santiagueño, en desquite
de aquel brutal *lechuzazo*.

A este fin, cantó en seguida
las coplas de mas abajo.

VEGA.

« Si para explicarte aquí
el amor que te reservo,
faltan á mi lengua voces,
ojos elocuentes tengo. »

(Y Santos la miró á Rosa,
y á él lo miró el Santiagueño.)

« Mis ojos pueden decirte
lo que oculta mi silencio,
sin que una muda expresion
pueda ofender tu respeto. »

(Volvió Vega á ver á Rosa,
y á él lo vido el Santiagueño.)

« Puertas son por donde el alma,
con distintos movimientos,
publica del corazon
los mas ocultos secretos;

Y, aunque en las voces no explique
los sentimientos del pecho,

te estoy diciendo mi amor
solo con estarte viendo. »

(Y Vega miraba á Rosa;
y á él lo miró el Santiagueño,
mostrándole á la evidencia
la comezon de los celos.)

ROSA.

¡ Ay ! señor, qué preciosura,
y qué expresivos los versos !
¿ No te parece, marido ?

TOLOSA.

Que te gustan, ya lo veo;
solo quisiera saber
de quién son esos compuestos [1].

VEGA.

De Lechuza, el afamado,
de quien dijo usté, aparcero,
el que á *naides* le cedia
cuando cantaba, en su tiempo,
la pisada de un chimango
á payador ni á coplero.

TOLOSA.

Ansí dijo mi compadre
Monsalbo, al que me refiero.
Y, pues que ya he descansao,

[1] Compuestos : coplas, versos.

voy á dar fin á mi cuento...
Digo, si me lo permiten.

VEGA.

¡ Cómo no ! Siga, aparcero ;
pero no se *precitripe* [1],
ni se turbe, se lo ruego.

Ahora verán la malicia
con que siguió el Santiagueño.

XVII

DE GAUCHO Á GAUCHO. — LA BORRACHERA. — ¡ ADIOS, DIABLOS ! — LOS DICHARACHOS. — EL CONTRAPUNTO. — LA MALICIA.

Es cosa cierta y sabida
que al juntarse dos paisanos,
para tomar la *mañana*
ó hacer las *once* [2] en el campo ;
por mas amigos que sean,
cuando apuran mucho el trago
y se les va la bebida
á la cabeza, ¡adios, diablos!

[1] Precitripe : precipite.
[2] Hacer las once : tomar algun licor antes de mediodia.

la amistá y el parentesco,
el respeto al *compadrazgo*,
las promesas de cariño,
todo eso lo echan á un lado,
y solo á *contrapuntiarse*
se sienten ya preparados.

Ansi fué que esa mañana
muy formales se sentaron
Rufo y Vega á platicar;
mas, luego que se vaciaron
de aguardiente una limeta,
al punto que se *templaron*
ya les entró el *hormigueo;*
y como estaba *encelado*
por el canto el Santiagueño,
ansí como el gaucho Santos,
ofendido en su amor propio,
se hallaba mas que picado
por las muchas *indireutas*
que ya le habia soltado
Rufo, en las ponderaciones
con que le pintó á Monsalbo
y á Lechuza el payador...
Vega y Rufo principiaron
con malicia entre uno y otro
á decirse dicharachos,
y á mirarse haciendo gestos,
torciendo la boca á un lado,
con los demás ademanes
que saben hacer los gauchos,
desde luego que se ponen
de la cabeza *pesados*...
lo que llaman divertirse.

Velay pues, en ese estado
se pusieron ese dia
Tolosa y el viejo Santos :
inquietos y *cosquillosos,*
y mas que todo, *desiando*
retrucarse el uno al otro,
al menor *equivocado.*
Pero, á decir la verdá,
Vega estaba mas *pesado*
de la cabeza, al istante
en que Rufo, continuando
de la Lunareja el cuento,
soltó en chaucha [1] un dicharacho,
que verán mas adelante;
y oigan cómo vino el caso.

Despues de que el Santiagueño
antes descansó pitando,
y que Vega le pidió,
finjiéndose interesado,
en que prosiguiera el cuento
del memorista Monsalbo;
Tolosa, tambien finjiendo
seguirlo de buen agrado,
díjoles á Vega y Juana :
Prosigo pues... Y echó un trago.

TOLOSA.

Como les iba diciendo
en ese triste relato,
mi compadre nos contó
que, adonde la cautivaron

[1] En chaucha : medio ebrio.

á la Lunareja, fué
en la villa de los Ranchos;
y diz que, ese mesmo dia,
los Pampas le *difuntiaron*
allí mesmo sin piedá
al marido, que era un guapo
capitan de los dragones;
pero al infeliz lo hallaron
con una pierna quebrada,
y en la cama lo mataron.
Luego, allí mesmo los Indios
á su madre la chuciaron...

VEGA.

¡A la suya chuciarian!
porque á la mia, ¡barajo!
no la cojieron los Indios
ni á cien leguas de los Ranchos,
porque era santafecina [1];
y sin salir de su *pago,*
que fué la mesma ciudá,
al cumplir ventidos años,
cuando era yo tan chiquito
que me dejaba *gatiando*
por irse á sus devociones,
murió moza, de un empacho
de un choclo [1] con requeson,
que un bendito franciscano
al confesarla una siesta
le dió en el *confisonario.*

[1] Santafé es una ciudad de la República Argentina.
[2] Choclo : la espiga del maiz tierno.

TOLOSA.

¡La gran punta y truco al choclo,
al requeson y al empacho!
Pero, amigo, por las dudas,
dígame : ¿ usté es Paraguayo, ó
Tarijeño [1]?

VEGA.

Soy Puntano [2].

TOLOSA.

Por eso tan puntiagudas
cuchufletas me ha soltado
endenantes, cuando quise
decirle, derecho y claro,
que á la madre de la viuda
á chuzazos la mataron;
no á la suya, ni á la mia.
¡Ah, viejito *vivaracho!*

VEGA.

¡*Diaónde* he de ser, si no tengo
ni cosquillas! Pero, veamos
si tiene usté fundamento
al darme ese titulado,
mientras yo veo que usté
sabe largarse á lo gaucho;

[1] Los Tarijeños y Paraguayos son muy decidores y maliciosos en su modo de decir.
[2] Puntano : natural de la Punta de San Luis, provincia argentina.

pues, cuando menos pensé,
me soltó ese *chaguarazo*
de la « chuciada á su madre
en la villa de los Ranchos, »
por lo que yo *corcovié*
con fundamento sobrado.

TOLOSA.

Corcovió de cosquilloso.

VEGA.

¡ Qué cosquillas, ni qué diablos !
Lo mesmo habria hecho usté,
si hubiese estao en mi caso,
ó habria hecho otro cualquiera;
y sino, escuche, paisano,
le haré una comparacion.

Si usté *muenta* [1] en un caballo,
en el cual tiene confianza
por ser de *su silla* y manso,
como aquel en que lo vide
el otro dia montado,
ó en cualesquier mancarron;
si usté *muenta* y sale al tranco
á pasiar con un amigo,
con el cual va platicando
formalmente y de manera
que sigue usté paso á paso,
de modo que el mancarron
va tranquilo *morronguiando* [2]...

[1] Muenta : monta.
[2] Morronguiando : dormitando como los gatos.

dígame : si de improviso
le pega usté un rebencazo
y le cruza las *verijas* [1],
¿el pingo mas aporriado,
mas humilde y sufridor,
no *mosquea*, y de un colazo
le retruca?... y, si es coludo
como usté...

TOLOSA.

¡Como yo!

VEGA.

Déjeme hablar, ¡voto al diablo!
coludo, iba yo á decir,
como usté sabe montarlos,
porque la cola le he visto...

TOLOSA.

¡A mí, cola!

VEGA.

Al rabicano
se la vide en la *tapera*,
allá adonde nos *apiamos;*
y adonde del *maniador*
me acerqué á desenredarlo,
y vide que le pasaba

[1] Verijas : la parte baja de la barriga del caballo cerca de la entrepierna.

de las *ranillas* [1] abajo.
¡Qué cola! Ansí al caminar,
como una reja de arado
surcos hacia en el suelo,
y hasta abrojos vino alzando,
que usté se los arrancó
luego, aquí al desensillarlo.
¿No es verdá? Respuéndame.

TOLOSA.

Es verdá; pero, entre tanto,
mas cierto es y mas notorio
que usté se va *destapando* [2]
en vivezas, las que yo
se las he de ir *retrucando,*
pico á pico, y *tiro á tiro,*
á la fija, sin embargo
de que usté, ya se lo dije,
es viejito vivaracho,
y me lleva la ventaja
de que, siendo veterano,
á pelo le ha de venir
aquel refran antiguallo,
que de un modo incontestable
dice, corto, lindo y claro,
de que, « el diablo sabe mas
por viejo, que por ser diablo. »

VEGA.

Salga, amigo, no *eche pelos*

[1] Ranillas : en los caballos la parte cerca de los vasos de las patas, donde tambien tienen algunos mechones de cerda.
[2] Destapando : descubriendo, manifestando.

en la leche, deje á un lado
todas esas aprensiones
al ñudo; vamos al grano.
¿Qué se propone decirme
con todo ese preludiado?

TOLOSA.

A eso voy; pero, ¡por Cristo!
no me salga usté *chuliando*
si me turbo en algun dicho,
como hizo hace poco rato,
cuando en su comparacion,
aquella del pingo manso,
me prendió muy suavemente
la cola del rabicano:
gauchada que le agradezco,
porque el salir de un engaño
me hizo; y le voy á decir
del error que me ha sacado
con respecto á *liviandades.*
Escúcheme, pues, paisano.

Ayer sobre una alcachofa
de cardo seco en el campo
yo vide, sobre sus *güevos,*
dejarse *cair* un carancho
como usté...

VEGA.

¡Como su agüelo!

TOLOSA.

¡Otra *guelta,* voto al diablo!

Como usté debe haber visto,
no digo uno, sino varios.

Bueno, pues; todos sabemos
muy bien que esos pajarracos
no pesan lo que un *chingolo* [1],
sino que son muy pesados,
lo mesmo que sus nidadas;
ansí, no sé cómo diablos
á esa doble pesadez
la apuntala un solo tallo,
débil, güeco, quebradizo;
y de *yapa* [2] coronado
de la rueda de alcachofas
donde se anida el carancho.
Pues allí se deja *cair*
de golpe, desde muy alto,
con tal maña y suavidá
que apenas se *duebla* [3] el cardo.

¿Ha visto, amigo, una cosa
mas *almirable* en el campo?
Y dígame : ¿le parece
esa suavidá un milagro?
Pues á mí no me parece
tan almirable ese caso,
porque, como antes le dije,
he salido de un engaño,
y estoy mas que convencido
que no es tan suave un carancho,
al echarse en su nidada,

[1] Chingolo : pajarito como jilguero.
[2] De yapa : además.
[3] Se duebla : se dobla, se arquea.

al vuelo, de lo mas alto,
como usté cuando á lo zorro
se le echa encima á un cristiano.

VEGA.

¡ Ja, ja, ja ! Ríase, amigo,
no haga en adelante caso
de palabras que yo suelte
sin intencion de agraviarlo...
Y permítame, si gusta,
continuar mi preguntado,
aquel que usté me cortó
con sus güevos de carancho.

TOLOSA.

Corriente, amigo, prosiga,
como fuere de su agrado.

VEGA.

Pues, señor, yo iba diciendo...
¿ Por dónde ibas, viejo Santos ?
¡ Ah ! y, si es coludo el rocin
y en la cola ha levantado,
ó la *trai* sucia por sí,
de aquella especie de emplasto
de trébol fresco y purgante
con que se *aguacha* [1] el ganado,
hasta que como aguacero
de tortillas cubre el campo,
¿ qué sucede ?... Claro está :
sucede que del colazo

[1] Aguachar : opilarse, ponerse barrigon.

le echa el pingo una rociada
que lo deja á usté sahumado,
y sin ganas de pegarle
de improviso otro *guascazo*,
como aquel de la chuciada
de los Indios en los Ranchos.

Con que, basta con lo dicho;
ya nos hemos *retrucado*.
Vámonos, pues, *á baraja*,
y, como güenos paisanos,
acábese el tiroteo,
y quedémonos *á mano*.

Eso sí, me hará el favor
de proseguir su relato,
aquel de la Lunareja,
porque es lindo y de mi agrado.

TOLOSA.

Bueno, pues; proseguiré
por el tenor de Monsalbo,
y, como le iba diciendo,
á chuzazos le mataron
la madre á la Lunareja,
el marido y el cuñado :
como quisieron matarle
á un hijito de dos años,
al tiempo que felizmente
como del cielo bajado
el cacique Cocomel,
Indio poderoso y guapo,
y á quien *naides* lo tachó
de cruel ni de sanguinario,

llegóse; y, viendo á la viuda
que la *traiban* arrastrando
dos Indios por arrancarle
el chiquito de los brazos,
como un tigre, Cocomel
saltó al suelo del caballo,
echó mano á la cintura,
y alzando veloz el brazo
con una bola perdida [1]
al Indio mas emperrado
junto al mesmito cogote
le dió tan feroz bolazo,
que allí lo dejó en el suelo
redondo como *mataco* [2].

El otro Indio, por supuesto,
largó á la viuda espantado,
despues que hasta la cintura
ya la habian desnudado.

Al verla ansí Cocomel
desprendióse del *quillango* [3],
acercóse á la infeliz
que se habia desmayado;
la tapó compadecido,
y de su beldá prendado
la miró contemplativo.

[1] Bola perdida: arma de los Indios, que consiste en una bola del tamaño de una naranja pequeña, la cual se retoba en cuero, dejándole una cuerda de una vara de largo para reboleárla y lanzarla.

[2] Mataco: especie de tortuga cuya concha se forma de anillos angostos, de modo que el mataco se hace una bola uniendo la cabeza á la concha junto con la cola.

[3] Quillango: manta de piel de guanaco.

De ahi, como venia al mando
de toda la Indiada, altivo,
á todos amenazando,
les ordenó respetar
á la cautiva, y que, cuando
se alentara, con su hijito
la llevasen á su lado;
porque ya esos dos cautivos
quedaban bajo su amparo:
órden que un capitanejo
de cumplir quedó encargado.

Luego, en esa mesma tarde
los Indios se retiraron;
y el cacique á su cautiva
se la llevó muy prendado
para casarse con ella,
á lo Pampa enamorado;
de manera que á sus toldos
llegó Cocomel casado.

De la viuda, desde entonces,
dice el amigo Monsalbo,
que no sabe si han habido
noticias por estos *pagos;*
pero, de su hijo el cautivo,
al cumplir diez y seis años,
diz que allá entre los salvajes
fué el cacique *renegado;*
y eso, dice mi compadre,
que de dizque no ha pasado,
pues ni de la Lunareja,
desde que la cautivaron,
hasta hoy no han vuelto á tener
mas noticias en los Ranchos.

Ahora deseo saber,
por curiosidá, paisano,
si es esta la Lunareja
de que usté iba á decir algo.

VEGA.

Es la mesma; y diré solo
que su compadre Monsalbo
del fin que tuvo esa viuda
y su hijo no está informado,
siendo ese fin lo mas lindo
que aquí debió haber contado;
pero yo les contaré
eso, cuando llegue el caso,
y verán que Dios es grande
y asombroso en sus milagros.

Antes de eso, me parece
que...

TOLOSA.

Tomemos un *amargo*,
porque á mí ya como á loro
la lengua se me ha secado;
y usté, para proseguir,
necesita algun descanso.

En *efeuto;* luego allí
una caldera *secaron*,
y acabada, el payador
dijo : — pues, señor, sigamos.

XVIII

JUANA PETRONA. — SU DISGUSTO. — SUS COMPARACIONES. — LOS BURROS. — GENARO BERDUN. — EL FORZUDO. — LOS BLANDENGUES.

Despues que cimarroniaron
Santos Vega y sus oyentes,
allí en el fogon sentados,
Juana Petrona les dijo
á Rufo y al viejo Santos :

— Señores, voy á pedirles
un favor, y es necesario
que me lo hagan, porque yo
con disgusto he reparado
endenantes, que los dos
ensillaron *el picazo* [1],
retrucándose [2] muy fieros
á fuerza de dicharachos,
y eso me da pena y rabia :
velay, se lo digo claro.

Luego, vos, marido mio,
de alegador y pesado,
por causa de la bebida,
le cortás á cada rato

[1] Ensillar el picazo : picarse, enojarse repentinamente por simplezas.
[2] Retrucándose : reprochándose.

á don Vega la palabra,
á lo mejor que contando
sigue el hombre su argumento.
No, Rufo; en silencio oigamos
en adelante la historia,
y dejémoslo á don Santos
que él solo se desenriede;
y, cuando platique, hagamos
lo mesmo que hacen los burros,
como vos habrás notado
que cuando rebuzna alguno
los demás oyen callados.

— Ahora si, dijo el cantor,
que usté nos ha trajinado,
tanto á mí como á su esposo;
pues, al fin nos ha tratado
como burros á los dos.

— ¡Es posible! No hagan caso,
respondió Juana Petrona;
dispénsenme; no he pensado,
ni nunca podré pensar
hacerles ningun agravio
á ninguno de los dos;
y por fin, haciendo barro,
de puro yegua he salido.
Dispensen, pues; ya me callo.

Ansí ya, en lo sucesivo,
notarán que muy callados
el Santiagueño y su china
van á seguir escuchando
la historia de los Mellizos,
que es asunto lindo y largo.

Bajo esa conformidá
Santos Vega prosiguió
de la manera que dijo
en seguida; oigamosló.

—Hasta ahora suena la fama
del sargento *Vencedor,*
sobrenombre que por terne
la paisanada le dió
á un tal Genaro Berdun,
el mozo mas guapeton
y *forzudo* en ese tiempo.
¡Qué temeridá, señor!
Un dia, por la culata
Genaro se la prendió
á una carreta tirada
por dos yuntas, y apostó
á que no la dejaria
rodar; y no la dejó.
De balde los *picaniaron* [1]
á los bueyes con rigor;
al contrario, para atrás,
Berdun allí se arrastró
la carreta y las dos yuntas
de bueyes, y los dejó
con la boca abierta á todos,
de miedo ó de almiracion.

Otro dia en las carreras
un gaucho lo amenazó
á pegarle un rebencazo;
y en cuanto el rebenque alzó,

[1] Picaniaron: picanearon, derivado de picana, nalga.

Genaro muy suavemente,
al parecer, abrazó
al gaucho por la cintura,
nada mas, y lo soltó
hecho una bolsa de güesos,
boquiando como un pichon.

Vean pues, si era forzudo
el sargento Vencedor,
que en los Blandengues de entonces
con ese cargo empezó
su carrera, y que despues
hasta capitan subió.

Yo lo conocí sargento
en tiempo muy anterior,
porque, la primera vez
que el mellizo se juyó
de la estancia, á la Chis-chis [1]
vino á dar, y allí paró
en el ranchito infeliz
de un Portugués pescador;
el cual le dió de comer,
hasta que al fin descubrió,
á costa de sus *rialitos,*
que el muchacho era ladron,
ingrato, provocativo
y de perversa intencion;
pues, el dia en que enojao,
el Portugués le quitó
la plata que le robaba,
el muchacho le tiró

[1] La Chis-chis : nombre de una laguna.

de atrás una puñalada
que cuasi lo *dijuntió* [1].

Ofendido el Portugués,
se dió güelta y le acertó
á pegar, no sé con qué,
un golpe que lo *voltió,*
azonzao, y allí en el suelo
codo con codo lo ató.
Y luego, ese mesmo dia,
en persona él lo llevó
á Chascomun, y al alcalde
don Valdés se lo entregó;
quien, despues de castigarlo,
en seguida lo mandó
con Berdun, que lo entregase
en la estancia de la Flor.

Entonces yo conocí
al sargento Vencedor,
el mesmo dia que trajo
á Luis, y se lo entregó
á don Faustino en persona;
y en secreto le contó
las diabluras que en la *juida*
el mellizo cometió.
A la cuenta, cosas fieras
debió contarle, en razon
de que al oirlas don Faustino
mucho enojo demostró;
y en seguida que de todo
el mensaje se informó,

[1] Dijuntió: mató, dejó muerto.

á presencia del sargento,
severamente el patron
reconvino allí al mellizo,
y ahi mesmo lo sentenció
á recibir veinte azotes
por primera reprension.

Con todo eso, á poco rato
la mitá le perdonó,
atendiendo á que Jacinto
y el patroncito, los dos,
intercedieron llorando
por lástima del *juidor;*
pero este, de la sentencia
retobado [1] se mofó,
y maldiciendo á Berdun,
como víbora salió
al patio, y los calzoncillos
y el *chiripá* [2] se bajó,
al punto que el capataz
refalárselos [3] mandó.

De ahi, boca abajo en el suelo
largo á largo se tiró,
y en la picana [4] desnuda
diez lazazos aguantó,
sin dar un solo quejido,
ni tampoco se encojió;
pero, luego que el muchacho

[1] Retobado : ensoberbecido, colérico.
[2] Chiripá : pieza de paño ó bayeta, tejido del pais, con que los gauchos se envuelven desde la cintura hasta las rodillas en forma de calzones bombachos.
[3] Refalárselos : bajárselos, quitárselos.
[4] Picana : la nalga.

del suelo se levantó,
y apenas los calzoncillos
medio, medio se prendió,
como balazo, á Genaro,
renegando enderezó
tirándose los cabellos,
y en cuanto se le arrimó :
¡Ahi-juna![1] ¿cómo *se llama?*
le dijo; y se la juró.

Genaro, de esa amenaza,
por supuesto, se riyó,
y, bien lejos de agraviarse,
con bondá le aconsejó
no tuviera en adelante
tan mala comportacion,
porque...

— ¡Vaya á la gran pu...!
el gaucho le replicó;
y al tiempo de darse güelta
esta letra[2] le largó :
— ¡Agun dia... con el tiempo...
deje estar... que espero en Dios!

Pero Berdun, ni por esas[3]
por agraviado se dió;
al contrario, muy tranquilo
sonriyendo se quedó,
y al otro dia temprano
del patron se despidió;
y don Faustino del mozo

[1] ¡Ah, hijuna! : ¡ah, hijo de una prostituta!
[2] Esta letra : esta sentencia ó amenaza.
[3] Ni por esas : a pesar de todo eso.

tan de veras se prendó,
que cuando estuvo á caballo
al estribo le alcanzó
un ceñidor de regalo,
y de nuevo le ofreció
sin reserva sus servicios,
y completa estimacion.

Agradecido Genaro,
al poco tiempo volvió
así como de paseo,
y hasta hizo noche [1] en la Flor;
en donde de los patrones
tanto agrado recibió,
que, en la confianza, despues
las venidas menudió,
hasta que el mozo en la Estancia
del todo se *aquerenció;*
y ansí que *el lao de las casas*
á los viejos les ganó,
cuando ya se le hizo güeno,
á quejársele empezó
á una tal Isabelita,
que allí en la estancia se crió
al cargo de doña Estrella,
que en cuidarla se esmeró.

Quince años no mas tendria
la mocita á la sazon,
siendo un dije en esa edá
de hermosura y de primor,
á extremos que Don Faustino,

[1] Hizo noche; durmió allí, paró la noche en la casa.

por tan linda, le añadió
al nombre de Isabelita
el de Azucena; y bastó
que con ese sobrenombre
la llamase una ocasion,
para que ya el paisanaje
siguiera dandoseló;
de manera que Azucena
de firme se le quedó,
y en adelante ansí mesmo
tendré que nombrarla yo.

Pues, amigo, de esa perla
Genaro se aficionó,
y hallándola por fortuna
blandita de corazon,
luego que de su cariño
perfeuto se *asiguró*,
una mañana Genaro
ciego de amor se estrelló,
y á la señora y su esposo
la muchacha les pidió.

Los patrones le ofrecieron
darle una contestacion
poniéndole solo el conque
de tomar informacion,
con respecto á la *conduta*
de Genaro, que *almitió*,
bien siguro como estaba
que de la averiguacion
deberia resultarle
lo mesmo que resultó;
pues toditos los informes
fueron á satifacion,

como que el mozo gozaba
la mejor reputacion,
de manera que el asunto
muy pronto se terminó,
y al colmo de su deseo
la respuesta recibió.

Cinco semanas despues
con su *prenda* se casó,
sirviéndoles de padrinos
doña Estrella y el patron,
y Azucena la preciosa
muy feliz se contempló,
entregándose á un marido
como al que se le entregó.

Es verdá que, á buena moza,
muy poco le aventajó
á Genaro, que tambien
era, sin ponderacion,
mozo lindo, en cualquier parte,
y por tal merecedor
de que la mas presumida
le dispensara un favor;
porque era alto, bien formao,
blanco y rubio como el sol,
y de unos ojos celestes
de un mirar encantador.

De ahi, en la mejilla izquierda
era su adorno mejor
un lunar crespo y retinto,
y de una forma y grandor
tan sumamente visible,
que de lejos, viendoló,

al golpe lo conocian
por aquella distincion;
y la fama que tenia
de ser el mas guapeton
de toda la *Blandengada* [1]
que en ese tiempo existió.
En fin, se hizo el casamiento
y todo el *pago* asistió
á la fiesta de esa boda,
en la cual nada faltó:
de modo que el paisanaje
á gusto se divirtió;
y en medio del *beberaje,*
me acuerdo que canté yo
unos *compuestos* al caso;
y al fin, una relacion,
cosa linda, les eché
en el baile que se armó.

Finalmente, en esa fiesta
el padrino se portó;
ansí fué que el paisanajo
hasta el dia fandanguió,
sin tener mas desagrado
que el disgusto que causó
el mellizo, que esa nocho
á la novia le robó
unas prendas de su aprecio;
y de nuevo se juyó
en el caballo ensillao
que á Berdun le *manotió* [2].

[1] La Blandengada : el regimiento de Blandengues.
[2] Manotió : robó.

Desde entonces por el sur
ni su rastro se encontró,
hasta los años despues
que ya mozo apareció,
tan *matrero* [1] y vengativo,
como asesino y ladron,
y tan perverso, que fué
de estos campos el terror.
Ansí fué que la justicia
hasta un premio prometió
para aquel que lo agarrara
vivo ó muerto al saltiador.

XIX

LA CITACION. — LOS PRESAJIOS DE UN MALON. — LA TRISTEZA DE AZUCENA. — LA DESPEDIDA. — EL CABALLO DORADILLO.

Luego que con Azucena
Genaro se desposó
don Faustino á protejerlo
del todo se resolvió;
y como era un *hacendao*
tan de una vez ricachon,

[1] Matrero : el que huye de la gente y se esconde en los montes.

su ahijao ya no precisaba
ninguna otra protecion,
porque, seis dias despues
de casarse, lo llamó
su padrino, y muy afable
en su cuarto le soltó
una escritura formal,
haciéndole donacion
de legua y media de campo,
muy lindo y á imediacion
de la Laguna del *Burro,*
aonde Berdun se pobló,
llevando á su mujercita
que contenta lo siguió.

De Azucena doña Estrella
tampoco se descuidó,
pues ciento cincuenta vacas
de un golpe le regaló.
De ahi, con las yeguas y ovejas
que de otro las *agenció,*
Genaro entre sus amigos
á trabajar se agachó,
con esmero infatigable,
y sin mas aspiracion
que hacer feliz á su esposa,
como se lo prometió.

Pero á pesar de ese empeño,
el mozo no adelantó,
en los primeros seis años
de balde se descrimó;
porque la maldita Indiada
tantas veces lo asaltó,
que acosado el infeliz

por tanto golpe empezó
á desconfiar de la suerte,
con fundamento y razon,
desde que seis años largos
de trabajos y teson
poca ventaja le dieron
en sus tareas, sinó
el tener continuamente
sobresalto y sinsabor.

Un dia á la madrugada
Azucena reparó,
que al levantarse Berdun
tristemente suspiró.

La muchacha, por supuesto,
ya tambien se acongojó,
y como amaba á Genaro
con todo su corazon,
un pesar que aquel tuviera
lo sentia ella mayor.

Por esta pena afligida,
ni un momento vaciló
en suplicarle á su esposo,
con la ternura mayor,
el que le manifestase
por qué causa suspiró.

En el *istante* Genaro
un abrazo le *soltó*,
y deseando complacerla
al punto, sin dilacion,
de la manera siguiente
hablaron entre los dos.

GENARO.

Mi alma, aunque he disimulao,
ya veo que has conocido,
y ocultarte no he podido
el que estoy *apensionao.*

Porque ayer muy de mañana,
platicando en el palenque,
me hizo acordar Albarenque
de mi desdichada hermana;
y despues de ese momento,
de veras ando triston,
teniendo en el corazon
no sé qué presentimiento.

Anoche, ya iba á decirte
que sentia alguna pena,
pero no lo hice, Azucena,
porque no quise afligirte.

¡Pobre Rosa! ya sabés
que vive tan desgraciada
ó quién sabe si olvidada
del mundo estará tal vez.

¡Quince años, temeridá!
¡Una cristiana cautiva,
cómo es posible que viva
entre Pampas! ¿No es verdá?

Aunque, como Dios es grande,
por su bondad todavía
espero de que algun dia
por estos *pagos* la mande.

Si; Dios nos permitirá
que la volvamos á ver;
¡y sino, qué hemos de hacer!
cúmplase su voluntá.

Hasta hoy mi hermana no ha muerto,
porque un cautivo escapao,
alentada la ha dejao
hace poco en el disierto...

Sin mas hijo que Manuel,
el chiquito que llevó
cuando cautiva cayó
del cacique Cocomel.

Y no hace mucho há que un viejo,
que del Disierto se vino,
me dijo que mi sobrino
es allá un capitanejo...

Que de puro guapeton,
con los Indios por acá
ha venido, y volverá
á darnos algun *malon*.

¡Pues seria cosa cruel
que me llevase el destino
á matar á mi sobrino,
ó hacerme matar por él!

Pero, Dios nos librará
á uno y otro de esa pena;
y si no es asi, Azucena,
cúmplase su voluntá.

Velay, tenés la razon

por que suspiré endenantes,
cabalmente en los istantes
que *alvertiste* mi pension.

No niego, estoy pensativo;
y, á decirte la *verdá,*
temo alguna *novedá*
por el siguiente motivo:

Hoy al alba, entre dos luces,
como nunca he reparao
el campo todo sembrao
de gamas y de avestruces;

Y bichos de todas layas
tambien he visto cruzar,
y eso me hace receiar
algun *malon.* ¡Ah, malhaya!

Hoy que está la Blandengada
en Chascomun reunida,
y como nunca crecida,
lo mesmo que bien montada...

¿No te parece, Azucena,
que si viniere la Indiada
el pegarle una *sabliada*
seria cosa muy güena?

AZUCENA.

Calláte por Dios, Genaro,
mirá que estoy asustada;
y ya sabés que la Indiada
nos ha costado tan caro.

Con que así, no la anunciés,

porque aquí tengo aprension,
y ojalá de poblacion
mudásemos de una vez.

Azucena esta expresion
de pronunciar acababa,
cuando un Blandengue se apiaba
de *garabina* y laton;

Y *maniando* su caballo,
rienda arriba lo dejó
al tiempo que le gritó.

GENARO.

Pase adelante, Ramallo,
diga, ¿cómo le va *yendo*?

RAMALLO.

Lindamente, ya lo ve.

GENARO.

Entre pues, y sientesé;
¿*diaónde* sale, qué anda haciendo?

RAMALLO.

Vengo, porque el comendante
á decirle me ha mandao
que se le apresente armao,
pues lo precisa al istante.

GENARO.

Vea eso, y apenas son

las siete de la mañana;
de suerte que don Quintana
habrá dao un madrugon,
para mandarme citar
con tanto apuro.

RAMALLO.

¡Pues no!
él en persona me dió
esta órden al aclarar,
hoy mesmito.

GENARO.

Ya lo veo.
¡Voto-alante, qué quedrá!
¿No lo ha colejido usté?

RAMALLO.

No, señor, tan solo sé
de que en la *villa* se están
las *milicias* reuniendo,
desde ayer, que va cayendo
gente con temeridá.

Lo mesmo una caballada
crecida ayer *vide* entrar;
dicen que para montar
á toda la Blandengada...

Que de Lujan, el Sanjon,
y el Salto, ya en Chascomun
se han reunido al run-run
de que se espera un *malon*.

Además de estos rumores,
suenan allá infinidades
de robos y atrocidades,
que han hecho unos saltiadores...

Por la Viuda y la Salada [1],
diaonde esa mesma gavilla
ha caido por la Tablilla
y por las Encadenadas.

Ansí, no será imposible
que á usté lo quieran mandar
con partida, á escarmentar
á esa gavilla terrible...

Que viene capitaniada
por un gaucho muchachon,
que en lugar de corazon
tiene el alma endemoniada.

GENARO.

Pues por acá no ha llegao
semejante foragido;
á la cuenta habrá sabido
que no se ha *dir* muy holgao.

RAMALLO.

¡Cuándo!... teniendo noticia
de lo terne que es usté,
¿á qué ha de venir, á qué?
¿á prender á la justicia?

[1] La Viuda y la Salada: nombre de dos lagunas de la campaña del sur.

Pero, escuche, le diré
que suena como rumor
que el muchacho saltiador
habla muy fiero de usté.

GENARO.

¡La pu... janza! Es cosa extraña,
y no sé cómo me toca
andar *al ñudo* en la boca
de semejante lagaña.
Aunque... mire... estoy pensando
que ese malevo muchacho,
si no es un maldito guacho,
cerquita le va raspando;

Y si él fuere, deje estar,
que iré por gusto á rastriarlo,
solo por desagraviarlo
aonde lo llegue á topar.

AZUCENA.

¡Ay! ¡Genaro, qué disgusto
me causa esta citacion!
Te digo de corazon
que ya no puedo de susto.

GENARO.

No, hijita, no te asustés,
Albarenque ahora vendrá,
y si hay cualquier novedá,
lo que has de hacer, ya sabés;

En derechura á la villa
de un galope te largás,

con tu ropa, y nada mas
que Albarenque [1] y mi tropilla :

Eso en caso que la Indiada
hoy se dejase sentir,
pues yo pretendo venir
por acá, á la madrugada ;

Y si no, de tardecita
mañana, no te aflijás,
he de volver, lo verás,
á darte un vistazo, hijita.

AZUCENA.

Bueno, mi rubio, te espero
sin falta, no me engañés.

GENARO.

No, mi alma, ni lo pensés.
Con que, vamos, Baldomero.

RAMALLO.

Vamos, señor, al momento.
Y ¿usté va en su doradillo?
¡ Ah, pingo! en ese potrillo
yo le jugaria al viento.

GENARO.

Sí, Ramallo, es cosa buena,
como usté ya lo verá

[1] Albarenque : nombre de un peon.

despues... Vamos por acá...
Con que, ¡ adiosito, Azucena!

La mocita respondió
llorando á esa despedida,
y su marido en seguida
con Ramallo se largó.

Y al istante que salieron,
á la par, ya galopiaron
hasta que se traslomaron
y de vista se perdieron.

Aquí, Vega nuevamente
su argumento suspendió
y proseguirlo ofreció
á la mañana siguiente;

Porque le era de rigor,
para seguir adelante,
el hablar del estudiante
de la Estancia de la Flor.

De ahi, los tizones del fuego
con la ceniza cubrieron;
las buenas noches se dieron
y *al duerme* [1] se fueron luego.

[1] Al duerme: á dormir.

XX

EL ESTUDIANTE. — EL CONVENTO. — EL SEMINARIO. — LOS CURSOS. — LA TEOLOJIA.

En la estancia de la Flor,
tendria Angelito ya
sus catorce años de edá,
y era *rigular letor :*
cuando un dia, á lo mejor,
el padre y la parentela
lo sacaron de la escuela
para hacerlo cantar misa :
carrera ilustre y precisa
en tiempo de la *pajuela* [1]...

Cuando cualquier casquivana
familia creiba á nobleza
tener su monja profesa
ó un pariente de sotana;
y esa idea veterana
la familia del patron
la sostuvo con teson,
hasta salir con la suya,
plantándole la casulla
al niño al ser moceton.

Pero, siendo necesario
desde el campo trasportarlo

[1] Pajuela : mecha ó cordon bañado de azufre.

á la ciudá y entregarlo
al colejio *Simenario*,
para que allí en el *brevario*
la *toleojia* cursiara :
como el mocito inorara
del colejio el tratamiento,
pidió que antes á un *convento*
á cursiar se le mandara.

Pidió eso, porque en verdá
el mocito no *inoraba*
la *vidorria* que pasaba
cualquier lego en la ciudá,
adonde antes de eso ya
su padre don Bejarano
lo trujo á ver á su hermano,
que era un flaire gamonal,
regalon, y provincial
del convento franciscano.

Allí, el mocito *las botas* [1]
al almorzar *se calzaba;*
y en seguida se largaba
al bajo á *boliar* gaviotas.
Luego en juegos y chacotas
se pasaba todo el dia,
y como el niño queria
ser en su gusto *albritario*,
mas *ganga* que el Simenario
San Francisco le ofrecia.

A esa idea extravagante

[1] Ponerse las botas : disfrutar mucho sin gastar ni trabajar.

la madre se resistió,
y que entrara le mandó
de monigote estudiante,
como entró, y como al istante
á todos aventajó ;
porque en el latin salió
tan hábil el colejial,
que en cuatro años el *misal*
de memoria lo aprendió.

Por supuesto, lo ordenaron
el dia de san Faustino ;
y cura del Pergamino [1]
poco despues lo nombraron ;
y allí cuantos le escucharon
los sermones en latin,
confesaron de que al fin
era en lo predicador
mas *profundo* y mas dotor
que el mesmo san Agustin.

XXI

EL ALMUERZO GAUCHO. — EL COMEDIDO. — EL ATRACON. — LA CUAJADA. — EL DESENGRASE.

Con los cuentos cavilando
esa noche el Santiagueño

[1] El Pergamino : pueblo de campaña.

no pudo cojer el sueño,
y se lo pasó pitando;
tan desvelado que, cuando
la aurora empezó á rayar,
se tuvo que levantar;
y desvelao de remate,
calentó agua, tomó mate,
y luego salió á campiar.

Sol alto, á ver á su china
de sus trajines volvió;
y á su placer la encontró,
afanada en la cocina
en guisar una gallina,
á tiempo que el payador,
como gaucho vividor
que á todo se comedia,
junto al fogon le prendia
un cordero al asador.

Luego, los tres almorzaron,
de gallina bien guisada,
cordero asao y cuajada...
con lo que desengrasaron;
y tanto, que se limpiaron
hasta aguacharse [1] un librillo,
por lo que Rufo el justillo [2]
entró á desabotonarse,
y Vega empezó á escarbarse
los dientes con el cuchillo.

Se hubiera echao á sestiar [3]

[1] Aguacharon : aguachinaron, se opilaron.
[2] Justillo : chaleco, armador.
[3] Sestiar : dormir la siesta.

Tolosa con su mujer
de buena gana, á no ser
lo ganosos que á la par
estaban de oir continuar
el misterioso argumento,
sin moverse del asiento;
y Vega que coligió
tal deseo, principió
á darle seguida al cuento...

Cuando ¡ socorro ! ¡ socorro !
desde atrás de la cocina,
al llegar, una vecina
pidió á gritos, viendo á un zorro
que arrastraba una gallina.

Vega y Tolosa salieron
medio atropellandosé,
pero el zorro viejo ¡ qué !
cuando pillarlo creyeron
iba ya por Santa-Fe.

Por fin, hasta la vecina,
dejando al bicho largarse,
llevándose la gallina,
entraron á la cocina
y volvieron á sentarse...

Riyéndose junto al fuego;
aonde, aun cuando el payador
vido á la gente en sosiego,
suspendió su cuento luego,
diciéndoles : — Pues, señor...

El tal zorro, ó la tal zorra,
me ha trabucao de manera

que si ya el cuento siguiera,
haria una *mazamorra*...

Saliéndome del tenor
en que lo debo llevar.
Voy, pues, un rato á pensar,
para seguirlo mejor :

Volviéndome á Chascomun,
aonde sabrán que llegó
y qué órdenes recibió
allí el teniente Berdun.

XXII

LA COMISION MILITAR. — LOS SALTEADORES. — LAS DUDAS. — LA PARTIDA DE BLANDENGUES. — EL PESCADOR ASESINADO.

Sin demorarse llegó
Berdun á la citacion,
pues antes de la oracion
á la *comendancia* entró,
adonde lo recibió
el comendante al momento,
diciéndole muy atento :
— Lo esperaba á usté al istante,
teniente; pase adelante,
acérquese, tome asiento.

Pues, lo he mandado llamar
para que imediatamente
una comision urgente
salga usté á desempeñar.
Quince hombres va usté á llevar
por vía de precaucion;
pues marcha usté en situacion
en que aquí nos preparamos,
como que aguardando estamos
de los Indios un *malon*.

Pero, puede usté contar
que si esa chusma viniese,
sea el número que fuese,
la vamos á escarmentar.
Sin embargo, usté al marchar
ponga esta noche cuidao,
porque estoy bien informao
que hoy mesmo á la madrugada
se ha dejado ver la Indiada
por el paso del Venao [1].

Esta alvertencia le echó,
muy afable el comendante,
al teniente que al istante
por alvertido se dió;
y, en seguida recibió
la órden escrita en su pase,
para que se le auxiliase
de todo cuanto pudiera
necesitar donde quiera
que con su gente se apiase.

[1] Paso del Venao: lugar por donde se pasa á caballo el rio Salado.

Luego, el principal asunto
que se le encargó á Berdun,
fué salir de Chascomun
á las ánimas en punto;
porque el dia antes, dijunto
fresco y muerto á puñaladas,
allá en las Encadenadas [1],
al pobre viejo Machao
diz que lo habia encontrao
un gaucho de la Salada.

Machao pescando vivió
veinte años en las lagunas
del Chis-chis, en donde algunas
tarariras [2] comí yo;
y él mesmo me las asó
como á gusto las asaba
para todo el que llegaba
á su rancho al mediodia;
por eso la gauchería
en general lo apreciaba.

Esa muerte, el comprobante
fué de que dos malhechores
por allá hacian horrores,
sigun supo el comendante
y el alcalde, que al istante
resolvieron la medida
de mandar una partida
atrás de un buen rastriador [3],

[1] Encadenadas: varias lagunas reunidas al sur de Buenos Aires.
[2] Tarariras: pescados con escama, y de esas lagunas.
[3] Rastriador: campesino que le sigue la pista á todo prófugo hasta encontrarlo, por mas que ande y se oculte.

para que al mas saltiador
le buscara la guarida.

Ansí pues, se le previno
á Berdun, que no extrañase
que en el campo lo buscase
el rastriador San-Juanino,
para ponerlo en camino
de *prender* por malhechores,
primero que al tuerto Lores,
conocido por *Vizcacho*,
al Tigre [1] que era un muchacho
saltiador de saltiadores.

—En cuanto á Lores le alvierto,
tambien el jeje le dijo,
que aquí se suena de fijo
que otro saltiador lo ha muerto;
y me dicen como cierto,
que su matador ha sido
el *Tigre*, ese foragido,
que es capaz de asesinar
á un ministro del altar,
cuanti-más á otro bandido.

Por fin, si fuere verdá
de que lo han muerto á Vizcacho,
desde que usté *prienda* al *guacho*,
su comision llenará;
y desde entonces podrá
venirse usté en retirada;
pero, ¡cuidao con la Indiada!

[1] Tigre: apodo ó sobrenombre del mellizo Luis.

pues nada extraño seria
que mañana antes del dia
nos pegue acá una avanzada.

Con esta órden, en seguida
Genaro al cuartel marchó,
donde á recebir entró
junto con la *bien-venida*
el mando de la partida;
y en cuanto se hizo presente
y lo conoció su gente,
los soldados se *palmeaban*
de gusto, porque marchaban
con el querido teniente.

Luego, este mandó *ensillar,*
y él solo *desensilló*
su *doradillo*, y pidió
lo dejasen *revolcar*,
porque se lo iba á llevar
de tiro, por de contao :
para en el caso apurao
de *apariársele* á cualquiera,
aunque al infierno *juyera,*
tener caballo *sobrao.*

Despues, imediatamente
que acabaron de ensillar,
hizo á la tropa formar,
y les dijo puesto al frente :
— Muchachos, *naides* se ausente
de aquí, porque una *merienda*
he *pagao* en la trastienda
de la... ¿ No la ven entrar ?

Vamos pues á merendar,
con el *pingo* de la rienda.

Mesmamente: allí trujeron
gutifarras, pan y queso;
y los soldaos de todo eso
apenas medio mordieron,
cuando justamente dieron
las *ánimas;* y el teniente
se acordó precisamente
de la órden del comendante,
porque en ese mesmo istante
mandó montar á su gente.

— Ahora, dijo el payador,
debo otra vez recular
y de Chascomum saltar
á la estancia de la Flor.

XXIII

EL VIAGE DE DON FAUSTINO.—LA PASCANA EN LA SALADA [1].
—DON FAUSTO BARCELÓ.

Diciembre estaba al concluir
el dia que don Faustino
con su familia en camino
para el pueblo salió en coche.

[1] La Salada: nombre de una laguna.

Pero, no pudo salir,
sino tarde esa mañana;
ansí, á su primer pascana
llegó cuasi al ser de noche.

Paró junto á la *Salada*
en una estancia rumbosa,
donde la mas cariñosa
acogida recibió.

Con todo, á la madrugada
volvió su viage á emprender,
sin quererlo detener
por mas que se le rogó.

Don Faustino, ya se ve,
era hombre que no podia
faltar á lo que ofrecia,
por súplicas, ni por nada:

Virtú por la cual le fué,
no falta de voluntá,
sino una necesidá
largarse de madrugada;

Pues para ese mesmo dia,
víspera de Navidá,
don Faustino habia ya
escrito á la Magalena [1]...

A un *cuñao* que allá tenia,
para que se preparase,
y sin falta lo aguardase
á pasar la noche *güena*.

[1] La Magdalena: pueblito de campaña.

De la Salada el patron,
al decir don Bejarano
que habia ya de antemano
escrebido de la *Flor*,

Le encontró causa y razon
en que se *juera apurao*,
habiéndolo allí *tratao*
de lo lindo lo mejor.

De esa Estancia era el *patron*,
otro andaluz que se vino
por gusto con don Faustino
desde la *ciudá* de España,

Habiendo hecho la intencion
allá *mesmo de largarse*
á la América, y poblarse
en el *sur* de esta campaña.

Así es que don Bejarano
con don Fausto Barceló,
en cuya estancia paró,
tenia grande amistá.

Primero por ser *paisano*,
luego porque *se largaron*
juntos, y acá *trajinaron*
plata con *temeridá*.

¡ Qué cena le presentaron
de pavos y de gallinas,
pasteles y golosinas !
¡ y qué sabroso *atracon*

De manjares se pegaron !

y ¡ qué *pedo* á *lo divino*
con *mistela* y rico vino !
¡ Y al último, qué *alegron*

Tuvieron la noche aquella,
en medio de la jarana
de esa dichosa *pascana,*
cuando llenos de alborozo,

Don Faustino y doña Estrella,
vieron entrar por acaso
y le dieron un abrazo
al teniente valeroso !

Ahora me falta explicar
cómo, desde *Chascomun,*
en la Salada Berdun
á sus padrinos *topó.*

Pero déjenme *pitar,*
y despues de esa *topada*
sabrán á la madrugada
todo lo que sucedió.

XXIV

EL MADRUGON DE LAS ANIMAS. — LOS SACRISTANES. — LA PARTIDA EN MARCHA. — LOS NUTRIEROS.

En los pueblos de campaña
las ánimas (si se dan),

es cuando allá al sacristan
se le antoja, ó se da maña.

Y, aun cuando tocarlas debe,
segun el uso cristiano,
en las noches de verano
precisamente á las nueve;

Solia en el *Baradero* [1]
al sacristan cierta *china*
decirle : « *ché,* en la cocina
á las ánimas te espero. »

Y el hombre tal se apuraba,
que apenas oscurecia
á las guascas [2] se prendia
y las ánimas tocaba,

Como sabia olvidarlas,
cuando de alguna jarana
á la una de la mañana
recien venia á tocarlas.

Pero, las mas ocasiones,
un sacristan por sus *citas*
á las ánimas benditas
les pega unos madrugones,

Como el que pegó á Berdun,
que á las nueve no se fué,
sino á las siete, porque
esa tarde en Chascomun,

[1] Baradero : pueblito de campaña.
[2] Güascas : las cuerdas de cuero de las campañas.

El sacristan se mamó,
y por equivocacion
vino á tocar la oracion,
y las ánimas tocó...

De modo que al oir tocar
las campanas el teniente,
hizo montar á su gente
y al tranco mandó marchar.

Luego, del cuartel, algunas
siete cuadras solo anduvo,
cuando ya noticias tuvo
del sur y de esas lagunas.

Al *topar* con dos *nutrieros* [1]
de *pajuera* [2], que venian
al pueblo, como solian
bajar á vender sus cueros,

Mandólos llamar; y al punto
que Berdun los *espulgó*
á preguntas, se informó
que esos nutrieros, por junto,

Esa siesta, una *topada*
desagradable y casual
tuvieron junto á un *pajal*
de la laguna Salada,

Con un gaucho *desgreñao*,
de tal facha, que lueguito

[1] **Nutrieros : los que sacan las pieles á las nutrias.**
[2] **Pajuera : para afuera, campo afuera.**

dijieron : « Este maldito
debe ser un desalmao [1]; »

Pues, cuanto los *devisó*
el gaucho, ya de soslayo
hizo trotiar su caballo
y en el pajonal se entró;

Pero, que iba tan *bebido*
que nada extraño seria
que estuviera todavía
en ese pajal dormido...

— ¡ Ahi-juna ! ¡ si otra *topada*
me diera ese gaucho á mí !
dijo Berdun : y de allí
rumbió al trote á su *Salada*.

XXV

LA SALAOA. — LOS AUXILIOS. — EL CHURRASQUEO. — LOS PADRINOS. — EL AHIJADO BERDUN. — LA DESPEOIDA.

En la Estancia iban á dar
la cena por terminada,

[1] Desalmao : sin corazon, sin alma.

cuando toda la *perrada* [1]
de la Estancia entró á *toriar*,
al sentir cuasi al llegar
un grupo de hombres *armaos;*
y estos eran los soldaos
de Berdun, que allí venian
á *mudar,* porque sentian
á sus caballos *pesaos.*

La tropa desensilló
del corral no muy distante;
y de ahi Genaro al *istante*
á las casas se allegó,
y del patio le mandó
su pasaporte al patron;
que siendo algo cegaton
le dijo á don Bejarano:
— Lea, y dígame, paisano,
que dice ese *papelon...*

— Dice así : « Pasa el teniente
don Gena... » ¡ Qué veo yo !
¡ él es !... Y ya se salió
de la sala *redepente*
tan apresuradamente,
que se llevó por delante
á Berdun, en el istante
que á la sala, muy ufano,
lo hacia entrar de la mano
su amiguito el Estudiante.

¡Viesen qué alegria aquella
la que esa noche mostró,

[1] La perrada : todos los perros mastines.

cuando á su ahijado miró
la señora doña Estrella!
pues lo llamó cerca de ella
y á su lado lo sentó,
y despues que lo abrazó,
con placer enternecida,
de su Azucena querida
nada mas le platicó.

Entre tanto, don Faustino
hablaba con el *patron*
de la Estancia, á quien sin duda
lindamente lo informó
de las prendas de su *ahijao*,
y se lo recomendó;
pues luego de allí don Fausto
al teniente se acercó,
y le dijo afablemente:
— Vengo á decirle, señor,
que esta casa y mi persona
está á su disposicion:
con que así, mande y ordene
con toda satisfacion.

— Mil gracias, dijo Genaro;
solo le ruego, señor,
me dispense haber *llegao*
á pedirle por favor
unos cuantos *mancarrones*.

— Eso ya se hizo, señor,
afablemente á Berdun
don Fausto le contestó;
ya mandé que se le dieran
caballos, y ya *mudó*

su tropa, pues justamente
en el corral encontró
la *manada*, y enlazaron
de lo bueno lo mejor;
y ya ensillaron tambien:
pero antes les mande yo
buena carne y mucha leña;
ansí es que han hecho un fogon
adonde están *churrasquiando*
muy contentos: crealó.

Solo falta, caballero,
el que usté me haga el honor
de tomar algo en la casa
de su amigo Barceló,
porque ya desde esta noche
su amigo quiero ser yo.

Y usté, señora madrina,
á este hombre cuidemeló.

— Si, si, dijo doña Estrella,
tome, *ahijao:* y le arrimó
nada menos que un relleno
de pavo, ó de qué sé yo,
una limeta de vino
y un pedazo de alfajor.

A esa friolera Genaro
de firme se le *agachó*
pues no venia *cansao*,
pero si *muy delgadon*[1].

Por supuesto, á lo *soldao*

[1] Delgadon: débil por falta de alimento.

de priesa el *buche llenó*,
tan á tiempo, que ni bien
el último trago echó,
cuando á la casa un *soldao*
vino, y desde el corredor
le hizo decir al teniente,
que estaba esperandoló
en el patio el San-Juanino.

Genaro, luego que oyó
decir que allí lo esperaba
tal hombre, se levantó
muy cortés á despedirse,
como que se despidió
primero de sus padrinos,
y en seguida del señor
don Fausto y de su familia,
á quienes manifestó
el pesar con que dejaba
tan pronto esa reunion
de gente tan honorable,
y tan de su estimacion;
pero que debia al punto
marchar sin mas dilacion,
encontrándose en el caso
de cumplir su obligacion.

Finalmente, á sus padrinos,
á don Angel, y al *patron*
de la casa, con cariño
la mano les apretó,
y dando las buenas noches
les dijo el último adios.

XXVI

EL RASTREADOR. — EL DIFUNTO. — LA LAGUNA TABLILLA.
— LA PISTA DEL ASESINO.

Las once estaban colgando
en el reló del patron,
al istante que su asiento
dejó Berdun y salió
desde la sala hasta el patio,
donde luego se encontró
con Anselmo el San-Juanino
y afamado rastriador;
quien, sacándose el sombrero,
á pié á la par caminó
con Genaro, que al istante
risueño le preguntó :
— ¿ Qué dice, señor Anselmo ?
Ya estaba esperandoló,
para que me diga, si
lo hallaremos.

ANSELMO.

¡ Cómo no !
¡ si ayer desde la Chis-chis,
ya salí *pisandoló;*
y ya sé mas que el alcalde,
tocante á ese saltiador !

BERDUN.

¿ Cómo ansí ? ¿ Quién lo ha informao ?

ANSELMO.

Mis ojos no mas, señor.

BERDUN.

¿ Luego usté ha visto al malevo ?

ANSELMO.

No he precisado, señor,
verlo para asigurarle
donde estuvo ese ladron
hará como doce dias,
y lo que allí se robó ;
y, ese robo quién lo tiene,
ya sé tambien : crealó ;
y sepa que lo tenemos
cerquita, tocandoló.

BERDUN.

¡ De veras ! ¿ Y no se irá ?

ANSELMO.

¡ Aónde *se-mia-dir*, que yo [1]
no se lo encuentre !

[1] Aónde se-mia-dir : ¿adónde podrá írseme ya ?

BERDUN.

Veremos.

ANSELMO.

Vamos á verlo, señor;
no se ha de morir de antojo.

BERDUN.

Bueno, Anselmo, vamonós
al istante si el caballo
de usté se halla...

ANSELMO.

Superior !

BERDUN.

Entonces, no hay que esperar,
dijo el teniente; y llamó
al Blandengue que atràs de él
se vino del corredor;
y le dijo sériamente :
« Vaya, cabo Centurion,
mande que carguen las armas,
lo que apaguen el fogon;
y haga montar à caballo.
Vaya pues, qùe alla voy yo. »

Ansí lo hizo; pues, en cuanto
su *doradillo* montó,
al frente de la partida
al tranco suave marchó,

á la par y platicando,
con Anselmo el rastriador[1];
el cual, desde que salieron
de la pascana. tomó
el mesmo rastro que trujo
cuando á la estancia llegó.

Como marchaban despacio,
el teniente precisó
de tomar otras noticias
que necesarias creyó,
y por eso al San-Juanino
marchando le preguntó :
— Con que, Anselmo, digamé :
¿ á qué horas fué que salió
usté ayer de Chascomun ?

ANSELMO.

Antes de nacer el sol ;
porque, muy de mañanita,
el alcalde me llamó
y me dijo : « Ahora mesmito,
de juro y de obligacion,
es que salga usté á *rastriar*
á un *malevo* moceton
que ayer tarde en la Chis-chis
alevemente mató
á Machao en su ranchito,
donde muerto lo encontró
un *nutriero* que allí mesmo
como pudo lo enterró.

[1] Rastriador : no solo el que rastrea, sino el que lo hace por encargo de la justicia.

BERDUN.

¿ Pero, qué nombre, ó qué señas
del asesino le dió ?

ANSELMO.

Con síguranza [1] ningunas,
pues el alcalde me habló
apurao por despedirme,
y á dizques se refirió
diciéndome : « Ese malevo
es un guacho moceton
que, ahora cosa de siete años,
diz que juido se escapó
de la costa del Salao ;
y que entonces, por diablon,
don Blas el finao alcalde
(que esté gozando de Dios)
diz que acá, en la mesma villa,
lo hizo agarrar , y mandó
que le *pelaran la cola* [2] ;
y que luego se perdió
el muchacho de estos *pagos* ,
hasta hoy, que corre el rumor,
que por la guardia del *Monte*
ha vuelto á cair moceton,
y diz que completamente
hecho un bandido feroz,
que anda robando y matando
por el sur, donde mató

[1] **Siguranza : seguridad.**
[2] **Pelar la cola : azotar, castigar.**

ayer mesmo en la Chis-chis
á Machao el pescador;
lo que es cierto. Con que ansí
vaya pues; busqueseló
á Berdun, que prevenido,
atrás de usté, á la oracion,
ó un poco mas tardecito
va á salir sin dilacion
con una buena partida,
y en la mesma direcion
por donde va usté á *rastriar*
á ese asesino ladron,
que es, dicen, un *yesquerudo*
de los de marca mayor. »

Velay tiene, mi teniente,
lo poco que supe yo,
por boca del mesmo alcalde
al darme esta comision.

BERDUN.

Pues, Anselmo, no es tan poco
á mi entender; sepaló.

Ahora, dígame: y despues
de eso, ¿ qué le sucedió ?

ANSELMO.

Que al ranchito de *Machao*,
hoy llegué como á las dos
de la tarde, y al istante
de apiarme ya vide yo,

[1] Yesquerudo : valiente, invencible.

que un gaucho de bota fuerte
habia el dia anterior
llegao allí, y cuando el viejo
á recebirlo salió,
en la puerta, de *parao*
ese gaucho lo mató.

BERDUN.

¿ Y, al dijunto, usté lo ha visto ?

ANSELMO

Medio ansí, de refilon;
pues estaba junto al rancho
mal enterrao; pero yo,
cuando lo iba á ver de cerca,
á ese tiempo mi atencion
la fijé en unas pisadas
de un caballo *tranquiador,*
que las conocí al momento;
y dije: — gracias á Dios,
que agarrar me facilita
dos pájaros de un tiron:
es decir, al asesino,
y al parejero mejor
que ahora poco le robaron
en el *Monte* [1] á mi patron,
que fué don Roque Valdés:
robo que lo supe yo
estando enfermo hace poco,
cuando el *patron* me llamó;
y, no pudiendo ir de pronto,

[1] El Monte: nombre de un pueblito.

sin duda el hombre mandó
que *rastriaran* su caballo
á alguno otro *rastriador;*
y hasta ahora no lo ha *encontrao*
sin duda, porque sinó
el *rastro* de ese *alazan*
no lo habria visto yo,
esta tarde en la *Chis-chis,*
ni tampoco un *saltiador*
vendria *montao* en él;
pues no hay duda que se *apió*
allí de ese parejero,
y que á montarlo volvió
en la *Chis-chis,* porque junto
al *rastro del mancarron,*
pegao está el de las botas;
y, como allí no ví yo
mas *rastro* que aquel del gaucho
que al pescador enterró,
con el que ví de las botas
y el caballo me bastó;
y ya dije: — anda, *calandria,*
que yo sigo atrás de vos
hasta hacerte enchalecar[1]:
andá no mas, *saltiador.*

[1] Enchalecar: á los grandes criminales, cuando los agarran en el campo, los retoban con un cinto de cuero fresco, que á manera de chaleco les oprime los brazos hasta la cintura, y cuando el cuero se seca, el hombre queda inmóvil de los brazos y sufre mucho.

XXVII

EL SALTEADOR. — EL PAJONAL. — EL BRAMIDO DE UN TIGRE. — LAS PRECAUCIONES. — EL ENCUENTRO CON EL BANDIDO. — LAS BOLEADORAS. — LA RENDICION.

Legua y media habria andao
Berdun desde que salió
de la estancia, platicando
con Anselmo el rastriador,
cuando este le dijo: —Aqui,
si usté permite, señor,
haremos alto un ratito;
y, luego, con precaucion
y silencio seguiremos;
pues por aqui el saltiador
esta noche muy borracho
en ese pajal se entró:
velay, junto á ese hormiguero.

BERDUN.

Bueno pues, paremonós...
Y en el instante *hacer alto*
á la partida mandó.
Luego, ahi mesmo al San-Juanino
de nuevo le preguntó,
si habia visto borracho
al malevo, cuando entró
esa noche al pajonal.

ANSELMO.

No lo he visto, no, señor;
pero, por el rastro, digo
que venia pesadon [1],
y mucho; pues su caballo
ha *trotiao* sin direcion
fija, porque al *bamboliarse*
de un *lao* á otro el saltiador,
el movimiento del cuerpo
le ha seguido el *mancarron,*
dando á la *zurda* dos trancos,
y á la derecha otros dos.
Y, al ver ese *culebreo,*
por supuesto, me bastó
para decir entre mí,
va *mamao* ese ladron:
juicio en que me confirmé,
cuando á eso de la oracion
sobre el *rastro* alcé estos chifles.
Velay, pues, por el olor
se ve que son de aguardiente,
y que están secos los dos:
lo que dice claramente,
que ese diablo los secó
hasta *mamarse,* y que luego
con la *tranca* los perdió,
por supuesto, sin sentir;
y, por eso digo yo,
que á eso de las nueve y media
esta noche se metió

[1] Pesadon: ebrio.

borracho en ese pajal;
y ahi debe estar...

BERDUN.

¿Qué horas son?

ANSELMO.

Voy á decirle al istante;
déjeme ver mi reló...
y mirando á las estrellas,
son las doce, respondió.

Serena estaba la noche,
y en tal silencio, que no
se sentia en aquel punto
ni volar un moscardon.

A esa mesma hora la luna,
llena y pura como el sol,
en el centro de los cielos
brillaba con resplandor,
aunque á veces la tapaba
uno que otro nubarron,
para dejarla salir
luego con mas esplendor.

Eran las doce cabales,
como dijo el rastriador,
cuando al dar allí el teniente
de ¡ Alto y pié á tierra ! la voz,
la partida allí mesmito
hizo alto y se desmontó.

Desenfrenen los caballos :

volvió á decir, y ordenó
que amarrasen los *coscojos* [1]
de los frenos, pues notó
que hacian ruido en la marcha :
y para mas precaucion,
como *traiban* los soldaos
sables vainas de laton,
adonde *cascabeliaban*
las argollas, les mandó
que las ataran *con tientos* [2] :
todo lo que se cumplió
hasta enfrenar los caballos.

Cuando ya pronta quedó
para volver á montar
la partida, sucedió
que á toda la luna entera
una nube la tapó
de manera, que en tinieblas
todo el campo se quedó.

A ese mesmo tiempo un tigre
allí muy cerca bramó,
tan fiero, que á los caballos
tal inquietú les entró,
que estaban por disparar,
cuando el teniente mandó
que montaran al istante :
lo que al vuelo se cumplió,
porque, de un salto en su flete
cada soldao se *horquetió*.

[1] Coscojos : piezas de hierro que se ponen en los bocados de los frenos y que con ellas hacen ruido los caballos.
[2] Tientos : tiras finas de cuero crudo.

Iban á marchar de allí,
cuando en esa situacion,
mirando Genaro al rumbo
diadonde el bramido salió,
vido á una cierta distancia
varias chispas, y alvirtió
que el *lince* aquel San-Juanino
al mesmo tiempo las vió;
porque, le dijo al istante
al teniente, á media voz...
— Velay, luce el *yesquerudo*
de la Chis-chis su eslabon;
ó será algun *tuco-tuco* [1]...
¿ Qué le parece, señor?

BERDUN.

Me parece que el yesquero
se lo voy á romper yo
solito.... Déjense estar;
no se muevan. — Y se apio;
y echándose sobre el pastó,
de medio lao, afirmó
la oreja izquierda en el suelo,
y la otra se la tapó
con la mano, un istantito
nada mas, porque volvió
á montar apresurao,
y de nuevo en baja voz
dijo: — Es un jinete solo;
viene al paso, dejenló.

[1] **Tuco-tuco: bichos nocturnos ó sean luciérnagas que hacen lucecitas al vuelo.**

¡ Ah, Cristo ! si por fortuna
fuese quien presumo yo,
aunque pájaro se vuelva
no se me va. Creanló !
Déjenme *dir* adelante
solito ; y, por si ó por no,
vénganse ustedes atrás
en *línea* de á dos en dos
tendidos como en guerrilla.
Y usté, Anselmo, sigalós
en el centro, siempre al paso,
hasta que los llame yo,
ó hasta que le pegue el grito
á ese diablo saltiador.

Y afirmándose el *trabuco*
por delante, desató
apriesa las *boliadoras,*
y á toparse enderezó
con el gaucho que vendria
soñoliento, ó qué sé yo;
porque, como á veinte varas
del teniente se acercó,
cuando este le pegó el grito :
¡ Quién vive ! y lo atropelló.

¡ Qué contestarle el malevo !
sin duda se le trabó
la lengua en ese momento,
pues apenas atinó
á dar güelta como un trompo
su caballo, y disparó.
¡ Qué pingo traeria el gaucho,
entre las piernas, señor !
que apenas lo hizo dar güelta

como centella rompió
y atrás mas de media cuadra
á Genaro lo déjó !
Pero ! ay, mi alma ! el doradillo,
cuanto Berdun le aflojó,
luego se le puso á *tiro,*
cuando el *matrero* salió
del centro del pajonal,
á un medio *limpio*, y creyó
cruzarlo en la disparada ;
pero ahi mesmo *lo midió*
medio *del lao de enlazar* [1]
el teniente, y le soltó
las *bolas* con tal certeza,
que al *tiro* se las ató
en las manos al rocin,
de suerte que allí rodó,
y al gaucho, haciendo cabriolas,
por las orejas lo *echó.*

De *parao* salió el malevo,
como que era *parador*,
y creyendo resistirse.
á su pistola acudió;
pero, al *dir* á martillarla,
ahi mesmo se le cayó
el *piè de gato* del arma ;
y entonces, quiso el *facon* [2]
pelar de entre las caronas,

[1] Lao de enlazar : los campesines enlazaderes, sele lenzan el lazo poniéndoselé el costede izquierde del animal que quieren enlezar.

[2] Facon ; erma blanca á especie de espada corte que usen los gauches y la llevan entre la caronas de sus monturas para ensillar el caballo.

pero tiempo no le dió
Genaro que se le vino
listo encima, y le *abocó*
el *naranjero* [1], y le dijo :
¡ Echate al suelo, ladron !
boca abajo ; echate ya,
ligero, porque si no,
ni *para enfermo* te dejo
de un trabucazo... ¡ Por Dios !

Al oir Anselmo el ¡ quién vive !
con seis hombres se lanzó
sobre el rastro de Genaro ;
y, justamente llegó
á rodiar al asesino
cuando Berdun lo postró.

Entonces para amarrarlo
tambien Anselmo se *apió*,
pegadito á la cabeza
del malevo, y se agachó
para atarlo tan de firme,
que no lo descoyuntó,
porque ahi mesmo al San-Juanino,
mas arriba del talon,
el prisionero iracundo
tal mordiscon le prendió,
que cuasi *desgarretao* [2],
renguiando Anselmo salió,
porque, la bota de *potro*
y los *niervos* le aujerió.

[1] Naranjero : arma da chispa llamada trabuco naranjero, el cual se carga hasta con ocho ó diez balas de á onza.
[2] Desgarretao : con los tendones cortados.

Finalmente, allí el malevo,
como un cristo se dejó
amarrar codo con codo ;
y de allí no se menió
hasta que lo levantaron,
y un *Blandengue* lo paró
de modo que le asentase
en la cara el resplandor
de la luna... Entonces fué
que, al verlo, reconoció
Berdun á Luis el Melizo,
de la Estancia de la Flor.

XXVIII

LA CONFESION DEL BANDIDO. — EL ALCALDE FINGIDO. — LAS ASTUCIAS. — LA COMISION CUMPLIDA. — LA ENTREGA EN CHASCOMÚS.

De un guapo no hay que esperar
que tiranice á un vencido :
vean pues cómo al bandido
lo hizo Genaro tratar
despues de haberlo rendido.

Se opuso serio el teniente
á que á Luis lo *enchalecaran*
ni de grillos lo cargaran ;

con esposas solamente,
dijo que lo aprisionaran.

Eso sí, le hizo quitar
el caballo parejero
(por ser *robao*), lo primero,
y le mandó registrar
las *maletas* y el *apero*.

Esta maniobra se hacia
allí en la misma parada
adonde fué la *apretada*
de Luis, y cuando seria
la una de la madrugada,

Genaro estaba paciente
viendo hacer la operacion;
mientras... queria el ladron
con los ojos al teniente
abrasarle el corazon.

Del registro resultó
que, habiéndosele encontrao
varias prendas de Machao,
ya el Mellizo confesó
que él lo *habia difuntiao*.

Luego, aparte, al rastriador
el teniente díjolé :
« Anselmo, preguntelé
en qué dia al pescador
lo mató, dónde, y por qué.

Y... oiga, me parece bien
que usté que es tan vivaracho
le dé á entender á ese *guacho*,

el que sabemos tambien
que él mesmo mató á *Vizcacho.* »

Al istante el *San-Juanino*
la engañifla [1] penetró,
y dijo : « Dejemeló,
mi teniente, al asesino;
yo voy á espulgarseló. »

Anselmo era viejo *asiao* [2]
por las *prendas* que lucia,
y, desde que no venia
vestido como soldao,
luego dijo : « Aquí es la mia. »

Finjióse, pues, ser alcalde
del partido, y de improviso
serio le dijo al Mellizo :
— Ché, gauchon, aquí *es de balde*
el que te *hagás el petizo* [3];

Porque desde ayer sabemos
que vos mataste á Machao;
solo el *por qué* has *reservao :*
y saber tambien queremos
á quién mas has *dijuntiao*.

EL MELLIZO.

¡Cómo es eso!... Digamé,
por mas alcalde que sea :

[1] **Engañifla : astucia ó extratajema.**
[2] **Asiao : bien vestido.**
[3] **Hacerse el petizo : hacer el inocente ó ignorante.**

¿por qué me gruñe y tutea?
¿acaso es porque me ve
aprisionao con *manea?*

ANSELMO.

Es porque así merecés
de justicia ser *tratao*
por malevo consumao;
ansí, no te retobés
y aguanta, guacho mal criao.

A Luis se le conocia
que la cólera lo *ahugaba*
cuando Anselmo lo miraba,
pues de rabia se mordia
y á dos manos se rascaba.

Al ver eso el San-Juanino,
volvió á decirle *taimoso:*
— Yo soy alcalde cargoso;
respondé pronto, asesino,
y no te hagás el *sarnoso.*

Hablá pues, que no tenés
ni frenillo ni mordaza,
ni yo he de tener cachaza;
y si no me *respondés,*
ya verás lo que te pasa.

EL MELLIZO.

¡Amenazas!... riasé
como yo me rio aquí;
aunque presumo, eso sí,
el que amenazas á usté
no lo harán reir como á mi.

Y escuche, señor alcalde,
á güenas preguntemé,
y á todo responderé;
pero, á rigor *es de balde,*
ni á balazos hablaré.

ANSELMO.

Velay tiene; así me gusta,
se lo digo sin malicia,
que es para mí una delicia
ver que á un hombre no lo asusta
ni el rigor de la justicia...

Vamos á ver pues, señor,
si *sós quiebra* [1] verdadero
ó *sós un maula* embustero.
¿Por qué has muerto al pescador?
respondé, *gaucho coquero* [2].

—Porque me agravió Machao
hace tiempo, dijo Luis,
cuando yo era un infeliz;
por eso ayer me he vengao
de esa ofensa en la *Chis-chis.*

— Ya sé qué á eso te costiaste,
dijo Anselmo, y sé de cierto,
que á tu compañero el tuerto
Lores tambien lo mataste;
¿pero, qué has hecho del muerto?

Aunque yo sé dónde está,

[1] Quiebra : valiente.
[2] Coquero : presumido de algo guapo.

asigun noticias tengo,
pero á las tuyas me atengo,
por ver si hablás la *verda*
ó te hacés el *chancho rengo*.

EL MELLIZO.

Yo, á *Vizcacho* á la verdá,
causa de sus groserias,
recien hace cuatro dias
que contra mi voluntá
lo maté en las *Averías* [1].

Porque *Lores pesadon*
en la cara me escupió,
y en *chanza* le puse yo
medio de punta el *facon*
aonde él mismo se ensartó.

Eso fué fatalidá;
y pongo á Dios por testigo,
que es lo cierto esto que digo,
como tambien es verdá
que Lores era mi amigo.

Ahora, dónde está el dijunto,
si quieren los llevaré,
pues yo mesmo lo arrastré
á un *bañao*, donde por junto
con carrizos lo tapé.

Enfin, ya me ha *preguntao*
todo lo que usté ha querido,
y con lo que he respondido

[1] Averias : lagunas del sur.

bastante hemos platicao :
con que así... asunto concluido.

En cuanto supo Berdun
de Luis tal declaracion,
creyó concluir su mision
entregando en *Chascomun*
al asesino y ladron.

Hizo pues montar su gente,
ordenando que un soldao
llevase al preso *enancao,*
como provisoriamente
hasta salir del bañao.

Luego ajuera separó
tres hombres de su partida,
y un cabo, al cual en seguida
al criminal le entregó
con la órden bien entendida :

Que de allí sin dilacion
á la *Salada* marchase,
y que allá luego montase
al preso en un mancarron;
y á Chascomun lo llevase...

Derecho, de las Saladas
á la villa, y sin ladiarse
al poniente, ni acercarse
mucho á las *Encadenadas;*
y que al istante marchase.

Esta órden le dió Berdun
al cabo, por la razon,
que al darle la comision

se le dijo en Chascomun
que esperaban un *malon*.

Ansí, el teniente quedria
del saltiador aliviarse,
para en caso de toparse
con los Indios ese dia
con sus doce hombres *floriarse*.

Luego el deseo y la pena
con que Genaro se hallaba,
por ir á ver como estaba
su idolatrada Azucena,
á otro rumbo lo llevaba.

Finalmente, á la Salada
el cabo al trote salió,
al mismo tiempo que vió
que así á las Encadenadas
Genaro tambien rumbió.

Y el tal cabo se portó
perfectamente asigun
las órdenes de Berdun,
que esa noche á Luis lo halló
enjaulao en Chascomun.

XXIX

LA PROVIDENCIA DE DIOS. — LA DERROTA DE LOS INDIOS. — EL ENTREVERO. — EL CHUZAZO. — LA RENDICION DEL CACIQUE.

Al ponerse en retirada
Genaro, medio rumbió
al poniente, por llegarse
de paso á su poblacion,
donde estaria Azucena
ansiosa esperandoló,
desde que volver á verla
su *rubio* le prometió
sin falta, al dia siguiente
que de ella se despidió.

Iba al tranco la partida,
y adelante el rastriador
con Berdun, que alguna cosa
á lo lejos distinguió,
al tiempo que el San-Juanino,
de la luna al resplandor,
al cruzar un peladar
en el suelo conoció
una rastrillada fresca,
y de Berdun se ladió
para apiarse, pretextando
tener una precision.

Pero no hizo nada de eso,
pues luego que se abajó
y anduvo unos cuantos pasos
á pié, de nuevo montó,
y apareándose á Genaro,
ya le dijo á media voz :
« Mi teniente : ¡ moros-costas ! »

GENARO.

Eso he maliciado yo :
y ya estuve, creamé,
tiernito á decirseló
precisamente al istante
que usté se me separó.

ANSELMO.

Entonces : ¿ á qué le sirvo,
si usté es mas lince que yo,
desde que me da á entender
haber visto ? ¿ el qué, señor ?
pues los moros están lejos.

GENARO.

Pero, los *venados* no,
y menos los avestruces :
pues ya los he visto yo
y sigo viendo.... Velay !
allá cruzan, mirelós,
todos vuelven para afuera ;
y como esos bichos son
olfatiadores de lejos,
ya habrán tomao el olor
á los Indios que vendrán

muy de atrás arriandolós,
en *redota* por supuesto,
juyendo... ¡ permita Dios !
pues ayer el comendante
me dijo y me asiguró
que los iban á sabliar,
si hoy llegaban.

ANSELMO.

Pues, señor :
cuando mas hará hora y media,
si no me equivoco yo,
por lo que he visto en el rastro
todavía frescachon :
repito, que hará hora y media
há que han pegado el malon
en la villa. y han dao güelta,
porque alli se les volvió
la *vaca* .. *toro* : eso es fijo ;
y que *bazuriandolos,*
viene atrás la Blandengada,
tambien lo presumo yo ;
como el que ya los tenemos
encima...

GENARO.

Bien : dejelós.
¿ No les parece, muchachos ?
Genaro les preguntó
á sus soldaos, y toditos
respondieron á una voz :

— Sí, mi teniente : que vengan,

les daremos un *rigor* [1]
de aquellos que con usté
no es difícil darseló.
Y, si vienen asustaos,
entonces...¡ válgales Dios !

GENARO.

Ansí creo que vendrán
mas que apuraos ; y si no
que vengan de cualquier modo.
Marchemos. — Y enderezó
á una tapera de adobe,
donde hizo alto y se emboscó.

Llegado allí, sin apuro,
echar pié á tierra mandó ;
y viendo junto al tapial
un gran ombú, le ordenó
á un soldao que se trepara
á vichar [2] con atencion,
al lao por donde la Indiada
se vendria en borbollon [3].

Ahora, vean si el teniente
era hombre de buen humor,
y conocia los güeyes
con que araba. Oigamosló.

Refregándose las manos,
poco despues que se *apió*
la partida, el comendante

[1] Dar un rigor : dar un castigo.
[2] Vichar : vijilar.
[3] En borbollon : venir en desórden.

risueño al frente salió,
preguntándole al sargento
si estaban buenos ó no
los caballos para un lance.

El sargento contestó
que estaban superiorazos,
porque no habia razon
para crerlos fatigaos
desde que don Barceló
en la Salada les hizo
ensillar de lo mejor.

Genaro, entonces, de chusco,
por oir la contestacion
de uno de esos sus soldaos
muy gaucho y ponderador,
dijole al sargento : ¿ y, cómo
es que Ramiro ensilló
á ese *laucha* [1] malacara [2]
que al verlo da compasion ?

EL SOLDADO.

¡ Cómo dice, mi teniente !
¿ que ando en *laucha ?* ¡Se engañó!
¡ Mirá, maula [3] mi caballo !
¿ Quiero que le agarre al sol,
ahora, luego en cuanto asome
la cabeza ? Digaló ;

[1] Laucha le dicen los gauchos á un caballo delgado de cuerpo.
[2] Malacara : caballo alazan ó colorado que tiene la frente blanca.
[3] Maula : cosa inservible.

y verá si de las greñas
lo traigo...

GENARO.

Sali, pintor [1];
¡ qué ha de ser tu *Malacara!*
por la facha, quizas pior
que ese *cebruno* en que Ruiz
quiere pegar un rigor.
¿ Qué piensa de su *sotreta* [2];
dígame, Ruiz ? porque yo
puedo estar equivocao.

RUIZ.

Fieramente ; sí, señor :
y escúcheme, mi teniente.
A mí me hà dicho un dotor
que la luz en este mundo
es la cosa mas veloz,
pues corre ochocientas leguas
por hora. A eso, digo yo
el que, si la luz del dia
de alguna yegua nació,
esa mesmísima yegua
á este pingo lo parió ;
pues, al *cerrarle las piernas* [3],
cuando anoche se ofreció
aflojarle en el pajal,

[1] Sali, pintor : callate, fanferron.
[2] Sotreta : el caballo que tiene la menos y las patas estropeadas de viejo.
[3] Cerrarle la pierna : espolear el caballo ó golpearle con los talones para que corra.

¡ qué luz, ni qué exhalacion !
si no lo sofreno á tiempo,
á esta hora estaria ya
de güelta de Patagones,
por gala, y para que no
pudiera naides decir,
que Ruiz era resertor.

GENARO.

¡ Barbaridá ! y ¿qué me dice
usté, cabo Centurion?
¿Por qué está tan *empacao* [1],
mostrándose enojadon
y tieso como si hubiera
tragao algun asador?

CENTURION.

Porque estoy juntando rabia
para pelear... Pero ¿no
ha sentido, mi teniente,
como un tiro de cañon?

GENARO.

Dice bien : y siendo ansí,
vamos aprontandonós.

Diez minutos pasarian,
cuando el vichador gritó :
— ¡Ahi viene la polvadera
de los Indios, ellos son !
Y ya empezó en la tapera

[1] Empacao : taciturno, enojado, serio.

á sentirse el pororó [1].
Montaron luego á caballo,
cuando vino el rastriador
diciendo : velay, se acerca
la salvajada, pues yo
oigo ya hasta el tiroteo
de lejos : y en dispersion
los miro venir en trozos
medio acercandosenós ;
y el mas fornido que viene
juyendo á esta direcion ;
si la vista no me engaña,
yo calculeo que son
lo menos, noventa infieles ;
siguramente...

GENARO.

Mejor :
y en lugar de ser un trozo,
¡ ah, malhaya, sean dos !...
A este tiempo, la algazara
de los Indios se sintió,
y entonces dijo el teniente :
— ¡ firmes, muchachos ! y no
se *precitripe* ninguno
á matar, hasta que yo
no mande pegar la carga.
¡ Silencio, pues, y atencion !

Ahora bien : esa tapera,
donde Berdun se emboscó,
les alvertiré que estaba

[1] Pororó : el maiz, cuando lo ponen á freir en una olla, al reventar los granos hacen un ruido graneado como un tiroteo de fusilería.

por fortuna en situacion
que, del naciente al poniente
se aguantaba un paredon
ó tapial de adobe crudo,
que tendria de largor
algunas catorce varas,
y nueve cuartas de altor.

Como venian del norte
los Indios en dispersion,
Genaro, naturalmente,
tras del *tapial* se formó
en ala con sus Blandengues;
pero, no se descubrió;
pues, cuando mas, treinta varas
de la paré se alejó,
y dando la espalda al sur
quedóse en disposicion
de pegar su carga al sejo;
ó haciendo una conversion
á la zurda ó la derecha.

Todo esto lo resolvió
un istante antes de ver
que de Indios un nubarron,
por juntito á la tapera,
á rebenque y á talon [1]
quiso pasar apurado,
cuando los atropelló
Berdun, y de una descarga
ocho salvajes voltió;
y, como allí el adivino

[1] **Los Indios espolean los caballos á talonazos, pues no usan espuelas.**

fué el primero que cayó,
ya la Indiada perdió el rumbo,
y á disparar no atinó;
ansí es que remolineando
fieramente se enredó.

Ya se ve : la salvajada,
en lo que menos pensó,
fué en que allí la sujetaran,
de modo que se espantó;
y en ese istante Genaro,
sable en mano la cargó...
¡Y, qué te cuento mas vale [1]!
al primer atropellon
hubo hombre, que cinco Pampas
solito se difuntió.
¡Qué matanza, Vírgen mia!
¡qué tenaz persecucion,
y de ahí, qué casualidá!

Escuchen con atencion.

Ya se sabe, entre los *maulas* [2]
nunca falta un guapeton;
ansí es que en ese *entrevero*
salió un Indio moceton,
altanero y bien montao
en un zaino volador,
y á reniegos, alaridos,
furioso, amenazador,
y dándose aires de ser
algun salvaje mandon,

[1] *¡Qué te cuento mas vale!* : de este modo los gauchos se admiran al contar algo heroico.
[2] Maulas : cobardes, ineptos.

pretendia á todo trance
contener la dispersion
á *pechadas* con los Pampas,
que sin prestarle atencion
disparaban azoraos,
porque la persecucion
era terrible y sangrienta;
mucho mas cuando se unió
la gente de Chascomun;
que al momento conoció
hallarse allí reunida
al teniente *Vencedor*.

En una de las *sentadas*
del Indio aquel *quebrallon* [1],
que algun *cargo* demostraba,
con Anselmo se *topó*,
que andaba en el entrevero
de recluta y *chapeton;*
y ansí mesmo se portaba,
hasta que se cosquilló
porque el Pampa bravo aquel
con la chuza le pinchó,
la picana al San-Juanino,
y del pingo lo bajó.

Por casualidá, Berdun
ese lance presenció,
y en seguida como fiera
sobre el Indio se lanzó.

El Pampa, ansí que Genaro
cerquita se le arrimó,

[1] Quebrallon: valiente, audaz.

sable en guardia amenazante,
el salvaje le largó
con cuerpo y todo un chuzazo
y atravesarlo pensó;
cuando de un quite Genaro
le partió la chuza en dos.

Al mirarse desarmao
el salvaje disparó,
creyendo de las *caronas*
poder sacar el *facon* [1];
para lo cual lo daria
tiempo el zaino volador,
y de ahi volverse furioso
sobre quien lo desarmó.

Mesmamente : en la *rompida*
el Indio le aventajó
un trecho largo á Genaro;
pero, ahora, acordemonós
que este iba en su doradillo;
ansi, apenas lo apuró,
treinta varas adelante
del salvaje lo sentó
de una rienda, dióle güelta
frente al Indio que lo vió
venírselo encima, al tiempo
que el primer rayo del sol
que nacia en ese istante,
majestuoso y brillador,
sobre el rostro distinguible
del teniente reflejó.

[1] Facon : sable corto y derecho.

Entonces el Pampa altivo,
cuando de frente miró
la cara de su contrario,
del caballo se tiró
al suelo, donde postrado
de rodillas lo encontró
Berdun, cuando iba á partirlo
largándole el *corte dos* [1].
Pero le puso las manos
el salvaje, y exclamó :
¡No matando [2], ché, Berdun,
amico [3], que mi parió
Lunareca!

—¡Dios bendito!
dijo Genaro, y soltó
el sable, que en la *dragona*
colgando se le quedó...
y, viendo que hecho una estauta
postrado el Pampa siguió,
el teniente, conmovido,
del caballo se bajó,
y le dijo al prisionero:
—¡Levante! ¿Quién sós vos?
—Manuel, amico, pariente
Lunareco, lindo vos,
Lunareca linda mesma,
hermana tuya...

Bastó
esto para enternecer

[1] El segundo de los seis cortes que enseña el manejo del sable.
[2] No matando : no me mates, Berdun.
[3] Amico : amigo, la Lunareja me parió.

de Berdun el corazon;
pues sin demorarse mas
con el Indio se abrazó,
y en ese grato momento
juntos lloraron los dos...

Pasaba en aquel istante
allí cerca Centurion,
y al mirar á su teniente
á pié, como lo miró,
abrazao con un salvaje,
sosprendido se arrimó,
sin creer lo mesmo que via;
pero, luego lo creyó,
cuando el teniente le dijo :

— No se almire, Centurion,
este es Manuel mi sobrino.
Vaya pronto por favor,
se lo mando, y digalés
á mis soldaos, de que yo
les pido de que se vuelvan ;
pues aquí esperandolós
me quedo, con mi sobrino.
Vaya pues, digaseló.

En efeuto, en aquel punto
la partida no siguió
la matanza, que ese dia
fué tan crecida y atroz,
como grande la manguiada
de Indios, que envuelta llegó
á la orilla del Salao,
y en el rio se *azotó*
espantada, de manera

que cuasi toda se ahugó ;
pues hasta allí los Blandengues
mataron de sol á sol.

Por supuesto, la partida,
como Berdun lo ordenó,
allí adonde la esperaba
vino y se le reunió ,
felicitándose al ver
que el teniente Vencedor
abrazaba á su sobrino,
que era el cacique mayor.

Ahora moralizaré,
diciendo por conclusion,
que, si del trozo de Indiada
que con Berdun se topó,
algun salvaje con vida
ese dia se escapó,
fué por quererlo Berdun ;
ó mas bien lo quiso Dios,
quien allá en sus altos juicios
desde ese dia empezó
á mostrar como casuales
los casos que encadenó,
hasta que de su clemencia
la medida se llenó ;
y entonces, de aquellos casos
justiciero se sirvió,
para castigar al fin
á quien castigar debió.

Eso lo sabrán despues,
dijo Vega, y se calló.

Luego, al *dir* á levantarse,
en el Santiagueño vió
otra estauta, pues estaba
mudo mirando al fogon,
lloroso, y con las quijadas
de una tercia de largor.

Ansí, acongojada Rosa,
redepente se cayó
de espaldas y convulsiva
á pataliar empezó:
porque de haber oido el cuento
le dió el mal de corazon.

En ese batiburrillo,
por desgracia del cantor,
la caldera de agua hirviendo,
que estaba allí en el fogon,
de la primera patada
Rosa se la *redamó*
en las canillas á Vega,
que zapatiando acudió
á sujetarle las piernas,
como que la sujetó
cuando ya se le quemaban
las naguas y el camison.

Por supuesto, su marido
el primero la cojió
por la cintura y los brazos,
de suerte que le impidió
que la enferma se arañase,
como otra vez se arañó.

Ansí cargaron con Rosa





El Santiagueño Rufo Toloza.

En traje de gaucho del siglo pasado.



desmayada, y de ahi los dos
la llevaron á la cama,
donde cuando la soltó
el viejo, dijo entre sí :
« ¡ Ah, piernas ! ¡ qué tentacion !
pero, vamos á dormir,
porque me apura el calor. »

XXX

LA ANGUSTIA. — LOS SOCORROS. — EL CURANDERO. — EL DESVELADO. — LAS PULGAS.

En la manaña siguiente,
guapa Rosa amaneció
aunque medio *trasijada* [1];
porque la noche anterior,
como era su curandero
Rufo, apenas la tendió
en la cama acidentada,
el corpiño le sacó,
y cuando aflijidamente
del todo la desnudó,
con injundia [2] de lagarto

[1] Trasijada : la cara quebrantada.
[2] Injundia : grasa.

por encima le atracó
ciertas friegas, con las cuales
la moza rompió en sudor.

Ansí, sana al otro dia,
despues de nacer el sol
muy bien emperifollada [1]
vino á sentarse al fogon,
aonde de la recogida
Tolosa alegre volvió,
porque le traiba un peludo [2]
muerto, que se lo soltó
en las faldas, y le dijo :
— Mira si te quiero yo;
esto es para que almorcés.
Dame un beso... Y la besó.

Entre tanto, Santos Vega
por lo que vido y palpó,
la noche del *patatús*,
quién sabe lo que soñó
ó qué desvelo tendria;
pues siendo madrugador,
esa mañana recien
sol alto se levantó,
con la cara como un cuajo [3],
pálido y de mal color.

Ansí mesmo, á la cocina
llegóse de buen humor,
y de la puerta *no mas*,

[1] Emperifollada : bien vestida.
[2] Peludo : especie de tortuga campestre.
[3] Cuajo : uno de los intestinos de la vaca ó buey.

atándose el ceñidor,
les dijo á Rosa y su esposo,
medio sorprendiendolós:
¡ Santos y felices dias!
— ¡ Ansina [1] se los dé Dios!
Adelante, tome asiento;
que estaba extrañandoló,
dijo Rosa: al mesmo istante
que un amargo le alcanzó.

RUFO.

Pero, amigo, ¿ cómo es esto,
diaónde acá tan dormilon?
aunque recuerdo que anoche,
en cuanto usté me soltó
la mano y las güenas noches,
luego le conocí yo
calentura en los riñones;
y estuve, creameló,
por decirle en ese istante,
vaya al arroyo, señor,
y métase hasta el encuentro [2]
para que largue el calor.

VEGA.

¡ Qué calentura; no crea!
lo que anoche tuve yo
fué que rascarme hasta el dia;
porque vino y se rascó
su perro sobre mi cama

[1] Ansina: así tambien.
[2] Hasta el encuentro: hasta la ingle.

y un pulguero me soltó.
Además de eso, al echarme,
el sueño se me ahuyentó
cavilando con la pena,
que presumo les causó
anoche mi cuento aquel,
y lo demás que pasó.

RUFO.

No lo dude; pues á mí
del todo me entristeció;
y á Rosa, ya usté la vido.

ROSA.

Es verdá; me enterneció
eso de cuando Berdun
con el Pampa se abrazó,
y que el tio y el sobrino
lloraron juntos los dos.

VEGA.

Entonces, hoy tratare
de darle otra direcion
mas alegre á mi argumento;
aunque seria mejor
suspenderlo hasta mañana.
¿Qué les parece?

RUFO.

No, no:
pues mañana, si Dios quiere,
estoy en la obligacion

de llevarlo á usté con Rosa,
para que canten los dos
en la yerra de mi amigo
Birrinchin, que hoy me rogó
el que lo llevase á usté.
¿ Con que, iremos ?

ROSA.

Pero, yo...
iré solo si me *muenta*
en las ancas el señor,
como cuando á las carreras
en su bragao me llevó.
Digo, si quiere don Santos
hacerme el gusto y favor.

VEGA.

Desde luego, patroncita,
quedo á su disposicion,
porque me gustan las *yerras* [1].

RUFO.

Iremos, pues...

VEGA.

¡ Cómo no !
Pero, antes de ir á esa fiesta,

[1] En las estancias ó ganaderíos de campaña, todos los años se hace la yerra, ó sea la marcacion de todos los animales vacunos y yeguarizos, á los cuales con una señal ó letra de fierro candente se les planta esa marca en un jamon, y así el animal queda marcado para siempre.

les haré una relacion
para mostrarles que tengo
á las yerras aficion.
Permítame : voy y vuelvo.
Ansi fué, se levantó;
y volviendo al poco rato
en su lindo se explicó,
cuando del modo siguiente
habló de la *marcacion*.

XXXI

JACINTO EL OTRO MELLIZO. — EL NOVILLO ASPAS RUBIAS. — EL ENLAZADOR. — LA ARGOLLA ROTA. — LA POSTEMA.

De los trabajos del campo
ninguno hay tan deleitable,
para mí, como la *yerra*,
aunque un dijusto muy grande
tuve un dia en que mi amigo
Jacinto, aquel apreciable
mellizo, hermano del otro
criminal abominable :
por desgracia, ese mi amigo
vino á sufrir un contraste,
del cual en pocas palabras
voy ahora mesmo á informarles.

Sucedió pues ese dia,
del que no podré olvidarme,
que un novillo *yaguané* [1],
cuerpo de güey por lo grande,
aspas rubias y enconosas
como todo el mundo sabe,
atropelló del corral
sin que lo enlazara *naides,*
pues todos le abrieron *cancha*
temiendo que los corniase.

Suelto pues, y enfurecido
con los ojos centellantes,
salió el toro del corral,
y se llevó por delante
la fila de *pialadores* [2]
de un costado, sin que *naides*
de otros los espantados
á *echar un pial* alcanzase :
ansí es, aquel toro furioso
disparaba á todo escape.

Mi amigo estaba allí cerca
á caballo, sin mezclarse
todavía en los trabajos;
mas, viendo al toro escaparse,
Jacinto desató el *lazo*
de los *tientos,* y al *istante*
se largó atrás del *novillo,*
haciendo una *armada* [3] *grande*

[1] Yaguané : color overo negro.
[2] Pialadores : enlazadores de á pie.
[3] Armada : lazada corrediza por una argolla de hierro que tiene el lazo en una extremidad.

que se la llevó á la rastra,
hasta que alzando arrogante
el brazo, y doblando el codo
en la forma y lo bastante
para revoliar la *armada*,
díjole al toro pujante:
« ¡ahora lo verás, *Ternero*,
si conmigo has de jugarte;
y si de un *tiron* no te hago
dar dos *güeltas* en el aire,
si es que no te *descogoto!* »
y ya resolvió soltarle
por sobre el lomo la *armada*,
tan fijo y en sus cabales,
que al toro se la cerró
en las *aspas*, sin tocarle
ni el hocico, ¡ah, cosa linda!
y despues tan lamentable;...
porque lá *casualidá*
quiso que al *dir* á pegarle
aquel tiron prometido,
se partiera en dos mitades
la *argolla*, en la *mesma armada*
del *lazo*, que vino á darle,
de retroceso á Jacinto,
un chicotazo tan grande
en el costado derecho,
que allí comenzó á echar sangre,
hasta *cairse* del caballo,
pálido como un cadáver.

Desde ese dia Jacinto
ya comenzó á lamentarse
de que tenia postema,

ú otra cosa semejante;
y aunque allá, de cuando en cuando
solia hasta desmayarse,
y su pobre mujercita
creiba enviudar cada istante,
Jacinto vivió y vivió,
hasta que vino mas tarde
á morir, y ansí vivió
con mas salú en adelante.

Ahora, para proseguir,
déme, amigo Rufo, un mate...
que se le dieron; y luego
dijo: vamos adelante.

XXXII

LA YERRA.—SANTOS VEGA EN EL CONVENTO.—EL FRAILE SALOMON.—LOS CURIOSOS.—EL APERO.—EL ECLIPSE.

Pues, sí, señor; el trabajo
de campo en que sobresalen
en agilidá y destreza
los gauchos de estos parajes,
es la yerra, en donde suelen
hacer cosas almirables,
luciendo allí con primor
su saber el paisanaje.

¡Eh, pucha! si es un encanto
ver los diferentes lances
de prontitú, de fijeza,
de fuerzas y de coraje
con que un mozo pialador
suele en la playa floriarse;
y el tino y la inteligencia
con que saben, al istante,
unos á otros muchas veces
en un peligro auxiliarse.

¡Que vengan facultativos
en *cencias,* de todas clases,
los mas profundos! ¡Que vengan
de Uropa y otras Ciudades
esos *leidos* y *escrebidos,*
y en ancas nuestros *manates*
puebleros!... no digo todos,
pues todos no son iguales:
hablo tan solo de aquellos
tan fantásticos, que no hacen
caso de un pobre paisano,
sin duda porque no sabe
como ellos, cuándo la luna
de un vuelco debe empacarse
frente al sol, y hacer un *clise*:
es decir, que nos ataje
la luz del sol y en tinieblas
ponga el campo á media tarde.

Y eso ¿qué tiene de raro?
cualquier triste gaucho sabe
que esa oscuridá resulta
de una sombra semejante
á la que (pongo por caso)

dentro de un rancho se le hace,
cuando es preciso, á un enfermo,
solo con atravesarle
un cuero ó cualquier carona
por entre el candil y el catre.

Pues bien; los sabios que explican
la causa de casos tales
y que por esa razon
piensan que todo lo saben,
ya que son tan entendidos,
que vengan á estos parajes
y todas nuestras costumbres
las miren bien y las palpen,
y luego que nos expliquen
de corrido, sin turbarse,
la cencia de nuestras bolas
y el poder de nuestros piales,
para con un tiro á tiempo
postrar á un toro indomable.

Que vengan, vuelvo á decir,
de todos los gamonales,
y muente el mas vanidoso
y llegue sin escaldarse
á estos campos de un galope;
y acá, entre los pajonales,
en una noche nublada
y oscura, despues de darles
un par de güellas á pié,
que conteste ó que señale
á qué rumbo se entra el sol
ó el lado por donde nace...
¡Y qué acertaba! ¡Nunquita!
siendo una cosa tan fácil,

como que cualquier paisano
tan solo con agacharse
y medio tantiar las pajas
secarronas, luego sabe
que cuando las tuesta el sol,
siempre cain al marchitarse
con las puntas al Naciente,
y no hay cómo equivocarse.

Algunos presumirán
que estas son barbaridades;
entre tanto, es la evidencia
sin ponerle ni quitarle,
y que no podrán negarlo
mas de cuatro que no saben
tampoco decir la causa,
por que no suele la carne
cocerse de dos hervores;
pero, luego que la saquen
de la olla y en la agua fria
la zopen por un istante,
dándole un tercer hervor,
tierna como *choclo sale.*

Lo mesmo es la mazamorra;
ninguno podrá negarme
que se cuece, fijamente,
en una tercera parte
del tiempo que se precisa,
siempre que acierten á echarle
una argollita entre la olla,
ó un clavito, ó tanto vale
una losita cualquiera,
para que hierva al istante.

Además, á esos engreidos
tambien quiero preguntarles :
¿por qué razon un bagual
soberbio, alzao, indomable,
cuando lo bolea un *gaucho*,
desde el punto que lo agarre
y le dueble las orejas
para adentro, y se las ate
de firme con unas cerdas
que de la cola le arranque,
el animal mas *bellaco*
en pelos deja montarse,
y el jinete lo endereza
como oveja á cualquier parte?

Despues de esto, á un avestruz
es perder tiempo de balde
correrlo, porque á ese bicho
ni el demonio que lo ataje :
pero, lo bolea un gaucho,
y le impide que dispare
con cuatro plumas de la ala
que suelen atravesarle
por medio de las narices;
y de ahi lo sueltan á que ande;
y con las plumas en cruz
se lo arrean por delante
y lo arriman á las casas,
sin temor de que se escape.

Estos prodigios las bolas
únicamente los hacen;
pero de esto á los puebleros
poco les gusta informarse :
hasta que vienen al campo

donde lo único que saben
es maltratar mancarrones
y *charquiar* [1] y desollarse.

Sin embargo, en otras *cencias*
hay hombres interminables
en cacúmen y saber,
y es preciso tributarles
todo el respeto debido
por lo que enseñan y saben.

Yo conocí un Franciscano,
que era ¡ un Salomon ! el flaire :
y una ocasion que bajé
á pasiar á Buenos Aires
desensillé en el convento,
y en su mesma celda el padre
me trató unos ocho dias
con el agrado mas grande.

Allí supe muchas cosas;
porque solian juntarse
los amigos de Fray Justo,
ricachones, gamonales,
y hombres de letra menuda,
pero todos muy tratables,
y tan corteses que entre ellos
solia yo entreverarme
haciéndome el infeliz,
siendo capaz de tragarme
á todo el convento entero;
pero, dejaba palmiarme

[1] Charquiar : agarrarse de la cabezada de la montura para no caer.

por tomar las once á gusto,
pues solian convidarme,
y luego me divertia
viéndolos contrapuntiarse,
alegando hasta en latin:
y, siempre antes de largarse,
se divertian conmigo
á fuerza de preguntarme
cómo trajinan los gauchos
en el campo, y obligarme
á desatar mi recao
para que les amostrase
las bolas, el lazo, el freno,
y en fin todo el *cangallaje*.

Luego, como una indireuta
ó el deseo de enseñarme,
en cuanto á bolas, solian
decirme que la mas grande
es la del mundo que tiene
(me asiguraban formales)
algo mas de ocho mil leguas
en el redor, (y quién sabe
contadas cuándo y por quién);
mas, ninguna duda cabe
que cada veinticuatro horas,
esa bola formidable
siempre en una mesma güella
da una güelta sin pararse
ni perder el equilibrio
(que es decir, sin balanciarse),
sino rodando parejo:
del mesmo modo que lo hace
en sus regiones la luna,

que es otra bola notable,
aunque nos parece un queso
porque la vemos distante,
por allá arriba á las güeltas,
en los *circuleos* que hace
diariamente hasta que suele
algun dia atravesarse
por entre el sol y la tierra,
y entonces es que nos hace
el clise, en cuanto la luna
pone el cuero por delante.

Con esto, que es la verdá,
solian embelesarme;
pero, en lo que me hacian
de sorpresa santiguarme,
era con la siguranza
que me daban, al contarme
que al sol, la luna y el mundo
Dios los mantiene en el aire
suspendidos, dando güeltas,
sin permitirles ladiarse
del círculo señalao,
sino que giran costantes,
con aquella liviandá
primorosa con que saben
en el campo muchas veces
serenamente elevarse,
dando vuelta suspendidas,
las finas flores que esparce
sobre un tostado cardal
la alcachofa al marchitarse,
y que á los soplos del viento
suelta estrellas relumbrantes.

XXXIII

EL CALLEJON DE IBAÑEZ [1].—LA CARCEL DE BUENOS-AIRES. — LOS PORTALES DEL CABILDO. — LOS ALIMAÑAS. — ¡ QUE GENTE AQUELLA !

Ahora, me dirán ustedes :
y el Pampa y Luis ¿ dónde están ?
¿ dónde diablos los llevaron
despues que los agarraron ?

Bueno ; les voy á contar,
primero, dónde fué á dar
el saltiador esa vez :
y del cacique despues
su fin tambien contaré.
Tiempo al tiempo... escuchenmé.

El dia de su vitoria,
al entrar con vanagloria
el valeroso Berdun
esa tarde en Chascomun,

[1] Callejon de Ibañez : en el camino de Buenos Aires á San Isidro, habia un monte que se pasaba por un camino estrecho ó especie de callejon, donde se emboscaban entonces algunos salteadores ; y como ese monte pertenecia á un señor Ibañez, el callejon tomó su nombre : nombre que los chuscos se lo aplicaron en la ciudad á los corredores ó arcada de la casa del Cabildo, donde andan tropezando unos con otros los alguaciles, los procuradores, los escribanos y los jueces, etc., etc.

en ese istante preciso
el cabo aquel que al Mellizo
lo traiba de la Salada,
hizo en la villa su entrada;
y en la cárcel lo bajó
á Luis, y allí lo entregó
con recibo al carcelero
que era un otro cancervero:
pues apenas olfatiaba
á un preso, ya lo calaba
desde la punta del pelo
hasta el pisar en el suelo.

Ansí cuanto le echó el ojo
á Luis, con llave y cerrojo
en un calabozo brete,
á especie de vericuete,
luego lo incomunicó;
y despues que le plantó
un centinela de vista
dijo entre sí: Dios te asista!
despues de la Caridá [1],
que pronto te cargará
del *banco de las perdices* [2],
cuando su auxilio precises
para ponerte en aquel

[1] La Caridad: la cofradia de la Hermandad de la Caridad en aquel tiempo.

[2] Banco de las perdices: en la actual plaza del 25 de Mayo habia una especie de mercado donde se vendian perdices en el suelo, y las retiraban cuando habia que fusilar á algun reo. Luego desde allí la hermandad de Caridad lo conducia en una tumba azul á depositarlo ó ponerlo en exposicion pública algunas horas en un cuarto enrejado que habia en el pretil de la iglesia de San Miguel, en cuyo campo-santo enterraban á los ajusticiados.

cuartito de san Miguel...
De ahi el alcalde llegó
á ver al preso ; y mandó
atracarle un par de grillos
de aquellos que los anillos
tienen *juntos con pegao,*
y que los han *bautizao*
de las ánimas, sin mas
que ser de notemovás [1],
pues que solo la chaveta
pesa una libra completa.

A la mañana siguiente
dispertó el juez impaciente,
á causa de haber soñao
que Luis se habia escapao :
y, antes que con maniador,
bozal, estaca y fiador,
el Mellizo se le fuera,
á la cárcel, de carrera,
le dijo á *su escribinista*,
que fuese á ver por su vista,
si estaba siguro el preso;
y que le hiciera el proceso,
apuntándole toditos
los crímenes y delitos
que ese malevo debia :
pues que (el alcalde) queria
mandarlo á la brevedá
escoltao á la ciudá,
antes que Luis se escapase
y ni el cuento les dejase.

[1] No to movás : no te muevas.

Al otro dia á las siete
de la mañana, un piquete
de Blandengues bien armaos
ya se encontraban formaos
al frente de la prision,
puesto á disposicion
del alcalde que al momento
vino y le largó al sargento
del piquete, un envoltijo
de papeles, y le dijo :
que ya podia llevarlo
al saltiador y entregarlo
en la ciudá con aquel
envoltijo de papel.

Entonces mas que ligero
abrió el brete el carcelero
diaonde á Luis lo sacaron
cargao, y ansí lo llevaron;
pues vieron que no podia
caminar, porque tenia
por el peso de los grillos
llagaos hasta los tobillos.

Cargado así lo trujieron
cuatro hombres y lo tendieron
en un triste carreton,
tirao por un *mancarron*
viejo, *bichoco* [1] y petizo;
y cuando de allí el mellizo
bien escoltado salió,
el sargento recibió

[1] Bichoco : enfermo de los vasos.

del alcalde órden expresa
de hacerle *humiàr* la cabeza
sin lástima, donde quiera
que escaparse pretendiera.

Media semana trotiaron,
y á Buenos Aires llegaron
el dia del año nuevo,
cuando al bajar al malevo
frente al Cabildo, pasaban
los colejiales que andaban...
de paseo (digo yo),
y casualmente lo vió
á Luis en aquel istante
don Angel el estudiante
que á su colejio llegaba,
pues el Simenario estaba
de la cárcel á un ladito.

Por supuesto, el patroncito
al ver con grillos á Luis
y en trance tan infeliz,
luego se puso á llorar;
y les mandó suplicar
á sus padres que vinieran
y al Mellizo socorrieran.

Al istante don Faustino
con doña Estrella se vino,
no con tanta voluntá
como por curiosidá;
pues ya siete años hacian
á que de Luis no sabian,
y á que lo habian sumido
en el rincon del olvido.

Con todo, se conmovieron
los patrones, y vinieron
á la cárcel en un coche;
pero llegaron de noche
cuando ya Luis encerrao
estaba incomunicao.

De ahi, cuatro dias siguieron
viniendo, y no consiguieron
don Faustino ni su esposa
el saber la menor cosa
del preso; pues sucedió
que á Buenos Aires llegó,
cuando las escribanías
se lo pasan muchos dias
sin tomar declaraciones...
quién sabe por qué razones;
pero creo que el asunto
es darles treguas por junto,
para que los cabildantes
se lo lleven de pasiantes:
ansí es de que todo alcalde
gana su jornal de balde,
y lo pasa sin fatiga
rascándose la barriga.

Luego, al final de ese asunto
diz que se les abre el punto
allá por el diez de enero,
que vuelve el embrolladero
de los pleitos y custiones
entre robaos y ladrones,
que andan allí confundidos,
y que son tan parecidos
que no los distinguirá

naides en la inmensidá
de jueces, procuradores,
escribanos y dotores,
y otra recua de alimañes
que en el callejon de Ibañez,
allí bajo los portales
del Cabildo, por dos riales
le arman á usté un caramillo
para sacarle el justillo
diciendo que lo ha robao,
aunque usté lo haiga comprao
ese dia en la Recoba :
y, como usté se retoba
al ver que su acusador
es el mesmo vendedor,
y usté lo trata de vil,
se le vuelve un aguacil;
y ahi mesmo en el callejon
de un soberbio manoton
lo agarra á usté del cogote,
y lo lleva al estricote
á meterlo en las crujías,
donde pasa usté ocho dias,
y diaonde lo sueltan seco,
sin fama y sin el chaleco,
y para colmo de ultraje,
le hacen pagar carcelaje.
Esto le pasa á cualquiera
allá en la cárcel pueblera.

En fin, de ese callejon
lo espantaron al patron
dón Bejarano, sabiendo
que el hombre andaba queriendo

protejer al asesino;
de modo que don Faustino
aburrido y petardiao,
sin haber jamás hablao
á Luis el mellizo allí,
dijo pues: « quédate aquí,
juidor mal agradecido;
y, aun cuando me has ofendido
tanto, yo te auxiliaré
en tu prision, y veré
si á fuerza de diligencia
te hago aliviar la sentencia;
pero desde ahora te alvierto
que arronjas olor á muerto. »

Hecha esta resolucion,
don Faustino la cumplió
fielmente, y ya no volvió
á pasar el callejon;
pero Luis en su prision
tan bien asistido estaba,
que ya no salir desiaba
de aquellas cuatro paredes,
adonde verán ustedes
la suerte que allí aguardaba.

XXXIV

EL REO. — EL ESCRIBANO SIETE-PELOS. — EL JUEZ DEL CRIMEN. — LA SENTENCIA. — LOS EMPEÑOS.

Mas de mes y medio hacia
ya que al Mellizo encerrao
y siempre incomunicao
la cárcel lo consumia :
hasta que el alcalde un dia,
sin quitarle las prisiones,
á un corredor con balcones
del Cabildo lo llamó ;
y en su cuarto le empezó
á tomar declaraciones.

Ese alcalde era un marrano
llamao don Judas Meirelos,
y á un don Tomás Siete-pelos
tenia por escribano :
viejo diablon y vaquiano
para eso de escarmenar,
y para hacerlo enredar
en las cuartas [1] á cualquiera,

[1] Cuartas : los bueyes, cuando tiran las carretas con sogas que llaman cuartas, si no marchan bien, se enredan á cada paso ó parada en la marcha, y eso se llama enredarse en las cuartas, aludiendo a cualquier otro asunto en que un hombre se turba.

que á Siete-pelos creyera
que lo podia engañar.

A ese cuarto, pues, entraron
dos soldaos con el Mellizo,
y en un banquito petizo
encogido lo sentaron;
y allí detrás se quedaron
los dos soldaos de plantones,
¡ ojo al cristo ! y de mirones
ni uno ni otro resolló,
hasta que Luis no acabó
de dar sus declaraciones.

Allí, á la primer sentada
leyéronle el envoltijo
de Chascomun; y le dijo
el juez, peluca empolvada:
que no le iba á pasar nada,
si pronto, con claridá
y de buena voluntá,
confesaba de que aquel
envoltijo de papel
explicaba la verdá.

Sirviéronle de consuelo
al preso las expresiones
del juez, que allí en dos renglones
las escribió Siete-pelos;
y ya Luis sin mas recelos
se dispuso á confesar
sus mañas, sin ocultar
ninguna; y por consiguiente,
confiado y humildemente,
ansí empezó á declarar:

— Si, usía, dijo el Mellizo;
por mi poca edá, confieso
que he sido medio travieso:
¡ cómo ha de ser ! ¡ Dios lo quiso !
pero ahora hago el compromiso
de que me voy á enmendar,
por esta cruz ✠, y á dejar
de cometer mas locuras,
que al fin tantas amarguras
me están haciendo pasar.

Entre tanto al viejo usía,
aquello que Luis hablaba
por una oreja le entraba
y por la otra le salia;
de balde el preso ese dia,
queriendo hacerse el potrillo [1].
hizo allí un batiburrillo
de excusas y de promesas :
el juez oia esas ternezas
serio, y tomando polvillo.

El alcalde á quién miraba
era á don Tomás, que á un lao
iba escribiendo apurao
todo lo que Luis hablaba ;
y cuando concluida estaba
la declaracion del preso,
Siete-pelos dió un bostezo,
y á Luis lo mandó parar,
y una cruz le hizo rayar
con tinta al fin del proceso.

[1] Hacerse el potrillo : hacerse inocente.

De allí al Mellizo lo echó
el alcalde á las crujias
de la cárcel, y ocho dias
despues de nuevo ordenó
el subirlo, y le tomó
la confision sin sentarlo;
y luego para enmendarlo,
descargando su conciencia,
el juez le dió por sentencia
nada mas que ajusticiarlo.

El trueno de una centella
no habria aterrado tanto,
ni causádole el espanto
con que supo doña Estrella
la fatal sentencia aquella
de muerte contra el juidor;
pues decia: « es deshonor
para mí el ajusticiar
á quien le dí de mamar
en la Estancia de la Flor...

Pues, aunque se haiga extraviado
ese muchacho aturdido,
¡ infeliz ! yo no me olvido
que Luis con mi hijo se ha criado. »
Luego, el patron azorado
con su esposa y Angelito
á empeñarse á lo infinito
los tres en coche salieron,
y á ver al virey se fueron
todos llenos de conflito.

Por llegar de priesa al Fuerte
los patrones se aflijian,

pues salvar á Luis querian
á lo menos de la muerte ;
y tuvieron tanta suerte,
que á la primer diligencia
los recibió en su presencia
nada menos que el virey,
por quien torcia á la ley
á veces la *Rial Audiencia.*

El virey se enterneció
del pesar de doña Estrella ;
y al verla llorar tan bella
el hombre se apichonó,
tanto, que la consoló
diciéndole : — Deje estar,
amiga, no hay que llorar ;
vaya, tranquilicesé,
que yo espero pronto el que
todo se ha de remediar.

El virey dijo, sin duda :
« todo se ha de remediar, »
sin saber ni calculiar
que la cosa era morruda ;
pero, aunque era *peliaguda,*
del Mellizo la escapada,
el virey de una *cuartiada,*
y atenido á que dos testas
tiran mas que diez carretas,
cumplió con la remediada.

Gracias á eso, le achicaron
la sentencia al delincuente ,
y al presidio solamente
por diez años lo soplaron ;

y allí al entrar le atracaron
su cadena con grillete,
que á Luis se le hizo juguete
dejar que se la prendieran,
por tal que no lo volvieran
á las crujías ni al brete.

En el presidio pasaba
Luis la gran vida en chacota,
ó en jugar á la pelota,
pues que nada le faltaba;
y allí tanto lo cuidaba
la esposa de don Faustino,
que hasta le mandaba vino,
azúcar, yerba, café,
ropa, tabaco, y lo que
precisaba el asesino.

Así Luis, bien socorrido,
los patrones lo tuvieron,
y á los dos años creyeron
que se hallaba correjido
ó que estaba arrepentido ;
pero ¡ cuándo !... si en la vida
es cosa cierta y sabida
y á probarla el tiempo viene,
que, « quien malas mañas tiene,
tarde ó nunca las olvida. »

XXXV

LA VISITA AL PRESIDIO. — DOÑA ESTRELLA. — SUS BONDADES. — LA CONMUTACION DE LA PENA. — LA HIPOCRESIA DEL PRESO. — LA SEMANA SANTA.

Una tarde de febrero
Luis iba á echarse á sestiar,
cuando lo mandó llamar
el alcaide carcelero,
y á su cuarto lo hizo entrar.

La entrada imprevista aquella
le hizo al Mellizo cosquillas,
y al ver allí á doña Estrella
y á su hijo junto con ella,
Luis se postró de rodillas.

Al crujir de la cadena
cuando el juidor se postró,
la señora se espantó,
y de sorpresa ó de pena
cuasi allí se desmayó.

De ahi, don Angel el primero
á llorar grueso empezó,
doña Estrella lo siguió;
y en fin, hasta el carcelero
allí tambien lagrimió.

Mientras, sin dar un sollozo,

seguia el Mellizo hincao,
creyendo hacer *demasiao:*
como que el facineroso
jamás se habia postrao.

Desahogada con llorar,
la señora al carcelero
le suplicó, lo primero,
que allí lo hiciera sentar
un istante al prisionero.

Así fué, Luis se sentó,
pues la señora llevaba
un papel que allí mostraba;
en el cual, presumo yo,
que álguien la recomendaba.

Cuando entre ansias manifiestas
la dama al preso le habló,
sus palabras fueron estas :
« Muchas lágrimas nos cuestas, »
y nuevamente lloró.

Despues, menos aflijida,
le dijo : — No te apensiones ;
pues los buenos corazones
que te han salvado la vida
aliviarán tus prisiones.

Aguanta dos años mas,
desde hoy que hemos conseguido,
que, el dia que haigas cumplido
veinte años, libre saldrás :
y esto á decirte he venido.

Ya hemos hecho lo imposible

al conseguir por clemencia
nuevo alivio á tu sentencia;
porque tu causa es horrible.
Sufrí, pues, Luis, con paciencia.

Ya sabes que en la ciudá,
ó adonde quiera que estemos,
ni un solo dia queremos
que tengas necesidá,
sin que te la remediemos.

Bien tratao aquí has de ser,
como en otra cualquier parte;
pues no hemos de abandonarte:
por eso vengo á saber
si tenés de quién quejarte.

— No, señora, el preso dijo:
no me quejo aquí de naide,
pues hasta el señor alcaide
me hace tratar como un hijo;
ansí, muy poco me aflijo
en mi infeliz situacion,
y sufriré la prision,
de la cual saldré dichoso,
si usté y su señor esposo
me conceden su perdon.

Solamente desearia
que mi turno se llegara,
para que ansí me tocara
ver las calles algun dia;
pues de aquí á la *presería* [1]

[1] La presería: los presos reunidos

siempre la veo salir,
á trabajar ó pedir
limosna para los presos;
y conforme salen esos,
bien podria yo salir.

— Bueno, Luis, yo voy á ver,
esperando conseguir
el que te dejen salir
la limosna á recoger,
los dias que hacen poner
en el pretil de San Juan
á los Santos, que pondrán [1]
en esta Semana Santa,
cuyos dias... allí tanta
limosna las gentes dan.

Entonces á la señora
le dijo afable el alcaide:
— No se empeñe usté con naide;
supuesto que usté no ignora
que debo yo desde ahora,
por la órden que se me da,
hacer á su voluntá
lo que pida por el preso,
sin reserva, menos eso
de ponerlo en libertá...

Así le prometo á usté,
que en esta Semana Santa,
si don Luis aquí se aguanta,
sin falta lo mandaré

[1] Así en aquel tiempo se ponian los Santos en las calles.

á San Juan; y le pondré
su mesa junto al Jesús
Nazareno, que su cruz
al frente mirando está :
y allí don Luis juntará
hasta güevos de avestruz.

—¡Entonces, qué mas querés,
le dijo á Luis la señora,
si me ofrecen desde ahora
que el jueves santo saldrés!
pero ese dia dia debés
ponerte tu ropa buena;
aunque ya pienso en la pena
que me dará el verte allí,
conforme te veo aquí,
con grillete y con cadena.

Luego, allí cuando al *juidor*
un atao le regalaron,
dos soldaos se lo llevaron
del presidio al interior.
De ahi el alcaide mayor
con su facha pobretona,
sin sombrero y en persona,
acompañó á doña Estrella
hasta el coche, donde aquella
le dió una onza narigona [1].

A tal regalo quedó
el alcaide agradecido,
y cumplió lo prometido
tal cual como lo ofreció :

[1] Onza narigona : onza de oro sellada.

pues, el jueves santo, yo,
en San Juan, me acuerdo que
al ver á Luis me acerqué,
y echando mano al bolsillo
cojí un medio *cordoncillo*,
y en un plato se lo eché.

Muchas limosnas le dieron;
pues, al verlo allí sentao
tan jóven y encadenao,
todos lo compadecieron.
Ansí, esa tarde tuvieron,
para disfrutar los presos,
mucho pan, tortas y quesos,
güevos, manzanas, membrillos,
atados de cigarrillos;
y en plata ¡ sesenta pesos !

Para el alcaide, un encanto
fué lo que Luis entregó,
ansí á San Juan lo volvió
á mandar el viernes santo :
y en ese dia otro tanto,
ó algo mas que el anterior,
trajo el dichoso juidor;
y desde ya [1] el carcelero
lo destinó á limosnero
al astuto saltiador.

[1] Desde ya : desde entonces.

XXXVI

EL CACIQUE EN CHASCOMUS. — INDULTO. — EL COMANDANTE COMPLACIDO. — BERDUN CAPITAN.

Ya dije antes que Berdun,
despues que la órden cumplió
con prender en la Salada
al Mellizo saltiador
y dejar muerto á Vizcacho,
con los Indios se topó
luego en esa madrugada,
cuando al cacique rindió.

Ya ustedes saben tambien
que el teniente regresó
esa tarde á Chascomun
á rendir su comision.

Ahora me falta contarles
que en la villa se encontró
Genaro con su Azucena,
quien su casa abandonó
la noche antes que pegaran
los salvajes su malon ;
pues por fortuna á la moza
un Blandengue que pasó,
trayendo el parte á la villa
que avanzaba la invasion,
que disparara á Azucena

ese hombre le aconsejó.
Ansí, asustada esa noche
Azucena disparó,
del modo que su marido
al dejarla le encargó;
y por eso en Chascomun
con Genaro se encontró
en medio de los festejos
á que el pueblo se entregó,
despues que la Blandengada
á los Indios *redotó*.

Bueno pues: voy á contar
el cómo se presentó
Genaro con su sobrino,
á su vuelta, ante el señor
comendante general;
y cómo lo recibió
don La Quintana esa vez
al teniente Vencedor.

Antes de ver á su esposa,
Genaro fué y se bajó
en la Comendancia, adonde
con su sobrino dentró,
y en seguida al comendante
á Manuel le presentó.

Don Quintana, al ver un Indio
con Berdun, se sosprendió;
pero este, que la sospresa
del comendante notó,
para sacarlo de dudas
de esta manera le habló:

— Vengo á darle parte á usía,

como es de mi obligacion,
de que ya completamente
la órden que usía me dió
he cumplido : y además
vengo á pedirle, señor,
que para este Indio aparente
me conceda su perdon;
y me permita llevarlo,
porque no es pampa, sino
hijo de aquel valeroso
capitan Sotomayor,
que ahora mas de catorce años
la Indiada lo asesinó
en la villa de los Ranchos;
cuando cautiva cayó
mi hermana, la Lunareja,
la única que se salvó
con este hijo de dos años...

EL COMENDANTE.

¡ Es posible!

BERDUN.

Si, señor :
pues ese dia funesto
hasta mi madre murió
á chuzazos por los Indios;
y, como antes dije yo,
solo mi hermana y este hijo
de esa matanza salvó,
gracias á que Cocomel
el cacique la libró.

EL COMENDANTE.

Cierto es, dijo el comendante,
y hasta ahora lamento yo
la muerte de ese oficial,
que indefenso lo mató
la Indiada, porque postrao,
por desgracia, lo encontró
en la cama, de resultas
que el capitan se quebró
la pierna en una rodada
que el caballo lo apretó,
por una fatalidá...
¿No fué asi?

BERDUN.

Es verdá, señor:
como es cierto que chiquito
á este solo hijo dejó,
que es mi sobrino, sin duda;
y es cristiano como yo;
pues lo vide bautizar
poco despues que nació,
en la iglesia de los Ranchos,
adonde se cristianó:
y además, su cara dice
que es mi sobrino; y si no,
ahora que aquí está presente
tan cerquita, mireló
usía, y verá el retrato
del finao [1] Sotomayor.

[1] El finao: el finado.

EL COMENDANTE.

Sin duda, es muy parecido.

BERDUN.

Además de eso, señor,
hoy mesmo de mañanita,
apenas Manuel me vió
en medio de la pelea,
al punto me conoció.
A la cuenta, allá mi hermana
de mí algun dia le habló,
y de lo que me parezco
á ella, porque es como yo
Lunareja, ojos azules,
muy rubia y de mi color.

Pienso así, porque Manuel
hoy apenas me miró,
aunque andaba como furia,
al acercármele yo,
tirándose del caballo
humilde se me postró,
y mas manso que asustao
por mi nombre me llamó,
y me dijo : ¡ « Lunareco ;
tu hermana á mí me parió! »
¿Qué mas prueba para creer
que es mi sobrino?

EL COMENDANTE.

¡ Pues no !
Esas sensibles palabras

demasiadas pruebas son
que este mozo es su sobrino;
y como tal, lleveló;
porque de eso y mucho mas
es usté merecedor:
por tanto, lo felicito;
y en cuanto á su comision
usté la ha desempeñao
muy á mi satisfacion.
Ahora, quiero prevenirle,
de que hoy mismo supe yo
que este mozo su sobrino
es cacique y valenton,
y quien mandaba la Indiada,
hoy al venir el malon:
de manera que ha hecho usté
una presa superior;
la cual pudiera servirnos
si usté aconsejandoló
lo reduce para que,
cuando llegue la ocasion,
tambien nosotros le demos
á la Indiada un madrugon;
y entonces de Cocomel,
que ya está muy vejancon,
quizá á Rosa la libremos...
¿Qué le parece?

BERDUN.

¡Ah, señor!
Usía en este momento
dice lo mesmo que yo
he pensao esta mañana,

al ver que Manuel lloró
acordándose de Rosa...
y creo, que hasta me dió
á entender lo mesmo que ahora
pensamos, usía y yo.

EL COMENDANTE.

Bueno pues: usté y su esposa,
vayan preparandoló;
porque tambien le prevengo
el que, pronto, espero en Dios,
les daremos á los *Pampas*
tal susto y atropellon,
que al sur de la Cordillera,
ó del infierno al rincon,
con su chusma y tolderías
irán del arrempujon.
Ahora, vaya á descansar,
porque tiene precision
de reposo; y sepa usté
que á mas de su comision
ha hecho usté otro gran servicio,
que no he de olvidarlo yo.
Vaya, pues, con su sobrino.

BERDUN.

Mil gracias; adios, señor.

EL COMENDANTE.

¡Adios, capitan Berdun!...

Y Genaro comprendió,

que ese adios del comendante
no era una equivocacion.

XXXVII

AZUCENA Y SU SOBRINO. — EL ABRAZO. — ¡QUE OLOR A POTRO!

Luego que se despidió
Berdun de su comendante,
con el sobrino al istante
medio al galope salió;
porque allí se anotició
que Azucena se encontraba
en la villa; y dónde estaba
le dijieron igualmente,
y que fuera prontamente
porque ansiosa lo esperaba.

El teniente se apuró
desde que con gusto y pena
supo que estaba Azucena
ansiosa aguardandoló;
pero, de ahi reflexionó
que no debia apurar
su caballo, á no llegar
de carrera y sosprender
redepente á su mujer,
y fiero hacerla asustar.

Pero esta, apenas sintió
que álguien llegaba á caballo
á su casa, como un rayo
trastavillando salió,
y por el zaguan corrió
pisándose la pollera
hasta la mesma *vedera*,
donde á Genaro abrazó
de firme, y se le quedó
prendida como collera.

Despues, cuando se calmó
de ese arrebato amoroso,
recien al Indio garboso
lo vido, y se sorprendió
tanto, que le preguntó
á su esposo, ¿á qué venia
ese Pampa, y qué queria?
Y entonces al Indio aquel
le dijo Berdun : « Manuel,
dale un abrazo á tu tia. »

Como era poco ladino
el cacique, no entendió
lo que Berdun le mandó,
hasta que Azucena vino
y cariñosa al sobrino
un fuerte abrazo le dió,
aunque la moza quedó
sin ganas de pegarle otro,
por el fiero olor á potro [1]
que al sobrino le tomó.

[1] Olor á potro : lo tienen los Indios salvajes, porque comen solo potros y yeguas.

Luego, en la sala, al mirar
á Manuel tan lindo mozo,
y sobrino de su esposo,
dijo ella, lo he de curar
sin mas que hacerlo sahumar
con alhucema, y poner
brotos de álamo á cocer,
y que de esa agua olorosa
beba, porque es santa cosa;
en fin, veremos á ver.

Despues allí lo vistieron
lindamente á lo paisano,
y al otro dia temprano
para la estancia se fueron;
donde por fortuna vieron
que no les faltaba nada:
pues, si por allí la Indiada
pasó *á la juria* [1] al *malon*,
pior juyó al arrempujon
que le dió la Blandengada.

Con todo eso, le tenia
Azucena á ese lugar
tal odio, que sin cesar
á Genaro le pedia
seguido, dia por dia,
que buscase otro rincon
en cualesquier situacion,
y fuera como se fuese,
por tal que la complaciese
mudando de poblacion.

[1] A la juria: rapidamente.

Finalmente, con Manuel
tantos extremos hicieron
que muy pronto consiguieron
hacerse estimar por él :
y nunca amigo mas fiel
tuvieron, hasta que allá,
por una casualidá
se hizo el sobrino perdiz[1] ;
y, de ese caso, un feliz
desenlace resultó.

XXXVIII

EL CENTINELA MASRAMON. — LA SEDUCCION ASTUTA. — LOS ABUSOS DEL SOLDAO. — EL VICIO.

Volvamos ahora al presidio,
donde el Mellizo quedó
recomendao al alcaide
don Silvestre Lobaton
por doña Estrella en persona,
á la cual le prometió
ese mesmo don Silvestre,
que en adelante al juidor
lo mandaria salir,

[1] Hacerse perdiz : desaparecer de pronto, sin saber cómo.

ansí como lo mandó
el jueves y viernes santo,
cuando en San Juan recojió
tanta plata, de la cual
la mitá se bolsiquió
el alcaide, porque luego
esa pascua *pelechó* [1]
y muy currutacamente
anduvo de leviton.

Alvierto que don Silvestre
era un viejo socarron,
como que fué presidario
sus seis años de un *tiron* :
decian que solamente
por la amorosa razon,
de que en tres años no mas
cuatro veces se casó
con diferentes mujeres,
y de ninguna enviudó...
¡ Háganse cargo, qué *peine* [2]
seria el tal Lobaton !

Luego, el Mellizo... no piensen
ustedes que se turbó
el viernes santo en San Juan ;
pues tambien se solivió
del plato unos doce riales,
para cierta operacion
que esa mesma tarde allí
astuto la maniobró.

[1] **Pelechó : mudó de pelo, ó de modo de vestir mejor que antes.**
[2] **Qué peine : qué pillo.**

Oigan cómo : el viernes santo,
cuando el Mellizo salió
del presidio á limosniar,
dir al cuidao le tocó
de un soldao que parecia
por lo grande un fantasmon
mata siete, pero en suma
era todo un bonachon
maturrango [1], veterano
hablantin y preguntou
tan sumamente curioso,
que, al istante que salió
del presidio, ya al mellizo
el soldao se le *apario*;
y sin andar con rodeos
lueguito le preguntó,
¿por qué siendo tan muchacho
estaba en esa prision?

Luis, que ni un pelo tenia
de lerdo [2], le contesto :

— Me encuentro en este trabajo,
le asiguro ¡ como hay Dios!
por nada mas que porque
me desgracié [3] una ocasion,
que en el campo lastimé
á un Portugués pescador,
el cual muchos rebencazos
con un torzal me pegó

[1] Maturrango : hombre que no sabe andar á caballo.
[2] De lerdo : de tonto, imbécil.
[3] Me desgracié : cometi un asesinato, ó un gran crimen.

porque le comi un pescao;
y de pura rabia yo
le di un tajo en las quijadas:
y como al hombre le entró
pasmo en la lastimadura,
esa noche se murió.

De ahi, sin mas culpa ninguna,
la justicia me agarró,
y el alcalde que era amigo
del dijunto pescador,
solo por ese motivo,
de Chascomun me mandó
por tres años al presidio,
adonde ya mas de dos
y medio llevo pasaos,
sin tener, gracias á Dios,
la menor necesidá;
porque nunca me faltó
plata, ni buena comida,
y felizmente, señor,
cuando mas de acá á tres meses
se acabará mi prision

MASRAMON.

— ¿ Y usté tiene quien lo asista
acá en el pueblo?

EL MELLIZO.

¡Pues no;
si tengo acá á mi padrino,
que es un hombre ricachon
y el Gallego mas rumboso
de cuantos alumbra el sol!

MASRAMON.

¿ Que es gallego su padrino
me dice usté ? pues, señor;
entonces es mi paisano.

EL MELLIZO.

Me alegro; pues trateló
en su casa, y cuando guste
francamente ocupeló
en cualquier necesidá;
verá un hombre servidor
y amigo de sus paisanos :
sí, *aparcero*, crealó.

En fin, ya platicaremos;
dijo Luis, cuando llegó
al punto adonde el alcaide,
conforme se lo ofreció,
junto al Jesús Nazareno
la mesita le plantó;
y allí en una pobre silla
el Mellizo se sentó
con su morruda cadena
y el soldado de planton.

A esa hora precisamente
ya el gentío principió
á pasar por esa calle;
por donde naides pasó
sin ver al preso tan jóven
y tenerle compasion.

Ansí fué que á la media hora

despues que allí se sentó,
tanta moneda le dieron
que de ella se *manotió*
seis pesetas colunarias
que al soldao se las soltó,
diciéndole : —Tome, amigo;
remédiese, pues que Dios
que amanece para todos
hoy para usté amaneció.

Sin hacerse de rogar
el centinela agarró
el *mono* [1], y dando las gracias
agradecido trató
de hacer buena aparcería
con Luis, á quien ofreció
servirlo cuando quisiera
ocuparlo en la prision
para cualquier diligencia;
y para una precision
le hizo allí saber su nombre,
diciéndole : — Amigo, yo,
desde que me cristianaron
me llamo Cruz Masramon,
soldado de la primera
del segundo Batallon
de fusileros del Fijo.
Ansí, con satisfacion
ocúpeme, pues ya sabe
que soy siempre asistidor
á las guardias del presidio.

— Ya lo he visto; ¡cómo no!

[1] El mono : el dinero.

dijo el Mellizo; y ya sé
que usté es hombre servidor,
desde que una portaviandas
de comida me alcanzó;
pues de casa diariamente
me las traen, y á veces yo,
por no poder recebirlas,
no les tomo ni el olor.
Ansí, cuando usté las vea,
si acaso, hágame el favor
de trairmelas, y tendremos
con qué hacer boca los dos;
si puede ser, aparcero.

— ¡Pues no he de poder, señor!
no solo eso, pues si gusta,
hasta de vino carlon
puedo traerle una vejiga [1],
con la reserva mayor,
si es que me fia el pulpero.

— Eso, amigo, dejeló
á mi cargo; porque siempre
tengo á mi disposicion
cuatro pesos que gastar,
el Mellizo respondió.

Ansí pues, desde ese dia,
siempre que de guardia entró
en el presidio, las viandas,
recibia Masramon,
y para el vino el Mellizo

[1] **Vejiga: los presos introducen la bebida ocultamente sirviéndose de vejigas secas.**

la *cháguara*[1] le aflojó :
ansí el soldado se puso
algo mas que barrigon,
porque cerca de tres meses
la pitanza le duró.

Entre tanto el presidario
seguia ccbandoló
y dejando trajinarse;
porque el soldao abusó
muy mucho de la confianza
que el preso le dispensó;
esperando que algun dia
al confiado Masramon
le ajustaria las cuentas;
pues luego que le notó
que Cruz á empinar el codo[2]
tenia mas que aficion,
dijo el Mellizo entre sí : .
déjate estar, borrachon,
que si te gusta chupar
¡ya chuparás de mi flor!

[1] Cháguara : cuerda con que los muchachos hacen bailar el trompo.
[2] Empinar el codo : beber mucho.

XXXIX

EL PATRONCITO. — LA VISITA AL PRESIDIO. — LA ORDEN DEL TRIBUNAL. — LA ASTUCIA DEL PRESIDARIO. — LA CODICIA DEL ALCAIDE.

Como dos meses despues
que á la Estancia de la Flor
doña Estrella y don Faustino
se fueron juntos los dos,
y que solo el patroncito
en la ciudá se quedó
cursiando en el Simenario:
un domingo que salió
á *pasiar* por la mañana,
al presidio se *largó*;
solito, como otras veces,
allí fué y lo socorrió
á Luis, dejándole auxilios
de toda *laya* y valor.

Por supuesto, la visita
don Silvestre no extrañó:
ansí fué que al señorito
muy cortés lo recibió
con el bonete en la mano;
y al istante le ofreció
una silla, que don Angel
esa vez no le almitió,

porque, dijo, que venia
apurado y alegron [1].

Ansí, de la faltriquera,
luego el mocito sacó
un papel, y muy contento
al viejo se lo pasó,
diciéndole : lea, amigo,
y alégrese como yo.

Don Silvestre, algo tembleque,
los antiojos se plantó,
y en el papel escrebida
la órden siguiente leyó.

« Al alcaide del presidio
don Silvestre Lobaton.
— Sáquesele la cadena
al preso Luis Salvador;
y con grillete, al trabajo
de las calles mandeló
con los demás presidarios,
cuando hubiese precision. »

— Me alegro, dijo el alcaide,
con todo mi corazon;
ansí, mañana temprano
antes de que salga el sol,
le haré quitar la cadena;
porque hoy, usté ve, señor,
que es domingo, y no se puede.

— Sí, sí; tiene usté razon :

[1] Alegron : muy contento.

pero, si hoy fuere posible,
he de agradecerle yo,
le entregue esta encomiendita...
Y al alcaide le soltó
un paquetito pesao,
pidiéndole por favor
de parte de doña Estrella,
que en persona, Lobaton,
le diera ese regalito
como albricias al *juidor*;
porque, entre dos meses mas,
saldria de esa prision.

—Lo creo, dijo al istante
el avariento *sobon* [1]:
pues usté estará siguro...

— Y bien siguro, señor:
porque el virey, mi padrino,
en persona hoy me entregó
la órden esa que usté ha leido:
y tambien me asiguró
esta mañana temprano
lo que á usté le afirmo yo;
cuya noticia padrino
en el *Fuerte* [2] me la dió,
cuando le fuí como siempre
á pedir la bendicion.
Vea usté, pues, don Silvestre,
si estaré siguro ó no;
con que, será hasta otra vista.
me voy; quede usté con Dios.

[1] Sobon: fastidioso, pesado.
[2] El Fuerte: era el palacio del virey.

—Y vaya usté con la Vírgen,
señorito, contestó
el alcaide, y á don Luis
á mi cargo dejeló,
que aquí se lo he de cuidar
como hasta ahora...

— Bueno; adios:
dijo afable el patroncito
y del presidio salió.

Luego, la codicia al viejo,
mas que el deber lo tentó,
á registrar el bultito
aquel que se le dejó
para entregarle al Mellizo;
y al istante Lobaton,
por el peso y redondel
del bultito, conoció
que era unguento de aquel mesmo
con que la mano le untó
la señora doña Estrella;
pero no se contentó
con esa crencia el alcaide,
porque luego le raspó
una orilla al paquetito,
y al mirar que amarilló
el ribete del *tortero*,
tamaños ojos abrió!
y entre sí, echando sus cuentas,
dijo ufano: « estas son dos;
de las cuales una al menos
voy á trajinarme yo. »

[1] Trajinarme : embolsarme.

Caliente ansí con el plan
del trajin que calculió,
antes de que se le enfriara
la cosa, determinó
que trajieran al Mellizo
custodiao, como llegó
á presencia del alcaide,
que á su cuarto lo metió
entrecerrando la puerta ;
de suerte que se quedó
en el zaguan el soldao.

Luego á solas, Lobaton,
risueño le dijo al preso :
—Ya veo que esta prision
no le prueba mal, don Luis :
pues, le afirmo, y crealó,
que lo miro á usté mas gordo
que cuando recien entró.
Ya se ve, usté no trabaja
ni tiene acá mas pension
que el hallarse detenido ;
pero, ya á su conclusion
se acerca eso, porque pronto
saldrá usté, sepaseló ;
por tanto, lo felicito
con todo mi corazon.

— Se lo agradezco en el alma,
el Mellizo respondió :
y ya sé que en libertá
saldré pronto y...

— ¿ Quién le dió
á usté esa buena noticia ?

pues recien la supe yo,
hace una hora.

— El changador [1]
ayer con la portaviandas
me trajo ese noticion,
de parte del mayordomo
que en el Simenario habló
ayer con el patroncito,
cuando fué allí y le llevó
las cartas que le llegaron
de la Estancia de la Flor.

— Pues, que sea enhorabuena,
don Silvestre repitió ;
y antes de entregarle el mono,
mañoso le preguntó :
y ¿ de salú cómo está ?

— ¿ De salú ? Luis contestó ;
me siento muy de una vez
atrasao, desde que no
salgo á ningun ejercicio :
y eso me tiene triston,
y ansí como envaretao [2].

— Vamos ; esa es aprension,
dijo el viejo : deje estar,
que en esta semana yo
lo mandaré, si usté quiere,
salir.

— Veremos, señor :

[1] Changador : mozo de cordel.
[2] Envaretao : medio tullido.

pues el jueves á la tarde
la señora y el patron
llegarán sin falta alguna
de la Estancia de la Flor;
y si yo lograra el viernes,
ir á casa ¡ santo Dios !
á mi señora madrina
le daria un alegron...

— ¿ Cómo dice usté, don Luis?
pues, si mal no entiendo yo,
doña Estrella es su madrina.

— Y algo mas, porque me dió
de mamar cuando chiquito,
hasta que me despechó :
ansí es que con Angelito
de hermano me trato yo;
y hoy, como es dia domingo,
estaba esperandoló.
¡ Quién sabe si estará enfermo !...

— No está enfermo, crealó :
pues aquí estuvo hace un rato,
sintiendo mucho el que no
tenia tiempo de hablarlo;
pero, *velay*, me entregó
para usté este paquetito :
tome pues, recibaló.

Luis, sin mostrar interés,
el envoltorito abrió,
y, al ver que dos onzas de oro
del papel desenvolvió,
dijo con indiferencia :

—No sé para qué, señor,
me manda acá mi madrina
tanto dinero al *boton* [1];
si aquí nada me hace falta.
Ansí es que la plata, yo
la reparto entre los presos,
porque me da compasion
el ver que algunos no tienen
ni con qué comprar *jabon.*
Por lo tanto, don Silvestre,
le suplico por favor,
el que de estas mojigangas
tomé usté una de las dos,
siquiera para mostrarle
cuánto le agradezco yo
los favores que usté me hace.

— No, amigo, esto sí que no
debo almitirle, porque
es usté muy regalon,
y eso puede hacerle falta.

—¡Qué me ha de hacer! no señor;
mientras tenga á mis padrinos,
que como mis padres son,
de nada he de carecer;
al contrario, y crealó,
que si salgo alguna vez,
ya verá usté la porcion
de moneda y otras cosas
que le traigo á esta prision.

Eso es si salgo; pues digo

[1] Al boton: sin necesidad, sin objeto.

que no he de salir, señor,
aunque de ganas me muera;
no he de salir, crealó,
desde que se niega usté
á tomarme por favor
esta onza, y me desprecea.

A tal decir, Lobaton,
haciéndose el *desganao,*
medio ladiao [1] se arrimó
al costao del presidario;
de modo que el bolsicon
de la chapona [2] del viejo
quedase en disposicion
de que el Mellizo *embocara*
con la onza, como embocó;
porque sin perder el tino
ahi no mas se la soltó;
y despues de esa gauchada
el presidario esperó
á verlo venir al viejo;
que al último le vendió
muy formal esta alcaldada
á manera de favor:

—Bien pues; el viernes sin falta
saldrá usté, pero antes yo
le haré sacar la cadena
para que usté ande mejor.

Solamente su grillete
no puedo quitarseló;

[1] Ladiao: de costado.
[2] Chapona: chaqueton.

y un soldao con bayoneta
irá acompañandoló
hasta las tres de la tarde;
hora en que por precision
estará usté aquí de vuelta,
si quiere que otra ocasion
le dé licencia mas larga.
¿Está contento?

—¡Pues no!
y agradecido tambien;
dijo Luis, y se agachó
callao, hasta que el alcaide
le dijo: — Vayá con Dios;
y apróntese para el viernes.

Despues de esto, Luis volvió
caviloso á la crujía [1],
en donde ya principió
á formar planes horribles,
propios de su corazon.

. . . .

A este tiempo dió un bostezo
y les dijo el payador:
— Ahora me permitirán
suspender aquí mi cuento,
porque ya estoy soñoliento
conforme ustedes lo están,
Además, ahora serán
las doce, presumo yo;
y desde que oscureció

[1] Crujía: calabozo grande, para muchos presos.

he hablao á troche moche;
y...

Mesmo: era la media noche,
porque el gallo la cantó.

XL

LA REQUISA A LOS PRESOS. — EL CARCELERO. — LOS RENIEGOS. — LOS PLANES DEL PRESIDARIO.

Por su turno al otro dia,
que fué lunes, le tocó
venir de guardia al presidio
al grandote Masramon;
y esa mañana tambien
despues de nacer el sol,
lo mesmo que al patroncito
don Silvestre le ofreció,
el herrero del presidio
al Mellizo le sacó
la cadena, y un grillete
livianito le dejó.

En el istante despues
que el herrero se largó
con la cadena en la mano,
ya el Mellizo principió

á recibir parabienes
de los presos que al redor
se le juntaron, y entonces
Luis allí les afirmó
que en un mes, á mas tardar,
salia de la prision:
sigun promesa formal.
del tribunal superior.

Al oir esto, un presidario
que estaba en la reunion
de los felicitadores:
¡ché, ché [1]! dijo, y se riyó;
diciéndole á Luis: — Amigo,
podrán largarlo, si no
se les cuaja la memoria
á sus jueces, porque son
ó se hacen olvidadizos;
ansí es, amigo, que yo
de esas promesas me rio
desengañao; y ya no
hago caso de ninguna
desde que se me ofreció
hace un año el que saldria
en libertá, y ya van dos
y ocho meses há que sigo
apretao; y sabe Dios
si mi juez anda en el mundo
ó el diablo se lo llevó.

— Dice bien el compañero,
dijo otro preso *barbon*;
pues á mí que siempre tuve

[1] Ché, ché: oigan, oigan.

empeños y protecion,
mesmo, ansí, me han engañao
fiero mas de una ocasion ;
por lo que estoy convencido
que todos los jueces son
¡ unos hijos de la gran
pu-lida que los parió !
y ¡ ah, malhaya, en los infiernos
los viese ardiendo en monton !

Oyendo tales reniegos
motivaos ó sin razon,
decia Luis entre sí :
qué me importa, dejenlós
á esos diablos que me olviden;
lo que deseo es que no
se olvide de mí el alcaide;
y luego, á los jueces, yo
les sabré sacar el cuerpo [1]
el viernes; espero en Dios.

Don Silvestre en ese istante
á la crujía dentró,
otra vez con el herrero;
y que formase mandó
en fila á los presidarios :
mandato que se cumplió
con la mas pronta y humilde
obedencia á Lobaton.

Alviertan, que en el presidio
se hace ansí una vez ó dos
por semana, y luego, en esa

[1] Sacar el cuerpo : huir, escaparse.

repentina formacion,
va el herrero registrando
si están limadas ó no
las chavetas de los grillos,
ó grilletes, porque son
muy diestros los presidarios,
tocante á esa operacion
de sacarse las prisiones
en cualesquier situacion.

Finalmente, don Silvestre,
la requisa [1] presenció,
y no hallando novedá,
para la puerta rumbió
en retirada; y entonces
junto al Mellizo pasó,
á quien solo una mirada
de autoridá le pegó.

Esa seriedá al istante
el Mellizo la entendió,
pues, apenas don Silvestre
de la crujia salió,
Luis decia en sus adentros :
« Andá, bellaco mandon,
que no pierdo la esperanza
de montarte *mansejon.* »

Esa mañana á las siete
ó algo mas se relevó
en el presidio la guardia :
y á las nueve le tocó
la centinela en un patio

[1] Requisa : el registrar la prision y los presos.

al soldado Masramon,
que al ver á Luis sin cadena
el Gallego se alegró.

El Mellizo que con ansia
estaba esperandoló,
para hacerle una *tantiada*,
luego no mas se arrimó
á Cruz y le dijo : — Amigo,
como se lo dije yo,
muy pronto voy á salir
en libertá, crealó :
pues ya me ve sin cadena,
y el viernes, sepaseló,
que en compaña de un soldao
saldré á pasiar, sí, señor :
sin falta...

— Pues, aparcero,
dijo ufano Masramon :
el viernes, precisamente,
acá de guardia entro yo ;
de modo, que si usté gusta
el que salgamos los dos,
francamente, sin rodeos
desde *ahora* digameló :
pues, sin tapujos le alvierto,
que con esa prevencion
del cabo [1] del primer cuarto,
á costa de un rial ó dos,
ó algo mas si es necesario.
conseguiré, crealó,

[1] Cabo : el cabo de guardia que entrara.

que el viernes cuando usté salga
vaya en su compaña yo.
¿Qué le parece mi plan ?

—Lindo, amigo; pero no
permitiré, dijo Luis,
que gaste usté cuando yo
siempre tengo algunos riales
aquí á su disposicion.
Con que ansí, permitamé
aviarlo; y ya le entregó
una cocorita rubia [1]
de dos pesos de valor ,
diciéndole : velay, tome
estos medios, gastelós ;
y si acaso no le alcanzan,
¡ qué Cristo ! digameló
al trairme las portaviandas.
Ahora, separemonós,
y luego platicaremos,
si se presenta ocasion.
Con que, hasta luego, amigazo,
— Vaya, aparcero, con Dios,
dijo Cruz ; y la comida,
ya usté sabe de que yo
se la llevo en el istante
que la trai el changador.

Dicho esto, se separaron
el Mellizo y Masramon.

De propósito, lueguito
Luis enfermo se finjió ;

[1] Una cocorita : una moneda de oro.

y, cuando las portaviandas
trajó Cruz, se las volvió
el presidario, y le dijo :
— Vaya, amigo, Masramon,
y disfrute con su cabo
de esa comida, pues yo
acá estoy medio encogido,
sufriendo un retorcijon
en las tripas, y no pienso
comer nada hasta que no
se me ablande la barriga
y se me pase el dolor;
para lo que le suplico
que me compre un rial de ron,
y acabando de comer,
si puede, traigameló.

Velay, tome una *peseta;*
el otro rial gasteló
en buen vino, y con su cabo
á mi salú bebanló.

Ansí fué; poco mas tarde
Cruz con el Mellizo habló
otro rato, y por la reja
del presidio le escurrió
como chispa, ocultamente,
la vejiga con el ron,
del cual dos terceras partes
ya las *traiba* Masramon
en el buche, pues de veras
el hombre era chupador.

Ansí en chispa, dijolé
al Mellizo : — Pues, señor,

he comido con el cabo
y me ha *dao* un alegron
al haberme prometido
y asigurado que yo,
el viernes cuando usté salga,
iré acompañandoló.

Ahora, pues, hasta ese dia
temprano, creo que no
le veré á usté por acá,
por la siguiente razon...

El miércoles á la tarde
de imaginaria entro yo,
y en la cuadra del cuartel
pasaré de velador
la noche, sin pestañar;
y el jueves, por precision
me lo llevaré durmiendo;
pero el viernes, crealó,
aquí de guardiá estaré:
no faltaré, no, señor.

Con que así, todo está dicho,
aparcero Luis, y adios.

. . . .

Y ya en no verse hasta el viernes
se conformaron los dos.

XLI

LA PULPERIA. — LA SEDUCCION. — LA BORRACHERA DE CRUZ. — LAS ENTRAÑAS DEL MELLIZO.

El jueves, la mas inquieta
noche atariada pasó
Luis, hasta que se limó
del grillete la chaveta,
y despues la asiguró.

Maniobra que es muy sencilla,
cuando hecha la limadura,
la chaveta se asigura
con ponerle una estaquilla
abajo, en la ojaladura.

Pues toda barra en la punta
por donde pasa el grillete,
tiene un ojal, y ahi se mete
la chaveta, y se le junta
la estaquilla que la apriete.

Por fin, el viernes llegó,
y cuando la presería
salió al trabajo ese dia,
el alcaide resolvió
mandar traír de la crujia

Al nene [1] Luis, y para eso

[1] Nene : chiquillo, inocente.

pidió á la guardia un soldao
veterano y *apropiao*,
como para fiarle un preso
que iba á salir custodiao.

Un cabo, luego, al istante
le presentó á Lobaton :
en vez de un hombre, ¡ un hombron !
y el alcaide... ¡ qué gigante !
dijo, al ver á Masramon.

Tan serio, tan bien plantao,
y que, á mas de ser grandote,
las patillas y el bigote
le daban el engestao
de un temible soldadote.

Ansí, don Silvestre se hizo
para sí esta reflexion :
« Este hombre de un manoton
hecho una plasta al Mellizo
lo mete entre el alzapon.

Eso, si Luis quiere juir;
pero ¿ qué necesidá
tiene de juir, cuando está
de un dia á otro por salir
en completa libertá ?

Luego, yo; vamos á ver:
por la orden que he recebido,
no dirán que no he cumplido
ni faltao á mi deber,
si hoy el Mellizo ha salido.

No hay, pues, por que no dejarlo

que salga el mozo un ratito;
y, además, que al patroncito
es preciso no engañarlo,
porque es muy buen amiguito.

Sí, sí; lo voy á llamar
á Luis, pues ya son las diez,
y desde ahora hasta las tres
de la tarde, puede andar
hoy por la primera vez.

Eso sí, de *limosnero*
con una bolsa en el brazo
lo mandaré, por si acaso,
que busque si algun pulpero
le da aunque sea un *pan bazo* [1]. »

Despues que estas reflexiones
el alcaide concluyó,
y que la bolsa dentró
tambien en sus precauciones,
desde la puerta llamó...

— ¡ Cabo de guardia. — Señor!
contestó un cabo arrogante.
— Mande usté que en el istante
al preso Luis Salvador
me le pongan por delante.

Lueguito se presentó
Luis, al lao de Masramon,
y allí el viejo Lobaton
en la pareja miró,
á un poste, al lao de un horcon.

[1] Pan bazo: pan el mas inferior.

Entonces, con altivez
al soldado le ordenó:
— Vaya usté, custodieló
á este preso, y á las tres
sin falta, traigameló...

— Corriente : señor alcaide,
dijo Cruz ; aquí estaré
á esa hora en punto, porque
hasta ahora no dirá naide
que á mi obligacion falté.

Ahora, á usté alvertirle quiero,
díjole á Luis Lobaton ;
que cumpla su obligacion,
pues sale de limosnero[1]
por la primera ocasion.

Tome el *saco* : y salga ya,
sabiendo que son las diez ;
y que sin falta, á las tres
de la tarde, aquí estará
puntualmente: vaya, pues.

Luis con la bolsa salió
diciendo entre sí : « ¡ A las tres,
viejo cochino, querés
que vuelva á verte ! ¡ pues no !
¡ hi-juna-pú... ya sabérs ! »

. . . .

Tan fresco el viernes entró

[1] Limosnero : en aquel tiempo, del presidio todos los viernes mandaban uno ó dos presos con grillete que salian á pedir limosna para el presidio, escoltados para ello sin mas arma que la bayoneta.

Masramon á su servicio,
que, ni á despuntar el vicio [1]
con un trago se animó:
« Pues temprano, dijo, no
será bueno ni prudente,
que borracho me presente
al alcaide, de acá un rato;
y ese diablo que no es *ñato*
me tome olor á aguardiente...
Pero, si Cristo clavao
en la cruz bendita y santa
pidió mojar la garganta,
¿ qué haré yo, pobre soldao,
estando desgañotao
como estoy por la *sequía* [2]?
de la cual me aliviaria,
si ahora lograse, por suerte,
tomar algo chirle y fuerte,
aun cuando fuera lejía.

O si pudiera largarme
hasta el boliche, allá en frente,
con dos dedos de aguardiente
quizás podria aliviarme;
pero, no debo meniarme
de aquí, para no arrejar
á que me mande llamar
el alcaide redepente,
y si no voy prontamente
ponga á otro hombre en mi lugar. »

[1] Despuntar el vicio: tomar temprano un poco de algun aguardiente.
[2] La sequia : la sed.

En esta lamentacion
triste se hallaba el soldao,
al tiempo que fué llevao
delante de Lobaton,
quien con un tono mandon
al Mellizo le entregó,
diciéndole: « Lleveló,
bajo la conformidá
de que usté responderá
por el preso. Entiendaló. »

Cuando apenas se largaron
del presidio puerta afuera,
al llegar á la primera
boca calle, la doblaron;
y lueguito se apariaron,
despues de haber *calculiao*
Masramon, por decontao,
en empinar pronto el codo:
y el Mellizo en pagar todo
hasta *mamar* al soldao.

Este, cuando se arrimó
al costado del Mellizo,
diciendo: « ¡No te preciso! »
la bayoneta envainó;
y luego dijo: — Esto, yo,
aparcero, francamente,
lo hago ansí, porque la gente
no crea que voy llevando
á un preso, sino de que ando
con un amigo ó pariente.

Luego, usté trai tan cubierto
su grillete, que no hay Cristo

que pueda háberselo visto:
¡ por Dios, que me caiga muerto [1]!
Pero sepa, que ahora alvierto
á modo de un retorcido
de tripas, que me ha venido,
sin duda alguna, porque
á el alba me levanté,
y hasta ahora ni agua he bebido.

— Pero, ¡ qué casualidá!
dijo Luis; porque yo siento
en este mesmo momento
igual incomodidá.
Siendo ansí, bueno será
que á una pulpería entremos,
donde solos nos sentemos
y como buenos amigos,
sin mirones ni testigos,
la mañana tomaremos.

Porque es pesada molienda
estar frente al mostrador,
de parao, cuando es mejor
sentarse en cualquier trastienda;
aunque el pulpero nos venda
lo que valga dos, por tres,
muchísimo mejor es
en la trastienda sentarse,
tomar allí sin cansarse
y salir en paz despues.

— Bueno, pues: dijo impaciente
el soldado, por chupar;

[1] Que me caiga muerto: lo juro por Dios.

sígame, vamos á entrar
á esa trastienda, alli enfrente,
donde afortunadamente
es mi amigazo el pulpero,
porque fuimos compañeros
en un mesmo regimiento;
y en su trastienda contento
nos recebirá, aparcero.

Convenidos, se apuraron
desde luego á caminar,
y al istante de llegar
á la trastienda dentraron;
y allí al patron lo encontraron,
el cual, viendo á Masramon:
— ¡Ché! le dijo, ¡en qué ocasion
se te ha ocurrido venir!
pues ahora acabo de abrir
un barrilito de Ron.

— ¡Qué suerte! Pues, camarada,
le dijo Cruz al pulpero;
traime acá un vaso, ligero...
— Amigo, un vaso no es nada,
dijo Luis; de una sentada
yo me lo pienso secar[1].
Siendo ansí, ¿á qué hemos de andar
con vueltas? tráigase el frasco,
patron; pues naides le hace asco
al ron, cuando es rigular.

El pulpero, ¡qué mas quiso!
dos vasos luego llenó,

[1] Secar: beberlo todo.

por los cuales le pagó
una peseta el Mellizo ;
pero, á Cruz no fué preciso
decirle : pruebe, aparcero ;
porque del beso primero
que á su vaso le pegó,
en el buche se lo echó
como en un resumidero.

Despues de eso, Masramon
le dijo á Luis : — Digamé,
aparcerito, ¿por qué
lo veo medio triston?

— Amigo, es por la razon,
le dijo Luis, de que ayer
como no lo pude ver,
ni usté tampoco me vió,
no pude decirle yo
lo que ahora le haré saber.

Ayer, como siempre, vino
trayéndome la comida
el changador, y en seguida
me dijo, que mi padrino,
por estar fiero el camino,
y pantanoso un bañao,
el hombre se ha demorao,
y que solo llegaria
el domingo á mediodía ;
por eso estoy disgustao.

Pues usté se acordará
que por hoy, si yo salia,
derecho á casa queria

que fuésemos: ¿no es verdá?
Pero, hoy ¿á qué? ¡si no está
allí mas que el cocinero
y otro viejazo portero,
que nada nos pueden dar!
Ansí, iremos á pasiar,
si es de su gusto, aparcero;

O, al *Güeco de Cabecita*
vamos, á la pulpería
que tiene una hermana mia;
adonde alguna cosita
nos ha de dar mi hermanita:
como ser un buen asao,
güevos fritos ó pescao;
en fin, allá comeremos,
y puede ser que logremos
algun matambre arrollao.

— Pues, justamente, aparcero,
dijo Cruz; por ahi cerquita
al Güeco de Cabecita,
tengo un pariente chanchero,
diaonde, si vamos primero
que á casa de su hermanita,
yo llevaré otra cosita,
de lo de mi amigo viejo:
¿sabe lo qué? ¡un vino añejo
que á los muertos resucita!

— Pues bien, amigo; rumbiemos,
si usté quiere, desde acá,
y comeremos allá,
aunque dos pesos gastemos;
y allí entonces probaremos

ese resucitador
vino añejo superior,
despues que ahigamos pelao
un costillar adobao,
que es bocado¡ de mi flor!

— Listo, dijo Masramon,
vamos; pero necesito
para abrir el apetito
otra *cañita* [1] de ron.
Pues, alcáncele, patron;
díjole Luis al pulpero,
que no anduvo tan ligero
en llenarle á Cruz el vaso,
como este en doblar el brazo
y echárselo al tragadero.

Cuando entre los dos vaciaron
el frasco hasta la mitá,
dijieron; vamonos ya,
y la trastienda dejaron:
desde adonde enderezaron
de acuerdo á la chanchería;
y al dejar la pulpería
para largarse á comer,
apenas podrian ser
las once y media del dia.

[1] **Otra cañita : otro vasito.**

XLII

EL HUECO DE CABECITA. — LA PLAZA NUEVA. — LA AGONIA DE LAS OLLAS. — LA HAMBRUNA. — LA CHANCHERIA. — LOS ASESINATOS. — LA FUGA.

Iban por la Plaza nueva,
cuando ya Luis maquinó
encender un cigarrillo
en un candil que miró
prendido y relampaguiando,
arriba del mostrador
de una de aquellas esquinas,
á la cual Luis se metió
con su aparcero, y le dijo :
¡ Eh, pucha, que hace calor !
Ansí, aquí de buena gana
tomara un refresco yo,
si usté gusta acompañarme.

A eso Cruz le contestó :
— ¿ Refresco dice? No, amigo :
tome usté solo ; que yo
tengo por vicio y *virtú*
el ser hombre *seguidor*
de lo que empiezo á tomar.

El Mellizo comprendió,
porque con una *sangría*[1]

[1] Sangría : refresco que se hace de vino tinto, con agua y azucar.

pidió un vasito de ron,
que, ni bien se lo pusieron
arriba del mostrador,
cuando el Gallego, de una *hebra*[1]
entero se lo embuchó.
¡ La pu...janza! qué garganta,
tenia el tal Masramon!

Cuando salieron de allí,
el hambre los apuró,
porque eran las doce en punto;
pues San Nicolás[2] tocó
la agonía de las ollas[3],
y ya en *chaucha* Masramon
iba escupiendo unas *babas*,
á manera de almidon,
y echándoselas encima
él mesmo, por *distracion;*
ansí es que de cuando en cuando
pegaba su *trompezon*.

Por fin, galguiando el soldao
y cuasi ciego llegó
á la esquina del chanchero,
que era un viejo barrigon,
llamádose casualmente
don Cirilo Tinajon.
Además, era achacoso
á causa de un burujon

[1] De una hebra : de un golpe seguido.
[2] San Nicolás : es una iglesia parroquial de Buenos Aires.
[3] La agonia de las ollas : como en Buenos Aires antiguamente se comia á las doce del dia, cuando en las iglesias tocaban esa hora, los vecinos ó el vulgo á ese toque le llamaban la agonía de las ollas.

que sufria en el encuentro,
desde un golpe que se dió
al caır en un albañal,
cierta noche que salió
de rezar una novena,
porque era muy santulon.

Por fin, era el don Cirilo
pariente de Masramon,
un maturrango infeliz,
trajinista, bonachon,
medio sordo ó sordo y medio;
pero un hombre tan collon
que de todo se asustaba.

Luego, era muy dormilon,
pues ya estaba morronguiando
allí atrás del mostrador,
y por echarse á dormir,
al tiempo que Masramon
conociendo la sordera
del viejo, se le metió
á la esquina y de cerquita :
¡ Buenos dias ! le gritó.

El chanchero sosprendido
los ojos se refregó;
y despues, con buen agrado,
cuando á Cruz lo conoció
(como acostumbran los sordos),
bajito le replicó :
— ¡ Qué buenos dias, pariente,
viene á darme; si ya son
las doce y media ! Adelante :
¿ Diaónde sale; ya comió ?

— A eso es á lo que venimos
acá, dijo Masramon,
con este amigo, que es mozo
platudito y gastador;
á quien le he dicho que usté
tiene un vino superior,
y tambien buenos bocaos...
— Ya se ve, por el olor,
dijo Luis tambien á gritos;
y, si nos deja el patron
que entremos á la trastienda,
allá sí, con gusto yo
estos riales gastaré:
y encima del mostrador
le puso dos pesos fuertes,
diciéndole: — Guárdelos,
patron viejo, como suyos;
porque, de su casa yo
no me de ir sin redetir [1]
esos tejos [2] y otros dos
si es preciso, á fin que usté
nos quiera hacer el favor
de darnos para comer
de lo bueno... lo mejor.
— ¡ Dos duros! dijo el chanchero
entre sí... Muy bien, señor;
comerán perfeutamente:
entren pues... Y les abrió
paso para la trastienda,
que era un rancho del grandor
de siete varas en cuadro,

[1] Sin redetir: sin derretir, sin gastar.
[2] Tejos: pesos fuertes.

sin enladrillao, y no
tenia mas que una puerta
á la calle, que la abrió
don Cirilo cuando entraron
el Mellizo y Masramon,
por otra puertita chica
que usaba el viejo patron
para pasar de la esquina
al cuarto del *bodegon*.

En ese cuarto, la *yunta*
de Luis y Cruz se sentó;
y en una mesa estrechita
se acomodaron los dos,
sentándose frente á frente
en un banco Masramon
y en otro igual el Mellizo;
que, ni bien se acomodó,
cuando muy afable al viejo
chanchero se dirijió
á gritos, diciendolé :
— Vamos á ver, pues, patron :
para principiar, le pido
que nos haga por favor,
una fritada de *güevos*
con chorizos y jamon :
luego, un costillar de adobo,
pan blanco, vino carlon,
aceitunas, dos chicholos,
queso fresco... y... Se acabó.

Con esta *balaca* [1] el viejo

[1] **Balaca : fanfarronada.**

muy contento se largó,
puso un *anafe* á encender
con virutas y carbon;
y para no perder tiempo,
mientras el fuego prendió,
junto á la mesa el chanchero
del cuerpo se desató
su delantar, que tenia
mas cochambre [1] que algodon,
y á la moda de su tierra
en la mesa lo tendió.

Luego, sobre el delantar,
como pudo, acomodó
dos cucharas de metal,
la una de cabo *rabon*,
la otra aujereada en el medio,
pero no cosa mayor:
despues, dos vasos de estaño,
y de su vino carlon
medio frasco hasta el gollete,
y al mesmo tiempo un porron
de agua fresca, que al mirarlo
hizo un gesto Masramon;
pero, que no hizo lo mesmo
el Mellizo, cuando vió
que el viejo puso un cuchillo
de una tercia de largor,
puntiagudo como alesna,
aunque medio *gastadon*.

Cuando el viejo todo aquello

[1] **Cochambre: suciedad, mugre.**

en la mesa colocó,
á poco rato despues
que los güevos se friyó,
se vino con dos hogazas [1]
y en la mesa las soltó;
y, echando pringues de grasa,
al mesmo tiempo plantó
el sarten con la fritada
de unos veinte ó veintidos
güevos, con cuatro chorizos;
pero, ni bien colocó
el sarten sobre la mesa,
cuando ya lo levantó
mas limpio que una patena;
porque el buitre Masramon
á cucharadas los *güevos*
se los tragaba de á dos...
¡ Qué buitre ! barbaridá !
y ¡ qué pipa ! ¡ santo Dios !

Ansí, luego el medio frasco
con los güevos se acabó;
y, á que le pidieran otro,
el chanchero no esperó,
porque lo trujo al istante;
de lo que Luis se alegró,
reparando que bebia
ahugándose Masramon.
Ultimamente, el adobo,
y todo cuanto pidió
Luis que trujiera el chanchero,
lo trajo, y ahi se quedó

[1] **Dos hogazas : dos panes grandes.**

de parao junto á la mesa
jipando[1] de cansadon.

Entonces le dijo Luis:
— Pero, siéntese, patron,
aquí junto con nosotros,
y descanse; si es que no
le debo algo por el gasto.

— Ya estoy pagado, señor,
si usté no pide otra cosa,
el chanchero respondió.

— Nada mas se nos ofrece,
el Mellizo replicó;
y, si no le molestamos,
eso sí, permitanós
acabar nuestra comida,
y, apenas sean las dos
de la tarde, nos iremos
con mi amigo Masramon.
Con que, vaya á descansar
á su gusto, y dejenós.

El chanchero, que en su vida
ni una siesta perdonó
sin dormir, dijo: — Muy bien:
voy á sentarme... Y salió
renguiando[2] para la esquina,
donde *cansao* se sentó;
y sigun su maña vieja,
recostao al mostrador,

[1] Jipando: respirando con fatiga.
[2] Renguiando: cojeando.

al istante de sentarse,
como un tronco se quedó.

En el momento que al viejo
los ronquidos le sintió,
y al mesmo tiempo que Cruz
á cabeciar principió,
bajo las asentaderas[1]
el Mellizo se escondió
el cuchillo de la mesa.

A ese tiempo, Masramon
estaba ya como una uva,
ó lo mesmo que un pichon
de loro, que la cabeza
menea bamboleador :
porque aquel su ponderao
vino resucitador
era puro aguardientazo,
mezclado con ¡ qué sé yo !...
de suerte que, á lo infinito,
el pobre Cruz se apedó
y á bostezar soñoliento
por la tranca principió.

A eso de la una y tres cuartos,
cuando el sueño lo apuró,
y despues que enteramente
hasta el buche se llenó,
el soldao le dijo á Luis,
en un tono secarron :
— Aparcero, es tardecito,
vamos retirandonós.

[1] **Las asentaderas : las nalgas.**

— ¡ Qué tarde ha de ser, amigo !
el Mellizo contestó ;
le parece á usté no mas :
nos iremos á las dos,
ansí que medio asentemos
los chorizos...

— No, señor,
no me parece : que es tarde,
el soldado replicó ;
y el presidio está lejazos :
no embrome, pues ; vamonós,
y, por su madre, no me haga
faltar á mi obligacion...
Pero se dejaba estar
en su banco Masramon.

Todo el volcan del infierno
Luis entre el cuerpo sintió,
al conocerle al soldao
la firme resolucion
de arriarlo para el presidio,
diciéndole : « vamonós,
y no me haga, por su madre,
faltar á mi obligacion »

Las entrañas al Mellizo,
cuando ansí Cruz lo apuró,
le comenzaron á hervir,
y le ardia el corazon
al fuego de los istintos
feroces de saltiador ;
pero su ira y su despecho
un istante sofrenó
para decirle al soldao :

— Bueno, amigo, vamonós;
déjeme armar un cigarro...
Pero, ¡ahi-juna! lo que armó
fué medirlo bien á Cruz,
pues que ni tiempo le dió
para levantarse nunca,
porque el Tigre le prendió
una sola puñalada
tan mortal y tan feroz
que le rompió dos costillas,
y al lado del corazon
¡hasta la mesma virola [1].
el cuchillo le sumió!

Ni ¡Jesús! dijo el soldao:
solo apenas se ladió,
y allí sin dar un suspiro
muerto en el suelo quedó.

El chanchero, aunque era sordo
como un tapial, dispertó
por su desgracia al istante
en que Masramon cayó,
muerto allí junto á la mesa,
adonde se agazapó
junto al dijunto el Mellizo,
esperando á que el patron
se arrimase sin gritar,
para trajinarseló.

Ansí fué; el viejo renguiando
á la mesa se arrimó,
luego que dos bultos vido

[1] Virola: anillo que tienen los cuchillos en el mango.

abajo, y se presumió
que allí Luis y su pariente
mamaos estaban los dos,
sin poderse levantar...
Pero ¡ ah, Cristo ! cuando vió
que estaba muerto el soldao,
el viejo solo exclamó:
¡ Vírgen mia del socorro !.
cuando ya Luis lo cazó
del pecho de la camisa;
pero el tiempo le faltó
para matarlo parao;
pues, tan fiero se asustó
el viejo, al verle los ojos
al Tigre, que se cayó
de espaldas acidentao;
y en las uñas le dejó
las tiras de la camisa.

Ansí mesmo el saltiador,
bajo de un sobaco al viejo
el cuchillo le enterró:
puñalada que el chanchero
entonces no la sintió,
porque, mas muerto que vivo,
fué que antes se desmayó.

La puerta de la trastienda
entonces Luis la cerró,
y saliendo por la esquina,
de abajo del mostrador,
donde tenia su cama
el chanchero, le robó
el cuchillo, un poncho lindo,

veinte riales del cajon,
un buen rebenque, un yesquero;
y en pago, allí le dejó
el dijunto y el grillete,
diciendo: « Ahora, vamonós. »

Era el rigor de la siesta,
cuando el Mellizo salió
á la calle apresurao,
y disierta la encontró,
de modo que á *bocha-libre* [1],
á medio correr, llegó
luego al *güeco* de los Hornos,
donde por fortuna vió
á un caballo *atao á soga*
con bozal y maniador,
cuyo animal se colije
que seria de algun pion
que allí estaria durmiendo;
porque Luis fué y desató
el caballo, sin que naides
saliera á impedirseló.

Ansí no mas con bozal,
en pelos se le sentó
mas livianito que un gato;
y entonces recien salió
en camisa y calzoncillos
un hombre que le gritó:
« ¡ Suelte, amigo, ese caballo! »
cuando ya Luis se largó
sobre el *pingo* echando chispas

[1] A bocha libre: sin dificultad ninguna.

como *cuhete* volador:
pues, en colmo de su dicha,
el flete era superior.

XLIII

LOS APUROS. — EL LEGO LIMOSNERO. — LAS COSTILLAS DE SAN ANTON. — LOS DIFUNTOS. — EL SUSTO. — LOS SOCORROS. — LA JUSTICIA.

Ahora para no enredarme,
dijo el viejo payador,
del Güeco de Cabecita[1]
no debo salir, sino
cuando aquí haiga relatao
todo lo que allí ocurrió,
despues de muerto el soldao,
y de que se acidentó,
boca arriba junto al muerto,
el chanchero barrigon.
Luego saltaré al presidio,
aonde esa tarde se vió
en grandísimos apuros
el alcaide Lobaton.

[1] Hueco de Cabecita: una de la plazas actuales en Buenos Aires.

Voy pues, por la chanchería
á empezar... Y *ansí* empezó.

Como á las tres esa tarde
por allí se apareció
un donao de San Francisco,
que en ese dia salió
á recoger la limosna:
y el chanchero Tinajon
los viernes, para el convento
tenía la devocion
de darde una longaniza;
y allí sobre el mostrador
solia darle al donao
una gutifarra ó dos,
junto con una limeta
de aquel su añejo carlon.

Todo esto le daba al flaire
don Cirilo el bonachon,
en pago de las reliquias
que el donao nunca cesó
de trairle á su amigo viejo
el chanchero santulon;
á quien el flaire engañaba
tanto, que un dia cogió
unas costillas de oveja
que en la basura encontró,
y envueltas en tres papeles,
sucias no mas se las dió,
diciéndole de rodillas
á su amigo Tinajon:
— Tome, hermano, rece-les
á estas costillas, que son

las reliquias milagrosas
del glorioso san Anton,
que fué como usté chanchero;
y hasta ahora, con su lechon
está el santo en un altar
de San Roque [1]... Crealó :
y don Cirilo le creiba
todo al lego trapalon.

Pues bien, ese mesmo flaire
con sus alforjas se entró
á la esquina del chanchero,
pero no encontrandoló
como siempre lo encontraba
allí atrás del mostrador,
como tenia confianza
con el viejo, se coló
á la trastienda á buscarlo;
pero, ni tres pasos dió
adentro del cuarto aquel,
cuando pegó un refalon
y con alforjas y todo
de costao luego cayó
sobre la panza del viejo
chanchero, que relinchó
al golpe de aquella carga;
y nada mas, pues siguió
medio muerto en su desmayo.

El lego, apenas se alzó
con las manos embarradas
de sangre y de cosa pior,

[1] San Roque : capilla contigua al convento de San Francisco.

siempre refalandosé,
fué todo asustao y abrió
la puerta de la trastienda,
porque ya se presumió
que habia gato encerrao
adentro del bodegon.

Pero, ¡ah, Cristo! al darse güelta,
y que difuntos miró
dos cristianos en el suelo,
tal julepe se pegó
el flaire, que apresurao
ahi no mas se arremangó
el hábito hasta el cogote,
y las alforjas dejó
para salir á la calle,
aonde á gritar comenzó:
¡Socorro! ¡Misericordia!
vengan, hermanos, ¡por Dios!
¡que aquí hay dos muertos dijuntos
y mataos sin confision!
¡Auxilio, Vírjen del Cármen!

Cuasi se desgañotó
pidiendo auxilio el donao:
hasta que luego llegó
puntiando [1] el teniente alcalde,
y el bolicario dotor
médico del vecindario,
que al chanchero principió
por echarle en las narices
agua juerte, ó qué sé yo;

[1] Puntiando: adelante de todos.

y entonces que estaba vivo
el viejo gordo se vió.

Por último, la justicia,
registrando allí, encontró
el grillete del Mellizo;
y entonces se conoció
que el asesino era un preso.

Finalmente, resultó
muerto del todo el soldao;
de suerte que á la oracion
ya estaba en San Nicolás [1]
enterrado Masramon,
y en el hospital tambien
el chanchero Tinajon.

Al sonar las cuatro en punto
tocadas por el reló
de la torre del Cabildo,
y que el preso no volvió
al presidio, ni el soldao:
á don Silvestre le entró
mucha inquietú, y la barriga
del todo se le aflojó.

Ansí, lleno de sucidio [2],
á calculiar empezó
qué podria sucederle
si se le iba el saltiador,
y entonces sobre su tema

[1] San Nicolás: iglesia parroquial de Buenos Aires, en la cual, como en todas, habia cementerios entonces.
[2] Sucidio: sobresalto, inquietud.

de esa mañana volvió :
— pero... ¿ por qué me han de hacer
nada, dijo, cuando yo
creo que en nada he faltao
tampoco á mi obligacion?
Sí, pues ; y vamos á ver...
Y de le mesa agarró,
para leer de nuevo, aquella
órden que se le mandó
y le trajo el patroncito,
la cual, renglon por renglon
para tomarle sustancia,
sin apuro, ansí leyó...

« Al alcaide del presidio
don Silvestre Lobaton... »

Ese soy yo.
« Sáquesele... la cadena...
al preso... Luis Salvador... »

Se le sacó...
« y con grillete al trabajo... »

Se le dejó.
« de las calles mandeló... »

Estornudó...
« con... los demás presi... » Cacá...
cacá, dijo Lobaton;
ya veo que la embarré,
porque el Mellizo salió
solo como limosnero,
y no con la reunion
de los demás presidarios,
que hoy á trabajar salió

por las calles, ¡mire el diablo!
¿Qué haré pues?... ¡Válgame Dios!
¡Cómo me fui á descuidar!
¿Por qué no lo mandé yo
junto con la presería
que esta mañana salió
á tapar ese pantano,
aonde ayer cuasi se ahugó
el virey en carricoche?...
cuando de San Juan salió
y apenas la plaza grande [1]
por entre un barrial cruzó
causado por las carretas
que allí están siempre en monton
con los güeyes desuñidos;
y cuando de allí tomó
el virey para el Retiro [2],
ni tres cuadras caminó,
porque frente á la Mercé [3]
ahi no mas se empantanó;
y gracias á que la guardia
del Piquete [4] lo auxilió

[1] La plaza grande: llamábase ontonces la actual ploza de la Victoria, donde en aquel tiempo so paraba un onjombre de corrotas do compoña tiradas hasta por seis bueyes cado una, y asi pasaban varios dias on la plaza cargando y descargando, pero con los buoyes atados á las ruedas de la carrota.

[2] El Retiro: la actual plaza de Marte.

[3] La Mercé: la iglesia que existe hoy y quo ontonces ora convento.

[4] El Piquete so llamaba á un edificio de ladrillo, poro de uno sola pieza largo como para acuartelar un piquete do soldodos do caballería quo allí ostaban, y eso edificio se hallaba situado en la plaza dol 25 de mayo, frento á la puerta lateral del teatro de Colon existente.

y lo sacaron de allí,
que por eso salvó.

Pero, eso ¿á mí qué me importa?
lo que ahora pienso es que yo
me voy á ver en trabajos,
si se me va el saltiador,
por bruto no mas que he si...
En esta meditacion
hallábase don Silvestre,
cuando el cabo se le entró
trompezando en la alcaldía,
y ahi mesmo, de sopeton
le dijo : — ¡Malas noticias!
oiga, y no dude, señor,
que el Mellizo se ha escapao,
y lo ha muerto á Masramon
y á otro viejo...

— ¡Jesucristo!
dijo asustao Lobaton;
pero... ya... si... deje estar,
y espere, cabo, que yo,
voy ligero... Y olvidando
las botas y el leviton,
echó á correr del presidio,
y hasta ahora esperandoló
está el cabo; pues se dijo,
que esa tarde se embarcó
el alcaide, y puede ser;
pero, ni el cuento dejó;
y hasta hoy, naides ha sabido
para dónde se largó.

XLIV

EL PARANA. — SIXTO BERON EL CHANA. — EL ROBO DE LA MONTURA. — LA CHINA MELCHORA. — EL RASTRO DEL LADRON. — LA ISLETA DEL TALAR.

Como una hora ó poco mas,
antes de ponerse el sol,
la justicia en la *ciudá*
con espanto se informó
de aquellos asesinatos,
y fuga del malhechor.

Al vuelo la Polecia
á *raja cinchas* [1] mandó
chasques y requisitorios
á la campaña, y soltó
partidas á todo rumbo.

Luego, el Cabildo ordenó
que de todo el vireinato
no se dejase un rincon
sin escrebirle, diciendo:
que aonde quiera al saltiador
vivo ó muerto lo prendieran:
órdenes que las llevó
el correo á las provincias,
con el nombre y filiacion

[1] A raja-cinchas: á carrera de caballo.

del asesino; y tambien,
la órden decia el color
del caballo en que se fué.

Ahora, Luis que disparó
el viernes á media tarde,
al otro dia pasó
á la seis de la mañana
el arroyo de Pabon.
¡ Vaya unas asentaderas
de gaucho disparador !

Entonces, del Paraná
á la costa se arrimó,
conociendo que ya estaba
su caballo pesadon;
pues mas de sesenta leguas
en quince horas se tragó,
hasta que frente á la güelta
de Montiel se le aplastó.

No habia en aquel entonces,
por allí, mas poblacion
que una estancia en San Vicente,
aonde hace el campo un rincon
á este lao del Paraná
que corre allí en un cajon
de barrancas, y las cuales,
ya se sabe de que son
á *pique* como tapiales
de á nueve brazas de altor.

Allí pues, en ese campo,
á la entrada del rincon,
estaba entonces la estancia

del *chaná* [1] Sixto Beron :
hombre gaucho, alegre, guapo,
mano abierta y servidor;
ansí todos le tenian
respeto y estimacion,
porque en aquellos parajes
no tan solo era Beron
el alcalde del partido,
sino diablo y rastriador.

Pues, en esa rinconada
fué donde Luis se metió
en el monte, y cuatro dias
matreriando se aguantó,
hasta que una nochecita
á la estancia se allegó
á pié no mas, y de allí
el apero le robó,
quién sabe de qué manera,
nada menos que á Beron.

Al rato despues que Luis
con el recao se largó,
una china de la casa
vino á mostrarle al patron,
que de por allí cerquita
le traiba un *sobrepellon* [2]
que le parecia el suyo.

—¡Barajo! dijo Beron ;

[1] Chaná : nacido en las islas.
[2] Sobrepellon : cierta pieza de la montura que se coloca sobre el asiento del recado para adornarlo y ablandarlo ; al sobrepellon se le llama tambien sobrepuesto.

esto quiere decir algo.
Y ansí fué, porque buscó
su apero en donde solia
dejarlo, y no lo encontró.

Entonces dijo el chaná:
— Me lo han robao, sí, señor;
¿pero, quién? Vamos á ver.

Y á la cocina rumbió,
adonde estaban sus piones
en rueda junto al fogon
platicando sosegaos.

Allí pues, se convenció
el chaná de que, sin duda,
era foráneo [1] el ladron.

Con esa siguridá,
de la cocina llamó
á sus piones, y les dijo :
— Vengan, muchachos, que yo
preciso coger á un zorro,
y para eso del galpon
vayan á trairme tres cueros,
aunque es bastante con dos,
como sean de novillo.
Vayan, pues, traiganmelós,
y con ellos busquenmé
por ahi atrás del galpon,
adonde me encontrarán.

Luego á la china llamó

[1] Foráneo : forastero.

y le dijo : — Andá, Melchora,
á trairme pronto el farol
encendido, y te vendrás
lueguito, para que vos
me amostrés en qué lugar
alzaste el sobrepellon.

Habia ya oscurecido
cuando la china volvió ;
y alumbrándole al chaná
hasta pasar del galpon,
como á diez ó doce varas,
dijo Melchora : — Patron,
velay, es acá mesmito
donde alcé el sobrepellon.

— Bueno, pues, dejate estar
quietita, dijo Beron ;
dame la luz, eso sí.
Y apenas con el farol
dió una *güeltita* el chaná
agachao, luego pidió
que le alcanzaran los cueros,
con los cuales, solo á un *pion*,
le dijo que le ayudase
á tapar, como tapó,
solamente el retacito
del suelo aquel, donde vió
el rastro de un hombre á pié ;
y luego se enderezó,
diciéndoles á sus piones
riyéndose : — Pues, señor :
en cuanto salga la luna,
que ha de ser como á las dos,

bien *montaos* [1] de acá saldremos
á *rastriar* en el rincon
al zorro ese que les dije;
que es un *foránio* ladron,
que me ha robao el *apero*
anoche : sepanseló.

Y no es ningun *camilucho* [2];
pues, por lo que he visto yo,
no debe ni ser rotoso,
ni tampoco *pisador* .
de barro para ladrillos,
porque no es gaucho *paton;*
pues, por el rastro, sus pieses,
puedo asigurar que son
mas grandes los de Melchora

¡Habráse visto, bribon!
¿Diaónde demonios será
ese alarife [3]?

— Señor,
le diré ahora que me acuerdo,
díjole entonces un pion;
el sábado de mañana,
cuando ya picaba el sol,
de lejos vide á un jinete
en pelos que se metió
en la isleta al tranco largo;
pero, al verlo pensé yo
que fuese algun *montaraz*

[1] Bien montaos : en buenos caballos.
[2] Camilucho : gaucho despreciable.
[3] Alarife : pícaro.

de aquellos que hacen carbon,
y que andaria buscando
en el talar del rincon
leña buena y...

— ¡ Las botijas !
el chaná le respondió ;
te engañaste, Rudesindo :
¡ qué leña ni qué carbon,
ni montaraz ha de ser
el que viste en el rincon,
el sábado de mañana
cuando te picaba el sol !

Nada de eso : y ¡ voto á cristas !
ahora, recien caigo yo,
sigun la órden que ayer mesmo
del Rosario [1] me mandó
el alcalde don Cipriano ;
que, el hombre á quien vistes vos
es, sin duda, un presidario
que el viernes se difuntió,
á la siesta en Buenos Aires,
al soldao que lo sacó
del presidio, y á un pulpero :
y que luego se escapó
en pelos, en un caballo
con bozal y maniador.

Por eso en pelos lo vistes,
Rudesindo, creemeló ;
y respóndeme tambien :

[1] El Rosario : entonces era un pueblito, y hoy es una ciudad en la costa del Rio Paraná.

¿No era zaino el mancarron,
y pingo de buena laya[1] ?

— Mesmamente, dijo el pion;
aunque de lejos lo vide
cuasi al tiempo que se entró
en la isleta, á la derecha
de la entrada del rincon.

— Pues, velay, dijo el chaná;
ese mesmo saltiador
me ha robao aquí el apero,
á pié, porque acá llegó
con el caballo cansao,
y en pelos, como salió
juyendo de Buenos Aires,
apurando el mancarron,
hasta que aquí al otro dia
el rocin se le aplastó;
de suerte que acá no mas
debo agarrarlo: ¡ pues no!
si tengo órden de matarlo
como á perro cimarron,
porque tiene mas delitos
que Judas y el mal ladron;
ansí es que pienso mandarlo
á que le dé cuenta á Dios
mañana, por la mañana.
Ahora, retiremonós[1]
vayan á aprontar sus armas;
porque, á la una y media, yo
tendré el caballo ensillao.
¿ Han oido bien ?

[1] De buena laya: caballo de linda presencia.

— Sí, señor:
á la una en punto estaremos
prontos, esperandoló,
los seis piones respondieron...
Y el chaná se retiró.

. . . .

Ansí, con perdon de ustedes;
díjoles el payador,
me voy á echar á dormir;
pues que ya las doce son.
Con que, será hasta mañana.
— Si Dios quiere, contestó
Juana Petrona; y lueguito
apagaron el fogon.

XLV

EL MATURRANGO. — EL CAZADOR. — LA CERRAZON. — LAS ILUSIONES. — EL JABALÍ. — EL ZORRILLO. — EL PARANÁ. — EL DESESPERADO.

La costa del Paraná,
donde vivia Beron,
era solo barrancosa
y sin montes, pues que no
tenia mas que una isleta
ó *talar*, donde se entró,

con su caballo cansao,
á esconderse el saltiador.
El talar era tupido,
y cuando se entra al rincon
queda á la mano derecha:
despues, las barrancas son
llanuras como la pampa,
con uno que otro albardon;
pero escasonas de montes,
hasta allá, á la imediacion
del rio *Colastiné* [1],
donde ya las costas son
hasta el *Chaco,* sigun dicen,
montes, sin ponderacion,
que empiezan por el Naciente
y acaban donde entra el sol;
pues ansí lo asiguraba
el capitan Pascualon,
que no sabia mentir
aunque mamando aprendió.

Pero, dejando eso á un lao
y volviendo al saltiador,
vamos á ver cómo y dónde
le echó las mansas Beron
con toda la inteligencia
de un gaucho buen rastriador.

Esa noche que el chaná
á dormitar se tendió,
tan cuajao estaba el cielo
de estrellas, que el resplandor

[1] Colastiné: rio de la provincia de Santa Fe.

era como el de la luna
en menguante, que empezó
á subir á la una larga,
y medio turbia subió
al tiempo que el viento sur
enteramente calmó,
y una especie de ñeblina
á levantarse empezó:
la mesma que á poco rato
se volvio una cerrazon
de aquellas que no permiten
á veces ver un galpon
á una cuadra de distancia.

Ahora: ¿cómo es, digo yo,
que en esas mesmas ñeblinas
se ve una contradicion
tan notable? Pues si un hombre
no alcanza á ver un galpon
á distancia de una cuadra,
sucede alguna ocasion
que al mesmo hombre lo alucina
esa mesma cerrazon,
que á una distancia cortita
aumenta tanto el grandor
de los bultos en el campo,
donde cualquier chapeton
suele ver en ocasiones,
pongo por caso, á un raton
y lo toma por carnero,
ó á un venao por mancarron
ó á un cuervo por avestruz;
ansí, á mí me sucedió,
cierto dia de ñeblina,

quela vista me engañó,
pues fuí á coger un peludo
y en sapo se me trocó.

El santiagueño Tolosa
la carcajada soltó ;
y Juana tambien de risa
cuasi se descostilló ;
pero, ahi no mas Santos Vega
les dijo de buen humor :
¿ Se rien ?... pues, oigan esta
mas fiera equivocacion
á causa de la ñeblina.

Por la primera ocasion,
sin conocer la campaña
de Buenos Aires, salió
á cazar un maturrango
por esos laos de Moron,
á *pata* y con garabina ;
cinco leguas caminó
matando algunas gaviotas
y chimangos que encontró,
hasta que, medio empampao,
una espesa cerrazon
redepente al *Uropeo*
en el campo lo agarró.

No sabiendo aónde rumbiar,
en el suelo se sentó
con su garabina al lao;
y en esto, el hombre creyó
á una distancia cortita
ver á un chancho cimarron,
del tamaño de un ternero.

¡ Cómo ! dijo el chapeton :
¡ Un jabalí ! ¡qué fortuna !...
Y en el istante agarró
su garabina, á la cual
tres balines [1] le metió,
porque solamente estaba
cargada con municion :
y ¡ zas, tras ! al jabalí
un tiro le cerrajó.

El animal en seguida
dando saltitos juyó,
y viendo eso el maturrango,
á la cuenta presumió
haberle quebrao las patas
al chancho y ya se *largó*
á cogerlo; pero, cuando
al animal se acercó,
dijo el hombre : ¡ cómo es esto,
que el chancho que he visto yo
aquí se ha vuelto conejo... !
pero, enfin, no es de lo pior
para hacer un buen guisao ;
y en seguida se agachó
á levantar al conejo,
y ahi mesmo se le volvió
un zorrillo, que del chorro
de orines que le soltó,
desde la punta del pelo
hasta el cuadril lo bañó
de pestilencia insufrible,
y tal que lo atolondró;

[1] Balines : balas de plomo pequeñas.

y á revolcarse en el suelo
el Uropeo empezó
hasta quedarse desnudo,
porque allí mesmo tiró
la montera, la *chapona* [1],
la camisa, el pantalon,
los calzoncillos, las botas...
y desnudo se quedó.
Despues, mas de siete dias
lo tuvo enfermo el *jedor;*
hasta que para soltarlo,
el hombre se *rasquetió*.

Vean, pues, todos los chascos
que causa una cerrazon.

Ahora, voy á proseguir,
dijo Vega el payador,
como les iba diciendo
del chaná Sixto Beron.

A eso de la una y tres cuartos,
cuando el caballo ensilló,
era espesa la ñeblina,
pero, ansí mesmo el patron
al ratito dijolés
á sus piones : Vamonós;
y luego cuando me traigan
difuntiao al saltiador
y mi *recao,* les prometo
que á gusto les daré yo
á ustedes, para los seis,
un novillo, ó su valor

[1] Chapona : el chaqueton.

que son nueve riales justos ;
y allá repartanselós
de á rial y medio cada uno.
Ya saben pues : vamonós;
pero no se me retiren
de atrás, por la cerrazon
que nos viene de perilla.

De ahi, viendo al suelo siguió,
porque era como de gato
la vista del rastriador.

Ansí marchaban al tranco
hasta que el chaná llegó
á un arroyo pantanoso,
que atraviesa aquel rincon
de costa á costa, y no da
paso á ningun chapeton
sin que dejé allí enterrao
en el barro al mancarron,
no yendo al paso preciso
que es adonde fue Beron.

Echaron pié á tierra allí,
y apenas vió el rastriador
la orilla de la barranca
del arroyo ese, llamó
á sus piones y les dijo :
— Vean; aquí se sentó
á descansar ese diablo
que el recao me manotió :
velay adonde lo puso
hasta que se levantó
para pasar el arroyo,
dejando como dejó

esta rayita en la arena :
y esta raya la formó
con la argollita que tiene
en la punta mi cinchon;
porque, desde aquí el recao
en los brazos lo llevo;
pero, luego, á la cabeza
al pasar se lo cargó.
Y este arroyo, estoy siguro
lo conoce el saltiador,
como cualquiera de ustedes,
ó quizá mucho mejor.

Ahora, muenten, y pasemos
el arroyo, y luego yo
les diré cómo y adónde
se ha dirijido el ladron.

Ansí fué; imediatamente
que el arroyo atravesó,
bajándose del caballo
en el suelo se fijó,
y á los piones dijolés :
— Ayer tarde ese bribon
hasta aquí vino con botas;
pero acá se las sacó,
para pasar el arroyo
á pié, y descalzo siguió
hasta casa, cuando fué
y el *apero* me robó.
Luego anoche, tardecito,
acá vino y repasó
el arroyo, y al talar [1]

[1] Talar : monte de arboles de tala.

siempre descalzo siguió,
pues las puntas de sus pieses
miran á la direcion
de la isleta; no me engaño,
ahi debe estar, creanló.
Ahora les digo tambien;
que de aqui no se apuró
á caminar, pues primero
con cuchillo se raspó
el barro de las canillas,
y ansí se desembarró,
dejando como virutas
el barro que se sacó;
en esto no tengo duda,
velay está, veanló.
En fin, vamos á pillarlo...

Dijo el chaná, y ya *surquió* [1]
ojo fijo sobre el rastro,
aun cuando la cerrazon
seguia, pues ni por esas
al gaucho se le apartó
de la visia un solo istante
el rastro del saltiador.

Serian como las tres
cuando á la isleta enfrentó
el chaná, y cuando la luz
de la luna se mezcló
con la que á soltar la aurora
á ese tiempo principió.

El rastriador bien sabia

[1] **Surquió : marchó, abrió camino.**

aonde estaba, aunque no vió
de tres cuadras al *talar*,
causa de la cerrazon;
pero, ansí mesmo á su gente
hacer alto le mandó,
y al punto que se pararon,
serio, les dijo Beron :
— De aquí no se mueva naides,
hasta que no vuelva yo
con Rudesindo... Y allí
el chaná se desmontó,
y que se apiara tambien
ahi mesmo le dijo al pion.

Dejando allí los caballos,
á pié rumbiaron los dos
para el talar, donde anduvo
algunas cuadras Beron
por la orilla de la isleta
que mira para el rincon,
á lo largo, nada mas;
y por allí se agachó
unas tres ó cuatro veces
hasta que le dijo al pion :
— Ya he visto lo suficiente,
Rudesindo, vamonós.

Por supuesto, se volvieron,
y al llegar el rastriador
adonde estaba su gente,
en el istante montó
á caballo y dijolés :
— ¿No se lo decia yo?
no ha salido del talar
todavía ese ladron;

pero pronto va á salir
de por fuerza, creanló :
como el que saldrá rumbiando
á la entrada del rincon
para pasar el arroyo
por donde anoche pasó,
si no quiere empantanarse
junto con su mancarron.
En seguida, si pasara
el arroyo ese bribon,
y se escapara de que
las bolas le prienda yo,
ó cualesquiera de ustedes,
rumbiará por precision
para el Chaco [1], sin remedio
ni mas escape, pues no
ha de volver para adentro,
donde persiguiendoló
ya andarán por todas partes.
Con que, ansí, esperemosló
abajo de la barranca
del arroyo, porque no
tiene otro paso por donde
salirse de este rincon,
y ahi se nos ha de acercar
mucho por la cerrazon.
Vamonos pues, que ya viene
el dia apurandonós...
Y apenas se dieron vuelta,
cuando de atrás *relinchó*
á lo lejos un caballo.

[1] El Chaco : el gran bosque que habitan los Indios salvajes.

Entonces dijo Beron :
— Ahi viene ; ¿no se lo dije ?
pero, por la cerrazon
no nos ha visto ; sigamos
á emboscarnos, dejenló
y hagan lo que yo les mande.

Lueguito no mas llegó
al arroyo con sus piones
y la barranca bajó,
adonde se apeñuscaron
esperando al saltiador.

Allí, mas formal que nunca
volvió á decirles Beron :
— Aquí estamos, bien lo saben,
en el centro del rincon ;
y, como va á disparar
cuanto nos vea el ladron,
no lo dejen arrimarse
á la isleta, cortenló
los que están mas bien montaos ;
por ejemplo, ustedes dos
Salazar y Barrionuevo.

Usté Gil, y Calderon,
sálganle por la derecha,
mientras Rudesindo y yo
con Almansa lo apuramos
por el centro ; y dejenló
que se embolse en la manguera ;
pero les pido que no
le tengan lástima alguna :
el que pueda... *mateló*
apenas lo agarre á tiro.

Ni bien el chaná acabó
allí de darle á su gente
las órdenes que les dió,
cuando el Mellizo á la orilla
de la barranca llegó,
y luego como avispero
redepente le salió
la emboscada del arroyo.

Sorprendido el saltiador,
dio güelta el pingo al istante
para juir, y se ofuscó
entonces tan fieramente,
que, al primer hombre que vió,
dijo : ¡ Es Berdun !... y furioso
maldiciéndolo juyó.

Salazar y Barrionuevo,
como el chaná les mandó,
le ganaron la derecha,
porque el malevo intentó
arrecostarse al talar ;
pero, cuando se encontró
atajao por la derecha,
á la zurda se ladió,
donde tambien lo cortaron
listos Gil con Almiron.

No teniendo mas escape,
por el centro del rincon
corriendo Luis se embolsaba,
y en esto, de atrás Beron...
tumb! tumb! tumb! á un mesmo tiempo
tres tiros le cerrajó,

de los cuales una bala
al Mellizo le llevó
con media oreja el sombrero.

Entonces Luis se creyó
cuasi del todo perdido,
y dijo entre sí : « ¡ valor !
el hombre cruje y no llora ;
aquí no me rindo yo,
aunque me arranquen de raiz
los bofes y el corazon ;
y finalmente ¡ qué Cristo !
mi vida y mi salvacion
voy á fiársela á un abismo.

Con esta resolucion,
antes de rendirse allí,
para el fondo del rincon
lo mesmo que una centella
al caballo enderezó ;
y en el trance postrimero
de su desesperacion,
cuando á tiros lo quemaban,
y cuando al borde llegó
de la barranca, al caballo
con el poncho le tapó
la cabeza hasta el hocico,
de modo que lo cegó,
y el animal infeliz
ciego se desbarrancó
de quince varas de altura
y en el Paraná se hundió,
sin salir mas sobre el agua ;
pero el Mellizo salió,
nadando corriente abajo ;

y ansí mesmo le largó
otros tiros la partida;
y al último el saltiador
pegando una zambullida
se les desapareció,
sea porque el Paraná
torrentoso lo llevó
al recodo que hace el rio
en la punta del rincon,
diaonde el Mellizo no estaba
lejos cuando zambulló
herido, ó sea porque
duraba la cerrazon.

A pocos dias despues
que al Paraná se azotó
el Mellizo, una chalana [1]
de montaraces halló
en las islas de San Pedro,
mucho antes de la oracion,
á un ahugao, solo con botas;
que naides lo conoció
con siguranza, porque
desnudo se le encontró
allí entre los ñapindaces [2],
aonde el ahugao se prendió;
porque esos árboles tienen
unas espinas que son
como anzuelos, ó mas bien
como las uñas de un lion.

[1] Chalana : chalupa, lanchon chato.
[2] Napindaces : grandes arbustos que nacen á orilla de los rios, y cuyas ramas y raices que flotan en el agua están cubiertas de espinas corvas y muy agudas.

Ansí fué que al muerto allí
ni una hilacha le quedó
en el cuerpo; y además,
era tanta la hinchazon,
la desnudez, los araños,
y la desfiguracion
del ahugao, que al verlo allí
naides lo reconoció:
y aunque muchos se creyeron
que el muerto era el saltiador
escapado del presidio,
otros decian que no.

Con todo eso, á los tres dias
en Buenos Aires salió
una gaceta diciendo:
« Luis el Mellizo se ahugó
en el Paraná juyendo,
cuando el alcalde Beron
en la vuelta de Montiel
á perseguirlo salió,
el dia que ese asesino
al Paraná se lanzó. »

Entonces, ya en la provincia
ninguna duda quedó
de la muerte del Mellizo:
noticia que la creyó
aun la mesma doña Estrella,
y una misa le mandó
decir en Santo Domingo,
aunque tanto la ofendió.

XLVI

EL DESAPARECIDO. — EL GRAN MALON. — EL TERROR. — LOS INCENDIOS. — LOS FUGITIVOS. — LAS APRETURAS.

Que Dios lo haiga perdonao
debemos desiarle á Luis,
supuesto que el infeliz
se dice que murió ahugao:
mientras sigo yo enredao
para concluir mi argumento;
pero, no dudo un momento
que lo desenredaré,
y feliz me contaré
si al fin les gusta mi cuento.

Para esto, voy desde acá
á volverme á Chascomun
donde lo dejé á Berdun
lleno de felicidá;
voy, pues, á buscarlo allá,
y no he de perder el tino;
pues con Berdun, el sobrino
y la Lunareja, espero
probar que fué justiciero
de Dios el poder divino.

A que agarró en la Salada
Berdun al finao Mellizo,

y de mas hazañas que hizo
esa mesma madrugada,
hasta hoy, van de una tirada
cuasi tres años; ¡ pues no !
como há que Berdun tomó
prisionero á su sobrino;
y ahora verán el destino
con que ese mozo nació.

Entonces fué la sabliada
y aquella *redota* fiera
que junto á la cordillera
obligó á juir á la Indiada :
y como allí sosegada
tres años se dejó estar,
ya naides volvió á pensar
que los Indios, ni soñaran,
cuanti-mas el que pensaran
con los cristianos peliar.

Esa crencia ilusionó
á alguno que otro hacendao
que del norte del Salao
pasó al sur y se pobló :
y uno de estos le ofreció
á Genaro un buen campito,
que le gustó, y que lueguito
con Azucena arregló
el mudarse, y se mudó
al rincon del Cardalito [1].

Genaro, naturalmente,
llevó á su lao al sobrino

[1] **Cardalito : campo inmediato al Rio Salado.**

que ya era mozo ladino,
como atento y complaciente;
y además inteligente
que hasta escrebir aprendia;
y ansí mesmo no podia,
por mas que disimulaba,
ocultar de que abrigaba
alguna melancolía.

Ansí, una ocasion llegó
á decir . « mi madre ha muerto
de pesar en el disierto,
luego que le falté yo. »
Y Berdun le dijo : — No
te desesperés, Manuel;
pues se acerca el dia aquel
en que iremos á buscarla,
siguros de libertarla
del cacique Cocomel.

Prepárate, pues, sobrino;
porque pronto, espero en Dios,
para el disierto los dos
estaremos en camino :
pues conmigo ansí convino
el general La Quintana,
hace mas de una semana,
que en la expedicion vendrás,
y que nos ayudarás
á libertar á mi hermana.

Esa fortuna esperó
Manuel sus dos años largos;
y muchos ratos amargos
esperándola sufrió;

Ansí mesmo, se aguantó,
como un hombre agradecido,
sin juirse, habiendo podido;
pero apreciaba á su tia,
y á Genaro no queria
dejarlo comprometido.

Siguros de esa lealtá,
en la casa lo querian
y cada vez le tenian
mas cariñosa amistá :
y fué una felicidá
para Berdun, el primero,
haber hecho prisionero
á un caudillo en quien halló,
cuando el caso se ofreció,
un amigo verdadero.

Como al año de poblarse
Genaro aonde se mudó,
redepente comenzó
la cosa medio á enturbiarse [1];
pues principió á susurrarse
por allí entre los paisanos
que unos malditos cristianos,
que con los Pampas andaban,
de hacerlos unir trataban
con los indios Araucanos.

Y mientras otros decian
« ya no vuelven los infieles »,
hasta los indios Ranqueles

[1] **Enturbiarse**: trastornarse la tranquilidad de la campaña.

con los Pampas se entendian :
pero en Chascomun no hacian
caso las autoridades ,
diciendo : « Esas novedades
son mentiras, y mas nada ;
porque, ni sueña la Indiada
en esas barbaridades. »

Pero, bien suelen decir
que tiene resultas crueles
el soldao que, en sus laureles
primeros, se echa á dormir,
cuando debe proseguir
batallando sin fatiga,
hasta el dia en que consiga
á su enemigo ultimarlo,
y no entrar á despreciarlo,
echándose de barriga.

Enfin ; llegó una forzosa
necesidá en que Berdun
tuvo que ir á Chascomun
acompañao de su esposa ;
y, creyendo demorosa
su vuelta del pueblo aquel,
dejó en su estancia á Manuel
como haciendo de patron ;
pues, con sobrada razon,
tenian confianza en él.

A los tres dias de estar
allí en la villa Berdun ,
el jefe de Chascomun
de priesa lo hizo llamar ;
y apenas lo vido entrar

le dijo; —Me han informao
que los Indios han lanzao
ayer á la madrugada
una partida avanzada
á esta banda del Salao.

Esta es una novedá,
capitan, algo alarmante;
y que yo estaba distante
de tenerla por acá;
pero hoy no dudo que ya
la Indiada está reunida
y á pasar tan decidida,
que ayer mesmo tempranito
al rincon del Cardalito
lanzó su primer partida.

Y por allí han corretiao[1]
á muchos que dispararon,
y no sé á quién se llevaron
al repasar el Salao.
Esto me han participao
en un parte mal escrito:
y por eso necesito
que esta tarde marche usté
con diez hombres, á ver qué
sucedió en el Cardalito.

Luego, al toque de oraciones,
he mandao que estén montadas
otras partidas, formadas
de Blandengues y Dragones,
que á distintas direciones

[1] Corretiao: corrido y perseguido.

para el Salao marcharán ;
y si los Indios nos dan
de tregua tan solamente
cuatro dias, ciertamente
muy pocos escaparán.

Pero, esta vez se engañó
el general, y muy fiero ;
porque en su triunfo postrero
haber concluido creyó
con la Indiada, y despreció
los rumores que corrieron,
y á gauchos que le dijieron
que la Indiada se venia,
« no lo crean » respondia,
hasta que lo sorprendieron.

Pues la gente que mandó
para atajarle á la Indiada
los pasos [1], de disparada
á Chascomun se volvió ;
en donde luego trató
todo vicho el guarecerse
en un fuerte, y defenderse
cuatro dias sin comer,
pues, ni pudieron meter
carne para mantenerse.

Solo Berdun consiguió
hasta su casa llegar,
adonde tuvo el pesar
que el solo pion que encontró
sollozando le contó

[1] Los pasos : los puntos para vadear el Salado.

que allí los Pampas vinieron,
y en cuanto lo conocieron
á don Manuel, lo abrazaron
y luego se lo llevaron;
pero, que daño, no hicieron.

— Por último, dijo el pion;
don Manuel aquí me dió
un abrazo, y me encargó
el decirle á usté, patron,
que siempre en el corazon
su sobrino llevaria
á su tio y á su tia:
para quienes dejó aquí
su *vincha* [1] y su *quillapi* [2]
hasta volver, algun dia.

Genaro desconsolao,
al ponerse en retirada,
le dió una triste mirada
á la costa del Salao;
y al ver de polvo un ñublao,
que en la costa se extendia,
conoció que ya venia
la salvajada avanzando;
y fué en ese istante cuando
Berdun al pion le decia:

« Nos vamos á retirar;
venga conmigo,Roballo;
vaya pues, muente á caballo,

[1] Vincha : ancha cinta de lana con la cual los Indios se fajan el pelo.
[2] Quillapi : manta cuadrilonga hecha de pieles de guanaco que les sirve de abrigo á los Indios.

y vámonos á poblar
aonde Dios nos dé lugar.
Muente, no cierre la puerta;
déjela no mas abierta,
que ansí mesmo, si usté pasa
mañana junto á esta casa,
ni con la tapera acierta.

Como el Cardalito estaba
retirao de Chascomun,
la partida de Berdun
fué la última que llegaba,
cuando allí tambien entraba
el vecindario juyendo;
pues los Indios destruyendo
á sangre y fuego venian,
y de Chascomun se vian
al sur los ranchos ardiendo.

Dos mil Indios solamente
á Chascomun *circuliaron*,
y tres mil mas avanzaron
al norte como un torrente.
Ansí es que por San Vicente
y la Guardia de Lujan,
hasta ahora se acordárán
de esa funesta invasion,
y su horrible destrucion
en la vida olvidarán.

Tres dias solo duró
de los Indios ese arrojo;
pues pronto y como *rastrojo*
media campaña arrasó,
y al disierto se volvió

por distancias separadas,
llevando inmensas arriadas
yeguarizas y vacunas:
y cautivas, como algunas
ciento treinta desgraciadas.

Pues, cuando mil veteranos
que por acá reunieron
y tras los Indios salieron
con trescientos milicianos,
ya los Pampas y Araucanos
como los indios Ranqueles,
sin dormirse entre laureles,
trotiaban al otro lao
de la costa del Salao
al son de sus cascabeles [1].

Por fin, dijo el payador;
en esa invasion terrible
fué la destrucion sensible
de la Estancia de la Flor:
¡con qué furia y qué rigor
los salvajes la incendiaron,
cuasi entera, y la robaron!...
sin estar por suerte en ella
el patron ni doña Estrella
que con tiempo se salvaron.

Ansí, humiando una por una,
las poblaciones halló
Genaro cuando volvió

[1] Cascabeles: los Indios se ponen cascabeles en los brazos y piernas y se los ponen tambien á sus caballos en la frente.

á su estancia, sin ninguna
esperanza de que alguna
casa por allí existiera,
y que entonces no estuviera
completamente robada,
y finalmente quemada
desde el suelo á la *cumbrera*.

Cenizas solo encontró
Berdun por donde pasaba;
pero cuando se acercaba
á sus campos, se almiró,
y á su pion le preguntó
desconfiando : — Digamé,
Roballo, ¿eso que se ve
son ranchos, ó es ilusion?
Y entonces díjole el pion :
— ¡Esa es la estancia de usté!

A pesar de eso dudó
Berdun, hasta que llegaron
á su casa y la encontraron
lo mesmo que él la dejó;
pero, en una cruz miró
que al pié tenia un papel
donde, escrebidas, Manuel
estas palabras dejó :
¡DIOS ME AYUDARA, PUES YO
LLEVO UNA ESPERANZA EN ÉL!

XLVII

LA VITEL [1]. — LOS ASILADOS. — EL TERROR. — LA POBREZA DE BERDUN. — EL CUPIDO. — EL RAMO FATAL.

Despues de aquella avanzada
horrible de los salvajes,
las gentes de esos parajes
del sur, aterrorizadas,
dejaron abandonadas
ardiendo sus poblaciones,
y en distintas direciones
al norte se guarecieron,
donde ansí mesmo vivieron
llenas de tribulaciones.

Porque la ensoberbeció
tanto ese triunfo á la Indiada,
que un año envalentonada
dando malones siguió;
de suerte que se llevó
hasta el ultimo ternero:
siendo á Berdun el primero
que las vacas le robaron,
y hasta la cruz le quemaron
sin dejarle otro letrero.

[1] La Vitel: nombre de una laguna de la campaña del sur.

Y gracias á que escaparon
de allí Azucena y Berdun,
á pesar que á Chascomun
cuasi desnudos llegaron;
pues tal madrugon pegaron
y juyeron tan de prisa,
que salieron en camisa;
y, cuando Berdun volvió
á su casa, no encontró
mas que un monton de ceniza.

Solo su *marca* encontró
y el pobre cargó con ella:
siendo esta la marca aquella,
que al verla se santiguó
Santos Vega, cuando habló
con Rufo la vez primera
que lo topó en la tapera,
donde se dieron la mano,
y le vido al rabicano
fresquita esa marca entera.

Despues del contraste aquel,
con su Azucena Berdun
muy cerca de Chascomun
se guareció en la Vitel:
y del sobrino Manuel
poco ó nada se acordó;
pues solamente pensó
en reparar sus quebrantos;
y á pesar que fueron tantos
no se descorazonó.

Tan atrasao [1] se escapó

[1] Atrasao : pobre, arruinado.

Genaro del Cardalito,
que en un estrecho ranchito
en la Vitel se metió;
y medio se acomodó
con *trastes* que le prestaron;
pues los suyos los quemaron
los Indios, con casa y todo,
robándolos de tal modo,
que en pelota[1] lo dejaron.

En la Vitel, Azucena
únicamente tenia
la siguiente trastería:
dos sillas, una alacena,
una mesa medio buena,
una tinaja rajada,
una olla *pata quebrada*[2],
un asador, un mortero,
un catrecito de cuero,
una batea... y mas nada.

Con todo, nunca quejosa
de la suerte se mostró:
al contrario, prosiguió
con Berdun mas cariñosa;
y estaba tan linda moza,
que todos cuantos la vian
tan bonita, se *lambian*
por decirle, tan siquiera:
¡Ay, mi alma! ¡quién mereciera!
pero, no se le atrevian.

[1] En pelota: sin camisa, desnudo del todo.
[2] Pata quebrada: una pierna rota.

Mas, un refran muy formal
dice, que « en el campo, al fin
siempre la oveja mas ruin
es la que ruempe el corral ; »
ansí un mocito fatal,
de quien luego trataré,
tuvo gran parte en lo que,
con muchísimo pesar,
aquí les voy á contar
ahora no mas : oiganmé.

Berdun tambien soportaba
la vida penosa aquella
en que estaba, y salir de ella
de un dia al otro esperaba ;
pero, para eso faltaba
asigurar la frontera,
á fin que se contuviera
de los Indios la arrogancia ;
pues al sur no habia estancia
que repoblarse quisiera.

Pero, en vano se afanaban
acá en reunir soldaos ;
pues estos, de resabiaos,
cuando á diez acuartelaban ,
catorce se resertaban;
es verdá que eran los piores,
mientras que de los mejores
solo en los campos se vian
las partidas que salian
á perseguir resertores.

Mas de un año se pasó
en esas preparaciones,

y la Indiada sus malones
entre tanto menudió :
y cuando se consiguió
el volverla á escarmentar,
Azucena, de un pesar
terrible que la asaltó,
loca de atar se volvió
y la tuvieron que atar.

Celos que fingidamente
Genaro le dió á su esposa,
de esa locura furiosa
fueron un antecedente
y á la moza infelizmente
tantas penas le acarriaron,
que á lo último le costaron
el estar encarcelada
inocente y desgraciada,
porque un crímen le achacaron.

Fué por broma, y no otra cosa,
que Berdun se le fingió
celoso, pues no dudó
nunca de su fiel esposa :
cuando Azucena preciosa
seguia cada vez mas ;
y ningun hombre jamás
al respeto le faltó ;
hasta que á eso se atrevió
un mocito muy audaz.

Pues si mentao fué Genaro
por guapazo y generoso,
de *Cupido* [1] y de tramposo

[1] Cupido : de enamorado.

mas fama tuvo un Alfaro,
el mozo de mas descaro
que en ese tiempo privaba ;
porque ese no respetaba
ni casada ni soltera,
á quien no se le atreviera
sin tener ningun reparo.

De la Vitel donde estaba
el ranchito de Berdun,
la villa de Chascomun
tan cerquita se encontraba,
que con frecuencia bajaba
Genaro con su mujer,
á ese pueblito, por ver
y visitar á una tia,
que nunca le permitia
salir de allí sin comer.

Allí tambien visitaba
ese trapalon Alfaro,
y allí tambien con Genaro
cuasi siempre se encontraba
de intento, pues lo esperaba ;
y en cuanto Berdun venia,
allí Alfaro se metia ;
y de Azucena al costao
se estaba como pegao
sin moverse todo el dia.

Genaro disimuló
esa pesadez cargosa,
y hasta un dia que á su esposa
Alfaro un ramo le dió :
que Azucena lo tomó

sin ver que allí acomodao
venia en papel picao,
con muchísimo primor,
una décima de amor
en tono desvergonzao.

En la décima decia
Alfaro, muy claramente:
« que á Azucena ciegamente
apasionao la queria,
y que ya le parecia
el que la moza pudiera,
ó mas claro, el que quisiera,
por cariño ó compasion
buscar alguna ocasion
en que lo correspondiera. »

Azucena ni miró
la bestial décima aquella;
pero, luego dió con ella
su marido y la leyó.
En seguida resolvió
sin agraviarse el guardarla,
solo pensando *jaliarla* [1],
sin tener otra intencion
que en chanza y por diversion
á su mujer embromarla.

La tarde esa que salió
Berdun de lo de su tia,
se vino á una pulpería
con Azucena, y compró

[1] **Jalearla : darle broma, finjirle celos.**

yerba [1], que se la envolvió
el pulpero en un retazo
de Gaceta... Y es del caso
que pronto les cuente yo,
en cuánto contribuyó
á una desgracia ese acaso.

La ante-víspera del dia
último en que á Chascomun
con su mujer fué Berdun
á visitar á su tia,
la viejita los habia
en la Vitel visitao:
y sufrió un trance *pesao*,
pues ahi se le defondó
la silla en que se sentó,
sin haberla calentao.

Ahi no mas la veterana,
por desdicha y suerte, á gatas
boca abajo, en cuatro patas
cayó en figura de rana:
ansí la alzaron sin gana
de sentarse en la otra silla;
porque viendo la polilla
que la primera soltó,
diria: « No quiero yo
romperme aquí una costilla... »

De allí, quien la levantó
fué Azucena, que al momento
como no habia otro asiento

[1] Yerba: el té que produce el pais, con el cual se toma el mate.

en su cama la sentó,
pero la anciana sintió
tal dureza en el colchon,
que en confianza, y con razon,
díjole á su sobrinita :
— ¡ Qué colchon tan flaco, hijita !
mas lana tiene un *pellon* [1].

Esto me da mucha pena ;
ansí, al fin de esta semana,
yo voy á mandarte lana
y lienzo, cosa muy buena,
para que hagás, Azucena,
un colchon ; no te aflijás,
pues tambien recebirás
entonces otra cosita :
y, Dios sabe, sobrinita,
que no puedo darte mas.

...Ahora, dijo el payador,
no piensen que he *paroliao*
al ñudo, y descaminao
del asunto : no, señor ;
no he dicho aquí la menor
palabrita y circunstancia,
que no tenga concordancia
con esta parte del cuento ;
y ahora, dentro de un momento,
verán la concomitancia.

[1] Pellon : cuero seco de carnero sin haberle cortado la lana.

XLVIII

LOS CELOS. — LA GACETA ATRASADA. — DON PEDRO CORBATA. — DON DOMINGO PANIQUESO. — EL AHOGADO. — LOS RECUERDOS. — LA ENTRISTECIDA.

A la media hora despues
que Vega se levantó,
vino á proseguir su cuento ;
pero al istante que entró,
antes que tomara asiento,
Juana Petrona *codio* [1]
al Santiagueño, y le dijo
que venia el payador
desalentao y que traiba
el semblante muy triston.

Tolosa, viendo lo mesmo
que Juana, le preguntó
al viejito si sentia
alguna indisposicion.

Santos Vega, sin rodeos,
su congoja confesó,
diciéndoles al sentarse :

— Siempre que relato yo
lo que ahora voy á contarles

[1] Codió : le tocó con el codo.

con amargo sinsabor;
desde que recapacito
sobre aquello que pasó
de afligente en aquel tiempo,
reciamente al corazon
me estrujan esos recuerdos;
y de allí creo que son
las lágrimas con que mezclo
esta triste narracion,
que, á pesar de ser memorias
de un siglo que ya pasó,
no hay dia en que no me sean
una mortificacion
de pesadumbre, y por eso
ahora estoy medio triston.

Ansí mesmo, á continuar
voy, para hacer relacion
de aquello que en la Vitel
infaustamente ocurrió,
esa noche en que Azucena
del todo se enloqueció.

Pues, como dije endenantes,
cuando la moza volvió
con Genaro aquella tarde,
la última en que visitó
á su tia en Chascomun,
antes de ponerse el sol
vino á su rancho, y entonces
en un jarro colocó
con agua fresca las flores
que Alfaro le regaló.

Despues que ansí puso el ramo,

sin tomarle ni el olor,
al poco rato Berdun
entre las flores miró
el papelito *picao*,
y al istante presumió
fuese algun atrevimiento
del Cupido trapalon.

Por ese pensar, Genaro
el papelito sacó
de entre el ramo; y ya sabemos
la décima que leyó,
como ya saben que luego
al bolsico se la echó,
para finjirse celoso,
y despues por diversion
embromar á su mujer
sin ninguna otra intencion.

Como á su casa llegaron
temprano, alli se trató
de tomar mate, y al punto
que la agua se calentó,
Genaro trajo el cartucho
de yerba, y se lo pasó
á su mujer, que en un tarro
de hojalata lo vació;
y el pedazo de Gaceta,
en que esa yerba envolvió
el pulpero en Chascomun,
Azucena lo guardó.

Al concluir de tomar mate
era mas de la oracion,
y como estaba escurito

luego la moza encendió
una vela, que en la mesa
la puso, y ahi se sentó
enfrente de su marido,
que al sentarse le soltó
desdeñoso una mirada
y ni palabra le habló :
desden en el que Azucena
poco ó nada se fijó,
porque Genaro tenia
sus ratos de mal humor,
como debia tenerlos
un hombre en su situacion.

Fué pues, en ese momento,
que Azucena se acordó
del pedazo de Gaceta,
que allí lo desarrugó
para lerlo, no teniendo
mas medio de distracion.

La Gaceta era viejaza,
y el pedazo, que leyó
la moza, era de la cola,
en donde solo encontró
unos cuatro ó cinco avisos,
siendo los primeros dos
graciosamente *imprentaos*
por el siguiente tenor :

Año de mil ochocien...
Buenos Aires... Marzo dos...

Aviso risible.

...Ayer
diez y nueve, se escapó
del hospital de Belermos,
aonde estaba en curacion,
don Pedro Corbata, el loco,
quien saltando el paredon
del fondo del campo-santo,
desde el bajo disparó
hasta el güeco de la Yegua,
adonde lo desnudó,
como á las diez de la noche,
un pillo que le dejó
solamente la corbata;
y ansí en pelota lo halló,
á las once, una patrulla
que al hospital lo volvió
tapado con una estera,
pero con su *corbaton.*

Y va de locos.

... El jueves
diez y siete, se salió
don Domingo Paniqueso,
poco antes de la oracion,
de la Cuna [1] en donde estaba,
y desde allí enderezó
apurao por el Retiro;

[1] La Cuna: nombre de la casa de detenidos por deudas ó pequeños delitos.

mas, luego se le ocurrió
irse al Treato, adonde fué
á sentarse en el porton,
poco antes que comenzara
la comedia que se dió
del *Licenciado Vidriera :*
y como no consiguió
don Domingo entrar de balde,
allí afuera se quedó
mirando entrar á la gente
por la cochera ó porton,
que es la entrada principal
del Treato, donde miró
que, abajo de la escalera
de las mujeres, metió
toda su fruta el *puestero*
que vende allí en el porton
sandías, duraznos, naranjas :
todo lo que arrinconó
al empezar la comedia.

Entonces se *solivió*
muy fresco, el tal Paniqueso,
el mas morrudo melon,
que lo menos tres cuartillos
era su justo valor.

« Pero, dijo don Domingo,
me lo voy á chupar yo
á la salú del puestero. »

Ansí se lo manotió,
y á la *Zanja de Matorras*
fué á dar á comerseló ;
pero, de la mesma zanja

el puestero lo sacó
á tirones de la *leva* [1],
y despues que le atracó
una rigular paliza,
don Domingo se escapó
por la calle del Correo [2]
que toda se alborotó :
pues hasta la Ranchería [3]
todo el mundo disparó
y las puertas se cerraron,
porque un muchacho gritó :
¡ Ahi viene un perro rabioso,
disparen, que es mordedor!

« ¡Pobre don Domingo! » dijo
Azucena; y prosiguió
dando güelta la Gaceta
al otro lado, aonde vió
con letra gorda imprentao:

Aviso oficial.

...Llegó
de San Pedro, ayer temprano,
un oficio que mandó
el alcalde de aquel punto,
diciendo, que allí salió
en una isla frente al pueblo
un ahugao, que se encontró,
despues de reconocerlo,

[1] Leva : la levita ó leviton.
[2] Calle del Correo se llamaba la actual calle del Perú.
[3] La Ranchería : el mercado actual.

no ser como se pensó
que fuese el jóven Alfaro,
pues luego se averiguó
que Alfaro está en Chascomun
con salú y de emprendedor.

El muerto es un presidario
llamado Luis Salvador,
por otro nombre el Mellizo
de la Estancia de la Flor;
el que, al juirse del presidio
la otra semana, mató
á un soldado y á un chanchero
ese dia, y se escapó
á la siesta, en un caballo
famoso que lo robó
en el Güeco de los Hornos.

Ese Luis fué el saltiador
mas terrible de estos tiempos,
y era jóven, porque no
tenia veinte y cuatro años
cumplidos, cuando se *ahugó*
á los cuatro ó cinco dias
que del presidio juyó,
y fué á dar junto al Rosario;
aonde el alcalde Beron
en la vuelta de Montiel [1]
con siete hombres le salió
á prenderlo, y el Mellizo
en su desesperacion
por no poder escaparse,

[1] Montiel: gran monte, ó bosque de la provincia de Entre-rios.

herido, determinó
antes de rendirse allí
perecer, y se lanzó
á caballo al Paraná,
siendo allí donde se ahugó
y á las islas de San Pedro
la corriente lo arrastró.

Habiendo leido este aviso,
Azucena se quedó
sumamente enternecida;
y despues que *redamó*
algunas làgrimas dijo:

— ¡ Alabado sea Dios!
¡ cómo se nos pasa el tiempo!
pues, solo pensaba yo
que hiciera, á lo mas un año
á que el pobre Luis murió;
y sigun esta Gaceta,
veo que hacen mas de dos,
y que fué en los mesmos dias
en que Manuel nos dejó.

Entonces Berdun le dijo
de un modo medio burlon:
— No te aflijas, Azucena,
mientras no te deje yo,
ó que me dejes á mí;
porque, ya creo que vos
estás algo fastidiada
de tu rubio, y con razon;
pues que los hombres sin plata
tienen siempre mal olor.

— ¿Te has vuelto loco, Genaro?
Azucena replicó.
¿ Qué quieres darme á entender
con ese modo gauchon
de explicarte? ¿Estás borracho?

— No, ingrata, lo que estoy yo
es viendo que en mi pobreza
ha venido á verte Dios,
trayéndote en mi lugar
un auxilio superior
en Alfaro, que ya tiene
cabida en tu corazon...

— ¡ Jesús ! ¡ Qué barbaridá,
ó qué maldita ilusion!
dijo la moza agraviada...

Y de allí se levantó
para acostarse á dormir,
como luego se acostó
callada hasta el otro dia.
Ansí esa noche no habló
con Berdun ni una palabra ;
ni Genaro le volvió
á decir cosa ninguna,
pero continuar pensó
su broma al dia siguiente...
y bien caro le costó.

XLIX

EL HURACAN. — EL RANCHO SIN PUERTA. — LA OLLA PATA QUEBRADA. — LA MAZAMORRA. — LA SEPARACION.

Era de otoño á la entrada,
esa noche que Azucena
se acostó con mucha pena
por los celos disgustada;
ansí, triste y desvelada
algunas horas pasó,
pero por fin se durmió;
y, no siendo rencorosa,
al otro dia la moza
tranquila se levantó.

Entre su rancho hizo fuego,
pues ni cocina tenian
ni levantarla querian
pensando en mudarse luego,
y por no tenerle apego
á ese lugar donde estaban,
como que allí lo pasaban
con mucha incomodidá:
pero por necesidá
las molestias soportaban.

Luego, entonces ya no habia
de Chascomun al redor

donde anidarse mejor,
pues la gente que acudia
á ese punto, no cabia;
y hubo familia completa,
que con solo una maleta
y algunas gergas[1] pasó,
el tiempo que allí vivió,
adentro de una carreta.

Despues de esa disgustada
noche, que pasó Azucena,
muy fresquita y muy serena
fué la nueva madrugada :
no habiendo en el cielo nada
que una tempestá anunciase,
ni temor de que se alzase
redepente una tormenta,
tan furiosa y tan violenta
que los ranchos arrancase.

Pero, á las nueve del dia
poco mas, ó poco menos,
fué cuando se oyeron truenos;
y que al poniente se via
un nubarron que subia
el horizonte cubriendo
de oscuridá, pareciendo
lo mesmo que resultó,
pues luego eso reventó
en un huracan tremendo.

Media hora no mas duró

[1] **Gergas : mantas de lana que dobladas se ponen sobre el lomo del caballo abajo de la silla ó montura.**

la furia del ventarron,
que árboles y una porcion
de ranchos arrebató ;
pero Berdun consiguió
de que al suyo bamboleando
le dejase el viento, aun cuando
al principio le arrancó
la puerta, y se la llevó
muy lejos revoletiando.

Cuando sin puerta se vió
Genaro, con un hijar
esa noche el remediar
aquella falta logró;
ansí en el marco amarró
el cuero con unos tientos,
lo que hizo pocos momentos
antes de echarse causao:
porque habia trajinao
á quedarse sin alientos.

Entre tanto, su mujer,
pasao el primer conflito,
á las tres un asadito
solo hizo para comer:
y gracias que pudo hacer
eso la pobre Azucena,
despues que tuvo la pena
en su triste situacion
de mirar que el ventarron
le maltrató su alacena.

Cuando el huracan pasó,
esa tarde hasta las tres
lloviznó, pero despues

muy lindo el tiempo siguió:
porque de nuevo salió
el sol, y esa tardecita
ni una sola nubecita
en todo el cielo quedó;
de suerte que continuó
la tarde muy serenita.

Estando pronto el asao,
junto al fogon se pusieron
á comerlo, y lo comieron
en el asador clavao;
luego el asador pelao
ahi quedó junto al fogon,
que hacian por precision
en el rancho aonde dormian,
desde que allí no tenian
mas cocina ni galpon.

Ya estaban por levantarse
al acabar de comer,
porque debian hacer
algo para resguardarse
del frio, cuando allegarse
miraron á un carreton,
que le traiba una porcion
de cosas para Azucena,
con la prometida y buena
lana para otro colchon.

Entró pues á descargar
el pion las cosas aquellas;
siendo la primera de ellas
un buen sobrecostillar
con cuero: además, un par

de gallinas, y un *atao,*
aonde habia maiz pisao,
yerba, azucar, y á mas de eso
un hermosísimo queso
perfeutamente amasao.

Su tia, en fin, se portó
muy lindo en esa ocasion;
pues para el nuevo colchon
ni del lienzo se olvidó;
y para el fuego mandó
unos postes recortaos
en tres trozos bien rajaos:
cosa que necesitaban,
ques ya de leña se hallaban
en la Vitel apuraos.

Al ver Azucena al pion
que entró al rancho con su lana,
le dijo: « Aqui, hasta mañana
déjela en este rincon;
retirada del fogon
pongâmela desatada;
pero bien arrinconada,
que luego yo la ataré;
y al volverse llevelé
á mi tia su frezada. »

Despues que allí concluyó
el pion su descarga aquella,
se fué por la mesma güella,
que hasta la Vitel surquió:
adonde algo churrasquió,
porque estaba sin comer;
y como él tuvo que hacer

su churrasco, retardó
la vuelta, y cuando salió
las nueve debian ser.

Antes de la retirada
del pion para Chascomun,
ya la mujer de Berdun
andaba algo acoquinada
por el frio de una helada
que se habia descolgao
estando el tiempo templao,
cuando naides la esperó,
y esa noche los pilló
con el rancho algo estropiao.

Ansí apurada Azucena
por el frio, se acordó
del maiz pisao que guardó
poco antes en la alacena,
y dijo : « con leña buena
como tengo en la ocasion,
puedo dejar el fogon
ardiendo, y de mañanita
de mazamorra [1] tiernita
tener una provision. »

Para eso determinada,
entró la moza á pensar,
cómo podria parar
á su olla pata-quebrada,
no teniendo allí mas nada
por lo pronto en qué poner

[1] Mazamorra : maiz pisado que se pone á hervir hasta que se hace jaletina.

su mazamorra á cocer;
pero luego se amañó
y el pié á la olla le suplió
como lo van á saber.

Las ollas que los Ingleses
nos train, para en los fogones
meterles fuego en tizones
abajo, tienen tres *pieses*
que hacen de *trebes* [1] las veces;
pero, en llegando á faltarle
una pata, para hallarle
acomodo en el fogon,
debajo, por precision,
una piedra hay que atracarle.

Pero Azucena no usó
de piedra ni de ladrillo,
encontrando mas sencillo
el modo con que pensó
parar la olla, cuando vió
su marca que estaba allí,
cuya marca era una Y,
con la cual la olla calzó
por el fondo, y la dejó
firme, y bien parada ansí.

Entre tanto, su marido
trajinando continuó,
hasta que medio tapó
ciertas rendijas que vido
entre el rancho, sacudido
ese dia como fué,

[1] **Trebes : trébedes, utensilio de cocina**

con tanta violencia, que
cuando paró el ventarron
les hizo allí una porcion
de aujeros en la paré.

Cuando Genaro acabó
su tarea, muy cansao
vino al fogon y sentao
callado un rato pasó,
hasta que se le ocurrió
por broma, viendo el monton
de lana allí en el rincon,
el decir: — ¿ Quién será el mozo
bien querido y muy dichoso
que estrenará ese colchon...?

— Debe ser el aturdido,
dijo Azucena impaciente,
el grosero, el imprudente,
ó el loco de mi marido,
el que, cuando esté concluido
mi colchon, lo estrenará;
pero, desde ahora hasta allá,
¡ le juro, que no ha de ver
á su lao á su mujer,
y que solo dormirá!...

Luego, dejando el fogon,
un poncho blanco agarró
Azucena, y se envolvió
marchando para el rincon:
donde encima del monton
de lana, toda encogida,
se acostó tan resentida,
que, aunque Genaro trató

de acariciarla, lo echó,
y al fin quedóse dormida.

Genaro desengañao
de lo inútil que seria
rogarle á quién no queria
pasar la noche á su lao,
como estaba tan cansao
y era tarde se acostó;
pero en el fuego dejó
á la mazamorra hervir,
y en cuanto se echó á dormir
como un tronco se quedó.

. . . .

Ya no puedo proseguir
por ahora, dijo el cantor;
y les pido por favor
que me permitan dormir;
porque principio á sentir
una triste desazon,
que, siempre en toda ocasion,
en esta parte del cuento,
me causa tal sentimiento
que me duele el corazon.

L

EL ASESINO. — LA FANTASMA. — EL HOMBRE MARCADO.
— LA FUGA.

En esa separacion
como tres horas pasaron;
de ahi dormidos se quedaron
cada cual en su rincon,
y de todo se olvidaron.

Por supuesto, allí dejó
Azucena, abandonada
su mazamorra desiada,
que al fin se le *redamó*
allá al ser de madrugada :

Cuando ya estaba en sazon,
riquísima, porque hirvió
hasta el alba que duró
sin apagarse el fogon,
y hecho ascuas amaneció.

Pero á el alba ya era escasa
la llama que el fuego hacia,
pues la ceniza cubria
de cada tizon la brasa,
que ardiendo siempre seguia.

De manera, que el fogon
á esa hora solo soltaba

la llama que se escapaba
de alguno que otro tizon,
que el fuego reconcentraba.

Mucho despues de la una
de la noche, apareció
resplandeciente y subió
á medio cielo la luna,
y la pampa iluminó.

El campo en tranquilidá
por la Vitel todo estaba;
pero, á el alba se escuchaba
de cuando en cuando á un chajá,
que lejos al sur grazniaba.

Lo mesmo á los *teruteros*
apenas se les oia
de lejos la gritería;
pero son tan noveleros,
que eso poco suponia.

Las tres Marias á esa hora,
algo separadamente
una de la otra, al poniente
antes de nacer la aurora
bajaban lucidamente.

Mientras que con desconsuelo,
entonces, todas aquellas
tan luminosas estrellas
del Naciente, ya en el cielo
no brilla ninguna de ellas :

Cuando la luz refuljente
del sol antes de nacer

las viene á empalidecer,
y luego completamente
las hace desparecer :

A esa hora pues, sin ningun
ruido, un gaucho se bajó
del caballo, y se arrimó
al ranchito de Berdun,
y sin puerta lo encontró.

Con curiosidá prolija
luego el gaucho procuró
por donde *vichar,* y halló
en la puerta una rendija
que el *cuero* abierta dejó.

Y aunque adentro de la casa
no habia candil prendido,
seguia el fuego encendido;
y por esa luz escasa
el gaucho en un catre vido :

Durmiendo profundamente
al hombre que iba á buscar;
y en el momento al hijar
le cortó muy suavemente
los tientos para dentrar ;

Pero antes de eso metió
la cabeza solamente,
á ver si habia mas gente,
y como á naides mas vió,
entróse resueltamente.

Y al catre se dirijió
lo mas pausado que pudo;

pero, iracundo y ceñudo,
cuando á la cama llegó
llevaba un puñal desnudo.

Esa tarde por casual,
Genaro para abrigarse
del frio, y por no resfriarse,
su chaqueta de oficial
tenia hasta al acostarse.

Ansí, el infeliz, cansao,
se habia acostao vestido,
y boca arriba dormido
estaba despechugao,
cuando el gaucho forajido...

Con una furia infernal
en cuanto se le arrimó,
en el pecho le enterró
cuasi entero su puñal,
y allí al juir se lo dejó :

Pues cuando quiso el bandido
sacarle el puñal, sintió
que del brazo lo agarró
como tenaza el herido,
y un rato lo sujetó.

Antes, una exclamacion
tan fuerte Berdun soltó
cuando la herida sintió,
que Azucena en su rincon
confusa se despertó :

Y el poncho en esa sentada
se lo metió por el cuello,

cuando del fuego á un destello
fugaz, en una mirada
vió la infeliz todo aquello.

Y le fué tan comprensible
todo lo que entonces vió,
que al istante resolvió
una venganza terrible;
pero el furor la cegó :

Pues, cuando gatiando vino
al fogon para agarrar
el asador y ensartar
por la espalda al asesino,
solo atinó á levantar...

La marca que habia puesto
al dejar apuntalada
á su olla pata-quebrada;
y la marca, por supuesto,
se mantenia caldiada.

Ansí, al sacarla volcó
la olla encima del fogon;
y, entre el vapor y el monton
de ceniza que se alzó,
una fantasma ó vision

Vió el gaucho tan sorprendido,
cuando Berdun lo soltó,
que para juir procuró
la puerta despavorido...
por la fantasma que vió :

Y, en ese oscuro camino,
en la espalda al ir saliendo
del rancho, de un modo horrendo,

Azucena al asesino
le plantó la marca ardiendo.

Cuando el fierro lo quemó
al gaucho, dió un alarido
y disparó persuadido
que la fantasma que vió
¡el demonio habria sido!

Ansí, espantado juyó;
y al fin, la espalda completa
del justillo y la chaqueta
la marca allí le arrancó,
al quemarlo en la paleta.

LI

LA LOCA ENSANGRENTADA. — EL PUÑAL. — EL SARGENTO ASUSTADO. — EL MALON. — EL INCENDIO.

Al disparar el bandido,
recien Azucena vió
que habia agarrao su marca
por coger el asador;
y despues de maldecir
esa su equivocacion,
una vaga y triste idea
solamente le quedó
de haber sentido chirriar
la espalda del malhechor.

Como el rancho quedó oscuro,
porque el fuego se apagó
en cuanto la mazamorra
encima se le volcó,
una vela, ansiosamente,
medio temblando encendió,
y á socorrer á su esposo
llorando á gritos corrió.

Genaro estaba dijunto,
asigun le pareció
á la desolada esposa
cuando el puñal le arrancó,
y la sangre á borbollones
por la herida le saltó.

Al ver eso, atribulada
Azucena se sacó
una media, y dobladita
con una faja la ató
sobre la herida, y entonces
la sangre se le estancó;
pero Genaro no hablaba,
ni Azucena consiguió
el hacerle abrir los ojos;
y cuando allí lo besó
en la cara, el frio helao
de la muerte le sintió.

Entonces desesperada
y fuera de su razon,
con el puñal en la mano
ensangrentada salió
al campo á pedir socorro:
cuando errante se encontró

casualmente á una patrulla
que pasaba á la sazon
por allí cerca del rancho,
y andaba en persecucion
de unos soldaos *resertores*
por aquella imediacion.

De esa patrulla, el sargento
al istante se avanzó
á la viuda, cuando daba
fuertes gritos de clamor.
Naturalmente, el sargento
lueguito le preguntó,
lleno de curiosidá,
¿ diadónde y por qué razon,
vestida á la madrugada,
tan llena de confusion
salia con un puñal?

Azucena contestó
fuera de sí : — ¡Porque han muerto
á Berdun !...

— ¡ Cómo ! exclamó
el sargento. ¿ A qué Berdun ?
— A mi esposo, respondió
la viuda, temblando de ira ;
y al sargento se acercó.
— Pero, ¿ dónde está el dijunto?
venga usté á mostrarmeló.
— Ahí está ; en ese ranchito,
bien cerquita ; vealó.
— Y ¿ quién ha muerto á su esposo?
— ¡ El demonio ! ó qué sé yo
si no habrá sido usté mesmo

el maldito matador...
Sí, sí; ya no tengo duda,
usté ha sido el malhechor.
— ¡ Cómo dice!... ¿ Está borracha?
— Es usté el muy borrachon,
y asesino...

— ¡ Voto al diablo!
dijo el sargento... Y mandó
amarrarla en el momento :
lo que apenas se logró;
porque, furiosa Azucena,
á un soldao que se arrimó
para agarrarla del brazo,
con el puñal lo embistió
al tiempo que otro soldao
de atrás vino y la abrazó,
y entonces con mucho riesgo
el puñal se le quitó.

El dia estaba naciendo
al tiempo que esto ocurrió,
y cuando al rancho el sargento
con dos soldaos se metió,
lo vido muerto á Berdun;
pero naides lo tocó,
porque en ese mesmo istante
otra patrulla pasó,
disparando á media rienda
y gritando : « ¡Vamonós
á reunir, que ya viene
la Indiada *cercandonós!* »

Ansí, al alba los *chajases*
anunciaban el *malon;*

y tambien los teruteros
gritaban en confusion,
pues de lejos les tomaron
á los Indios el olor :
y eso fué precisamente
cuando la aurora apuntó.

Mesmamente; á poco rato
ya la algazara se oyó
tan cerca de la Vitel,
que la patrulla juyó
con Azucena en las *ancas*
de un soldao que la cargó,
y de allí hasta San Vicente [1]
el sarjento la llevó,
adonde al juez del partido
al istante la entregó
atada, y con el puñal
que al prenderla le quitó.

A las cuatro, esa mañana,
en la Vitel no quedó
del ranchito de Berdun,
mas que un escaso monton
de ceniza, y nada mas :
ni siquiera un chicharron
de Genaro pudo hallarse,
por mas que se registró.

Ansí, al dijunto, deciau
que el fuego lo consumió;
y su muerte todo el sur
mucho tiempo lamentó,

[1] San Vicente : pueblito de campaña.

sin poderse averiguar
nunca quién lo asesinó :
pues, no se pudo *rastriar*
á naides, porque dejó
una infinidá de rastros
la Indiada, cuando quemó
los ranchos en la Vitel,
y de allí se retiró
arriándose como siempre
todo el ganao que pilló.

Por fin, como iba diciendo,
la partida disparó,
y esa tarde á San Vicente,
poco despues de las dos,
vino á entregar á Azucena;
y, al punto que la entregó
al alcalde y que le vido
el ceño amenazador
á la moza, y como estaba
de ensangrentada, mandó
ponerla en el calabozo,
en incomunicacion,
pero que la desataran
al mesmo tiempo ordenó.

Luego, el alcalde al sargento
á declarar le obligó,
el cómo, el cuándo y adónde
á la mujer agarró.

El sarjento, como es ley,
antes de todo juró
que diria la verdá,
y á declarar principió

diciendo : Que, muy al alba,
esa mañana topó
con Azucena en el campo,
juyendo; y que la encontró
vestida, y con el puñal
con que á la cuenta mató
ella mesma á su marido;
pues que el sargento lo vió
recien muerto en *su ranchito;*
y que su gente rondió
por allí toda esa noche,
y que á naides se miró
junto al rancho del finao,
hasta la hora en que salió
como á escaparse Azucena :
cosa que no consiguió,
porque parecia estar
borracha cuando cayó
en medio de la patrulla,
y al sargento le achacó
la muerte de su marido;
y que, cuando se trató
de asigurarla, á un soldao
con el puñal lo embistió,
felizmente al mismo tiempo
que otro soldao la abrazó
por detrás, hasta quitarle
el puñal, que lo soltó
á fuerza de *tironiarla*;
y que entonces se finjió
la loca para entregarse.

Por último declaró
el sarjento, que la Indiada

allí cuasi lo agarró,
y que á Chascomun no pudo
meterse, por la razon
que los Indios lo cortaron
cuando á ese lao disparó.

Y despues de ese chorizo
de mentiras que ensartó
con verdades y aparencias,
su declaracion firmó.

Dos soldaos de la partida
tambien su declaracion
hicieron ante el alcalde,
mas ó menos al tenor
de aquella que dió el sargento:
que esa tarde se *largó*
á Cañuelas [1] con su gente;
y Azucena se quedó
tirada en el calabozo,
diaonde luego la llamó
el alcalde á que le diese
tambien su declaracion.
Para eso, descoyuntada
la infeliz se presentó,
loca rematadamente,
cosa que el juez no creyó.

. . . .

Santos Vega iba á seguir
hablando, pero alvirtió
que estaban Juana Petrona

[1] Cañuelas: pueblito mas inmediato á Buenos Aires.

y su marido, los dos,
lagrimiando tristemente;
y temiendo el payador
que á la moza allí le diera
otro mal de corazon
y empezara á *pataliar*,
á Vega le pareció
prudente el no proseguir
el cuento; y lo suspendió
al istante en que por suerte
ó casualidá cuadró
que el gallo *medio-nochero*
las doce en punto cantó.

LII

LA VILLA DE SAN VICENTE. — LA PRISIONERA. — EL CALABOZO. — EL JUZGADO DE CAMPAÑA. — EL ALCALDE TILINGO. — EL INTERROGATORIO. — LA REYERTA.

Ahora verán la reyerta
que en esa triste ocasion
entre el alcalde *tilingo* [1]
y Azucena se *trenzó*,
la tarde que en San Vicente
el sargento la entregó.

[1] Tilingo : tonto, torpe.

Era alcalde en esa villa
un Montañés fanfarron
muy porro, y cuasi redondo
como bala de cañon,
desasiao en su persona,
pero medio bonanchon.

Yo lo conocí, y me acuerdo
que, cuando se festejó
la jura de Carlos cuarto
en Buenos Aires, se armó
una comedia, de puros
comediantes de aficion;
en la cual á dicho alcalde
hacer de Rey le tocó,
mostrándose enamorao
de una *Turca*, ó qué sé yo.

El mestro [1] de la comedia
tres semanas trabajó,
lidiando con el alcalde
dia á dia con teson,
para enseñarle á poner
la mano en el corazon,
y ansí decirle á la Turca
al mostrarle una pasion:
¡ Tengo en el pecho un volcan !

Mas, cuando el caso llegó
de que saliese al tablao,
las liciones olvidó,
ó no sabiendo el Monarca
lo que era un volcan, salió

[1] El mestro : el maestro director.

su *saca-rial-majestá*
medio azorao, y gritó
con la mano en el *gañote* :
¡Tengo en el pecho un *balcon*!...

La Turca soltó la risa
y de babas le llenó
la cara al Rey *pescuecero* [1],
y el auditorio salió
á la calle á carcajadas,
y el primero que puntió [2]
entonces fué don Faustino,
que de reirse se enfermó
lo mesmo que otros puebleros ;
de suerte que se acabó
la comedia el empezarse,
y solito se quedó
su majestá en el tablao
como piedra de mojon.

Pues bien, ese fue el alcalde
mulita [3] que le tomó
á la infeliz Azucena
su primer declaracion.

Para eso, del calabozo
un soldao se la llevó
en ayunas, como estaba,
porque allí no se le dió
ni agua á beber ese dia
que hizo un terrible calor.

[1] Pescuecero : caballo que tirando mucho del pescuezo arrastra otro con la collera.
[2] Puntió : salió adelante, en la punta.
[3] Mulita : torpe, ignorante.

Ansí, sumamente débil,
el tal soldao la obligó
á ir al cuarto del alcalde,
adonde Azucena entró
sollozando, y desconfiada
con la vista registró
del lugar en que se hallaba
hasta el último rincon.

Luego, con gestos y muecas
de extrañeza, reparó
que atrás de una mesa grande
parecida á mostrador
estaba sentao el juez,
muy tieso, y con su baston,
en una silla de suela
adonde cabrian dos.

Al mirar eso, Azucena
en su delirio creyó
que aquel hombre era barbero,
ó á lo menos pescador,
porque tenia una caña
de tres varas por baston.

Una triste risotada
con esa crencia soltó;
pero, otra vez lagrimiando
Azucena se agachó
para ver bajo la mesa,
donde con asco miró
que el juez estaba en c ancletas
y con medias de *pison* .

[1] Medias de pison : calcetas de lana ordinarias.

De ahi, frunciendo las narices,
dijustada se sentó.

El alcalde, que en silencio
estuvo desde que entró
la loca, á quien él miraba
con muy prolija atencion,
esperando verle ansí
el fondo del corazon,
cuando la vido sentarse
tan confiada, le gritó:
— ¡Cómo es eso! paresé
ligero, porque aquí no
se sienta preso ninguno...

Azucena se riyó,
y altiva díjole al juez:
— Pues, aquí me siento yo,
y no quiero levantarme
ni entrar en conversacion
con usté, señó barbero
chancletudo, sepaló;
pues no me gusta su traza,
y le tomo fiero olor,
porque usté nunca se lava
los pieses. Laveselós,
y hágase cortar los vasos [1]:
eso le será mejor
que encerrar á una mujer
desdichada como yo,
despues de ser usté el mesmo
que á mi esposo asesinó.

[1] Los vasos: las uñas, á las cuales por ironía los gauchos llaman vasos.

— ¡ Esta, sí, que es taculona [1]!
¿ si estará loca ?... Aunque, no :
dijo el alcalde entre sí.
Esta gaucha veo yo
que es una desorejada [2],
astuta de profesion,
que pretende hacerme *crer*
que ha perdido la razon,
haciéndome comulgar
con ruedas de carreton.

No me equivoco, y consiento
en mostrarme bonanchon,
hasta ver adónde van
sus maquines : veamosló...

Bueno, pues : déjese estar
sentada, el juez replicó ;
pero, á decir la verdá
prepárese, porque no
le han de valer fingimientos,
ni muecas, ni esa porcion
de suspiros, lagrimeos
y gestos, que todos son
maquines ; y nada mas.
Aquí lo que quiero yo
es que hable usté la verdá
como delante de Dios,
¡ porque yo soy la justicia !

— Pues, oiga, le contestó

[1] Es taculona : esta sí quees gran osadia, ó atrevimiento inesperado.
[2] Desorejada : prostituta.

Azucena; yo lo creiba
un barbero, ó pescador;
pero ahora veo que tiene
facha de ajusticiador,
ó verdugo, que es lo mesmo;
por eso usté me amarró
hoy, cuasi á descoyuntarme,
y hasta que me desató
al meterme en ese cuarto
jediondo [1], aonde me encerró...
Pero... deje estar no mas:
todo se lo diré yo
á Gena... Y en ese istante
la lengua se le anudó.

— Esta es cómica..., entre si
dijo el juez, y la dejó
proseguir la pantomina,
que el Montañés presumió
que estaba haciendo Azucena;
pero cuando se paró
pálida, desmelenada
y convulsiva, temió
el juez no hallarse siguro:
y de miedo, á precaucion,
el puñal que estaba encima
de la mesa, lo agarró
á un descuido de Azucena
y con llave lo guardó.

Luego, en seguida el alcalde
suavemente le mandó

[1] Jediondo: hediondo, pestilente.

que tranquila y sin recelo
diera su declaracion,
para mandarla á su casa
esa tarde á la oracion.

Azucena, á tal oferta
algo se tranquilizó;
pero, siempre sollozando,
nuevamente se sentó.

En ese momento el juez,
lo primero que le habló
fué preguntarle su nombre.
— Isabel, le contestó.
— Vamos, vamos, dijo el juez;
no es ese su nombre, no,
mire que aquí la conocen.
Hable la verdá : si no,
tendrá usté que padecer;
y eso no deseo yo.
Usté se llama Azucena.
¿ No es verdá esto ?

— No, señor:
eso no es cierto, *velahi;*
á mí se me bautizó
con el nombre de Isabel
en Chascomun : crealó.
— Bueno: y ¿ diaónde viene usté?
— Del cuarto aonde me encerró
usté mesmo, ¿no se acuerda?
Y, ¿ por qué ansí me trató,
supuesto que me conoce ?
— Vamos, eso ya pasó.
Ahora la voy á tratar,

creo que mucho mejor,
si usté me contesta bien.

Azucena se cubrió
la cara para llorar,
y sus lágrimas secó
sirviéndole de pañuelo
la manga del camison.

— Dígame, dijo el alcalde :
¿ en qué parte la prendió
hoy al alba la partida ?
— ¡ Qué prender, ni prendedor !
A mí naides me ha prendido ;
fuí, por mi desdicha, yo
que topé á esos malhechores
en mi desesperacion.
— Y ¿diaónde venia usté
cuando á esos hombres topó?
— ¡Diaónde vine! de mi rancho,
donde muerto se quedó
mi desgraciado marido...
— Pero; allí, ¿quién lo mató ?
— Eso ha de saberlo usté
que es tan averiguador.
— Ya lo sabré ; deje estar ,
el alcalde replicó;
pero, siga respondiendo:
¿ á qué horas se recogió
usté anoche ?...

— No me acuerdo.
— ¿Ni de con quién se acostó
no quiere acordarse aquí ?
— Con naides me acosté yo.

— Entonces, ¿durmió solita?
— Dormí sola, sí, señor.
— ¿Y, por qué durmió solita?
— ¡Qué! ¿es usté mi confesor?
No sea tan majadero:
¡vaya un hombre preguntón!
cuando ya siento que aquí
me duele hasta el corazon.
— ¿Por qué, pues, durmió solita?
— Porque la gana me dió;
y no sea fastidioso...
ya basta; porque, si no,
ahi lo dejaré sentao
detrás de su mostrador,
y me mandaré mudar:
de otro modo, á la oracion
no podré estar en mi casa,
pues ya va á ponerse el sol:
y si piensa entretenerme
usté, con mala intencion,
puede dirse á los infiernos,
y al diablo entretengaló.

— ¡No sea desvergonzada!
el alcalde le gritó
con tal furia, que Azucena
del grito se intimidó,
mucho mas cuando el alcalde,
levantando su baston,
le dijo: ¡Respetemé,
como debe! pues, si no,
vuelvo á mandarla encerrar
sin mas consideracion.
Respuenda atenta, si quiere

que la suelte á la oracion;
pero, diga la verdá:
¿á qué hora se levantó,
esta madrugada, usté,
vestida como salió
y armada á pedir socorro?

Azucena recordó
aquel aciago momento,
y llorando contestó:
— ¿Qué quiere que le respuenda?
¡Cómo pude saber yo
á qué hora me levanté,
ó mas bien me dispertó
el doloroso quejido
que mi Genaro lanzó!
¡ay de mí! cuando á la aurora
al lado mio espiró...
— Y, ¿cómo estaba vestida
usté? y ¿por qué madrugó
á oscuras? respuendamé.
— Pero, por amor de Dios:
yo estaba vestida ansí,
como el dia me agarró:
con mis medias, la camisa,
las naguas y el camison.
— Y ¿por qué para acostarse
usté no se desnudó?
y, ¿por qué de su marido
anoche usté se apartó?

— ¿Qué le importa eso por qué...?
No quiero decirseló
á usté ni á naide; y tampoco

quiero mas conversacion :
lo que quiero es irme á casa...

Y á salir se preparó.

— Pues basta, dijo el alcalde,
que de esa separacion,
que hizo usté de su marido
cuando solita durmió,
no declare aquí el porqué:
claro lo comprendo yo,
desde que al amanecer,
cuando su esposo espiró,
usté, queriendo escaparse,
ansí vestida salió
con el puñal en la mano...
¿ no es verdá ? confieseló.
— ¡ Qué puñal ! yo nunca tuve
puñal ninguno, ¡ por Dios !
— ¡ Cómo es eso ! dijo el juez :
¿ niega usté que se le halló
este puñal en la mano ?...
Y el juez se lo presentó
ensangrentao hasta el cabo,
diciéndole : ¡ vealó !
y mírese usté esa sangre
que tiene en el camison :
sangre con la que su esposo
el vestido le manchó,
cuando usté... sin duda alguna,
este puñal le clavó.

— ¡ Ah, pícaro ! dijolé
Azucena... y se lanzó
como tigra sobre el juez;

pero, al vuelo, la agarró
el soldao que estaba atrás,
á quien furiosa mordió
la infeliz: y convulsiva
desmayada se cayó.

Ansí mesmo, desmayada,
el juez de nuevo mandó
meterla en el calabozo.
Luego, el alcalde escribió,
hasta tarde de la noche,
con otro que le ayudó
á cumplir esa tarea,
y despues que reunió
todas las declaraciones,
hizo un lio y lo pegó
con miga de pan *mascao*.

Despues, á un cabo llamó
y le dijo: — Aprontesé
para salir á las dos
de la mañana, sin falta,
con tres soldaos: busquelós
entre los de mas confianza;
porque irá usté en comision
á Buenos Aires derecho,
llevando con precaucion
á una mujer criminal
que esta mañana mató
al marido en la Vitel.

Estos los papeles son
con que usté la entregará;
pero, entonces, hagaló
despues de tomar recibo,

y el recibo traigaló.
¡ Cuidao con estos papeles !
no los pierda : tomelós.
A la presa llevelá
desde acá en el carreton
livianito, que ahí está
debajo de mi galpon ;
pero, mande que le pongan
en el lecho una porcion
de paja, ó de pasto seco.
Ninguna conversacion
le permita en el camino
con naides : entiendaló ;
y con cerrojo y candao
cierre bien el carreton.
Ensillen buenos caballos,
y mañana á la oracion
estará usté en Buenos Aires
sin falta. Vaya con Dios.

Estas órdenes el cabo
puntualmente las cumplió ;
ansí fué, que á la ciudá
al otro dia llegó
á las siete de la noche,
y en la cárcel entregó
á la infeliz Azucena :
tan loca, que, cuando entró,
el alcaide compasivo
al verla se conmovió ;
y al istante, el que le dieran
algo qué comer mandó.

LIII

LA ENCARCELADA. — EL MEDICO GAPARO. — PICA-PIGA — LA RASQUIÑA.

Treinta y un años cumplió
la viuda en el mes aquel,
que Berdun en la Vitel
asesinado murió;
y poco desmereció
Azucena en su hermosura,
hasta que al fin la locura
en algo la quebrantó,
y ansí mesmo conservó
cuasi toda su *lindura*.

En la mesma tarde aquella,
que á Buenos Aires llegó
Azucena, recibió
la noticia doña Estrella;
y don Faustino con ella,
de su casa, sorprendidos,
en el momento aflijidos
á la cárcel se vinieron,
donde en la alcaidía fueron
cortesmente recebidos.

La señora, atribulada,
al alcaide en cuanto entró
temblando le preguntó:

¿ si era su querida ahijada
la presa recien llegada ?
Y el alcaide, por no errar,
se redujo á contestar :
— Señora, yo he recebido
una presa que ha venido
del campo, y loca de atar :

Y, aunque me ha dicho un soldao
que acá el juez la ha remitido
porque mató á su marido ,
tanta lástima me ha dao,
que en un cuarto separao
ya está con toda asistencia ;
pues creo en Dios y en concencia,
que, si llega á recobrar
la razon, ha de probar
su mas completa inocencia.

Mucho trabajo costó
para hacerla entrar aquí ;
pero, delante de mí
la furia se le calmó :
es verdá que entonces yo
tan cariñoso le hablé,
que cuando le pregunté :
¿ cómo se llama, amiguita ?
llorando la pobrecita
dijo : Me llamo Azucé...

Y el alcaide no acabó
el nombre, ó palabra aquella,
cuando, al suelo doña Estrella
acidentada cayó ;
y don Faustino salió

gritándole á su cochero :
« ¡ Andá, Juan, traime ligero
al medico Gafaró ! »
quien tan ligero asistió,
que se vino sin sombrero.

En cuanto vió á la señora,
dijo el médico ; « A sangrarla
voy al istante, y dejarla
que descanse aquí media hora :
pongámosla por ahora
aquí en este canapé :
pues cuasi no dudo que
esto pronto pasará ;
luego, á su casa de acá
yo con ustedes iré »

Ansi lo hizo; la sangró
al istante á la señora,
y esperando su mejora
allí el dotor se quedó;
entre tanto, le rogó
el patron que ¿ si podia,
y el alcaide consentia,
el médico allí *de paso*
darle á Azucena un vistazo,
á ver qué le parecia ?

Como el alcaide *ecedió* [1],
imediatemente fueron
con el médico, y abrieron
una prision, aonde entró
el dotor y se encontró

[1] Ecedió : accedió, consintió

con Azucena en cuclillas,
los codos en las rodillas,
muy arrinconadita,
y con las manos quietita
puestas sobre las mejillas.

— Buenas noches, paisanita,
díjole con voz serena
el dotor; pero Azucena
lo miró muy tristecita.
¿ No me conoce, amiguita ?
le repitió conmovido
el médico. — ¡ Sí ! usté ha sido,
contestó la loca, al que
en la espalda lo marqué,
cuando mató á mi marido...

Y furiosa se paró,
amenazando lanzarse
al dotor, pero al pararse
como muerta se cayó.
Ansí la reconoció
el dotor calmadamente,
y dijo : — Ya es suficiente,
señor alcaide. Estoy cierto
de que esta loca no ha muerto
á naides, y está inocente.

Pongámosla en su camita,
que pronto se dormirá :
y la luz llevemoslá,
porque no la necesita;
y luego, la pobrecita,
si con luz se levantase

disvariando, y se pasiase,
no seria cosa rara,
que á la vela se arrimara
la infeliz, y se quemase.

De allí al istante volvió
el médico á la alcaidía,
y doña Estrella seguia
cuasi como la dejó;
entonces se resolvió
el que seria acertao,
el llevarla con cuidao,
bien abrigada en el coche,
á su casa, aonde esa noche
pasó el dotor á su lao.

De la cárcel, al marchar
en el coche, á don Faustino
el médico le previno,
que un istante iba á bajar:
y ansi fué que, al enfrentar
á una botica, se apió;
pero, como algo extrañó,
allí le dijo al cochero:
— Préstame, Juan, tu sombrero,
y andá no mas, ya voy yo.

El dotor en la botica
apurao compró un frasquillo
de agua de olor á zorrillo [1]
y un papel de *pica-pica* :
polvo que á quien se le aplica,

[1] Zorrillo : cuadrúpedo silvestre del tamaño de un conejo, pero muy pestilente cuando orina.

aunque sea en un talon,
luego le da comezon,
y le causa un rascadero
que se pasa el dia entero
en aquella diversion.

De ahi, el médico corrió
con la medicina aquella,
y sin habla á doña Estrella
estirada la encontró;
pero, en cuanto le arrimó
el frasquito á la nariz,
á manera de lumbriz
la señora se encogió;
y desde ya principió
su mejoría feliz.

Volvió el dotor á arrimarse
y en las sienes la pulsió,
y la señora empezó
las orejas á rascarse...
¡Bueno! ya va á mejorarse,
dijo el dotor muy ufano;
y al agarrar de la mano
al patron para sentarse
á su lao, luego á rascarse
principió don Bejarano.

— ¡Qué diablo de rascadero,
dijo el patron, nos ha entrao!
A la cuenta hemos sacao
de la cárcel un pulguero:
¡sea por la Vírgen! Pero,
¿qué piensa usté de mi ahijada?
— Que está loca rematada,

dijo el dotor tristemente,
y tambien que es inocente
de lo que viene acusada :

Y que es de necesidá
la mas precisa y urgente,
sacarla inmediatamente
del lugar en donde está:
mudanza que ordenará
en justicia el tribunal,
si el médico principal
reconoce la locura,
y pidiere con premura
la manden al hospital.

—No, amigo: eso no se hará,
dijo el patron; si Azucena
fuese al hospital, de pena
mi esposa se morirá.
A nuestra casa vendrá,
y eso lo conseguiremos;
y en casa la cuidaremos
con esmerada asistencia;
pues tambien de su inocencia
ninguna duda tenemos.

Lo que es necesario hacer,
y ya debemos tratar,
es, amigo, de engañar
á mi afligida mujer,
haciéndole comprender
por ahora, tan solamente,
que Azucena está demente;
y que en cuanto á su marido,

de quién lo ha muerto ó herido
no se sabe hasta el presente.

Ansí mesmito lo hicieron :
en cuanto se mejoró
la señora, se creyó
todo lo que le dijeron ;
y en ancas le prometieron,
que en su casa la tendria
á su ahijada en ese dia,
lo mas tarde á la oracion :
diligencia que el patron
hacerla solo debia.

Mas, á pesar de que el juez,
con la mayor y mas buena
voluntá por Azucena,
tomó en su alivio interés,
solo tres dias despues
de que á la cárcel entró,
su locura se probó ;
y entonces, de aquel destino
á su casa don Faustino
llevar su ahijada logró.

Larguísimo, y cosa dura
ahora seria el contar
los trabajos sin cesar,
los sustos y la amargura
que en dos años de locura
Azucena allí le dió ;
hasta que al fin consiguió,
siempre á cariños con ella,
la señora doña Estrella
su deseo, y la curó.

Entre tanto, del marido
de Azucena, ni se hablaba;
pues medio mundo afirmaba
que Berdun habia sido
por el fuego consumido
el dia que lo mataron,
y los Pampas le quemaron
su pobre ranchito, aquel
en la laguna Vitel,
aonde al difunto no hallaron.

. . . .

Ahora, yo debo dejar
las cosas en este estao...
dijo el payador cansao
ó con ganas de pitar;
porque voy á refrescar
un istante la memoria,
sin tener escapatoria,
no queriéndome turbar
cuando estoy al rematar
de los Mellizos la historia.

LIV

EL PACTO CON LOS INDIOS. — EL VIREY SOBREMONTE. — LOS MISIONEROS. — LAS CRUCES DE PALO. — LOS CAMBALACHES. — LA PAZ.

En aquel malon funesto,
cuando al infeliz Genaro
su estancia del Cardalito
los Ranqueles le quemaron,
tambien á la de la Flor
solamente le dejaron
las taperas y el ombú.

Era allí tanto el ganado
que tenia don Faustino,
que todo no se lo arriaron
esa ocasion los salvajes;
porque disparó asustado
á esconderse el novillaje
en las costas del Salado.

Luego, como las Indiadas
por espacio de dos años
siguieron dando malones,
el patron don Bejarano
en repoblar á la Flor
no pensó, pues asustado
dispuso mudarse al norte,
donde tenia otro campo.

A esa mudanza resuelto,
trató de trair el ganado
que pudieran recojerle
en la costa del Salado,
adonde dejuramente [1]
deberia andar alzado [2],
pues á no cair al rodeo
ya se habria acostumbrado.

Como era hombre tan platudo
el patron don Bejarano
todo lo facilitaba;
ansí, con plata y mandando
trujo su ganado aquel,
y consiguió aquerenciarlo
muy cerca del Pergamino
en las puntas de Ramayo [3],
y fué allí que se pobló
á inmediacion del curato,
donde estaba el patroncito
de cura hacian tres años.

De allí á tres cuartos de legua,
siempre enfermo y atrasado
vivia el otro Mellizo,
Jacinto, el apostemado,
por el golpe que en el pecho
le dió la argolla del lazo,
aquel dia que en la yerra
enlazó un novillo bravo

[1] Dejuramente: precisamente.
[2] Alzado: huyendo de la gente.
[3] Ramayo: nombre de un arroyo inmediato al pueblo del Pergamino.

y se le rompió la armada
al tiempo de sujetarlo.

Desde esa ocasion, el pobre
Jacinto tuvo un atraso
infeliz en su salú,
y quedó inutilizado
para seguir su trajin
de acarriador de ganado,
con el cual mucho agenciaba
porque estaba acreditado.

Ya dije, y creo que ustedes
quizás no habrán olvidado,
que Jacinto y el curita
de un mesmo pecho mamaron,
y ese fué el de doña Estrella
cuando güerfanos quedaron
los Mellizos en la Flor,
y á su cargo los tomaron
don Faustino y la señora
y como á hijos los trataron.

Luego · como allí Azucena
era muchachita cuando
Luis, Jacinto y el curita
á caminar empezaron,
al ser algo grandecitos
ya se trataban de hermanos
con Azucena tambien,
la mas linda de los cuatro,
y la que les enseñaba
á rezar á sus seis años.

Por estos antecedentes,

cuando infeliz y postrado
de salú se vió Jacinto,
era en un todo auxiliado
por don Angel el curita,
y el patron don Bejarano;
pero, ansí mesmo el enfermo
siempre trajinaba en algo,
y sin salir de su casa
se entretenia sembrando,
ayudao por su mujer
y su hijita de cinco años,
perla que se la envidiaba
¡ Alma bendita ! Genaro,
á quien no le dió Azucena,
en el tiempo de casado,
mas que dos hijos varones ;
pero los dos no pasaron
del mal de los siete dias :
y ya no tuvo mas parto.

Ahora, dejaré á Jacinto
en su chacra trajinando,
donde pronto volveré
por necesidá á buscarlo ;
pero, antes de eso preciso
todavía decir algo
de la loca en Buenos Aires,
para seguir mi relato.

Por supuesto, á doña Estrella,
en su casa el primer año,
de su locura Azucena
le dió sustos y trabajo,
hasta que á los trece meses

la loca empezó despacio
á recobrar su razon;
pero, allí de cuando en cuando,
de golpe se le aflojaba
la chaveta; y, sin embargo
no era cosa de temerle,
sino que por el contrario
el oirla desatinar
divertia en ciertos casos.

Siendo el señor don Faustino
un hombre hasta emparentado
en la ciudá con la gente
mas copetuda y de rango,
visitaban en su casa
los médicos y abogados,
los oidores, el obispo,
y el virey recien nombrado
en ese tiempo, que fué
en mil ochocientos cuatro:
cuando al marqués Sobremonte
el rey de España ese cargo
le mandó y la facultá
(se dijo) de hacer un *pato*
de convenio con los Indios,
para comprarles los campos
que sin plata pretendian
trajinarles los cristianos:
enviándoles misioneros
con cruces y escapularios,
bendiciones, estampitas
y ofertas de bautizarlos.

A eso, en tropillas los padres,

aunque bien intencionados,
se largaban al disierto;
y como en un campo-santo
en las tierras de los Indios
plantaban cruces de palo,
y con bendecirlas creiban
el negocio terminado.

Pero los Indios querian
cruces de pesos cortados,
que habia muchos entonces,
porque venian *situados*
de pura plata cortada
y de pesos colunarios.

Eso querian los Indios,
no santitos ni rosarios,
prendas que no conocian.
¡Pata en tierra, plata en mano!
por sus terrenos, decian;
ó al menos cambalacharlos,
proponian los salvajes,
por aguardiente y tabaco;
ú otras cosas, como ser,
bayeta, liencillo y paño:
que es lo que les dió el virey,
pero ¡plata! ni un otavo.

Pues bien, ansí consiguió
tan de una vez contentarlos,
que luego en puntas los Indios,
apenas se firmó el pato

[1] **Pesos cortados: piezas de moneda de plata hechas rústicamente con grandes cruces en una faz.**

de la paz, confiadamente
con sus chinas [1] principiaron
á venirse de sus toldos
con mancarrones cargados
de jergas y ponchos pampas,
quillapices de guanacos,
plumas de avestruces, chuspas,
cueros de gama y venado,
cargas de sal en zurrones,
vendiendo ó cambalachando
todo eso, hasta en Buenos Aires,
adonde muy sosegados
venian á sus trajines,
que hacian con los cristianos
en esa paz que duró
felizmente un tiempo largo;
y por eso las estancias
en el sur se repoblaron,
y algunas se establecieron
al otro lao del Salado.

Pues bien, á esa paz dichosa
sucedió luego un milagro
portentoso (dijo Vega);
y muchos que desgraciados
para siempre se contaban,
fueron muy afortunados,
y felices de la vida
que hasta hoy están disfrutando.

Eso lo sabrán despues,
porque ahora estoy en el caso

[1] Sus chinas: sus mujeres e hijas.

de darle otro giro al cuento,
pues hablar es necesario
de un truquiflor muy reñido,
que en cierta noche jugaron
cuatro personas en casa
del patron don Bejarano.

LV

EL TRUQUIFLOR [1]. — EL OBISPO. — EL OIDOR. — EL PATRON. — LOS GRITONES. — EL GATO ASUSTADO. — EL PELADO. — EL VALE CUATRO. — LOS REPROCHES.

Pues que de un partido al truco
ahora voy á contar algo,
dijo el viejo Santos Vega,
empezaré recordando
un refran gaucho, que dice:
¡No hay hombre cuerdo á caballo!
A lo que yo añadiré...
¡No hay hombre serio jugando
al truquiflor! esto es cierto;
y ahora voy á demostrarlo.

Cuasi todos los parientes

[1] El truquiflor: juego español al naipe, sumamente divertido y picante.

del patron don Bejarano,
en el invierno de noche
venian de tortulianos
y en su casa á la baraja
se entretenian jugando
á la biscambra, al tresiete,
y al truco de cuando en cuando :
juego en el que eran capaces
de asustar al mesmo diablo,
con los gritos que se daban
al calentarse trucando,
ó al echarse un contraflor :
por supuesto, jaraneando,
pues, allí todos los que iban
eran de don Bejarano
(como se suele decir)
amigos de rancho y gancho,
y unos á otros se decian
bromas de todo tamaño.

A las siete, noche á noche,
y otras veces mas temprano,
los *tahures* de la partida
ya estaban allí orejiando
las cartas: pero, á las nueve,
apenas el campanario
tocaba en Santo Domingo
la agonía, bostezando
ya se iban los jugadores
á sus nidos trompezando.

El obispo y un oidor

[1] Tahures : los jugadores, y á veces los fulleros.

eran muy aficionados
al truquiflor, y por eso
se venian muy temprano
á fin de hallar en la mesa
asientos desocupados.

Estos dos mesmos señores,
una noche que dentraron
á casa de don Faustino,
á la oracion, lo encontraron
tan solo con doña Estrella
en la sala platicando.

Su ilustrísima el obispo,
luego que le dió la mano
á besar á la señora,
preguntó por el estado
en que se hallaba Azucena,
y en su salú interesado,
pues que la apreciaba mucho
por haberla él confirmado.

El patron y la patrona
lueguito le contestaron
que ya estaba cuasi buena,
como iba á verla el prelado,
porque Azucena venia
á la sala á cada rato.

— Pues, señor, dijo el obispo,
me alegro ; y vamos armando
entre los cuatro un partido
al truco...

— Sí, señor, vamos,

dijo el patron; y en seguida
en la mesa se cruzaron
doña Estrella y don Faustino
contra el oidor y el prelado,
quien siempre jugando al truco
gritaba á puño cerrado.
Para no olvidar el vicio,
cuando estuvieron sentados,
se tomó una narigada
de polvillo colorado
el obispo, y preguntó :
— ¿ Hasta qué pieza jugamos,
hasta el siete?...

— No, hasta el dos,
contestó don Bejarano.

—Me gusta, dijo el obispo.

—Pero bien¿cuánto paramos?
doña Estrella preguntó
con su bolsita en la mano.

— ¡ Dos riales! dijo el oidor,
una peseta sacando
del bolsico, siendo un viejo
platudo y acaudalado.

— ¡ Dos riales ! ¿ tenés valor,
primo? No seas tacaño,
doña Estrella replicó;
al menos, juguemos cuatro.

— ¡ Cállate, mujer ! ¿ no sabes
que el dinero anda á caballo
hoy dia? dijo el oidor.

No, prima mia, no paso
de dos riales. Aquí están
los mios...
De ahi, bolsiquiando
el obispo, don Faustino
y la señora, juntaron
la *parada*[1], y la pusieron
en un platito dorado.

Debo alvertir que el obispo
allí se habia sentado
á la zurda del patron;
quien de un naipe empaquetado
sacó los ochos y nueves,
y despues de barajarlo
dió las cartas, y de muestra
echó el *Perico*[2] de bastos.

En esa primera dada,
el patron, sin ser extraño,
le dió al obispo una flor
con la *Perica*[3] y el cuatro,
y de yapa la espadilla
que es truco superiorazo.
En esa dada tambien
el mesmo don Bejarano
se dió otra flor infeliz
compuesta del rey de bastos,
que es decir, con el *Perico*,
un cinco y un cuatro falsos.

[1] La parada: el dinero de apuesta reunido.
[2] El perico: es el caballo de triunfo. El rey sirve para cambiarlo por los triunfos de muestra.
[3] La perica: en el juego del truco, á la sota de triunfo le llaman la perica.

Luego que vido sus cartas
el obispo, siendo mano,
como que estaba á la zurda
de don Faustino sentado,
cantó... ¡Flor!

— Como la mia,
díjole don Bejarano,
al tiempo que doña Estrella
le hizo seña, que en la mano
el dos de triunfos tenia
felizmente asigurado.

—Flor chica, dijo el obispo.

— Pues criela con cuidado,
contestóle don Faustino,
con intencion de agarrarlo
en el truco y presumiendo
atracarle un vale cuatro,
ó un retruco por lo menos.

Despues de que se achicaron,
por delante la espadilla
jugó á su vez el prelado.

Como tenia el perico,
le trucó don Bejarano.

El obispo que guardaba
la perica con el cuatro
todavía de reserva :
— ¡ Quiero! dijo, esperanzado
en que la espadilla es triunfo.

Entonces con el caballo
le hizo la primera baza

el patron, y... ¡háganse cargo!
con qué intenciones saldria
jugando su cinco falso...

A esta carta con un tres
salió el oidor apretando,
y al tres con el siete de oros [1]
la señora le dió palo.

Su ilustrisina que estaba
con dos triunfos en la mano,
á pesar que la señora
le venia forcejiando :
—¡Retruco! dijo el obispo,
dándole tal puñetazo
á la mesa, que del susto
echó á disparar el gato.

—No me lo asuste al morrongo [2]
ni á mi mujer... ¡ Vale cuatro!
Y del grito que pegó
don Faustino, disparando
con la cola entre las piernas,
el pelao [3] salió ladrando.

— ¡Quiérole...! largó el obispo
lo mesmo que un cañonazo;
y al siete de doña Estrella
le metió ahi mesmo el prelado
su perica, y muy garifo

[1] El siete de oros y el de espadas son cartas que matan á los treses en el juego del truco.
[2] Morrongo : así llaman á los gatos.
[3] Pelao : perro de la raza ó tamaño de los podencos, pero que nace sin un solo pelo en la piel y asi vive siempre.

jugó en seguida su cuatro,
que al truquiflor, ya se sabe,
es un triunfo soberano.

Al ver tal triunfo en la mesa,
y que el patron Bejarano,
que fué el de la flor, no pudo
apretarla, y no contando
con su prima para nada,
gritó el oidor muy ufano :
— ¡ Que viva mi compañero !

—Primo, te has equivocado
y yo quiero corregirte,
díjole con mucho garbo
doña Estrella. Decí, primo :
¡ que viva este dos de bastos!...
Y como una tapadera
lo puso encima del cuatro,
dejándolo á su pariente
con las quijadas colgando.

Al mirar ansí al oidor,
le dijo serio el prelado :

—No me siga haciendo señas ;
usté, amigo, me ha engañado,
y me ha hecho perder el truco
causa de haberme mirado,
abriendo ¡ tamaños ojos [1] !
pues yo retruqué confiado
en que usté tenia el dos...

[1] Abrir y cerrar rápidamente los ojos es el modo ó señal con que al truco se le indica al compañero el tener la primer carta de triunfo.

— ¡Qué abiertos ni qué cerrados!
respondió luego el oidor:
no, señor; no hay que negarlo:
¡El truco lo hemos perdido,
porque no lo hemos ganado!

LVI

UN ACCESO DE LOCURA. — LOS ULTRAJES. — LA MANSEDUMBRE DEL OBISPO. — LAS VISITAS. — EL BERGANTIN VOLADOR. — NOTICIAS DE BONAPARTE.

Como sucede en el truco:
cuando el obispo perdió,
sin pensar el *vale-cuatro* [1],
al istante se quedó
sin ganas de jugar mas,
y un poco de mal humor;
pero, al ver que entró la loca,
su ilustrísima esperó
divertirse á costa ajena.

No fué ansí; la viuda entró
de luto muy rigoroso,
como que se lo estrenó

[1] Vale cuatro: lance en que se ganan ó se pierden cuatro fichas.

por primer vez ese dia,
y eso la destornilló
á la cuenta, pues de entrada
á ninguno saludó,
y al lado de su madrina,
medio inquieta se sentó,
apenas un istantito,
porque luego se paró
y á mirar de arriba abajo
al obispo principió
gruñendo medio entre dientcs.

El prelado la miró,
y como le conocia
las viarazas, sonriyó
diciendo con mansedumbre :
« Creo que esta noche yo
seré irremediablemente
el pavo de la funcion ;
pero sufriré, y que sea
todo por amor de Dios. »

Al decir esto el obispo...
— ¡ Qué suerte, dijo el oidor,
será que á mí no me saque
á bailar el pericon
esta loca, que me da
tantísima compasion !

La pobre loca seguia
de firme mirandoló
al obispo, y con los ojos
queria comerseló.

A pesar de eso, y siguro

completamente el patron
que Azucena les daria
un rato de diversion...
— Díme, Azucena, le dijo,
¿ no conoces al señor ?...
señalándole al obispo.

— Sí ; la loca contestó
con impaciencia notable :
sí, mi padrino, ¡ pues no !
lo conozco y lo aborrezco
á este viejo saltiador,
aunque como mojiganga
se ha disfrazao de intencion,
poniéndose la camisa
encima del leviton.
¡ Condenao ! ¡Maldito sea !
este brujo asesinó
á Berdun en la Vitel...

— No, Azucena : no fuí yo,
dijo el obispo riyendo :
pues todo el mundo se echó
á reir como reventando,
mientras la loca siguió
con su tema ; hasta que allí
doña Estrella la sentó
muy cariñosa á su lado,
diciéndole : — Es un error
ese en que estás, Azucena :
porque te asiguro yo
que este es el señor obispo
que á la estancia de la Flor
fué, á las fiestas que allá hicimos
cuando Angel se bautizó

en Chascomun. ¿ No te acuerdas,
que tambien te confirmó
el señor obispo allí,
y luego te regaló
un cartucho de confites...?

Azucena se quedó
como en dudas, por un rato;
y, al verla en tal suspension:
— No dudes mas, ahijadita,
la señora repitió;
porque si dudas me agravias,
cuando bien sabes que yo
te quiero, y nunca te engaño.
Puede ser que el matador
de tu marido esté aquí
en la sala; pero no
ha sido el señor obispo.
A ver; míralo al señor:
dijo en broma doña Estrella
señalándole al oidor.

— ¡ Por la Vírjen! no le digas
nada mas, le suplicó
el primo...

Pero Azucena
dijo: — Ni preciso yo
que me digan nada mas;
porque (díjole al oidor)
ahora, sí, ya estoy sigura
que es usté el gaucho ladron
que asesinó á mi marido.
¡ So pícaro, malhechor!
de balde anda de casaca.

A ver ; desnudenmeló,
y sáquenle la camisa :
verán la marca que yo
le puse cuando pensé
ensartarle el asador.
Ahora lo verán si es él:
que no se escape ¡ por dios !...
Y llorando les pedia
al obispo y al patron
le ayudasen allí mesmo
á desnudar al oidor.

Estando en ese delirio,
aletargada cayó
en brazos de doña Estrella,
que tristemente lloró.

Felizmente en ese istante
el médico Gafaró
con otros tres caballeros
entraron de buen humor
á la sala, sin saber
nada de lo que ocurrió
antes de que ellos entraran ;
y nada se les contó.

Cuando entraron, don Faustino
en general preguntó :
— ¿ Qué train ustedes de nuevo ?

— Algo traimos : respondió
el menos viejo de aquellos
llegados con el dotor.

— Vamos á ver, ¿ qué nos cuentan
ustedes? dijo el oidor.

— En las gacetas que ha traido
el bergantin Volador,
que con ciento ochenta dias
de feliz navegacion
desde Cadiz hasta acá
esta mañana llegó,
por ser barco muy velero,
nos dicen: que Napolion
Bonaparte es un tirano
hereje, y usurpador
horroroso, á quien la Uropa
le ha tomado un odio atroz,
porque se la va tragando
con insaciable ambicion,
ahora que lo han coronao
haciéndolo emperador.
Ahi tienen lo que se dice
del franchuti sabliador.

— Pues eso, dijo el obispo,
es poco en comparacion
de lo que me han dicho á mí,
no hace mucho. Escuchenló.
Me han dicho, claro, en mi cara,
que yo soy un saltiador,
una mojiganga, un brujo
y un condenao matador...

— ¡ Virjen santa ! ¿ Quién ha dicho,
ilustrísimo señor,
todos esos sacrilegios?
preguntaron á una voz.

— No está muy lejos de aquí,
el obispo respondió;

bien cerca está: que lo diga
mi compañero el oidor,
á quien le han dicho tambien
que es un gaucho malhechor,
aunque viste de casaca,
siendo asesino, ladron,
y marcao en las espaldas...

— Vamos : ya conozco yo
á la infeliz que esas bromas
ha dicho, dijo el dotor,
riyéndose á su pesar.

A este tiempo levantó
Azucena la cabeza,
y al primer hombre que vió
de los que estaban allí,
fué al médico Gafaró.

— ¿ Cómo se halla usté, amiguita ?
el dotor le preguntó.

A eso, con triste sonrisa
Azucena respondió,
dándole afable la mano:

— Cuánto me alegro, señor,
de verlo, y poder decirle
que sigo mucho mejor
dia por dia : á pesar
que hoy he tenido dolor
en la cabeza y modorra ;
pero ya se me pasó
con dormir : aunque he soñado
cosas que quisiera yo

no recordarlas ni en sueños,
porque me causan horror:
y, no sé, no sé, Dios mio !...

En ese istante el patron,
por distraela, dijolé:
— Azucena, miraló,
aquí está el señor obispo.

— Ya lo veo, sí, señor:
y á besarle la sortija
al obispo se acercó

El prelado conmovido
echóle su bendicion,
despues que humilde la viuda
el anillo le besó:
y luego muy expresiva
dióle la mano al oidor.

En seguida, atentamente
de todos se despidió,
y con su amable madrina
de la sala se marchó
abatida, pero linda
en todo, á la perfecion.

LVII

LA ARENGA DEL PATRON. — LOS OIDORES RONCADORES. — LA RABIETA DE DON FAUSTINO. — CUATRO VERDADES.

Como dije antes que de algo
le sirvieron á Azucena
sus locuras, á probarlo
ahora voy á la evidencia.
Váyanme, pues, escuchando :
dijo Vega á sus oyentes.

Despues que se retiraron
de la sala doña Estrella
y su ahijada, se quedaron,
lo menos media hora larga,
sin jugar los *tortulianos* [1] ;
porque allí se les volvió
el patron, gauchi-abogado ;
y les soltó en una arenga
todos *los rollos* del lazo [2].

[1] Tortulianos : tertulianos.

[2] Todos los rollos del lazo : un buen enlazador recoge su lazo de 15 brazas lo menos de largo, y lo reduce á muchos rollos que los toma con la mano izquierda, en la cual lleva tambien las riendas del caballo : pero al tirar el lazo para enlazar alguna bestia, con la mano derecha revolea la *armada* del lazo que es la gran lazada, y entonces es cuando por fantasia, de la mano izquierda suelta uno por uno todos los rollos del lazo á la distancia antes dicho.

Quedáronse, como he dicho,
sin jugar los tortulianos
divididos en dos grupos,
compadeciendo y hablando
de la infeliz Azucena,
y de lo muy intrincado
que era probarle el delito...

— ¡ Qué es eso que están hablando !
no digan barbaridades.
¿Qué delito, ni qué diablos,
(con permiso del Obispo),
dijo el patron Bejarano,
piensan ustedes probar...?
ustedes, digo, porque hablo
delante de tres oidores
por mi primo principiando,
que oye poco y ronca mucho
en el tribunal sentado,
donde duerme á pierna suelta :
á lo que están habituados
tambien el que tengo al frente
y este otro que está á mi lado :
á quienes yo los he visto
que se largan bostezando
del tribunal, sin saber
de lo que allí se ha tratado,
y sin hacer mas, por fin,
que escrebir un garabato :
cosa que hacen, cuando mas,
dos ó tres veces por año.
Esta es verdá : como es cierto,
que el preludio que he largado
es propio de mi caráuter :

no se anden pues cosquillando,
tengan paciencia y aguanten,
porque yo soy campuzano,
pero, al clavar el rejon,
ya sé los güeyes con que aro.

Siendo ansi, escuchen con calma,
conforme yo he aguantado
el que ustedes, en la causa
de Azucena, haigan lerdiado
para declarar que no hay
tal delito ni intrincado:
y hacen ya veintidos meses
á que siguen mañeriando
y aburriéndonos á todos.

No hay pues, tal enmarañado
en ese brutal proceso
que el alcalde embalconado,
á quien todos conocemos
por hombre precipitado
á decir barbaridades,
como nos lo ha demostrado
en público, y ya sabemos
que ese hombre destornillado
en San Vicente á mi ahijada
la hizo alzar, mal informado
por un funesto sargento,
que los Indios espantaron
en la Vitel, al istante
en que hirieron á Genaro.

El sargento ese fatal,
esa mañana asustado,
se encontró con Azucena,

por desgracia en un estado
de delirio ó de locura
y dolor desesperado
por la muerte de su esposo :
ahi tienen el intrincado.

Mi ahijada no estaba en sí
en aquel momento aciago;
y, porque al torpe sargento
de un modo desatinado
le dijo Azucena allí
lo que le ha dicho al prelado
y á mi primo, hace un momento,
el sargento atropellado
la hizo amarrar como á un Cristo,
sin conocer el estado
en que mi ahijada se hallaba
en aquel istante amargo.

Despues, amarrada ansí,
en las ancas de un caballo
la hizo montar, y de allí
salió el hombre disparando
á llevarla á San Vicente,
donde la entregó azorado :
y el alcalde del balcon
remachó por fin el clavo
de la locura en mi ahijada...
despues de haberla encerrado
en un calabozo inmundo,
y de allí haberla sacado
mas loca que cuando entró,
para hacerle el sainetazo
que hizo, levantandolé
el proceso que ha formado,

solamente porque allí
el sargento y dos soldados
de la partida asustada
por los Indios, declararon
diciendo : « Que en la Vitel
quedaba muerto Genaro, »
sin mas averiguacion;
porque, ni se le arrimaron
para ver si estaba muerto
ó tan solo lastimado.
Me han dicho que únicamente
en eso que declararon
los dos soldaos y el sargento,
el alcalde se ha fundado
para achacarle á mi ahijada
el crímen de asesinato;
y tambien en que fué presa
con un puñal en la mano;
y además, en que tenia
todo el vestido manchado
con la sangre del marido
poco antes apuñaliado:
y que con tales indicios
estaba cuasi probado
que la viuda debe ser
quien lo habia asesinado...
á juicio del Montañés.
Pero ¡ por Dios soberano!
esos no pasan de indicios,
y yo, sin ser abogado,
digo: que eso no es bastante
para que se le haga un cargo
tan infamante á mi ahijada:
porque no seria extraño

que el pobrecito Berdun
que fué siempre desgraciado,
y no pudo adelantar
en quince años de trabajo,
infatigable, juicioso
y completamente honrado,
hallándose reducido
al mas pobrísimo extado,
despues de que los salvajes
su propiedá le quemaron,
y que ni un solo ternero
en su estancia le dejaron:
y siendo además un hombre
puntilloso y delicado,
pues vivió toda su vida
del sudor de su trabajo,
y que á naides molestaba,
pues á mí, siendo mi ahijado,
ahora poco en su infortunio
muchas veces se ha negado
á recibir mis socorros;
¿qué tendria pues de extraño,
que en su triste situacion,
demente ó desesperado,
en un momento fatal
él se hubiera suicidado
con ese mesmo puñal
que á mi ahijada le encontraron?
ó, ¿quién sabe si ese dia
los salvajes no mandaron
algun Indio de bombero[1],
y ese Indio mató á Genaro?

[1] Bombero : espía de vanguardia.

porque en ese mesmo istante
de su muerte atropellaron
los Pampas á la Vitel
y su rancho le quemaron.

Puede esto haber sucedido,
y yo me siento inclinado
á creerlo; porque Azucena
se acuerda de haber quemado
con su marca al asesino:
y es un tema continuado
que, hoy mesmo, acá la infeliz
furiosa lo ha recordado
en presencia de mi primo
y delante del prelado.

Ultimamente, señores:
yo, Faustino Bejarano,
asiguro por mi honor,
y con mi fortuna afianzo,
que mi ahijada está inocente:
pues, habiéndola educado
en nuestra casa, sabemos
sin duda, que hemos formado
una virtuosa mujer,
y una esposa que no ha dado
jamás el menor disgusto
á su esposo infortunado.

Y digo mas: ¡ oiganló!
pues voy á explicarme claro,
aunque les haga cosquillas:
si hasta hoy no se ha declarado
de Azucena la inocencia

es porque siguen *lerdiando* [1]
los jueces en ver su causa,
como están acostumbrados
á dormir sobre las otras;
pero, no tengan cuidado,
déjense no mas andar,
porque yo hago poco caso
de las mañas de los jueces :
así es que, en este verano...
digoles (entre parientes)
me mando mudar al campo
con mi mujer y mi ahijada,
si no me ponen atajo [2]
los chochos del tribunal,
y voy del todo confiado
en que curaré á mi ahijada;
y si la curo, me encargo
de trairla á donde me ordenen,
si así fuere necesario.
No tengo mas que decirles.

— Sí : Faustino, andate al campo,
el dia que se te antoje,
luego allí le contestaron
los tres oidores que estaban :
pero, esta noche aguardamos
que acá nos dés chocolate,
pues ya lo ves : cabeciando
nos ha dejao tu discurso,
y ya queremos *largarnos*
diciéndote al despedirnos :

[1] Lerdiando : calmosamente.
[2] Atajo : impedimento.

andate, Faustino, al campo,
y por allá nos veremos,
si Dios quiere, este verano.

LVIII

LA VILLA DEL PERGAMINO. — EL VERANEO. — EL CURATO
— LOS RECUERDOS DE LA FLOR.

En Buenos Aires andaba
el rumor acreditao
que las paces, ó el tratao
con las Indiadas, ya estaba
cuasi, cuasi terminao.

Y eso mesmo se pensaba
del campo en las poblaciones,
viendo ya lo mansejones
qne en sus toldos se aguantaban
los Indios sin dar malones.

El verano principiaba,
cuando salió don Faustino
con su familia en camino
para su estancia, que estaba
cerquita del Pergamino.

Pero, ni apurando el coche,

no era posible el llegar
á la villa, sin pasar
en el camino una noche
para medio descansar.

Ansí fué, en Giles [1] pasaron
la noche cómodamente;
y de allí al dia siguiente
al Pergamino llegaron
con zozobra solamente:

Fijándose en que Azucena,
cuanti-mas se amejoraba,
tanto mas se acongojaba
dia por dia, y mas pena
en su semblante amostraba.

Todo lo que era debido
á que la infeliz perdió
el juicio, al punto que vió
asesinao al marido;
y, cómo se enloqueció...

Aunque luego fue acusada
del crímen, á esa ocasion,
ofuscada en su razon
dos años vivió privada
de saber su acusacion.

Pero, luego que se vido
en estao de comprender
su situacion, y al saber
que acusada habia sido,
principió á desfallecer;

[1] Giles: pueblito de campaña.

Y, no queriendo afligir
á sus padrinos, sufria
su pena, y se consumia;
deseando pronto concluir
la vida que aborrecia.

A la muerte de Berdun
dos años y un mes hacian;
y cada vez lo sentian
mas y mas en Chascomun,
donde tanto lo querian :

Pero, ninguna noticia
tocante á quien lo mató,
hasta entonces no llegó
con certeza á la justicia
por mas que la procuró.

Solo el juez de San Vicente
fué el único que mandó
aquel enriedo que armó,
cuando como delincuente
á la viuda procesó.

Mas, desde su *moceda*
ese juez fué sin agüelo
de cantimpla [1], y bajo el pelo
tenia la enfermedá
de pajaritos al vuelo [2].

Pues, ni debió suponer
que Azucena habia sido
criminal, siendo sabido

[1] Cantimpla : tonto, ignorante.
[2] Pajaritos al vuelo : accesos de locura.

que esa virtuosa mujer
adoraba á su marido.

Pensando ansí, el rastriador
Anselmo, aquel San-Juanino,
decia : « Que el asesino
del capitan Vencedor,
era su mesmo sobrino : »

El caciquillo Manuel,
que agraviao se le escapó
á Berdun, que lo agarró
prisionero, « el dia aquel
en que herido salí yo... »

Ansí, Anselmo se expresaba
al *ñudo* y de alabancioso,
muy *trompeta* [1] y rencoroso :
cuando un crímen le achacaba
por venganza á un guapo mozo.

Siendo de alvertir al caso,
que *en regla peliandoló* [2],
ese Manuel le prendió
al San-Juanino un chuzazo,
y esto nunca lo olvidó.

Pero, voy perdiendo el tino :
dijo Vega el payador,
y por moralizador,
el viaje de don Faustino
he cortao á lo mejor.

[1] Trompeta : hombre ruin, despreciable.
[2] Peliandoló : combatiéndolo.

Dispensen, pues la memoria
ya me va medio flaquiando;
bien que por fortuna es cuando
al remate de esta historia
mucho me voy acercando.

Prosigo, pues. — El patron,
cuando de Giles salió
ese dia, se apuró;
y despues de la oracion
cuasi loco se volvió.

Porque tuvo un arrebato
de alegría repentino,
cuando con su esposa vino
á bajarse en el curato
de su hijo en el Pergamino.

¿ Y Azucena ? Háganse cargo
del gozo que sentiria,
cuando á ver feliz volvia,
despues de un tiempo tan largo,
á quien tanto la queria :

Pues Angel nació en la estancia
de la Flor, donde se criaba
Azucena, y lo cargaba
al patroncito en su infancia,
y en la cuna lo arrullaba.

¡ Cuánta sorpresa esa noche
de placer tuvo el curita,
y su familia todita !
luego, al bajarse del coche,
¡ qué extremos ! ¡ Vírgen bendita !

¡ Qué de abrazos se pegaron !
¡ qué de cariños se hicieron
unos á otros ! ¡ cómo fueron
recebidos, y gozaron
los dias que allí estuvieron !

Pero, complacencia y pena
tuvo el bondoso curita,
cuando abrazó á su amiguita
la inconsolable Azucena,
¡ y la miró tan marchita !...

— No te aflijas, le decia :
pues Dios es justo y clemente,
y su poder no consiente
que la calunia ó falsía
mortifique á un inocente.

Consólate, pues ya estás
con nosotros, hermanita.
Aquí serás cuidadita
y todo lo olvidarás :
espero en Dios, amiguita.

— ¡ Angel ! Quizá olvidaré
la muerte de mi marido,
pues así Dios lo ha querido ;
pero, en vida, no podré
jamás echar en olvido...

Dijo llorando Azucena,
que de esa muerte ¡ acusada
he sido yo !... ¡ La enlutada !
esa amarguísima pena
podré olvidarla... enterrada !

A eso el cura repetia
lleno de esperanza y fe :
—No, por Dios : consuelaté.
Ya no está lejos el dia
en que feliz te veré :

Pues tengo el presentimiento
de que muy pronto serás
dichosa, como jamás,
porque Dios hará un portento
para eso : ya lo verás.

— Si eso esperas, hermanito,
tambien debo esperar yo,
Azucena respondió ;
porque tú eres un bendito...
Y las manos le besó.

En esta conformidá
religiosa, se apartaron
á esperar, y no esperaron
mucho á la felicidá
tan completa á que llegaron.
. . . .

Ahora, pues, permitanmé,
dijo Vega, el levantarme;
voy á medio refrescarme
y al momento volveré.

LIX

LA ESTANCIA DE LOS MILAGROS. — LA FONDA DE LOS MOGOLLONES. — LAS BUENAS NOTICIAS. — LA PAZ ARREGLADA.

Don Faustino y su familia
dos dias no mas pararon
en la villa, con el cura,
sin moverse del curato :
donde, por supuesto, fueron
diariamente visitados
por toda la gente honrada
que habia en el vecindario;
y tambien por la familia
del Mellizo apostemado,
á cuya hijita el patron
allí le hizo un buen regalo.

Al tercer dia despues
que en el curato almorzaron,
contentos y cariñosos
del cura se separaron,
prometiéndole volver
de continuo á visitarlo :
y á las diez de la mañana
al Pergamino dejaron.

La nueva estancia que al norte
pobló el patron Bejarano,

se hallaba sobre una loma
en las puntas de Ramayo;
y por nombre le pusieron
« la estancia de los Milagros. »

No estaba del Pergamino
sino á dos leguas y cuarto,
de manera que de allí,
por paseo hasta el curato,
siempre dia de por medio
de mañana en el verano,
el patron y las señoras
se venian á caballo,
pues que para un galopito
era delicioso el campo,
y el trébol [1] recien nacido
soltaba olor delicado
luego que lo reventaban
las patas de los caballos.

El caserío en aquella
estancia de los Milagros,
era, sin ponderacion,
une especie de palacio...
digo yo, como el mejor
de los que he visto pintados
en esos *titilimundis*
que amuestran los Italianos
de noche, en la vereda ancha [2],

[1] Trébol : planta silvestre muy olorosa y abundante en la campaña de Buenos Aires.
[2] La vereda ancha : en aquel tiempo la formaba toda la cuadra ó acera en donde hoy está la recoba nueva en la plaza de la Victoria. Entonces los edificios de esa cuadra eran todos de techos de teja,

en cajones alumbrados,
y con vidrios por afuera,
cada vidrio como un plato.

Todas las comodidades
á que estaba acostumbrado,
tenia allí don Faustino :
porque era hombre acaudalado
y tan voraz [1] de rumboso,
que, habian averiguado,
que él solo con su familia,
para vivir regalado,
gastaba tanto en un dia
como el virey en un año.

Alviértase que la estancia
tenia, por decontado,
buena chacra, linda quinta,
un jardin que era un encanto,
árboles de todas layas,
especialmente paráisos,
y esos fragantes aromos [2]
que dan botones dorados :
ricas frutas y verduras,
aves de todo tamaño,
corderos gordos, lechones,
conejos, y hasta pescado

y la vereda ancha era de ladrillo y de cinco varas de ancho, en cuya orilla exterior se colocaban multitud de tendejones ó *bandolas* en las cuales se vendian infinidad de cachivaches; y entre ellos hasta la *bula*. Allí pues se mostraban tambien esos titilimundis, ó pequeños panoramas.

[1] Voraz : se le llama en la campaña al que gasta ó derrocha mucho dinero por lujo ó fantasia.

[2] Aromos : se les llama á los arboles de *Espi-*

se agenciaba algunas veces :
y, como con mucho agrado
recebia á los amigos
que iban allí á visitarlo,
era su estancia una fonda
de mogollas [1] en verano.

Enfin : dejemos por ahora
la paja, y vamos al grano.

El veintiocho de diciembre
de mil ochocientos cuatro,
hacia ya dos semanas
á que el patron Bejarano
con su familia habitaban
la estancia de los Milagros.

Ese dia doña Estrella
y el patron se levantaron
muy tempranito, pero antes
habia ya madrugado
alegrecita Azucena.

Al verla así, se alegraron
la señora y don Faustino,
y quisieron á caballo
sacarla á pasiar viniendo
á la misa del curato,
que se decia á las ocho;

nillo, los cuales producen unas flores como botones de oro que las damas argentinas las mezclan con azahares, y entonces esa mistura produce la fragancia mas suave y mas deliciosa que puede desearse.

[1] Mogollas ó mogollones les llaman á las personas que buscan siempre el comer de balde en casa agena, sin gastar nada.

y, como estaban á un paso
de la iglesia, muy à tiempo
de un galopito llegaron;
oyeron misa, y despues
con el curita almorzaron,
quien les dió unos *chunchulines* [1]
que los dedos se chuparon,
y unos pichones de loro [2]
perfcutamente guisados.

De la mesa todavía
no se habian levantado,
al tiempo que el sacristan,
con un papel imprentado,
que acababa de llegar
del pueblo [3], entró muy ufano
diciéndoles : — ¡Caballeros!
Buenas noticias les traigo...
y, para que las leyera,
se las dió á don Bejarano.

El tal papel se llamaba
entonces: *El Telebrajo* [4],
el cual decia esa vez,
que, de las paces el *pato*
ó convenio con los Indios,

[1] Chunchulines : son los intestinos ó las tripas mas finas de una vaca ó novillo, pues son muy sabrosas.
[2] Pichones de loro: riquisimos son los pichones de los loros barranqueros de la campaña de Buenos Aires, donde los comen guisados de un modo especial y apetitoso.
[3] Del pueblo : de la ciudad de Buenos Aires.
[4] El Telebrajo : el Telégrafo, era el titulo del periódico único que en ese tiempo se publicaba en Buenos Aires.

lo habia el virey firmado
el veinticinco en el Fuerte [1],
adonde se lo aprobaron
muy conformes seis caciques
de aquellos mas respetados
por los Indios : y que, ya
en esas paces confiados,
(decia el mesmo papel)
deberian los cristianos
como amigos á los Indios
recebirlos y tratarlos :
como ir á sus tolderías
sin recelo ni cuidado
de que allá los agarrasen :
pues, tambien rezaba el *pato*
del referido convenio,
que, á partir del dia cuatro
de enero del año entrante,
los cautivos que agarraron
los Indios, y estén entre ellos
siendo cautivos cristianos...
sin quedarse con ninguno,
debian ser entregados
por los Pampas, y en los puntos
adonde los cautivaron
en cualquier tiempo y edá,
y fueran hembras ó machos.

—¡ Bendita sea la paz,
y el Señor sea alabado!

[1] El Fuerte : el palacio del virey entonces era el fuerte en donde hoy reside el presidente de la República.

dijo el curita gozoso
y á todos felicitando.

— ¡ Y que la Virgen permita,
dijo Azucena llorando,
que yo vea á mi cuñada
la Lunareja, que tanto
la queria y se acordaba
de ella mi pobre Genaro!

— Y, tambien permita el cielo,
dijo el patron Bejarano,
que yo vea lo que espero
en su justicia confiando...

A su ahijada doña Estrella
entonces le dió un abrazo,
y besándola en la frente
le dijo : — Anoche he soñado
que vas á ser muy feliz
el dia menos pensado.

. . . .

A las doce, en ese dia,
habian ya regresado
muy contentos á la estancia,
por las noticias del *pato*
y las paces con los Indios :
ansí es que determinaron
don Faustino y su señora
el montar siempre á caballo,
y desde el dia siguiente,
dia por dia temprano,
seguir yendo al Perganino
á oir la misa del curato,

hasta la pascua de Reyes
que se venia acercando :
y, ahora verán esas misas,
al fin en lo qué pararon [1]...

LX

LA INVOCACION GAUCHA. — EL LINDO NACIMIENTO. — LA ESTRELLA DE LOS MAGOS. — EL LUJO DEL PESEBRE. — LA MALDICION A LA MULA.

« ¡ Virjen Santa de Lujan !
¡ madre de Dios soberano !
que sois en nuestra campaña
la abogada de los gauchos.

« ¡Y vos tambien, madre mia
y señora del Rosario !
abogada de imposibles
y de los desamparados :
dénmele á mi pecho voces
y expresiones á mis labios,
ahora, al fin, que esplicar debo
los prodigiosos milagros

[1] ¿En qué pararán esas misas? Asi dice un antiguo refran español.

que tan repetidas veces
ha hecho Dios en estos campos.

« ¡ Señor de la Redencion !
que fuistes crucificado
hasta morir en la cruz:
y en gloria resucitado
á la diestra de Dios padre
y del Espíritu Santo,
para *insecula* sin fin
sereis del genero humano
juez, y eterno protetor
misericordioso y sabio.

« Por vuestra pasion y muerte,
yo, mal coplero y negado,
á causa de la inorancia
con que he vivido en el campo:
que ilumineis mi memoria,
Dios mio, os pido postrado :
y tambien que á mis palabras,
de expresivas les deis algo,
porque no podré explicarme
sino como un rudo gaucho,
ahora que de tu clemencia
voy á contar los milagros. »

Despues de su invocacion,
sentándose el gaucho Santos
recorrió su pensamiento
en el semblante amostrando,
que iba á contar con placer
sucesos afortunados ;
y seguidamente dijo
en tono alegre y pausado...

El primer dia de pascua
de Reyes al Pergamino,
á las diez de la mañana,
aun no habia aparecido,
y ya cuasi no esperaban
que viniese algun cautivo
de los que soltar debieron,
el dia cuatro, los Indios.

Desesos de ver algunos,
el dia seis tempranito,
despues de nacer el sol,
doña Estrella, don Faustino,
y Azucena madrugaron
y salieron en camino
desde la Estancia al curato
antes que fueran las cinco;
y una preciosa mañana
en ese dia les hizo.

¡ Qué fragancia la de aquellos
árboles del paraiso !
¡ la del jardin y del campo !

¡ Qué cantar los pajaritos ;
y qué juguetear saltando
las cabras y los cabritos !

¡ Qué celajes al Naciente,
de topacios y rubizos,
hizo el sol cuando empezaba
á nacer ! ¡ y qué fresquito
tan delicioso soltaba
del sur un viento blandito !

¡ Qué brillar el pastizal

con las gotas del rocío,
donde el sol se reflejaba
lo mesmo que en espejitos!
pero, en aquella mañana,
lo maravilloso y lindo,
ó para mejor decir,
lo celestial y divino,
era ver en todo el cielo
azul celeste purísimo
millares de nubecitas
todas de igual tamañito,
tan blancas que parecian
majadas de *corderitos*
que de los campos al cielo
á echarse habian subido:
celajes que por acá
muchas veces hemos visto.

Pues bien, como iba diciendo:
poco despues de las cinco,
con las señoras llegó
al curato don Faustino;
y al llegar, en la capilla
ya el cura habia concluido
de arreglar para la fiesta
un nacimiento muy lindo,
que para la adoracion
de los Reyes, fué preciso
agregarle muchas cosas.

Ansí fué, tres reyecitos,
del altor de una *limeta*
cada uno, estaban juntitos,
recien llegaos de sus tierras,
un blanco, un negro y un indio:

á cual de ellos mas garboso
y ricamente vestido,
hincados junto al pesebre
de Jesús recien nacido
en el portal de Belen,
que era un *galpon peladito* [1].

Ahí estaban los tres Reyes
de rodillas, como he dicho,
adorándolo á Jesús;
y queriendo allí mesmito
entregarle de regalo
prendas de precio infinito,
que le hacian mucha falta
al pobre niño bendito,
que estaba allí tiritando
en pelota desnudito,
porque nació sin tener
ni camisa el pobrecito,
pues por toda vestimenta
tenia un *chiripacito*.

Pero, entre tanto, el pesebre
era de ¡hilo de oro fino!
porque ansí lo mandó hacer
el cura del Pergamino,
en lugar de que lo hicieran
de pura paja de trigo.

En fin, como era el curita
el hijo de don Faustino,
todo lo podia hacer
y todo lo hizo muy lindo.

[1] Peladito: pobre, sin muebles.

¡ Qué aperos y qué *chapiaos* [1]
traiban los tres caballitos
de los Magos! un *cebruno* [2],
un alazan y un tordillo.

Luego, adentro del portal,
á mas de los Reyecitos,
tambien San José y la Vírjen
estaban cuidando al niño,
el uno junto á una mula,
la otra junto á un buey barcino
que con su resuello estaba
calentando al angelito :
mientras la mula al pesebre,
como era paja de trigo,
se lo empezaba á comer ;
y por eso la maldijo
la Vírjen, diciendolé :
¡ No parirás! y ansí ha sido,
que desde entonces hasta hoy
ninguna mula ha parido.

Pero lo mas asombroso
que en ese portal se vido,
(se entiende, en el nacimiento
que se hizo en el Pergamino
para esa pascua de Reyes,
en mil ochocientos cinco),
fué la estrella de los Magos.
Dejuramente, un prodigio
de resplandor debió ser

[1] Chapiaos : pretales con ricas chapas de plata y oro, con que los americanos adornan el pecho y pescuezo de sus caballos.
[2] Cebruno : caballo color algo oscuro.

esa estrella, porque la hizo
otra estrella la patrona
con los mejores zarcillos
de diamantes que tenia,
del tamaño de un cuartillo
el mas chiquito de todos :
siendo ochenta cabalitos
con los que armó ese lucero
la esposa de don Faustino.

Ansí, á la luz de esa estrella
era un encanto divino,
almirable, celestial,
ver la nube de angelitos
que le cantaban gloriosos
y al vuelo al recien nacido.

Luego, afuera del portal,
era todo un laberinto
de puras preciosidades,
como casitas, ranchitos,
arboledas, gramillales [1],
sembrados y jardincitos :
bailarines y pastoras
que bailaban el *cielito* [2]
con guitarra y panderata :
y las viejas ¡ ojo al Cristo !
en la pastizal sentadas,
sin querer tomar polvillo,
por *vichar* cada una á su hija
cuando entregaba el cuerpito

[1] Gramillales : pastizales de gramilla como se llama cierta calidad del pasto americano.
[2] El cielito : baile de la campaña argentina.

para que se le prendiese
á valsiar el pastorcito.

De ahi, el campo estaba lleno
de albardones, y arroyitos
y lagunas, donde andaban
gansos, cisnes y patitos :
y en el gramillal se vian
vacas lindas y toritos,
y yeguitas retozando
con baguales *clinuditos*.

Ansi fué la preciosura
del nacimiento divino,
con que celebró en su iglesia
el cura del Perganino
á la pascua de los Reyes,
en mil ochocientos cinco.

. . . .

Finalmente, Santos Vega
sintió que era tardecito,
porque empezó á bostezar,
y soñoliento les dijo
á Rufo y Juana Petrona :
me estoy quedando dormido
y lo mesmo están ustedes
desiando *meniar ojito* [1] :

Por lo que les aconsejo
que se vayan á su nido,
y yo, con perdon de ustedes,
me largo á mi rinconcito.

[1] Meniar ojito : dormir.

LXI

EL OIDOR DE LLEGADA. — LA MISA CANTADA. — LA SORPRESA DE LOS REPIQUES. — EL APARECIDO. — LA LUÑAREJA. — EL VOLIDO DE AZUCENA. — EL GRUPO DE LOS CINCO.

Como tres horas despues
que llegaron don Faustino
y su familia al curato,
cata-aqui [1] que el señor primo
de doña Estrella, el oidor,
allí se hizo aparecido,
y en la sala se metió
luego de golpe y zumbido,
diciéndoles : — ¡ Buenas Pascuas !
Aquí estoy, porque he venido ;
y con esto digo todo.
¡ Vaya un abrazo, sobrino !
¡ otro á mi prima ! ¡ otro á tí,
regañon viejo Faustino :
y á mi amiguita Azucena
un amable apretoncito
de manos y parabienes,
pues que tan guapa la miro.

Por supuesto, alegremente
el oidor fué recibido

[1] Cata-aquí : ved aqui, hé aquí.

y allí no mas, de parao,
le dijo al cura ; — Sobrino,
mándame dar chocolate
pronto, espeso y bien batido,
que aunque vengo desganao
tomar algo necesito.

— Sí, sí, dijo doña Estrella.
— Muy bien, repitió el sobrino :
chocolate con bizcochos,
tráinganle pronto á mi tio,
aunque viene desganao.

— ¡No, no! dijo don Faustino;
porque eso será exponerlo
á que le dé un tabardillo.
Déjenlo que se repose,
y ansí, que beba enterito
un balde de agua del pozo
que le abrirá el apetito :
pero...

— Aquí está el chocolate,
velay, tómelo, mi tio,
díjole el cura : porque
aprontarme necesito
para la misa cantada...
¿que oirá usté?

— Sí, sobrinito,
dijo el oidor : y de un soplo
se despabiló el pocillo
con ocho ó diez bizcochuelos;
y entonces dijo : Estoy listo ;
iremos pues á la iglesia
cuando gustes, Angelito.

Al momento repicaron
las campanas, y al ratito,
con dos padres forasteros
amigos del padrecito,
se hizo una misa cantada,
grandiosa en el Pergamino,
con musica y *camaretas* [1]
y cuhetes como es de estilo.

Acabada la funcion,
el cura con sus amigos,
los otros dos sacerdotes,
y tragaldabas su tio,
Azucena, doña Estrella
y el rumboso don Faustino
se pusieron á almorzar...
¡ háganse cargo ! á lo ricos.

Cuasi acabando el almuerzo,
oyeron que en el pueblito
con musica y cuhetería [2]
daban vivas repetidos
cerca de la comendancia,
donde estaban reunidos
en muy alegre algazara
cuasi todos los vecinos.

Por supuesto, en el curato,
á ese sonar tan festivo
todos *pararon la oreja* [3],

[1] Camaretas : cañoncitos de bronce, de un pié de largo y una pulgada de espesor, con los cuales hacen estruendos en la iglesia el dia de sus fiestas religiosas.
[2] Cuhetería : quemar muchos cohetes juntos.
[3] Pararon la oreja : poner atencion con el oido.

sin saber á qué atribuirlo;
hasta que dijo el oidor:
— Quizás se habrán recibido
grandes noticias de España,
y estas acá habrán venido...

A este tiempo el sacristan
que dentró sin ser sentido,
medio loco de contento,
por su cuenta y sin permiso
del curita, y sin tener
fundamento conocido,
se les prendió á las campanas
de la iglesia, y... ¡ Cristo mio!
empezó un repicadero,
que salieron aturdidos
todos, menos el oidor,
que se quedó á dos carrillos
comiendo un pastel de *choclo* [1]
y se lo engulló él solito.

Salieron, pues, el patron
y el cura muy afligidos,
creyendo que el sacristan
hubiera perdido el juicio,
ó se hubiera emborrachao.

El cura, en cuanto lo vido,
le preguntó al sacristan:
—¿ Qué es esto, don Celestino ?
¿ Está usté loco ó *mamao* ?
Respuenda !...

[1] Choclo: el maiz tiernísimo aun en la planta.

Pero el bendito
y entusiasmao sacristan
se hacia el desentendido,
y *déle guasca* [1], seguia
á las campanas prendido,
repicando y repicando
como á sacarles el quilo,
sin hacer caso del cura.

Serio entonces don Faustino,
díjole allí : — ¿ Qué demonio
es el que se le ha metido
á usté ? ¿ Díganos por qué
repica ?...

— ¿ Por qué repico ?
¡ por un milagro de Dios !
pues por mis ojos he visto
llegar á la comendancia
¡ sano y bueno ! ahora mesmito,
al capitan don Berdun
con su hermana y su sobrino.
¡ Velahi están ! ¿ No los ven
apiándose ?

— ¡ Jesucristo !
exclamó don Bejarano;
y corrió llamando á gritos :
¡ Azucena ! ¡ Estrella ! corran,
vengan, ¡ Genaro ha venido
bueno y sano ! ¡ Y acá está
con su hermana y su sobrino !
¡ Gracias á Dios ! ¡ veanlós !

[1] Déle güasca : continuar, seguir haciendo algo con empeño.

No fué çorrer, fué un *volido*
con el que salió Azucena
á encontrar á su marido,
y de placer en sus brazos
se le quedó sin sentido.

Allí mesmo doña Estrella,
el curita y don Faustino,
sobre Azucena y Genaro
un grupo hicieron de cinco,
abrazaos unos sobre otros :
y de gozo sorprendidos
riyendo y llorando á un tiempo
se encontraban confundidos,
ya creyendo, ya dudando
de ver al APARECIDO.

Cuando Azucena volvió
á recobrar el sentido,
en los brazos de su esposo,
dudaba de verlo vivo;
pero, ansí mesmo mostraba
un inmenso regocijo.

En igual caso se hallaban
doña Estrella y su marido;
lo que no le sucedia
al cura don Angelito,
porque, con fe y esperanza,
de Dios esperó un prodigio
que salvara la inocencia
de Azucena; y que el castigo
tambien Dios se lo daria
algun dia al asesino.

Pasao el primer momento
de goces tan repentinos,
de allí á Genaro á la sala
con su hermana y su sobrino,
entre mil demostraciones
de placer y de cariño,
los llevaron, al istante
que en el patio se deshizo,
donde mesmo se formó,
aquel grupo de los cinco;
pero Azucena siguió
abrazada á su marido.

Entraron, pues, á la sala,
todavía sorprendidos
por el gozo que tuvieron
al ver al recien venido,
y al conocer á su hermana,
pues nunca la habian visto;
pero que de su belleza,
eso sí, habian sabido;
y tocante á esa *lindura* [1]
voy á decir lo preciso.

Treinta y nueve años tendria
la Lunareja cumplidos,
cuando con su hijo Manuel
de los disiertos se vino
en compaña de Berdun,
aquel su hermano querido,
que no murió en la Vitel
por serle tan parecido.

[1] Lindura : belleza.

Esta hermana de Genaro,
á pesar de haber sufrido
cautiva de Cocomel
diez y nueve años cumplidos,
al fin de su cautiverio
muy poco habia perdido
de su garbo y donosura :
ansí llegó al Pergamino
en el dia seis de enero
de mil ochocientos cinco,
siendo Rosa todavía
de preciosura un prodigio.

¡Qué cabeza y qué garganta
¡qué cuerpo tan redondito!
¡qué brazos como torneaos!
¡qué *pieses* [1] tan arquiaditos!

Hebras de oro eran sus trenzas
de rubios cabellos finos,
que en sus espaldas brillaban
naturalmente esparcidos.

Eran de carmin sus labios,
y en su sonrisa, al abrirlos,
entre su preciosa boca
amostraba dos cintillos
de dientes como de nacar.

El rosado morenito
de su rostro era un esmalte,
donde estaban embutidos
como luceros sus ojos,

[1] Qué pieses : qué piés.

color celeste subido ;
que á quien se los dirigia
era como darle un tiro
de aquellos que el corazon
le ponen á uno blandito
para entregarse al amor...

En fin, de los atrativos
tenia Rosa el conjunto :
pero, el adorno mas lindo
de su cara era el lunar,
tan crespo y tan renegrido
y de tan preciosa forma,
que tenia en un carrillo
como una flor de azabache :
y, á ese lunar fué debido
el que, al fin y para siempre,
felices hubieran sido,
ella, su hermano Berdun
y Manuel el caciquillo.

Luego que estuvieron todos
en la sala reunidos,
tomaron asiento en rueda ;
y mirando de hito en hito
á Berdun, como dudando
doña Estrella y don Faustino,
desconfiaban todavía
de que allí estuviera vivo,
aquel hombre á quien sin duda
muerto lo habian creido :
y sobre qué le dirian
se encontraban indecisos.

Genaro les conocio

ese dudar, y les dijo
con una voz conmovida :

— No tengan dudas, padrinos :
yo soy Genaro Berdun,
gracias á Dios que estoy vivo ;
y despues de Dios, le debo
estar aquí... á mi sobrino.

El me salvó en la Vitel,
el dia que un asesino
creyó de una puñalada
haber mi vida concluido;
y hasta ahora, quién fué ese aleve
averiguar no he podido :
pero ya lo he perdonao,
sea quien hubiere sido :
porque nunca la venganza
encontró en mi pecho abrigo.

Lo único que en el disierto
me hizo saber mi sobrino,
fué, de que los Araucanos
quemaron el Cardalito,
por no encontrarse él allí,
pues que lo habria impedido.

Bien pues, esa madrugada
cuando yo fuí mal herido,
y quedé como un dijunto
desangrado, y sin sentido,
mudo, sin habla y sin vista,
solo en mi catre tendido,
allí me habria quemao
adentro de mi ranchito,

porque ya empezaba á arder,
cuando á Manuel mi sobrino
que ni sabia el que yo
me hallara en ese destino,
la Providencia lo trajo
allí, á mi rancho mesmito,
de adonde un Indio salió
con mi chaqueta, y le dijo :
¡ OFICIAL BLANDENGUE MUERTO,
ACA ADENTRO, MOZO LINDO !

Al oir al Pampa, Manuel
entró, y en cuanto me vido
me conoció, y, de sorpresa
ó de pesar dando gritos,
mandó que entraran sus Pampas
y les dijo : « ¡ Este es mi tio !
Genaro Berdun, de quien
tantas veces les he dicho,
que para mí en este mundo
es el hombre mas querido :
vamos á llevarlo pronto,
¡ con cuidao, porque está vivo !... »

Manuel, que está aquí presente,
hasta ahora jamás me ha dicho
cómo fué que me llevó
de allí á sus toldos consigo.

Yo solo sé que allá estuve
veinte meses asistido
por el mesmo Cocomel,
por mi hermana y mi sobrino,
y dos buenos curanderos
de los que tienen los Indios.

Despues de esos veinte meses
enderezarme he podido,
hasta hoy, que gracias á Dios,
del todo restablecido,
tengo la felicidá
de hallarme aquí reunido
á mi adorada Azucena,
á mis amados padrinos;
y para alabar á Dios
al cura del Pergamino.

Ahora por fin les diré:
que para siempre venimos
á vivir cerca de ustedes,
sin recelo de los Indios,
ni haber agraviao á naides;
pues Cocomel nos ha dicho,
abrazándonos á todos
al tiempo de despedirnos,
que siempre y en todas partes
será nuestro buen amigo;
y que nos hará querer
y respetar por los Indios.

Cuando Genaro acabó
su relacion, don Faustino
á Manuel le dió un abrazo
muy apretao, y le dijo:
— ¡ Ya lo quiero á usté de veras!
porque es hombre agradecido.
Disponga usté pues de mí,
para siempre,como amigo.

A este tiempo á festejar
á los que habian venido



JACINTO EL ENLAZADOR.

Gaucho del siglo pasado.



libres de su cautiverio
y llegao al Pergamino,
el comendante, el alcalde
con otros varios vecinos
y seis músicos, allí
en el curato mesmito
tocaron *musiquería*;
y se alborotó el corrillo
hasta las seis de la tarde
que se fueron *divertidos* [1]
todos los festejadores,
á costa de don Faustino.

LXII

LA ANEURISMA. — EL MATASANOS. — EL GAUCHO FORASTERO. — EL MUERTO REPENTINO. — LA VELADA. — EL VIAJE AL CEMENTERIO.

Llenos de júbilo estaban
esa noche en el curato,
sin saber que llorarian,
al otro dia temprano,
la muerte del infeliz
Jacinto, el apostemado,
que esa noche, el dia seis,
espiró sin mas amparo

[1] Divertidos : medio ebrios.

que el de Rita su mujer
y su hijita de cinco años.

De cómo fué esa desgracia
voy á referir el caso.

Jacinto, en lugar de un pion,
tenia solo á un muchacho
que le ayudaba á sembrar
y le hacia los mandados,
con la mejor voluntá
y por un corto salario.

Como era pascua de Reyes
ese dia infortunado,
Jacinto, para pasiar,
le dió licencia al muchacho
por dia y medio, en razon
que el mocito iba á un *fandango* [1],
allá cerca de *Arrecifes* [2],
en casa de su cuñado
que se llama Pascual,
y vivia retirado
de la casa de Jacinto.

Ello es que montó á caballo
el mocito, y se largó
despues de haber almorzado.

A las ocho de la noche
todavía estaba claro
y como hacia calor,
Jacinto andaba pasiando

[1] Fandango : á un baile.
[2] Arrecifes pueblito de campaña,

muy contento en su quintita,
y sintiéndose cansado
quiso, sin duda, sentarse;
pero allí trompezó en algo
que lo hizo caír al istante,
por desdicha boca abajo,
y con el pecho acertó
sobre la punta del banco
en que solía sentarse;
y en el suelo, largo á largo,
sin poderse levantar,
quedó el pobre vomitando
sangre por boca y narices,
y mortalmente postrado.

Apenas cayó lo vido
su hijita, y corrió llorando
á donde estaba su madre
y le dió cuenta del caso.

La pobre Rita al istante,
asustada, disparando
á socorrer á Jacinto
fué, y lo encontró boca abajo,
inmóvil como un dijunto,
y de sangre sobre un charco.

Poderlo dar vuelta allí,
lo costó tanto trabajo
como lágrimas y susto;
pues la infeliz, apurando
todas sus fuerzas, apenas
consiguió medio sentarlo
en el súelo, y sostenerlo
como muerto entre los brazos;

mientras le dijo á su hijita
que se fuera disparando
á trairle un poncho de abrigo
y agua del pozo en un jarro.

La niñita por fortuna,
ó por desgracia, á caballo
vió llegar á un forastero
formalote, y muy *asiado* [1];
pidiendo, porque venia
con su mancarron cansado,
que por plata, ó por favor
le prestasen un caballo,
para ir á ver á un enfermo
que tenia que curarlo.

¡ Un médico! ¡ qué fortuna!
dijo la niña llorando,
y le rogó se acercara
á ver en el triste estado
en que su padre se hallaba
en la quinta acidentado.

Era médico el viajero,
ó mas bien un matasanos
de mala cencia y concencia,
de aquellos que *faroliando* [2]
la echan acá en la campaña
de dotores afamados,
siendo capaz de matar
á Cristo resucitado.

[1] Asiado : bien vestido.
[2] Faroliando : aparentado alguna ciencia á fuerza de charlatanismo.

El tal médico, al mirar
que estaba un rocin atado
á soga junto á la quinta,
le dijo á la niña : —Vamos,
vamos, hijita, al istante,
porque yo vengo apurado

La niña corrió adelante
naturalmente, gritando :
— ¡ Mamita, acá está un dotor
que por fortuna ha llegado !
aquí viene á ver á tata ;
consuélese, va á curarlo.

Fué el dotor, y vió á Jacinto
todavía entre los brazos
de su esposa inconsolable ;
y el médico sin pulsiarlo,
nada mas que al ver la sangre
que Jacinto vomitando
habia echado del pecho,
dijo el dotor... ¡ Malo, malo !

Luego medio lo pulsió ;
y Rita anegada en llanto
entonces le pregunto :
—Señor ¿ qué remedio le hago ?
aconséjeme, por Dios...

— Señora, yo soy muy claro,
dijo el dotor y no encuentro
mas remedio que enterrarlo ,
pues su marido está muerto,
y no hay cómo remediarlo.

— ¡Misericordia de Dios !

exclamó Rita llorando.
¡ Muerto mi pobre marido!
¡y yo aquí tan sin amparo!
¡Ah, señor! Por caridá,
ayúdeme usté á llevarlo
hasta la cama, pues yo
sola no podré cargarlo.

— Eso sí puedo hacer yo,
dijo el dotor apurado;
y tambien le ayudaré
si usté quiere amortajarlo,
porque no me queda duda
que su marido ha espirado
á causa de una *norisma*
que ahora se le ha reventado,
y eso no tiene remedio.
Ansí, vamos á llevarlo,

A Rita en ese momento
los alientos le faltaron
para cargar el dijunto:
y fué en ese istante, cuando
otro hombre desconocido
se abajó allí del caballo,
y al ver que en la quinta estaban
afligidas y llorando
una mujer y una niña,
sin alientos, y tratando
de cargar, al parecer,
á un hombre muy lastimado...
allá fué el recien venido
con el sombrero en la mano
(y puede ser que sabiendo
adonde se habia apiado),

y le suplicó á la viuda,
mostrándose apensionado,
le permitiera cargar
á su enfermo hasta acostarlo.

—¡ Qué enfermo ! dijo el dotor :
este es un muerto, paisano,
y es hombre á quien yo queria
mucho, por ser un ahijado
de mi compadre y amigo
don Faustino Bejarano.
Y este muerto á quien conozco
hacen ya mas de siete años,
es Jacinto Salvador...

— Es verdá, dijo llorando
la triste viuda ; es Jacinto,
el mesmo que usté ha nombrado,
señor dotor : es mi esposo;
vamos, vamos á llevarlo.

Despues de esto, los dos hombres,
solos, de allí lo cargaron
al dijunto hasta su cama,
y ya estaba frio helado.

Ahora bien : aquel dotor
que allí se habia alabado
de tener con don Faustino
mucha amistá y compadrazco,
á pocos dias despues
se supo de un modo claro
que habia sido el cochero
mas ruin de don Bejarano.
Ansí fué que de la casa

de la viuda, muy callado,
se largó sin despedirse;
pero desató el caballo
del dijunto, lo ensilló,
y dejó el suyo cansado.

A esa hora completamente
la noche habia cerrado,
y el hombre desconocido
no se habia separado
de la cama de Jacinto.

Allí lo estaba mirando
fijamente y conmovido;
y allí por fin balbuciando
á la viuda le rogó,
de un modo muy contristado,
le permitiera el velar
en esa noche al finado,
y servirle á la familia
en todo lo necesario.

— Sí, señor, díjole Rita
agradecida y llorando:
ahora mesmo puede usté
desensillar su caballo,
y un grandísimo favor
nos hará en acompañarnos,
pues de buena voluntá
confio en que usté, paisano,
tambien nos ayudará
de madrugada á cargarlo
al dijunto en la carreta,
en que iremos á enterrarlo
en la villa, pues no está

por desdicha mi muchacho,
que acostumbra á uñir los güeyes
del *castillo*[1] *y*...

— No hay cuidado,
le dijo el desconocido,
de todo eso yo me encargo;
y de *picar la carreta*[2].
Aquí estoy á su mandado
con toda mi voluntá,
mándeme usté sin reparo,
se lo suplico, señora.

— Dios se o pague, paisano,
díjole Rita; y de allí
se fué á cortar de un atado
cuatro velas, que, encendidas,
vino y las puso al costado
de la cama del dijunto,
junto á la cual vió al *foráneo*[3]
sentao á la cabecera,
medio ansí como rezando.

Entonces, recien la viuda
un istante hizo reparo
en la cara de aquel hombre,
y vido que era un extraño
desconocido para ella;
porque era tan *picotiado*
de virgüelas como *arnero*,

[1] Castillo : carreta de campo, sin toldo ni cubierta ninguna.
[2] Picar la carreta : conducirla picando á los bueyes.
[3] Al foráneo : al gaucho forastero.

y además tenia un tajo
desde la frente á la barba,
el cual le habia vaciado
el ojo de la derecha:
despues, le habia cortado
la boca, dejandolé
como *horquetas* los dos labios:
y *traiba* además el hombre
los cabellos desgreñados,
y las barbas cuasi, cuasi,
de media vara de largo.

Con todo, ningun recelo
le tuvo Rita al paisano;
porque le dió á conocer
que estaba determinado
para servirla en un todo
en aquel momento amargo.

Cuasi toda aquella noche
tristísima se pasaron,
la viuda y su muchachita,
angustiadas hilbanando
ó cosiendo una mortaja
humilde, de lienzo blanco;
con la cual de madrugada
al muerto lo amortajaron.

A las tres apunta el dia,
ya se sabe, en el verano;
por eso, á las tres y media,
Rita le rogó al paisano
que saliera á uñir los güeyes
del castillo, en que cargado
debian llevar al muerto

al Pergamino á enterrarlo:
y le alvirtió que los güeyes
deberia de encontrarlos
allí no mas, muy cerquita
de la quinta pastoriando.

Jacinto tenia solos
tres güeyes para el trabajo,
que no era mucho en su chacra,
sino arar de cuando en cuando:
pero entre los tres habia
uno recien descornado,
el que á tirar en el yugo
estaba ya acostumbrado,
á pesar que se solia
espantar en ciertos casos.

El paisano fué y cogió
los que *vido* mas á mano;
y de aquellos que agarró,
uno era aquel descornado:
pero ansí mesmo lo uñó
sin que le diera trabajo,
porque al uñirlo, el *toruno* [1]
entró al yugo voluntario.

Luego que acabó de uñir,
trujo la carreta al patio,
y la toldó con dos colchas
que le habian preparado.

Al rato la triste viuda,
rompiendo en copioso llanto,

[1] **Toruno : buey recien amansado.**

díjole al recien venido :
— ¡ Carguémoslo !... son las cuatro ;
y se dispuso parada
para ayudar al paisano.

¡ *Diaónde* poder la infeliz
cargar al amortajado,
viéndose desfallecida
de llorar y de quebranto!

Al ver eso, el forastero
solito cargó al finado,
y lo puso en la carreta
lo mejor acomodado,
sobre un colchon con *almuada,*
y con los brazos cruzados,
porque el muerto los tenia
en ese istante muy blandos.
Luego, aquel desconocido,
despues que llevó cargado
á Jacinto hasta el castillo,
se quedó tan contristado
como la ìnfeliz esposa
de el que estaba amortajado.

Antes de marchar, la viuda
allí le rogó al paisano
la dejase adelantar
con su hijita hasta el curato,
que se hallaba muy cerquita,
para hacer que sin retardo
cavasen la sepultura,
mientras seguia el paisano
mas atrás con la carreta
y en el pértigo picando.

— Sí, señora; ansí lo haré:
vayan no mas sin cuidado,
contestó el desconocido;
pues ya sé que el campo santo
está cerquita de acá:
vayan no mas caminando...

Ansí fué: Rita salió
con su hijita lagrimiando;
y de ahi siguió el forastero
sobre el pértigo picando
los güeyes de aquel castillo,
adonde iba amortajado
un hombre á quien no pensó
nunca en su vida el paisano,
en una pobre carreta,
conducirlo al campo santo.

LXIII

LA JUSTICIA DEL CIELO. — EL AMORTAJADO. — EL PICADOR TACITURNO. — EL RESUCITADO. — EL ACCIDENTE. — EL BUEY ARISCO. — EL REVENTADO.

Ahora, dijo Santos Vega,
necesito el informarlos
de todo lo que pasó
esa vez en el curato,

antes de llegar el muerto,
y al momento en que llegaron
la viuda con su niñita.

Las dos dolientes entraron
á la casa del curita
á eso de las cinco y cuarto:
hora en que todos allí
aun estaban acostados;
ansí, solamente el cura
se encontraba levantado.

Naturalmente, á los gritos,
á los lamentos y llantos
de la viuda y de la niña,
toditos se levantaron,
y apenas vieron á Rita,
su viudedá adivinaron,
pues sabian que su esposo
estaba cuasi postrado.

¡Qué confusion se hizo entonces!
¡Qué momento tan amargo
les dió la fatal noticia!
¡qué desasosiego y llanto,
y qué sorpresa tuvieron
todos allí en el curato!...
mucho mas cuando supieron
que lo traiban ya á enterrarlo
sobre un castillo á Jacinto
dijunto y amortajado:
y que ya estaba cerquita.

El cura, entonces, llamando
al sacristan, dijolé:

— Don Celestino, le encargo
que sin excusa ninguna
haga usté lo que yo mando.
Oígame, pues, y ya ve
cómo estoy de atribulado.
¡Ahi viene muerto Jacinto!
á quien lo consideramos
como de nuestra familia;
ahora vamos á enterrarlo:
lo train en una carreta,
pues no nos han avisado
para hacerlo trair mejor;
ahora, pues, es necesario
que usté procure dos piones
y les mande sin retardo
que caven la sepultura
para enterrar á mi hermano,
el pobrecito Jacinto
á quién usté quiso tanto.

— Sí, señor cura, es verdá;
yo lo estimaba al finado,
respondió don Celestino.

— Pues bien, cumpla mi mandato,
repitió el triste curita,
despues de haberlo informado,
delante de don Faustino,
al sacristan del curato
de todo lo acontecido
completamente y despacio

Don Celestino salió
lo mejor intencionado
para cumplir lo que el cura

allí le habia ordenado;
ansí fué que en el istante
el hombre se fué apurado
á buscar los cavadores,
y echar de camino un trago,
venirse luego á la iglesia,
mandar cavar sin retardo
la sepultura, y despues
estarse en su campanario
á espera de la carreta
que traiba al muerto cargado.

Ocho cuadras le faltaban,
para llegar al curato,
al picador que venia
sobre el pértigo [1] picando,
taciturno, pensativo,
y al parecer abismado...
Dios sabe en qué; pero el hombre
venia muy contristado,
al tiempo que por la espalda
le dijo el amortajado
con una voz sepulcral:
« ¡Adónde me lleva, hermano! »

A esa voz, al picador
los pelos se le pararon
de terror, y al darse vuelta,
viéndolo vivo y sentado
al dijunto en la carreta,
el picador espantado,

[1] Sobre el pértigo: dando la espalda á los bueyes es como se sientan los picadores de carretas en la campaña de Buenos Aires.

entre el pertigo y los güeyes
cayó al suelo acidentado.

Entonces, aquel *toruno*
ariscon y descornado,
al sentir entre las patas
algun bulto atravesado,
pegó el güey una tendida
que hizo la carreta á un lado,
sacándola de la güella
por donde iba caminando,
y entonces allí una rueda
al picador desdichado
le pasó por medio cuerpo,
y el pecho le hizo pedazos.

Sin sentido, cuasi muerto,
ahi no mas quedó el paisano,
de suerte que del castillo
se bajó el amortajado;
y comprendiendo toditas
las circunstancias del caso,
dijo : « ¿Acá, qué puedo hacer?
Nada mas, sino llevarlo,
donde él me llevaba á mí.
Vamos, pues, al campo-santo. »

Pero, no teniendo allí
quien lo ayudase á cargarlo
en la carreta, esperó...
despues de haberse sacado
á tirones la mortaja
y haberse solo quedado
en camisa y calzoncillos.

A ese tiempo, á dos paisanos,
que pasaban por allí,
los llamó, y se le arrimaron
de muy buena voluntá;
y por ellos ayudado,
cargó luego en el castillo
al picador reventado,
y, creyéndolo dijunto,
enderezó al campo-santo
sobre el pértigo tambien,
á los güeyes picaniando.

De noveleros, sin duda,
luego aquellos dos paisanos
salieron al galopito
para la villa rumbiando;
y, á la cuenta, allá en la orilla
del pueblito, platicaron
con algunos conocidos,
á los cuales les contaron
el milagroso suceso
del muerto resucitado.

Ansí debió ser; porque
los curiosos, informados
de semejante suceso,
estuvieron esperando
hasta que llegó el castillo,
y todo lo averiguaron:
de manera que á Jacinto
lo detuvieron un rato.

A esa hora, en tristes apuros
estaban en el curato;
y viendo que la carreta

en llegar tardaba tanto,
se le antojó al sacristan
salir á dar un vistazo
á ver si la divisaba,
pues que ya habian cavado
la sepultura los piones.

Salió pues, medio apurado
el sacristan, y tres cuadras
solamente habia andado,
y vido ya que al castillo
lo habian cuasi cercado
los curiosos,que le estaban
á Jacinto preguntando
¿ cómo tan dichosamente
habia resucitado ?

El sacristan al istante,
que vió á Jacinto alentado,
volvió corriendo á la iglesia,
enderezó al campanario,
y en vez de doblar se puso
á repicar muy ufano.

Allá fué el cura otra vez
junto con don Bejarano,
quien le dijo al sacristan
furiosamente enojado :
— ¡ Ah, pícaro ! ¿ usté repica
porque se ha muerto mi ahijado,
y se lo hemos alvertido... ?

— ¡ Qué muerto ni qué carancho !
contestó don Celestino :
usté está mal informado.

Jacinto se murió anoche,
pero hoy ha resucitado
adentro de una carreta.
¿ No le ve ? ahí entra muy guapo.
Con que ansí, no me eche roncas
al boton. Yo sé lo que hago...
Y ¡ déle guasca ! siguió
el sacristan repicando.

— ¡ Es cierto ! dijo el patron;
y otra vez corrió gritando:
¡ No lloren, alegrensé !
Jacinto ha resucitado.
¡ Démosle gracias á Dios
por este nuevo milagro !

A la voz de don Faustino
salieron todos al patio;
y despues que allí á Jacinto
mil abrazos le pegaron,
este, en muy pocas palabras,
lo que le habia pasado
les contó diciendolés
que allí traiba agonizando
al pobre desconocido...
que era preciso auxiliarlo.

Al istante á recibirlo
todos allí se aprontaròn;
y entre el cura, don Faustino,
el caciquillo y Genaro,
con la mayor prontitú,
compasivos lo bajaron
al infeliz forastero,
y allí mesmo en el curato

doña Estrella y Azucena
una cama le arreglaron,
para poder asistirlo
en el mas bonito cuarto;
y al médico de la villa,
que era un hombre acreditado
como buen facultativo,
al istante lo llamaron.

LXIV

EL AGONIZANTE. — EL ARREPENTIMIENTO. — LA REVELACION. — EL ESPANTO. — LA ABSOLUCION. — LA MUERTE DEL BANDIDO.

Vino el médico á la priesa [1],
y ya estaba el lastimado
en la cama, adonde el habla
medio habia recobrado,
y la vista: pues, á todos
los que lo estaban rodiando;
á uno por uno los vido
lànguidamente, y llorando,
pero sin hablar palabra:
únicamente á Genaro,

[1] A la priesa: de prisa, inmediamente.

que estaba al lao de la cama,
le apretó apenas la mano,
como si lo conociera
ó quisiese pedirle algo.

Sin perder tiempo, el dotor
le descubrió con cuidado
el pecho, y lo registró
del modo mas esmerado;
y, despues que lo pulsió,
aparte, á don Bejarano
le dijo : que era imposible
salvar aquel desdichado,
porque debia espirar,
sin duda dentro del plazo
de tres horas, cuando mas;
pues que ya le iba faltando
hasta la respiracion,
por lo cual, ni confesarlo
quizá podria el curita...
que allí se estaba pegado
á la cama del enfermo :
como estaban en el cuarto
todas, todas la personas,
por el oidor empezando,
que en esa triste mañana
se hallaban en el curato.

El médico, finalmente,
como fué muy necesario,
tambien registró á Jacinto,
de quien dijo : que un letargo
fué el que tuvo, por motivo
de habérsele reventado

una postema, que habia
felizmente vomitado,
y que ya no era dificil
en adelante el curarlo.

Dicho esto, se despidió
el dotor, asigurando
de nuevo que el forastero
moriria al poco rato.

Con semejante alvertencia,
todos muy desconsolados,
en el cuarto del enfermo
inmóviles se quedaron:
especialmente el curita,
que en confesar al paisano
pensó luego, para que
muriese como cristiano

Pero, todo allí estaban
completamente inorando
quién podria ser aquel
forastero infortunado;
pues naides lo conocia,
y les era tan extraño
como si del otro mundo
el hombre hubiera llegado.
Naides, pues, lo conocia:
y aun cuando le preguntaron
por su nombre algunas veces,
el forastero callado
los miraba tristemente,
sin responder y llorando.

Pegada á la cabecera

del moribundo foráneo,
estaba la compasiva
Azucena, procurando
hacerle tomar siquiera
algunas gotas de caldo:
y la taza la tenia
como enfermero Genaro;
pero, ni una sola gota
pasaba ya el desgraciado.

El curita, al ver aquello,
como que estaba allí al lado
de la cama del paciente
sin querer desampararlo,
conmovido dijolé,
tomándolo de la mano
y lleno de mansedumbre:
— Yo quisiera confesarlo,
querido amigo, eso es bueno;
y tambien sacramentarlo,
para que pronto se alivie.
¿ No le parece, paisano?

A esa voz tan persuasiva,
á esas palabras de un santo,
el enfermo que hasta entonces
estuvo siempre callado,
suavemente abrió los ojos,
y, humildemente mirando
al cura, le respondió,
apenas articulando
débilmente estas palabras,
cuando estaba agonizando:

— ¡ Ah! señor, por Dios le pido

un momento de descanso,
porque ya apenas respiro :
tal estoy de fatigado.
Además de esto, señor,
son tan muchos mis pecados
y delitos, que la vida
tiempo para confesarlos
creo que no me dará :
pues siento que ya pisando
estoy á mi sepultura,
y tristemente dudando
merecer perdon de Dios...

— ¡ De eso, no, no dude, hermano !
Tenga usté fe y esperanza
en que será perdonado,
le contestó el padrecito ;
porque Dios nunca ha negado
misericordia y perdon
á quien, como buen cristiano,
se lo pide arrepentido.
Ahora convengo en dejarlo
hasta que se alivie un poco,
pero aquí estaré á su lado,
como es de mi obligacion.

En seguida lo dejaron
descansar solo media hora,
teniendo cuenta del plazo
que el médico señaló
al marcharse del curato;
pero, de los que allí estaban,
naides quiso abandonarlo,
y todos para asistirlo

se estuvieron en el cuarto
sin separarse ninguno.

Las siete y media sonaron
cuando el curita trató
otra vez de confesarlo,
pero entonces conoció
que el enfermo agonizaba,
y solo se limitó
á preguntarle si estaba
con todo su corazon
humilde y arrepentido,
de haber ofendido á Dios
y á los hombres en el mundo.

— ¡ Con toda mi alma, señor!
me confieso arrepentido,
llorando le respondió
el agonizante al cura;
y al mesmo le suplicó
que á Genaro y su mujer,
para pedirles perdon,
los acercase á su lado:
y el cura los acercó.

Despues de eso, á doña Estrella
y su esposo les pidió,
que allí, á la hora de la muerte,
le tuvieran compasion,
perdonándolo tambien.

Y por fin le preguntó
al curita, si podria
echarle la asolucion,
para morir descansao.

El padre le contestó :
— Sí, amigo, lo asolveré,
pues la clemoncia de Dios
á todo el que muere así
le da su gracia y perdon.

Silenciosos en el cuarto,
con atenta devocion
escuchaban los oyentes,
hasta que el caso llegó
en que el cura al moribundo
su nombre le preguntó,
para poderlo asolver.

Con ansiedá y atencion
allí todos esperaban
aquella contestacion
del criminal misterioso,
que alguna revelacion
terrible debia ser...

Pero, entonces le faltó
el habla al desconocido,
y muerto se le creyó.
Penosas fueron las dudas,
el deseo y la aflicion
con que á todos los del cuarto
el criminal los dejó,
cuando, sin nombrarse al fin,
mortalmente enmudeció.

Mas, como allí era preciso
que la JUSTICIA DE DIOS
se viese clara y patente,
la Providencia le dió

alientos al moribundo,
para pedirles perdon
á todos sus ofendidos
que estaban rodiandoló.

Ansí fué : el agonizante,
trémulo y mirandoló
al padrecito, le dijó,
esforzando algo la voz,
estas últimas palabras,
que á toda una confesion
aterrante equivalieron :

— Apenas tengo valor
en este istante mortal,
cuando es preciso, señor,
volverle á decir que he sido
tan ingrato y malhechor
desde mis primeros años,
como asesino y ladron.
Por eso fuí presidario,
pena á que me destinó
la justicia, despues que
la vida me perdonó...
Y no está lejos de aquí
quien entonces me salvó.

Del presidio me escapé,
gracias á un crímen atroz
que para eso cometí ;
y entonces me persiguió
la justicia en todas partes,
hasta que al fin me creyó
ahugao en el Paraná,
adonde por nadador

me salvé de perecer,
y entonces ya se olvidó
hasta mi nombre en el mundo.
Despues de eso, continuó
mi vida de delincuente,
y por último, fuí yo
el criminal alevoso
que á Genaro le clavó
un puñal, en la Vitel,
y ese dia me marcó
¡un fantasma en las espaldas!

— ¡ Misericordia de Dios!
exclamaron los oyentes
estremecidos de horror.

— Y ¿cómo se llama usté!
Azucena preguntó.

— ¡Ah! dijo el agonizante;
¡mi nombre es aterrador,
maldecido, aborrecible!
Me llamo... LUIS SALVADOR.
Soy hermano de Jacinto
el Mellizo de la Flor.

Ni bien el agonizante
á nombrarse principió,
de rodillas en el suelo
aterraos y en confusion,
todos cayeron postrados.

Solo allí en pié se quedó
el angelical curita,
quien sobre el pecho cruzó
los brazos, y humildemente

los ojos al cielo alzó,
lleno de fe y caridá;
y pidiéndole al Señor:
¡ Misericordia ! en su nombre,
al moribundo asolvió...

Y en ese istante supremo
LUIS el MELLIZO espiró.

Entonces, don Celestino
de allí llorando salió:
fué al campanario y piadoso
por el Mellizo dobló.

. . . .

Finalmente, la mortaja
de Jacinto le sirvió
á su desdichado hermano,
para quien se destinó;
y, cuando lo amortajaban,
todo el mundo allí le vió
la MARCA con que Azucena
en la Vitel lo marcó.

Ansí pues, la Providencia
del cielo justificó
la inocencia de Azucena;
y ansí Manuel exclamó:
— ¡ No hay deuda que no se pague !
A lo que añadió el patron:
— ¡ Ni plazo que no se cumpla !
— ¡ Es verdá ! dijo el oidor.

A las nueve de ese dia,
en un modesto cajon
lo pusieron al finado,

y á las diez se le rezó
una misa en la capilla,
á la que naides faltó
de los que estaban presentes
cuando el Mellizó espiró;
y todos en esa misa
lo encomendaron á Dios:
y allí mesmo en el curato
el cadáver se enterró.



EPILOGO

LOS DONES GENEROSOS. — PREMIO A LA VIRTUD. — LOS AGRADECIDOS. — LA FELICIDAD DE TODOS.

De aquella Pascua-dichosa,
el patron don Bejarano
con su esposa doña Estrella,
dos dias mas se quedaron
con el curita; y despues
la Estancia de los Milagros
se volvió un pueblo chiquito,
cuando á Azucena y Genaro,
la Lunareja, Manuel,
Jacinto el resucitado,
su familia, y el oidor,
les pidió don Bejarano
fuesen á pasar con él
una parte del verano.

Es de alvertir que el patron
ya tenia un plan formado,
y con su señora esposa
perfeutamente acordado.

Fuéronse, pues, á la estancia,
donde ocho dias pasaron
en festejos de alegría ;
y una mañana temprano,
á su sala, don Faustino
mandó á llamar á Genaro
y á su mujer, á quien le hizo
que tomara asiento al lado
de doña Estrella ; despues
llamó á Manuel, y á su ahijado
Jacinto con su familia.

Luego que allí se sentaron,
muy afable y muy contento,
refregándose las manos,
don Faustino dijolés :

— Amigos mios, los llamo
para que oigan mis deseos,
y voy á decirles claro
lo que quiero y lo que haré,
á mi gusto y bien pensado
con mi mujer. Oiganmé.

Yo soy muy afortunado,
¡ gracias á Dios ! y muy rico ;
y á ustedes los quiero tanto
como los quiere mi esposa.

Por esto, los dos pensamos
hacer poco con hacerlos
á ustedes afortunados.

En esta conformidá,
sin el menor embarazo,
yo quiero desde este dia

como á hijos mios tratarlos;
y en prueba de mis deseos
tengo ya determinado,
que la Estancia de la Flor,
ya que por fortuna estamos
en buena paz con los Indios,
vayan Jacinto y Genaro
y la repueblen, pues hoy
de regalo se la damos
A LOS DOS: entiendan bien...
á Jacinto y á Genaro;
y para eso, ya dispongan
de la mitá del ganado,
que aquí tengo en esta estancia,
y además, del que anda alzado
con mi marca, que anda mucho
en la costa del Salado.

Esta estancia en la que estoy,
para Angel se la dejamos,
porque le queda á nuestro hijo
muy cerca de su curato.

La estancia del Cardalito,
que es propiedá de Genaro,
yo quiero que se la dé
á Manuel, pues le ha salvado
la vida despues de Dios,
y es justo recompensarlo.

A tí, Jacinto, tambien
con mucho interés te encargo
le regales tu chacrita
al sacristan del curato,
que nos aturdió á repiques

al verte resucitado.
Ahora, tocante á la Flor,
me falta decirles algo.

Para esa repoblacion,
yo bien sé que es necesario
mucho dinero, y yo tengo
¡ gracias á Dios ! demasiado,
y les daré muy á gusto
la plata para esos gastos :
solo con la condicion
de no hacerles ningun cargo
ahora, nunca, ni jamás,
pues quedaré bien pagado
con que trabajen ustedes
y sean afortunados.

No tengo mas que decirles...
Ahora, démen un abrazo,
y los tres arreglensé
tratándose como hermanos,
y como que ya son hijos
del Andaluz Bejarano.

Vámonos, pues, á almorzar :
y váyanse preparando
á ver si pueden salir
antes que acabe el verano.

. . . .

Al mes y medio despues
todo estaba ya aprontado;
ansí, muy agradecidos
Manuel, Jacinto y Genaro
salieron con sus familias,

llevando lo necesario
para cumplir los deseos
del patron don Bejarano.

Ese dia, allí el curita
les dió á cada uno un abrazo,
y les echó al depedirse
su bendicion como á hermanos.

Luego á los campos del sur
los tres amigos marcharon,
en mil ochocientos cinco,
muy al principio del año;
y en mil ochocientos ocho,
en la costa del Salado,
los hombres mas servidores,
los mas ricos hacendados,
y en suma, los mas felices
como los mas respetados,
fueron, y son hasta el dia
Manuel, Jacinto y Genaro.

Por fin, dijo Santos Vega,
velay mi cuento acabado;
y mañana, si Dios quiere,
me vuelvo para mi *pago,*
de esta casa agradecido
por lo bien que me han tratado.
. . . .

Ansí fué; al dia siguiente
con su *bragao* ensillado
estaba ya el payador,
y al despedirse, un regalo
le hizo su amigo Tolosa,

dándole el mejor caballo
parejero que tenia :
sin haberse descuidado
tampoco Juana Petrona
pues ya le habia *cribado* [1]
los mas lindos calzoncillos
que se puso el gaucho Santos,
desde que nació cantor
hasta que murió cantando.

[1] Cribado : bordado á la aguja.

FIN



INDICE

PAG.

ERRATAS

Al recorrer los páginas de este volumen se han notado algunas letras saltadas ó cambiadas en una corta porcion de ejemplares. El lector las advertirá fácilmente.

Hay despues alguna que otra falta debida á error del copiante. Tambien es fácil de notar.

De todos modos, las erratas que pudieren dar lugar á duda van salvadas á continuacion :

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR
XXXVIII	9	la tenido	ha tenido.
37	2	turacan	el huracan.
54	19	guillspices	quillapices.
72 á 75	4	Rosa	Juana.
94	6	boguiando	boquiando.
97	18	gaucho	guacho.
122	14	jeje	jefa.
128	18	tocarles	á tocarles.
175 á 179	4	Rosa	Juana.
181	20	ansí es	ansí.
250	25	sabérs	sabrés.
264	18	huitre	huche.
337	15	ques	pues.
358	29	c anclctas	chancletas.
403	25	le hizo	lo hizo.
444	19	se llama	se llamaba.
451	11	o pague	lo pague.

NOTA. — Despues de ya impreso este volúmen, el autor ha tenido el profundo y amarguísimo sentimiento de saber que don Jorge Atucha, su excelente amigo, á quien se lo habia dedicado, ha fallecido en Buenos Aires el 6 de julio del corriente año de 1872; Paz á su memoria!

